APIANO

HISTORIA ROMANA

III
GUERRAS CIVILES
(LIBROS III-V)

EDITORIAL GREDOS

APIANO

HISTORIA ROMANA

III

GUERRAS CIVILES

(LIBROS III-V)

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

ANTONIO SANCHO ROYO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 84

Asesor para la sección griega: Carlos García Gual.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Antonio Guzmán Guerra.

Depósito Legal: M. 14338-1985.

ISBN 84-249-3552-7.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1985. — 5832

LIBRO III

SINOPSIS

1. Argumento del libro III.
2-3. Disturbios y muerte de Amatio.
4. Antonio propone la vuelta y una indemnización a Sexto Pompeyo.
5. Antonio persiste en su política de concitar favores.
6. Proyectos de Bruto y Casio.
7-8. Manejos de Antonio sobre la asignación de las provincias.
9. Octavio se entera en Apolonia del asesinato de César.
10. Octavio cruza el Adriático.
11. Marcha sobre Bríndisi.
12. Avance hacia Roma de Octavio.
13. Octavio hace su entrada en Roma.
14. El heredero de César acepta la adopción.
15-17. Entrevista de Octavio y Antonio: discurso de Octavio.
18-20. Respuesta de Antonio.
21. Diversas reacciones en Roma ante la enemistad entre Octavio y Antonio.
22. Litigios por la herencia de César.
23. Octavio pugna por atraerse el favor del pueblo.
24. Antonio decide hacerse con el ejército de Macedonia.
25. El senado elige a Antonio general del ejército macedonio.
26. Muerte de Trebonio en Asia.
27. Antonio solicita la permuta de las provincias.
28. Octavio intenta poner en vigor el decreto sobre la *aurea sella*.
29. Los tribunos solicitan y obtienen de Antonio una reconciliación con Octavio.

30. Antonio obtiene la Cisalpina con la ayuda de Octavio.
31. Antonio se opone a la elección de Octavio como tribuno.
32. Nueva intervención de los tribunos.
33-38. Respuesta de Antonio a los tribunos.
39. Breve reconciliación entre Octavio y Antonio y nueva ruptura de las hostilidades.
40. Antonio parte para Bríndisi y Octavio para Campania.
41. Cannutio y Octavio hablan al pueblo.
42. El ejército se niega a luchar contra Antonio.
43-44. Motín de las tropas en Bríndisi.
45. Antonio vuelve a Roma.
46. Antonio parte desde Tíbur a Arímino.
47. El senado decide apoyar a Octavio.
48. Octavio estrecha los lazos de unión con su ejército.
49. Décimo Bruto se encierra en Módena y Antonio pone cerco a la ciudad.
50. La sesión senatorial de 1.° de enero del 43 a. C.
51. El senado decreta diversos honores a Octavio.
52-53. Discurso de Cicerón al senado.
54-60. Discurso de Pisón al senado.
61. Cicerón redacta los acuerdos del senado sobre Antonio.
62. Respuesta de Antonio a los embajadores.
63. Antonio es decretado enemigo público por el senado.
64. Dudas de Octavio sobre la intencionalidad de los decretos del senado.
65. Hirtio y Octavio parten hacia Módena para ayudar a Décimo.
66. Huida de Cicerón ante la amenaza de P. Ventidio.
67-70. La batalla del *Forum Gallorum*.
71. Segunda derrota de Antonio en Módena.
72. Antonio parte hacia los Alpes.
73. Octavio rechaza una oferta de Décimo para conferenciar.
74. Propuestas de Cicerón en Roma ante la noticia de la victoria en Módena.
75-76. Coloquio de Pansa y Octavio.
77-78. La situación en Siria.
79. La situación en Macedonia.
80. Octavio busca la alianza con Antonio.
81. Consejos de Octavio a Lépido y a Asinio Polión.
82. Propuesta de Octavio a Cicerón de compartir el consulado.

83-84. Encuentro y alianza entre Antonio y Lépido.
85. Consternación y miedo a Antonio en Roma.
86. Embajada de los centuriones.
87. Arenga de Octavio a los soldados.
88. Nueva embajada de los centuriones. Octavio marcha sobre Roma.
89. Desconcierto en la ciudad ante el avance de Octavio.
90. El senado decide resistir a Octavio.
91. Preparativos para la defensa de Roma.
92-93. Octavio penetra en Roma.
94. Elección como cónsul de Octavio y nombramiento oficial como heredero de César.
95. Octavio dispone los asuntos en Roma.
96. El senado accede a la reconciliación entre Octavio y Antonio.
97. Huida de Décimo Bruto.
98. Muerte de Décimo Bruto.

Así, Gayo César, que había sido el más destacado 1
con mucho en extender los límites del imperio romano, fue asesinado por sus enemigos y enterrado por el pueblo. Todos sus asesinos recibieron su castigo. Sin embargo, este libro y el siguiente mostrarán cómo fueron castigados los más notables de entre ellos, así como las otras guerras civiles que brotaron al mismo tiempo entre los romanos [1].

El senado hizo responsable a Antonio del contenido 2
de su discurso fúnebre en honor de César, por cuya causa, en especial, el pueblo excitado había despreciado el decreto de amnistía recién aprobado y había acudido con fuego contra las casas de los asesinos. Pero Antonio

[1] Capítulo introductorio, que debe atribuirse al propio Apiano, usual al comienzo de cada libro, y en el que el autor engarza con el final del precedente y da un avance del argumento central del mismo. En el caso del presente libro se trata de cómo el castigo, la *némesis*, se abate sobre los asesinos de César.

trocó la irritación del senado en buena disposición hacia sí mediante el siguiente y único acto político [2]. Había un cierto Pseudo-Mario, llamado Amatio, que fingía ser nieto de Mario y que, en recuerdo de éste, era muy querido por el pueblo. Siendo, por tanto, de acuerdo con esta pretensión, un familiar de César [3], se condolió en exceso por su muerte y construyó un altar junto a la pira fúnebre [4]. Reunió a una banda de hombres temerarios y, en todo momento, provocaba el terror de los asesinos. Algunos de éstos habían huido de la ciudad, y los que habían recibido de César el gobierno de las provincias habían partido hacia sus zonas de mando, Décimo Bruto hacia la Galia Cisalpina, Trebonio hacia el Asia Menor, y Tilio Címber hacia Bitinia [5]. Casio y Marco Bruto, que eran los favoritos del senado, habían sido elegidos también por César gobernadores para el próximo año, Casio, de Siria, y Bruto, de Macedonia, pero como eran todavía pretores urbanos ⟨per-

---

[2] Sobre la actitud de valoración con respecto a la política de Antonio en esta primera parte del libro III (al parecer antiantoniana), en relación con la misma política a raíz del asesinato de César, en el final del libro II (filoantoniana), en la tradición apianea, y, en general, con respecto a su juicio de la política de Octavio y el senado, cf. E. GABBA, *Appiano e la storia delle Guerre Civile*, Florencia, 1956, páginas 153-174.

[3] Mario se había casado con una patricia, Julia, tía de César. En otras fuentes se le conoce como Herófilo.

[4] Acerca del altar, cf. S. WEINSTOCK, *Divus Iulius*, Oxford, 1971, págs. 364-367. Sobre la disparidad de las fuentes, en torno al monumento consagrado a César inmediatamente después de su muerte (altar, en las fuentes griegas y columna, en las romanas) y su importancia para la valoración del culto a César, cf. C. COGROSSI, «Pietà popolare e divinizzazione nel culto di Cesare del 44 a. C.», en *Religione e politica nel mondo antico*, Milán, 1981, págs. 141-160.

[5] Partieron para sus gobiernos en las provincias a principios de abril del 44 a. C. Respecto de la situación de las provincias y de sus gobernadores en el año 44 a. C., cf. SYME, *The Roman Revolution*, Oxford, 1939, págs. 102-103 y 110-111, aunque, en todo caso, habría que hacer constar que la documentación al respecto es oscura e inexacta.

manecieron en Roma⟩ necesariamente. Mediante disposiciones inherentes a su cargo de pretor trataron de conciliarse a los colonos, entre otras figuraba una que les permitía vender sus parcelas, en tanto que la ley hasta entonces prohibía la enajenación de tierras mientras no hubieran transcurrido veinte años [6].

Se decía que Amatio aguardaba la oportunidad de 3
coger a Bruto y Casio. Antonio, por tanto, basándose en este rumor de la asechanza y con su autoridad de cónsul, cogió prisionero a Amatio y lo hizo matar sin juicio en forma harto temeraria. El senado se quedó estupefacto ante el hecho, puesto que lo consideraba grave e ilegal, pero disimularon, con sumo gusto, su utilidad, pues eran de la opinión que sin un acto de tal osadía no se hubiera podido asegurar la situación de Bruto y Casio. Sin embargo, los seguidores de Amatio y el resto del pueblo, a causa de su nostalgia de éste y de su indignación con lo ocurrido, en especial porque el causante de ello había sido Antonio, el cual había recibido la estima popular, no consintieron que se les despreciara así. Se adueñaron, por tanto, del foro con gritos, y vituperaron a Antonio y exigieron que los magistrados, en lugar de Amatio, consagraran el altar e hicieran sobre él los primeros sacrificios a César. Mas al ser expulsados del foro por soldados enviados por Antonio se irritaron aún más, vociferaron y algunos mostraron los lugares de los que habían sido quitadas las estatuas de

[6] Debía de tratarse de una nueva *lex agraria*. Ahora bien, de este año 44 a. C. sólo conocemos la propuesta de una nueva *lex agraria* del hermano de M. Antonio, Lucio Antonio, la cual contemplaba la creación de un septenvirato. Esta ley fue aprobada en junio del 44 a. C. y posteriormente anulada por el senado el 4 de enero del 43 a. C. Estaba destinada a resolver el problema de los veteranos de César, que todavía se hallaban en Roma, cuando fue asesinado, pendientes de recibir sus lotes (cf. C. Nicolet, *Roma y la conquista del mundo mediterráneo*, I [trad. cast.], Barcelona, 1982, pág. 65).

César[7]. Cuando uno dijo que les indicaría el taller donde las estatuas estaban siendo destruidas, le siguieron al punto y, al verlo, lo incendiaron, y, finalmente, después que Antonio envió otros soldados, algunos murieron al tratar de defenderse y otros fueron hechos prisioneros, de los cuales los esclavos fueron crucificados y los libres arrojados desde el precipicio.

4 El tumulto cesó, pero un odio indecible, surgido de un aprecio extremo, se despertó entre el pueblo contra Antonio. El senado, en cambio, estaba contento, pues consideraba que por ningún otro medio hubieran dejado de tener que temer por Bruto y los suyos. Y cuando Antonio propuso, además, que se hiciera volver de España, donde todavía era atacado por los lugartenientes de César, a Sexto Pompeyo, el hijo de Pompeyo Magno, que era aún añorado por el pueblo, y que, en compensación por la confiscación de la hacienda paterna, se le concedieran con cargo a los fondos públicos cincuenta millones de dracmas áticas, y que se le designara comandante del mar, igual que lo fue su padre[8], y que utilizara los barcos romanos dondequiera que estuviesen, para los asuntos más acuciantes, el senado, atónito, aceptó con vehemencia cada una de las propuestas y aclamó a Antonio durante un día entero. Pues pensaban que no había un defensor más acérrimo de la República que Pompeyo Magno, y, por ende, más añorado. Casio y Bruto que eran ambos de la facción de Pompeyo y los que, a la sazón, gozaban de mayor estima entre todos, pensaron que tendrían asegurada su salvación, que quedaría consolidado el móvil de sus actos, restaurada, por fin, la República y triunfante su partido. Cicerón alababa también continuamente a Antonio por es-

---

[7] Sobre estos hechos, cf. WEINSTOCK, *Divus Iulius*, págs. 364-365.

[8] En el año 67 a. C., por medio de la *lex Gabinia*, para combatir la piratería (cf. n. 45 bis al l. II).

tas razones, y el senado al darse cuenta de que el pueblo conspiraba contra Antonio por causa de ellos, le concedió que se rodease de una guardia personal elegida por él mismo entre los veteranos residentes en la ciudad [9].

5 Antonio, ya sea porque lo hubiera hecho todo con vistas a esto mismo, o bien acogiendo con satisfacción la circunstancia como muy útil para él, eligió la guardia y la incrementó hasta seis mil hombres, no de entre los que habían sido soldados rasos, con los cuales creía poder contar, cuando los necesitara, de cualquier otra forma, sino entre los que eran centuriones, por ser más aptos para el mando, más expertos en la guerra y conocidos suyos a causa de su militancia bajo César. Les designó tribunos elegidos entre ellos mismos, y revestidos con la dignidad del cargo, los tuvo en honor y les hizo partícipes de los planes que dio a conocer. El senado empezó a sospechar de su número y de la selección rigurosa, y le aconsejó que redujera la guardia personal hasta un número suficiente como para no suscitar envidia. Él prometió hacerlo cuando se extinguiera el desorden del pueblo. Se había decretado que fueran ratificados todos los actos de César y cuantos planes tenía en cartera. Antonio poseía el memorándum de los proyectos de César y el secretario de César, Faverio, le era fiel en todo, puesto que el mismo César, cuando se disponía a partir, había dejado tales peticiones a la discreción de Antonio, el cual hizo muchas adiciones para atraerse el favor de numerosas personas. Hizo regalos a ciudades, a príncipes y a sus propios guardianes; y, aunque se advertía a todos que ésta era la voluntad de César, quienes los recibían sabían que el favor era de

[9] Evidentemente, éste era el objetivo de Antonio, acrecentar su poder personal, y no, en modo alguno, favorecer los proyectos del senado o los intereses de los cesaricidas.

Antonio. Con idéntico propósito inscribió a muchos en el senado e hizo muchas otras cosas para agradar a este último, a fin de que no tuviera todavía recelos de su guardia personal [10].

6 Mientras Antonio estaba ocupado en estos asuntos, Bruto y Casio, como no se evidenciaba ningún signo de paz hacia ellos de parte del pueblo o de los veteranos, y consideraban que no era algo imposible que cualquier otro pudiera tenderles alguna asechanza como la de Amatio, sintieron temor de la veleidad de Antonio, que, además, tenía un ejército, y al ver que la República no estaba consolidada con hechos sospecharon también de Antonio por esta razón; así que depositaron toda su confianza en Décimo Bruto, que tenía tres legiones en las fronteras del país, y enviaron, en secreto, mensajeros a Trebonio en Asia y a Tilio en Bitinia para que recolectaran a ocultas dinero y reunieran un ejército. Ellos mismos estaban ansiosos de hacerse cargo del gobierno de las provincias que les habían sido concedidas por César, pero, como no había llegado aún el tiempo para ellos, consideraron poco conveniente abandonar su cargo de pretores en la ciudad, sin haber acabado el plazo, y atraer sobre sí la sospecha de un deseo de poder sobre las provincias. Sin embargo, eligieron pasar el tiempo que aún les quedaba, en algún lugar como ciudadanos privados, como por un asunto de necesidad, más bien que seguir en el cargo de pretores en la ciudad, donde no estaban libres de temor ni eran honrados de manera acorde con lo que habían hecho en defensa de la patria. Mientras estaban embargados por tales pensamientos, el senado, que participaba de su misma opinión, les encargó que se preocuparan del suministro de trigo a la ciudad desde cualquier punto de la tierra que

10 Para el uso, por parte de Antonio, de los *Acta Caesaris*, cf. H. Frisch, *Cicero's Fight for the Republic*, Kobenhavn, 1946, págs. 74-75.

les fuera posible hasta que llegara el tiempo de hacerse cargo del mando de las provincias [10 bis].

El senado actuó de esta forma para que, en modo alguno, pareciera que Bruto y Casio habían huido. Tanta era su preocupación y respeto hacia ellos, que ayudaron a los demás asesinos principalmente por su causa.
Cuando Bruto y Casio salieron de la ciudad, Antonio, 7
que gozaba ya de un poder monárquico, miró por hacerse con el gobierno de una provincia y con un ejército para sí [11]. Él deseaba, por encima de todo, Siria, pero no ignoraba que al estar ya bajo sospecha, lo estaría más si pedía una cosa así. Además, el senado había instado, en secreto, a Dolabella, el otro cónsul, a oponerse a él, pues siempre había mantenido discrepancias con Antonio. Este último conociendo que Dolabella era joven y ambicioso, lo convenció para que pidiera Siria, en lugar de Casio, y el ejército levado contra los partos, para atacar a éstos, pero que no hiciera la petición al senado —pues no era facultad de éste—, sino al pueblo, mediante una ley. Dolabella se mostró encantado y presentó de inmediato la ley. Cuando el senado le acusó de quebrantar los decretos de César, él contestó que la guerra contra los partos no había sido asignada a nadie por César, y que Casio, a quien se le había encargado

[10 bis] Según SYME, *The Roman Revolution*, pág. 116, esta resolución la tomó el senado el día 5 de junio.

[11] La noticia que aparece en Apiano con respecto a la asignación por César de las provincias de Siria y Macedonia a Casio y Bruto, respectivamente (cf. APIANO, *B.C.* III 2, 7, 12, 16, 24, 35, 36; IV 57), no está confirmada por el resto de las fuentes, salvo FLORO, II 17, 4. Según GABBA (*Appiano...*, pág. 155), se tiene actualmente por una invención de la tradición apianea (cf. *ibid.*, n. 2, bibliografía al respecto). Lo que sabemos con seguridad es que, a finales de marzo o principios de abril del 44 a. C., el senado asignó las provincias consulares para el año siguiente, es decir, el 43 a. C., y, según esta asignación, Dolabella recibió Siria y Antonio, Macedonia (para la fecha del 18 de abril, cf. CIC., *Ad Attic.* XIV 9, 3). Ver SYME, *The Roman Revolution*, pág. 107.

del gobierno de Siria, había sido el primero en alterar los decretos de César, por consentir que los colonos vendieran sus parcelas antes de que expirara el plazo de veinte años fijados por la ley. Y dijo también que sentiría vergüenza, si no era designado gobernador de Siria, siendo él Dolabella, en vez de Casio. El senado persuadió a un cierto Asprena para que le diera una falsa interpretación de los augurios durante los comicios, en la confianza de que Antonio cooperaría con ellos, pues era cónsul y augur, y se suponía que aún mantenía discrepancias con Dolabella. Sin embargo, Antonio, una vez que al llegar los comicios, Asprena dijo que los augurios eran desfavorables, cuando era costumbre encargar a otros de este menester, se irritó mucho con Asprena por su mentira y ordenó que las tribus votaran en el asunto de Dolabella.

8 De este modo Dolabella llegó a ser gobernador de Siria y general de la guerra contra los partos, y del ejército levado por César para esta guerra junto con aquel otro que se había adelantado hasta Macedonia. Entonces, por primera vez, se conoció que Antonio cooperaba con Dolabella. Después que este asunto fue resuelto con la intervención del pueblo, Antonio solicitó del senado la provincia de Macedonia, en la seguridad de que se avergonzarían de negarle Macedonia, una vez que Siria había sido concedida a Dolabella, máxime cuando aquella provincia no tenía ningún ejército. Se la concedieron contra su voluntad y extrañados de que Antonio hubiera entregado a Dolabella el ejército que había en ella, pero, contentos, sin embargo, de que Dolabella tuviera el ejército mejor que Antonio. Aprovecharon la oportunidad para pedir a Antonio otras provincias para Bruto y Casio, y les fueron concedidas Cirene y Creta o, según dicen otros, ambas a Casio y Bitinia a Bruto [12].

[12] Para las discrepancias en la exposición de los hechos tal como aparecen en Apiano (caps. 2-8) y el resto de las fuentes conteporáneas,

Tal era la situación en Roma. A su vez, Octavio, el hijo de la hija de la hermana de César[13], había sido prefecto de caballería del propio César durante un año solamente[14], debido a que César había convertido, en ocasiones, esta magistratura en anual y la rotaba entre sus amigos. Cuando era todavía un jovenzuelo había sido enviado por César a la ciudad de Apolonia[15], que está a orillas del Adriático, para recibir educación[16] y ser ejercitado en el arte de la guerra, a fin de que pudiera acompañarle contra los enemigos[17]. Mientras estaba en Apolonia, compañías de caballería procedentes de Macedonia le acompañaron, por turnos, en sus ejercicios, y algunos oficiales del ejército le visitaron con asiduidad en su calidad de familiar de César. Surgió así un conocimiento profundo entre aquéllos y éste, y un sentimiento de buena voluntad hacia su persona de parte del ejército, pues acogió a todos con amabilidad. Al sexto mes de su estancia en Apolonia, hacia el atar- 9

cf. Gabba, *Appiano...*, pág. 155, n. 1. Las provincias de Creta y Cirene parece que las concedió el senado a comienzos del mes de agosto (cf. Syme, *op. cit.*, pág. 119).

13 Era hijo de Gayo Octavio y de Atia, hija de Julia, segunda hermana de César, y, por tanto, sobrino-nieto de este último. Otros lo consideran como sobrino de César.

14 Esta noticia no es muy fidedigna y, de una u otra forma, los autores modernos la ponen en tela de juicio; así para Gabba, *Appiano...*, pág. 155 n. 3, que sigue a F. E. Addock, *CAH*, IX, págs. 725-726, este dato pudo tener sólo un valor propagandístico, para otros es un error de Apiano (cf. Gabba, *ibidem).* De otro lado, A. H. M. Jones, en su libro *Augusto*, Buenos Aires, 1974, pág. 22 (=*Augustus*, Londres, 1970), afirma que César «aparentemente le nombró *magister equitum* para la campaña» (contra los partos, que no se llevó a cabo por haber sido asesinado).

15 Ciudad de Iliria, en la costa de la actual Albania.

16 Su maestro de retórica fue Apolodoro de Pérgamo, distinguido retórico griego.

17 Se puede pensar que las enseñanzas militares correrían a cargo de oficiales de las legiones acantonadas en la vecina Macedonia para luchar contra los partos.

decer, le fue anunciado el asesinato de César en el edificio del senado a manos de las personas más queridas para él y, a la sazón, sus más poderosos subordinados. Sin embargo, como no le fue comunicada ninguna noticia de los restantes acontecimientos, le atenazó el temor y la incertidumbre de si el hecho era obra del senado en su conjunto o una acción privada de los autores del crimen; y de si habían recibido ya castigo de parte de una mayoría senatorial, o era ésta cómplice también, o si el pueblo estaba contento con lo ocurrido.

10 Ante este panorama, sus amigos de Roma le sugirieron que se refugiara junto al ejército que estaba en Macedonia para proteger su integridad física, y cuando supiera que el hecho no tenía un carácter institucional, que vengara a César con renovados bríos, en las personas de sus enemigos; algunos de los oficiales le prometieron su protección, si acudía. Sin embargo, su madre y su padrastro Filipo [18] le escribieron desde Roma que no se envaneciera ni confiara en demasía, sino que se acordara de lo que le habían hecho a César, el triunfador de todos sus enemigos, sus amigos más queridos; que prefiriese la situación de privado, en las circunstancias presentes, como aquella de menor riesgo, y que se diese prisa en marchar al lado de ellos en Roma, tomando precauciones. Octavio cedió ante estos consejos, pues desconocía lo ocurrido después de la muerte de César, así que se despidió de los oficiales del ejército [19]

---

[18] Se trata de L. Marcio Filipo, aristócrata que accedió al consulado en el 56 a. C. y se casó en segundas nupcias con Atia, madre de Octavio, siendo, por tanto, su padrastro (cf., sobre él, MÜNZER, en *RE*, s.v. *Marcius*, núm. 76; y, tb., GRUEN, «Pompey, the Roman Aristocracy, and the Conference of Luca», *Historia* 18 (1969), 97-98, y J. VAN OOTEGHEM, *Lucius Marcius Philippus et sa famille*, Bruselas, 1961, en especial, pags. 173-185.

[19] Entre ellos se encontraban Q. Salvidieno Rufo y su compañero de estudios Marco Vipsanio Agripa, hombres desconocidos hasta entonces, pero que habrían de alcanzar la gloria, y que eran partidarios

y cruzó el Adriático, no en dirección a Bríndisi, pues, como no había tanteado al ejército de allí, evitó todo riesgo, sino hacia otra ciudad, no lejos de Bríndisi, que estaba fuera de la ruta más directa, y cuyo nombre era Lupia[20]. Allí acampó y dejó pasar el tiempo.

Cuando tuvo una información más exacta acerca del 11
crimen y del dolor del pueblo, y le llegaron las copias del testamento y de los decretos del senado, algunos de sus amigos pensaron que debía temer más aún a los enemigos de César, puesto que era su hijo adoptivo y heredero, y le aconsejaron que renunciara a la adopción junto con la herencia. Pero él consideró que tanto esto como el no vengar a César sería un deshonor, así que se dirigió a Bríndisi enviando por delante algunos exploradores por temor a que cualquiera de los asesinos le hubiera tendido una trampa. Una vez que también el ejército de allí le salió al encuentro y le recibió como hijo de César, cobró ánimos, llevó a cabo un sacrificio y adoptó de inmediato el nombre de César. Pues es costumbre para los romanos que los hijos de adopción tomen el nombre de sus padres adoptivos[21]. Y él no sólo lo asumió, sino que incluso cambió totalmente su propio nombre y su patronímico, y en vez de Octavio, el hijo de Octavio, se llamó César, el hijo de César, y continuó usándolo siempre[22]. Al punto afluyeron ha-

---

de una acción rápida, igual que otros oficiales del ejército (cf. SYME, *The Roman Revolution*, pág. 129).

20 A unos treinta kms. al sur de Bríndisi.

21 Nota aclaratoria de Apiano.

22 Aunque, de hecho, él se llamó siempre a sí mismo Gayo Julio César, nosotros le llamaremos Octavio para evitar confusión con su padre adoptivo César. A raíz de la deificación de este último, obtuvo el título de *Divi Iulii filius*, y, desde el 38 a. C. en adelante, los líderes de la facción cesariana le llamaron *Imperator Caesar;* una vez que asumió el título de Augusto (concedido el 27 a. C., cf. n. 7 al l. I), su titulación fue *Imperator Caesar Caesaris Divi filius Augustus*. La posteridad lo conoció como *Divus Augustus* (cf. SYME, *The Roman Revolution*, páginas 111-112).

cia él, en masa, y desde todas partes, como hacia el hijo de César, una muchedumbre de hombres, algunos por amistad con César, otros que eran sus libertos y esclavos, y juntos con ellos iban también soldados, que llevaban enseres y dinero hacia Macedonia, o traían a Bríndisi otras sumas de dinero y tributos de las demás provincias.

12 Entonces, Octavio, lleno de confianza por el gran número de personas que acudían a su lado [23], por la fama del propio César y por la buena disposición de todos para con él, se puso en camino hacia Roma con una multitud notable, que, como un torrente, crecía más y más cada día. Aunque estaba a salvo de un ataque abierto, a causa de la misma multitud que le acompañaba, recelaba, sobre todo, por este mismo motivo de las emboscadas, pues hacía poco tiempo que había conocido a casi todos sus acompañantes. Algunas de las restantes ciudades, no obstante, no le eran totalmente favorables; sin embargo, los veteranos de César, que habían sido distribuidos en colonias, afluían desde sus asentamientos para saludar al muchacho, se lamentaban por César y maldecían a Antonio por haber dejado impune tamaño crimen, al tiempo que exclamaban que si alguien los guiaba, ellos serían sus vengadores. Octavio alabó su actitud, pero pospuso, por el momento, este hecho y los envió de regreso a sus casas. Cuando se hallaba en Tarracina [24] a unos cuatrocientos estadios de Roma, recibió la noticia de que Casio y Bruto habían sido privados de Siria y Macedonia por los cónsules y, como compensación, habían recibido a cambio otras provin-

---

23 Hacia mediados de abril, está atestiguada su presencia en Campania. Allí se encontró con su padrastro Filipo y con Balbo, secretario y confidente de César (cf. Cic., *Ad Attic.* XIV 10, 3). Hircio y Pansa, entre otros destacados seguidores de César, estaban en las cercanías (*ibid.*, XIX 11, 2).

24 También llamada Anxur, ciudad del Lacio.

cias más pequeñas, Cirene y Creta; del regreso de algunos exilados; de que se había hecho volver a Pompeyo; de que se habían inscrito algunos senadores en el senado de acuerdo con el testamento de César, y de algunos otros sucesos.

Cuando llegó a la ciudad[25], de nuevo, su madre, 13
Filipo y todos sus familiares tuvieron miedo de la hostilidad del senado hacia César y del decreto de que no hubiera procesos con pena de muerte por causa de César y del desprecio de Antonio, todopoderoso entonces, hacia él, pues no había acudido al lado del hijo de César, a su llegada, ni había enviado a nadie a recibirlo. Pero él apaciguó también estos temores diciéndoles que iría al encuentro de Antonio, como hombre más joven hacia uno de mayor edad y como privado hacia el cónsul, y que se ocuparía del senado en la forma conveniente. Dijo, además, que el decreto se había producido porque nadie había perseguido judicialmente a los asesinos; sin embargo, cuando alguna persona tuviera el valor de entablar un proceso judicial, el pueblo y el senado le prestarían su apoyo como a un acto legal y los dioses en razón de su justicia, y de igual modo Antonio. Pero, si rechazaba la herencia y la adopción, faltaría a César y cometería una injusticia con el pueblo en relación con su participación en el testamento.

Cuando finalizaba su alocución, prorrumpió en alta voz que no sólo sería algo honroso para él correr un riesgo, sino incluso morir también, si, después de haber sido distinguido hasta tal extremo por César entre todos, se mostraba digno de él, que había sido el más amante del peligro. Y repitió las palabras de Aquiles, que, a la sazón, estaban muy frescas en su mente, volviéndose hacia su madre cual si se tratara de Tetis:

---

[25] Su entrada en Roma tuvo lugar en la primera mitad de mayo del 44 a. C.

Ojalá muriese, en el acto, ya que no pude ayudar a mi
[amigo muerto[26].

Tras haber dicho esto, añadió que estas palabras y, en especial, su gesta habían proporcionado a Aquiles, más que ninguna otra cosa, su aureola inmortal; y él invocó a César, no como a un amigo, sino como a un padre; no como a un compañero de armas, sino como a un general, y no como a alguien que ha caído según la ley de la guerra, sino como a quien ha sido abatido, de manera impía, en la mansión senatorial.

14 A causa de ello, su madre, trocando su temor en gozo, lo abrazó como a la única persona digna de César y, absteniéndose ya de hablar, le urgió a que acometiera, con ayuda de la fortuna, lo que tenía decidido. Le aconsejó, no obstante, que usara todavía de maña y resignación, más bien que de osadía manifiesta. Octavio alabó su consejo y, tras prometerle que obraría así, envió de inmediato recado a sus amigos esa misma tarde, convocando a cada uno para que acudiera al foro al amanecer en compañía de una masa de gente. Presentándose allí a Gayo Antonio, el hermano de Antonio, que era el pretor de la ciudad, le comunicó que aceptaba la adopción de César. Pues era costumbre entre los romanos que los hijos adoptivos se presentaran a los pretores en presencia de testigos[27]. Después que el escribano público registró su declaración, marchó, al punto, desde el foro al lado de Antonio. Éste se hallaba en los jardines que le había regalado César y que habían pertenecido anteriormente a Pompeyo. Al producirse una prolongada demora a las puertas de la casa, Octavio sospechó de este hecho como indicio de la hostilidad de

---

[26] *Il.* XVIII 98-99.

[27] Nota aclaratoria de Apiano. Sobre la adopción en Roma, cf. LEONHARD, en *RE*, s.v. *Adoption* 2.

Antonio, pero, una vez que fue recibido en el interior, tuvieron lugar los saludos y preguntas mutuas propias de la ocasión. Y cuando llegó el momento de hablar sobre las cuestiones que eran necesarias, Octavio dijo[28]:
«Yo, padre Antonio, pues te justifican como tal los fa- 15
vores de César para contigo y tu gratitud hacia él, alabo algunos de tus actos posteriores a su muerte y te estoy agradecido por ellos, pero censuro otros, y te hablaré con la franqueza a la que me empuja mi dolor. No estabas a su lado cuando murió, puesto que te habían retenido los asesinos en la puerta, ya que le hubieras salvado o hubieras corrido el riesgo de sufrir el mismo destino con él; y si hubiera tenido que ocurrir la última de estas alternativas, fue para bien que no estuvieras presente. Cuando algunos senadores votaron una recompensa para los asesinos como tiranicidas, te opusiste enérgicamente, y por este hecho te doy las gracias de corazón, aunque sabías que los asesinos habían planeado matarte a ti también no, como pensamos nosotros, porque fueras a ser el vengador de César, sino, como ellos dicen, por temor a que fueras el sucesor en la tiranía. Pero aquéllos no iban a ser tiranicidas, a no ser que a un tiempo fueran también asesinos, por lo cual precisamente huyeron al Capitolio como reos suplicantes hacia un templo o igual que enemigos hacia una fortaleza. ¿De dónde, pues, habrían obtenido ellos una amnistía e impunidad para su crimen, a no ser que una parte del senado y del pueblo estuviera sobornada por aquéllos? Y tú deberías haber velado por el interés

[28] Es de notar en este discurso de Octavio cómo se enjuician los hechos ocurridos a raíz de los Idus de marzo, bajo la perspectiva de la propaganda augustea y, por tanto, antiantoniana, en contra del punto de vista mantenido al final del libro II (cf., sobre este asunto, GABBA, *Appiano...*, págs. 157-159). De otro lado cabe señalar cómo Apiano incorpora aquí el método tucidideo al contraponer discursos desde el punto de vista de cada interlocutor.

de la mayoría, puesto que eras cónsul. Pero incluso si tú hubieras deseado la otra alternativa, vengar tamaña impiedad y aleccionar de otro modo a los extraviados, tu cargo te capacitaba para ello. Sin embargo, tú enviaste rehenes de tu propia familia a los asesinos al Capitolio para su seguridad.

»Pero demos por supuesto también este hecho, que los sobornados te forzaron a hacerlo. Sin embargo, cuando, al ser leído su testamento y pronunciar tú mismo un discurso fúnebre justo, el pueblo, que sintió un vivo recuerdo de César, acudió con fuego contra sus casas y los perdonó por causa de sus vecinos, pero acordó volver con armas al día siguiente, ¿cómo no cooperaste con el pueblo y lo guiaste con fuego o con armas, o por qué no sometiste a juicio a los asesinos, si es que había necesidad de juicio contra los que habían sido cogidos en su acto criminal, tú que eras amigo de César, tú, el cónsul, tú, Antonio?

16 »Mario fue ejecutado en virtud de una orden tuya en razón a la plenitud de tu poder, pero consentiste que unos asesinos escaparan e, incluso, que algunos pasaran a sus provincias, que retienen impíamente después de haber dado muerte al que se las concedió. Bien es verdad que tú y Dolabella, los cónsules, actuando correctamente recuperasteis Siria y Macedonia para vosotros mismos cuando recientemente reordenasteis los asuntos públicos. Y por este hecho te estaría agradecido, si no hubierais votado al punto para ellos Cirene y Creta y hubierais considerado dignos de unas provincias a unos desterrados para que se defendieran contra mí en todo momento; y si no hubierais permitido que Décimo obtuviera la Galia Citerior, a pesar de que él, como los demás, era uno de los asesinos de mi padre. Sin embargo, puede que también alguien diga que estas cosas fueron decretadas por el senado. Pero tú aportaste tu voto y presidiste el senado, tú a quien más que

a ningún otro convenía que te hubieras opuesto por ti mismo. Pues la concesión de la amnistía implicaba tan sólo asegurar a aquéllos su seguridad personal como asunto de favor, pero votarles de nuevo provincias y recompensas era propio de unos hombres que ultrajaban a César e invalidaban tu decisión.

»El dolor, en verdad, me impulsó a hablarte así, en contra, tal vez, de lo que hubiera sido adecuado a mi edad y al respeto que te debo. No obstante, mis palabras han sido dichas ante quien es el amigo más conspicuo de César y que ha sido objeto por aquél del máximo honor y poder, y que, incluso, hubiera sido adoptado por él, si hubiera sabido que tú aceptabas figurar entre los descendientes de Eneas en lugar de los de Hércules; pues este hecho ⟨le hizo⟩ vacilar cuando reflexionaba en profundidad sobre su sucesión[29].

»Con vistas al futuro, Antonio, te conjuro por los 17
dioses que presiden la amistad y por el mismo César, por si quieres cambiar algunas de las medidas adoptadas, pues tú puedes hacerlo si quieres; y si no, a que, al menos, en el futuro me asistas y cooperes conmigo en tomar venganza sobre los asesinos con la ayuda del pueblo y de esas personas que todavía son amigos de mi padre. Pero si tienes algún respeto hacia aquéllos o hacia el senado, no seas duro con nosotros. Baste lo dicho con relación a este asunto. Conoces cómo están mis negocios privados, y el gasto para el reparto del dinero que mi padre dispuso que le fuera concedido al pueblo, y el apremio para ello a fin de que no parezca que soy un desagradecido, por razón de mi tardanza, ni cuantos han sido asignados a las colonias y permanecen en la ciudad pierdan el tiempo por mi causa. De

---

[29] Se decía que la estirpe de Antonio descendía de Hércules, así como César se vanagloriaba de tener por antepasados a Eneas y a Venus (cf. SYME, *The Roman Revolution*, pág. 263).

todas las pertenencias de César, que, a raíz de su muerte, fueron trasladadas a tu casa como lugar seguro desde la suya que entonces corría peligro, me parece bien que te quedes con las que constituyan un recuerdo y con cualquier otro objeto de adorno y todo lo demás que quieras tomar de nosotros, pero te ruego que, para que pueda distribuir su legado al pueblo, me devuelvas el oro acuñado que él había reunido para sufragar las guerras que tenía en proyecto. Me bastaría, de momento, para repartirlo entre trescientos mil hombres. El resto del importe, si me atreviera a confiar en ti, tal vez podías prestármelo tú o tomarlo prestado del tesoro público por tu mediación, si me lo concedes; y de inmediato pondré en venta mi propia hacienda.»

18 Después que Octavio hubo pronunciado tales palabras, Antonio quedó perplejo, pues su franqueza y osadía le parecían que desbordaban en exceso lo que cabía esperar y eran impropias de su juventud. Irritado con sus palabras, que no le guardaban el respeto que le era debido y, en especial, con la reclamación del dinero, le respondió con dureza en los términos siguientes: «Joven, si César te hubiera dejado a ti, junto con su herencia y su nombre, el gobierno, hubiera sido lógico que tú me pidieras cuentas de mis actos públicos y que yo te las diera. Pero si los romanos jamás concedieron el gobierno a nadie en virtud de sucesión, ni siquiera en la época de los reyes, a los cuales expulsaron y juraron no aceptar más a otros —cargo que también los asesinos imputaron, en especial, a tu padre cuando afirmaron que le habían matado por comportarse como un rey, y no como un líder—, no hay necesidad de que yo te responda de mis actos públicos. Y por esta misma razón te eximo de que me guardes gratitud alguna por ellos, pues fueron realizados no para satisfacerte a ti, sino al pueblo, a excepción de uno solo, y que precisamente fue el más importante de todos para César y pa-

ra ti. Pues si, por razón de mi propia seguridad personal y para no atraerme enemistades, hubiera yo consentido que le fueran votados honores a los asesinos como a unos tiranicidas, César se hubiera convertido en un tirano, para quien ningún tipo de gloria ni honor ni la confirmación de sus actos hubiera sido posible; no hubiera tenido la posibilidad de hacer testamento, ni hubiera tenido hijo, ni hacienda, ni su propio cuerpo hubiera sido considerado digno de recibir un funeral, ni siquiera como un ciudadano privado. Pues las leyes arrojan fuera de las fronteras, insepultos, a los cuerpos de los tiranos, ultrajan su recuerdo y confiscan sus propiedades.

»Temiendo yo cada una de estas consecuencias, luché 19
en favor de César, con riesgo personal y granjeándome enemistades, para que obtuviera una gloria inmortal y un funeral público, frente a unos hombres prestos a la acción y sanguinarios y que, como tú sabes, habían conspirado ya contra mí, y frente al senado que estaba irritado con tu padre por haberle arrebatado su poder. Sin embargo, preferí voluntariamente correr este riesgo y sufrir cualquier cosa, a consentir que César quedara insepulto y deshonrado, el hombre más destacado de su época, el más afortunado en todos los aspectos y el que más que ningún otro era para mí digno de estima. Y por haber incurrido yo en estos mismos peligros tienes tú también todos tus actuales honores como heredero de César, su linaje, su nombre, su dignidad y su hacienda. Y hubiera sido más justo que me mostrases tu agradecimiento por estas cosas que reprocharme las concesiones que tuve que hacer para apaciguar al senado, o como compensación por aquellos otros favores que necesité de él, o de acuerdo con otras necesidades o razones, tú un hombre joven a uno de mayor edad.

»Y baste con lo dicho hasta aquí sobre estas cuestiones. Pero has manifestado también que yo ambiciono

el liderazgo, no siendo así, aunque no me considero indigno de él, y que estoy enojado por no haber sido mencionado en el testamento de César, pese a que estás de acuerdo conmigo en que también me basta el linaje de los heraclidas.

20 »Y respecto a tus necesidades pecuniarias, hubiera creído que hablabas en broma cuando querías tomar un préstamo del tesoro público, si no fuera posible aún pensar que tú desconoces que las arcas del Estado han quedado vacías por causa de tu padre; porque desde que accedió al poder, los tributos públicos han ido a parar a sus manos en vez de al tesoro público y se encontrarán de inmediato entre la hacienda de César, cuando votemos que se abra una investigación sobre ella. Pues no será injusta esta investigación para César, ahora que ya está muerto, y tampoco le hubiera parecido a él injusta si en vida se le hubiera exigido una rendición de cuentas. Y puesto que muchos ciudadanos privados disputarán contigo por cada una de las partes de su hacienda, podras darte cuenta tú mismo de que la posees no sin contestación. En cuanto al dinero trasladado a mi casa, no era una suma tan grande como tú conjeturas, ni existe ahora cantidad alguna en mi poder, puesto que los hombres que detentaban las magistraturas y el poder, excepto Dolabella, y mis hermanos, lo repartieron en su totalidad de inmediato como la propiedad de un tirano, pero, gracias a mi intercesión, se le dio otro destino, a fin de obtener el apoyo para los decretos en favor de César. Así que tú, si eres sensato, cuando tengas el resto lo distribuirás entre los que están enemistados contigo, más bien que entre el pueblo. Pues aquéllos, si son juiciosos, enviarán al pueblo a sus colonias; el pueblo, en cambio, como has aprendido tú recientemente instruido en los estudios griegos, es algo inestable como las olas del mar que ora avanzan, ora retroceden. De igual modo también, entre nosotros, el

pueblo, en todo momento, tras encumbrar al máximo a sus favoritos los arroja de nuevo a sus pies [30].»

Indignado con muchas de las palabras de Antonio, 21 dichas en son de ultraje, Octavio se retiró invocando a su padre repetidamente por su nombre y puso al punto en venta la totalidad de la hacienda que le había correspondido por herencia, instando al pueblo a que le apoyara a la vista de su celo. Una vez que se había hecho patente la enemistad de Antonio hacia él y que el senado había decretado la investigación inmediata del tesoro público, la mayoría empezó a recelar del joven César a causa de la benevolencia de su padre hacia los soldados y la plebe, y a causa de su actual popularidad basada en la distribución del dinero, y debido también a la hacienda, que al haberle llegado en abundancia, hacía pensar a la mayoría que no se iba a mantener dentro de los límites de un ciudadano privado. Pero temían, sobre todo, que Antonio, imponiendo su influencia sobre Octavio, un hombre joven, distinguido y rico, se hiciera antes que éste con el poder absoluto de César. Otros estaban encantados con la situación presente, en la creencia de que ambos varones llegarían a estorbarse mutuamente y de que la riqueza de César se esfumaría de inmediato con motivo de la investigación del tesoro público, y de que el erario del Estado se llenaría con la hacienda de aquél, pues la mayor parte de los fondos públicos se encontrarían entre las pertenencias de César.

Muchos de ellos sometieron a Octavio a diversos 22 pleitos en relación con las tierras, aduciendo cada uno una causa sobre cada predio entre otras diferentes, pero una común a la mayoría, a saber, que estas tierras pertenecían a personas que habían sufrido confiscaciones, o habían sido desterradas o muertas en virtud de

[30] Cf. Demóstenes, XIX 136.

la proscripción. Llevaron los pleitos ante el mismo Antonio o ante Dolabella, el otro cónsul. Y si algún juicio se celebraba ante otro magistrado, las más de las veces, en todas partes Octavio era igualmente derrotado para agradar a Antonio, aun cuando mostraba que las compras las había hecho su padre del agro público, y que el decreto más reciente ratificaba todos los actos de César. Muchas injusticias se cometieron contra Octavio en el curso de los procesos y el capítulo de pérdidas progresaba hasta el infinito, hasta que Pedio y Pinario [31], que tenían también una parte de la herencia según el testamento de César, se quejaron a Antonio en nombre de ellos mismos y en el de Octavio de que estaban sufriendo injusticias en contra del decreto del senado. Creían que él debía anular tan sólo los actos destinados a agraviar a César y ratificar, en cambio, todos aquellos otros que habían sido realizados por él. Antonio reconoció que tal vez sus actos estaban en contradicción, de alguna forma, con lo que había sido decretado, pero dijo también que los decretos habían sido registrados en un sentido diferente de su interpretación originaria. Pues, mientras que la amnistía era la única cosa urgente, la cláusula de que «no se trastocara ninguna de las medidas tomadas con anterioridad», no se añadió en virtud de ella misma, ni siquiera porque fuera válida pura y simplemente para todos los asuntos, sino, más bien, para atraerse y apaciguar al pueblo que estaba alboro-

---

[31] Lucio Pinario y Quinto Pedio eran sobrinos o sobrinos-nietos de César (cf. Suet., *Caes.* 83, 2). Pinario es un personaje bastante desconocido. Pedio había sido legado de César durante la guerra de las Galias (cf. *Bell. Gall.* II 2, 1), y procónsul de la España Citerior a fines del 45 a. C. (cf. *C.I.L.* I², pág. 50), y cónsul en el 43 a. C. (para más detalles, cf. Gruen, *The Last Generation of the Roman Republic*, Berkeley, 1974, págs. 119 y 205-206, y Syme, *The Roman Revolution*, página 128, n. 4). Ambos habían recibido una cuarta parte en el testamento de César, en tanto que Octavio recibió las tres cuartas partes (cf. Jones, *Augusto*, págs. 23-24).

tado con estos sucesos. Sería más justo que, siguiendo al espíritu del decreto mejor que a la letra, no se opusieran, en contra de lo razonable, a tantos hombres que habían sido despojados de sus propiedades personales o de las de sus antepasados por causa de las luchas civiles, en favor de un jovenzuelo que había recibido una cantidad tan grande de dinero perteneciente a otros e impropia de su condición de privado, más allá de sus esperanzas, y que usaba de su fortuna de manera incorrecta para las aventuras más descabelladas. Y que él se cuidaría de ellos una vez que su lote hubiera sido separado del de Octavio. De esta forma respondió Antonio a Pedio y Pinario. Y éstos tomaron de inmediato su parte a fin de no perderla en los juicios, no tanto por ellos mismos como por el interés de Octavio, pues poco tiempo después se la iban a prestar a aquél.

Se avecinaba el espectáculo [32] que en honor del pre- 23
tor Bruto se disponía a celebrar Gayo Antonio, el hermano de Antonio, y que se encargaba de los otros deberes de la pretura de Bruto cuando éste estaba ausente. El preparativo para los juegos era costoso y había la esperanza de que el pueblo, cautivado por el espectáculo, llamara de nuevo a Bruto y Casio. Octavio, por su parte, en un intento por captarse el favor de la plebe, repartía cuanto dinero había producido la venta de sus bienes entre los cabezas de las tribus, por turno, para que lo distribuyesen entre quienes vinieran los primeros a tomarlo. Recorría los locales en los que se efectuaban las ventas y ordenaba a los subastadores que ofrecieran todo al precio más bajo posible, por causa de su incertidumbre y temor por los juicios todavía pendientes y a causa también de su premura. Todo lo cual, precisamente, despertó la piedad y la benevolencia del

---

32 Se trata de los *ludi Apollinares* que se celebraban entre el 6 y el 13 de julio (cf. WEINSTOCK, *Divus Iulius*, pág. 369, sobre estos juegos).

pueblo hacia él como hacia alguien indigno de sufrir un trato así. Pero, una vez que, después de la herencia de César, puso también a la venta para su distribución al pueblo toda aquella hacienda de su propiedad que había recibido de su padre Octavio o que poseía de alguna otra parte, y cuanto pertenecía a su madre y a Filipo, así como la parte de la herencia que había tomado en préstamo a Pedio y Pinario, porque a consecuencia del litigio no fue suficiente la propiedad de César para este único propósito, el pueblo, considerando que no se trataba ya de la donación del anterior César sino de la de este mismo, se apiadó profundamente y lo elogió por cómo sufría y por abrigar una ambición tal. Y estaba claro que no iban a soportar por mucho tiempo el ultraje de Antonio hacia él.

24 Y mostraron sus sentimientos en el transcurso de los juegos de Bruto, a pesar de la magnificencia de éstos; pues, cuando algunas personas, bajo soborno, demandaron a gritos la vuelta de Bruto y Casio después de haber tratado de suscitar en el resto del auditorio, de forma demagógica, un sentimiento de piedad hacia aquéllos, irrumpieron en oleadas en el interior del recinto y detuvieron los juegos hasta que acallaron su demanda. Bruto y Casio, una vez que Octavio frustró las esperanzas que tenían puestas en los juegos, decidieron ir a Siria y Macedonia, ya que habían sido sus provincias antes de que les fueran votadas a Antonio y Dolabella, y tomarlas por la fuerza [33]. Cuando fueron conocidas sus intenciones, Dolabella se apresuró a marchar a Siria y antes de Siria a la provincia de Asia para obtener dinero de ella. A su vez, Antonio, considerando que

[33] El relato de Apiano respecto de los avatares de estas provincias es, ya lo hemos dicho, confuso; antes se mencionó (cf. cap. 8) que el senado les había dado a cambio Creta y Cirene, aunque en un contexto no concorde cronológicamente con este hecho, ya que fue posterior (cf. n. 12).

iba a necesitar tropas para sus planes futuros, decidió tranferirse a sí mismo el ejército que estaba en Macedonia, que era el más aguerrido y el más grande por su número de efectivos, pues estaba integrado por seis legiones amén de un gran número de arqueros, de tropas ligeras o sin armamento y gran cantidad de caballería y material de guerra en una proporción cabal; aunque parecía que en rigor pertenecía a Dolabella, el cual estaba encargado de Siria y de la guerra contra los partos, y César se disponía a utilizar estas tropas contra los partos, y se lo quiso anexionar especialmente porque estaba próximo y con cruzar tan sólo el Adriático estaba ya en Italia.

25 De repente saltó el rumor de que los getas, al enterarse de la muerte de César, habían invadido Macedonia y la saqueaban. Entonces, Antonio solicitó este ejército al senado para castigar a los getas, aduciendo que él había sido preparado por César para atacar a los getas antes que a los partos y que estos últimos estaban tranquilos por el momento. El senado desconfiaba del rumor y envió emisarios para que realizaran una investigación. Entretanto, Antonio, tratando de disipar su miedo y sus sospechas, propuso un decreto de que no fuera posible a nadie, bajo ningún motivo, ni hablar de una dictadura, ni votarla, ni aceptarla, si se ofrecía, y que el que contraviniera alguna de estas prohibiciones pudiera morir impunemente a manos de cualquiera. Y, tras haberse ganado de este modo a su auditorio y haber llegado al acuerdo con los partidarios de Dolabella de que le daría una legión, fue elegido general en jefe de las fuerzas de Macedonia. Cuando obtuvo lo que quería, despachó de inmediato a su hermano Gayo para que comunicara con premura el decreto al ejército. Los observadores, a su regreso, dijeron que no habían visto getas en Macedonia, pero añadieron, ya sea porque fuera verdad o porque hubieran sido aleccionados por Antonio,

que existía el temor de que si se trasladaba el ejército los getas llevaran a cabo una incursión en Macedonia.

26 Mientras ésta era la situación en Roma, Casio y Bruto estaban reuniendo dinero y un ejército, y Trebonio, el gobernador de la provincia de Asia, fortificaba las ciudades para ellos. Cuando llegó Dolabella, Trebonio no le admitió ni en Pérgamo ni en Esmirna, sino que le permitió únicamente, como cónsul, aprovisionarse fuera de las murallas. Pero cuando Dolabella atacó con furia los muros y no consiguió nada, Trebonio le dijo que le recibiría en Éfeso. Aquél partió de inmediato hacia allí y Trebonio envió un destacamento para que le siguiera a una cierta distancia; éstos, al sobrevenir la noche, viendo que Dolabella proseguía su marcha y sin albergar ya sospecha alguna, regresaron a Esmirna después de dejar unas pocas tropas para que le siguieran. Dolabella tendió una emboscada a estos pocos, y tras haberlos copado los mató y regresó esa misma noche a Esmirna, y al encontrar la ciudad desguarnecida se apoderó de ella por medio de escaleras.

Trebonio, que había sido capturado mientras estaba aún en el lecho, ordenó a sus captores que le condujeran ante Dolabella, pues les seguiría voluntariamente. Y uno de los centuriones le respondió en son de burla: «Ve tú, pero deja aquí tu cabeza, pues nos fue ordenado llevarte no a ti sino a tu cabeza.» Y nada más decir esto, lo decapitó [34]. Al amanecer, Dolabella ordenó que la cabeza fuera expuesta sobre la silla del pretor, en la que Trebonio acostumbraba a atender los asuntos públicos. A su vez, los soldados y demás personal de servicio del ejército, como Trebonio había participado en la muerte de César al haber entretenido a Antonio con una

[34] La noticia de la muerte de Trebonio se conoció en Roma a principios de marzo (cf. Cic., *Fil.* 11, que da como fecha el 6 de marzo; además, Syme, *The Roman Revolution*, pág. 172).

conversación a las puertas del edificio del senado mientras César era asesinado, se lanzaron con saña contra el resto de su cuerpo y cometieron en él toda clase de violencias. Y pasándose la cabeza unos a otros como una pelota, por el pavimento de las calles de la ciudad, a modo de un juego, la machacaron y trituraron. Y éste fue el primero de los asesinos que recibió tal castigo.

Antonio planeó trasladar el ejército desde Macedonia 27
a Italia, pero, como no disponía de ningún pretexto para ello, solicitó al senado que le cambiara la provincia de Macedonia por la de la Galia Cisalpina, que estaba bajo el mando de Décimo Bruto Albino[35]. Pues sabía Antonio que César, partiendo desde esta provincia gala había vencido a Pompeyo, y pensaba que daría la impresión de que trasladaba el ejército no a Italia sino a la Galia. Pero el senado, que consideraba esta provincia de la Galia como una fortaleza para ellos, se irritó, y entonces, por vez primera, se dieron cuenta de la estratagema y se arrepintieron de haberle dado Macedonia. Los senadores más influyentes escribieron en privado a Décimo para que sostuviera el mando con energía y reuniera tropas adicionales y dinero si Antonio utilizaba la violencia; hasta tal punto sentían temor y odio hacia este último. Mas Antonio planeó solicitar esta provincia al pueblo mediante una ley, en vez de al senado, de la misma forma que también César la había obtenido anteriormente, y Dolabella había obtenido Siria en época más reciente. Sin embargo, y para intimidar al senado, ordenó a Gayo que cruzara de inmediato el Adriático con el ejército hasta Bríndisi.

---

[35] La ley, titulada *Lex de permutatione provinciarum*, fue presentada el día primero de junio, aunque fue aprobada algunos días más tarde, y proponía el cambio de la Galia Cisalpina y la Galia Comata por la provincia de Macedonia. Para el desacuerdo de este punto de la tradición de Apiano con la versión de Dión Casio (XLV 9), cf. Gabba, *Appiano...*, pág. 156 n. 2.

28 Éste se dispuso a hacerlo como se le había ordenado. Entretanto era ya la fecha de los juegos [36] que se disponía a ofrecer el edil Critonio. Y Octavio, con vistas a los juegos, había preparado el trono de oro y la corona de su padre que el senado había concedido mediante decreto que estuvieran expuestas ante él en todos los juegos [37]. Sin embargo, Critonio dijo que no toleraría que César fuera honrado en unos juegos costeados por él, por lo que Octavio le condujo ante Antonio en su calidad de cónsul. Pero cuando este último anunció que remitiría el asunto al senado, Octavio, indignado, dijo: «Remítelo, pero yo expondré el trono mientras tenga vigencia el decreto.» Entonces, Antonio se irritó y lo impidió. Y también lo impidió, de forma todavía más absurda, en los siguientes juegos [38], que costeó el propio Octavio, instituidos por su padre en honor de *Venus Ge-*

---

[36] No se sabe con certeza de qué juegos se trataba, algunos autores (cf. SYME, *The Roman Revolution*, pág. 116) sostienen que eran los *ludi Ceriales*, los cuales se celebraban entre el 12 y el 19 de abril, y que habrían sido pospuestos, en esta ocasión, a mitad de mayo, así RICE HOLMES, *The architect of the Roman Empire*, 2 vols., Oxford, 1928/31, I, pág. 191; según CIC., *Ad Attic.* XV 3, 2, al 22 de mayo. Sin embargo, WEINSTOCK (*Divus Iulius*, pág. 368) descarta que fueran éstos ni los celebrados en los *Parilia*, ni tampoco los *ludi Martiales*, creados con posterioridad.

[37] El decreto fue promulgado entre el 26 de enero y el 19 de febrero del 44 a. C., entre los honores conferidos a César al nombrarle *dictator perpetuus* (cf. WEINSTOCK, *op. cit.*, págs. 281 y sigs. y 368; según él formaba parte este trono, junto con la diadema o corona, de los atributos divinos de César).

[38] Se trata de los *ludi Victoriae Caesaris* a celebrar en julio, entre el 20 y el 30 de ese mes, que Octavio pensó fusionar con los *ludi Veneris Genetricis*, también celebrados en estas fechas, como hizo su padre adoptivo cuando los creó en el 46 a. C. Octavio manifestó sus planes al respecto en una alocución en torno al 18 de mayo (cf. CIC., *Ad Attic.* XV 2, 3). Sobre el carácter de estos juegos, cf. WEINSTOCK, *op. cit.*, págs. 368-369). En todo caso, estos juegos tenían un carácter menos oficial y más familiar, de ahí la apreciación de Apiano sobre la actitud absurda de Antonio al impedir la exhibición del trono, lo que, además, era un acto perfectamente legal.

netrix, cuando le dedicó el templo del foro junto con el mismo foro. Y fue entonces cuando brotó ya un odio manifiesto de todos hacia Antonio, porque parecía que no se trataba tanto de una rivalidad con el joven César como de un sentimiento vejatorio y desagradecido hacia el anterior.

Octavio en persona, con una multitud a modo de guardia personal, merodeaba entre la plebe, entre aquellos que habían recibido favores de su padre o habían servido a sus órdenes en la guerra, para despertar su enojo y les suplicaba que no repararan en él, a pesar de que sufría tales y tan grandes vejaciones, y que lo ignoraran, por propio deseo, pero que defendieran, en cambio, a su comandante en jefe y benefactor, deshonrado por Antonio; y que se defendieran también a sí mismos, porque no iban a tener en seguridad nada de lo que habían recibido de César, a no ser que los decretos dados en su honor permanecieran con plena vigencia. Y por todas partes de la ciudad, subiéndose a un lugar elevado, gritaba contra Antonio: «Deja de estar irritado y de ultrajar a César por mi causa, oh Antonio, pues, en especial, para ti fue el más grande benefactor. Dirige contra mí cuantos ultrajes quieras, pero detén el saqueo de su hacienda hasta que los ciudadanos se lleven su parte de la herencia y quédate con todo el resto; yo, aunque pobre, me daré por satisfecho si la gloria de mi padre permanece y si permites que se lleve a cabo la distribución entre el pueblo.»

A partir de este momento los gritos de protesta con- 29
tra Antonio fueron ya continuos y públicos. Sin embargo, este último amenazó a Octavio con mayor acritud, y, cuando fueron conocidas sus amenazas, todos se exarcebaron más aún. Los tribunos de la guardia de Antonio, que habían servido bajo el anterior César y gozaban, a la sazón, de los máximos honores de parte de Antonio, le pidieron que contuviera su actitud violenta

en beneficio de ellos y del suyo propio, puesto que él había servido bajo César y había alcanzado de éste los privilegios que ahora tenía. Antonio, en efecto, se mostró de acuerdo con la veracidad de estas palabras, y sintiendo respeto hacia quienes habían hecho la petición y necesitando al mismo tiempo del propio Octavio, por causa del pueblo en relación con su permuta de la Galia Cisalpina, estuvo conforme con la propuesta de ellos y juró que sus hechos eran bastante opuestos a su intención, pero que su cambio de actitud se había debido al jovenzuelo, que se había mostrado insufriblemente engreído, a pesar de ser todavía un hombre tan joven, y sin ningún respeto u honor hacia sus mayores en edad y autoridad. Y aunque el talante del joven se merecía una mayor reprimenda, en su propio beneficio, no obstante, en atención a la demanda de ellos, depondría su cólera y retornaría a su anterior disposición e intención, si también aquél desistía de su arrogancia.

30 Los tribunos se congratularon por este hecho y llevaron a ambos a una reunión. Ellos, tras hacerse algunos reproches mutuos, concertaron una alianza. La ley relativa a la Galia Cisalpina fue presentada de inmediato, ante el pánico tremendo del senado, que pensó impedir que se sometiese a debate previo, si Antonio la llevaba primero al senado, y, si la presentaba al pueblo sin previa deliberación, enviar a los tribunos de la plebe para que la vetasen. Hubo quienes pidieron que se concediera la libertad total a la provincia, pues hasta tal punto temían la proximidad de la Galia Cisalpina. Y Antonio les censuró que la confiasen a Décimo porque había asesinado a César, y, en cambio, no tuviesen confianza en él porque no había asesinado al que sometió la provincia y la puso ante sus rodillas, arrojando estos reproches abiertamente a todos como a hombres que se alegraban de lo ocurrido. Una vez que llegó el día fijado para los comicios, el senado esperaba que la

asamblea se reuniera por centurias, pero Antonio y los suyos, que habían rodeado el foro con una cuerda mientras todavía era de noche, la convocaron para que entraran por tribus, según un acuerdo previo. Y aunque la plebe estaba irritada con Antonio, cooperó, sin embargo, debido a que Octavio permanecía junto a la cuerda y se lo pedía. Y actuó de esta forma, sobre todo, para que Décimo no tuviera el mando de una provincia estratégica y de un ejército, siendo uno de los asesinos de su padre, y, además, para satisfacer a Antonio, con el que había llegado a un pacto. Esperaba también obtener a cambio alguna ayuda de Antonio. Y como los tribunos habían sido sobornados por este último y se mantuvieron callados, la ley entró en vigor [39] y Antonio, con un motivo justificado, hizo cruzar el Adriático a su ejército.

Habiendo muerto uno de los tribunos de la plebe, 31
Octavio favoreció a Flaminio en la elección de su sucesor. El pueblo pensó, sin embargo, que él deseaba el cargo, pero que no se había presentado como candidato porque no contaba con la edad requerida, y decidió designar tribuno a Octavio en los comicios [40]. El senado estaba receloso del incremento de su poder y temía que, si llegaba a ser tribuno, condujera a los asesinos de su padre ante el pueblo para un juicio. Y Antonio, haciendo caso omiso de la alianza recién concertada con Octavio, ya sea para agradar al senado o para apaciguarlo porque estaba irritado por la ley relativa a la Galia Cisalpina, o por alguna otra razón particular, publicó un edicto como cónsul, de que Octavio no intentara nada contra la ley o que, de otro modo, usaría contra él de todo el peso de su autoridad. Como el edicto constituía

[39] Cf. n. 35 a este libro.

[40] Estamos a fines de julio del 44 a. C. (cf. Cic., *Fil.* 1, 8, y Frisch, *Cicero's Fight...*, págs. 113-115).

un acto de ingratitud hacia Octavio, y un ataque a la vez contra su persona y el pueblo, este último se encolerizó y se dispuso a contender en los comicios, hasta el punto de que Antonio tuvo miedo y suspendió éstos, dándose por satisfecho con el número restante de tribunos. Entonces, Octavio, al sentirse ya claramente atacado, envió muchos emisarios a las ciudades colonizadas por su padre para que les comunicaran lo que ocurría y se informaran del estado de opinión de cada una de ellas. Y envió también a algunos para que se introdujeran en el campamento de Antonio, a modo de comerciantes, y tomaran contacto con los soldados más osados y distribuyeran panfletos, en secreto, entre la tropa.

32 Mientras Octavio estaba ocupado en estos asuntos, los tribunos solicitaron nuevamente una audiencia a Antonio y le dijeron: «Nosotros, oh Antonio, y todos aquellos que, sirviendo contigo bajo César, contribuimos a establecer su poder y persistimos, día a día, en ser los soportes del mismo, sabemos que sus asesinos nos odiaron y conspiraron por igual contra nosotros, y que el senado les otorgó su favor a aquéllos. Sin embargo, cuando el pueblo los desterró, cobramos nuevos ánimos al ver que los actos de César no carecían por completo de amigos, ni habían sido olvidados, ni estaban faltos de gratitud. Y pusimos nuestra seguridad futura en tus manos, porque eras el amigo de César y el más experto de todos después de él en el mando, así como nuestro jefe actual y el más apto para ello. Mas ahora renacen nuestros enemigos, usan de la violencia, con osadía, contra Siria y Macedonia, reúnen dinero y un ejército contra nosotros, el senado excita a Décimo contra ti, y tú malgastas el poder de tu mente en rencillas con el joven César, así que tememos con razón que vuestra pugna privada se añada a una guerra que, si no ha estallado ya, es inminente, y que se cunpla para nuestros enemigos todo aquello que quieren contra nosotros. Te

pedimos que reflexiones sobre estas cosas por piedad hacia César, por salvaguardarnos a nosotros que, en absoluto, hemos merecido tu reproche, y antes que por nosotros, por tu propio interés, y que, mientras todavía puedas, ayudes a Octavio solamente, pues eso bastará, a castigar a los asesinos. Luego, tú puedes disfrutar del poder de inmediato, sin preocupaciones, y también nos habrás procurado seguridad a nosotros que tenemos miedo por nosotros mismos y por ti.»

A las consideraciones de los tribunos respondió Antonio en los siguientes términos [41]: «Cuánta amistad y fervor hacia César, mientras estuvo vivo, mostré, siendo el primero de todos en arrostrar el peligro en los momentos críticos para aquél, lo conocéis perfectamente, vosotros que fuisteis mis compañeros de armas y partícipes de los acontecimientos. Mas el favor y la estima, tan grandes, que aquél tuvo conmigo en el transcurso de su vida, no está bien que sea yo quien lo testimonie. Y los asesinos, que conocían bien ambos hechos, conspiraron matarme a mí también junto con César, porque ellos eran conscientes de que, mientras yo viviera, no iba a ceder ante un hecho tal. Y quienquiera que los hizo mudar de opinión, no actuó impulsado por un deseo benévolo de salvar mi vida, sino por preservar la apariencia de un tiranicidio, a fin de que no pareciera que mataban a muchos como enemigos, sino a uno solo como a un tirano. ¿Quién, por tanto, podría creer 33

[41] Este discurso de Antonio es importante para comprender la postura de la tradición apianea con respecto a Antonio y Octavio y, sobre todo, para avanzar una explicación más concreta en cuanto al tono filoantoniano del final del libro II y antiantoniano de los capítulos iniciales del libro III, y completa los conceptos vertidos por ambas personalidades en la entrevista habida entre ellos (cf., sobre todo, el discurso de Octavio de los cap. 15-17). Véase un análisis pormenorizado de este discurso en GABBA, *Appiano...*, págs. 159-165, en especial, 159-162.

que yo me despreocupo de César, que fue mi bienhechor, y que prefiero a sus enemigos, y que agradezco su muerte voluntariamente a los que conspiraron contra mí, como piensa el joven César? ¿De dónde, pues les vino la amnistía y los puestos de responsabilidad? Pues quiere imputarme a mí estos hechos, en vez de al senado. Enteraos de como ocurrió.

34 »Cuando César fue muerto, de improviso, en el senado, me sobrevino más que a ningún otro, un temor, en razón de mi amistad con él y por mi falta de conocimiento exacto, pues no conocía los particulares de la conspiración, ni contra cuántos iba dirigida. El pueblo estaba aterrorizado y los asesinos, en compañía de los gladiadores, se apoderaron del Capitolio y se encerraron en él. El senado estaba de su parte, igual que también lo está ahora más claramente aún, y propuso votar una recompensa a los asesinos como a unos tiranicidas. Si César hubiera sido declarado un tirano, hubiera sido posible matarnos a nosotros todos como a amigos de un tirano. De este modo, encontrándome yo en medio de la confusión, ansiedad y miedo, en una situación en la que no había lugar para una actitud temeraria ni vacilante, si examináis con atención hallaréis que, donde hubo necesidad de audacia, fui el más osado y, donde de ingenio, el más mañoso. Lo primero de todo, porque implicaba todo lo demás, era impedir que se votaran las recompensas a los asesinos. Y esto precisamente lo conseguí oponiéndome con todas mis fuerzas al senado y a los asesinos, con un arrojo temerario y lleno de peligros porque entonces creía que los partidarios de César sólo estaríamos seguros en el caso de que éste no fuera declarado un tirano. Sin embargo, como quiera que los enemigos y el propio senado estaban aquejados del mismo temor de que, si César no era declarado un tirano, serían apresados por asesinato y, por este motivo, se oponían, me avine a que se les otorgara la amnistía en

vez de las recompensas, a fin de obtener a cambio lo que necesitaba. ¿Y cuánto era esto y de qué importancia? Que el nombre de César, el más querido de todos, con mucho, para mí no fuera borrado, ni su hacienda fuera confiscada, ni la adopción de la cual ahora ese joven se enorgullece fuera anulada, ni invalidado su testamento, que su cuerpo recibiera un funeral regio, que los honores inmortales que le habían sido decretados previamente permanecieran con pleno vigor, que todos sus actos fueran ratificados y que su hijo y nosotros sus amigos, así como sus generales y soldados, gozáramos de una seguridad personal garantizada y de una vida de honor, en lugar de ignominia.

»¿Acaso os parece que pedí pocas cosas o de escaso 35
valor al senado a cambio de la amnistía?, o ¿pensáis que el senado me las habría concedido sin la amnistía? Y, en verdad, hubiera sido justo cambiar, con honestidad, estas cosas por aquellas otras y respetar, con intención sincera, la vida de los asesinos en provecho de la gloria inmortal de César y de la garantía de nuestra seguridad personal. Sin embargo, yo no actué con una intención tal, sino con la idea de diferir su castigo. Y una vez que, ciertamente, obtuve del senado lo que necesitaba en primer lugar, y los asesinos aflojaron su guardia por creerse libres de ansiedad, recobré nuevos bríos y socavé la amnistía no por medio de votos o decretos —pues ello era imposible—, sino granjeándome el favor del pueblo de forma imperceptible. Y, así, so pretexto de su funeral, conduje el cadáver de César al foro y dejé al descubierto sus heridas, mostrando su número y su ropa ensangrentada y desgarrada por los golpes. En mi oración fúnebre, recordé, en medio de todos, en términos patéticos su valor y amor hacia el pueblo, llorándole como a un muerto, pero invocándole como a un dios. Estos hechos y palabras míos excitaron al pueblo, que encendió fuego después de la amnistía

y lo llevó contra las casas de los enemigos y expulsó a los hombres de la ciudad. Y cómo esto ocurrió en contra y con el enojo del senado lo reveló, al punto, el hecho de que me acusaron de soliviantar al pueblo y el que enviaron a los asesinos a tomar el mando de las provincias, Bruto y Casio, a Siria y Macedonia, que estaban provistas de grandes ejércitos, diciéndoles que se apresuraran antes, incluso, del tiempo establecido, bajo el pretexto de su preocupación por el aprovisionamiento de trigo. Entonces, en verdad, se apoderó de mí otro miedo aún mayor, puesto que no tenía ningún ejército propio, no fuera a ser que quedáramos inermes ante tantos hombres armados. Sospechaba, además, de mi colega, pues en todo momento discrepaba conmigo, fingía haber participado en la conspiración contra César y había propuesto que el día de su asesinato se festejara como el del nacimiento de la República.

36 »En tal grado de desconcierto y apremio por desarmar a nuestros enemigos y transferir sus armas a los nuestros, di muerte a Amatio e hice volver a Pompeyo, a fin de propiciarme nuevamente al senado con estas medidas y ponerlo de mi parte. Pero, como ni aun así me fiaba de él, convencí a Dolabella para que reclamara Siria, no del senado, sino del pueblo mediante una ley, y le ayudé en su petición para que Dolabella se convirtiera en enemigo de los asesinos, en vez de en su amigo, y para que resultara una afrenta para los senadores oponerse a mi petición de la provincia de Macedonia después de la de Dolabella. Sin embargo, tampoco entonces me hubieran concedido Macedonia, aun después de Dolabella, a causa del ejército que había allí, a no ser porque transferí a éste el ejército, sobre la base de que Siria y la guerra contra los partos entraban en el mismo lote. Y, a su vez, tampoco le hubieran quitado a Bruto y Casio sus provincias de Macedonia y Siria, si no les hubieran dado otras a cambio para su seguri-

dad. Cuando, por consiguiente, se hizo necesario el trueque, mirad qué provincias les fueron concedidas como compensación y cuán carentes de tropas, Cirene y Creta, a las que incluso desprecian nuestros enemigos por no considerarlas seguras para ellos mismos, y tratan ahora de apoderarse por la fuerza de las que les fueron quitadas. De esta forma, realmente, fue transferido a Dolabella el ejército desde nuestros enemigos, por medio de artificios, estratagemas y compensaciones, pues cuando las armas brillan por su ausencia se hace necesario actuar bajo el imperio de la ley.

»Después de estos sucesos, nuestros enemigos re- 37
unieron otro ejército, y yo tuve necesidad del que estaba en Macedonia, pero me hacía falta un pretexto. Entonces cundió el rumor de que los getas estaban devastando Macedonia. Sin embargo, no se dio crédito a esta noticia, y mientras estaban ausentes los encargados de investigar su autenticidad, yo conseguí la aprobación de una moción relativa a la dictadura, en el sentido de que no se permitiese hablar de ella, ni votarla, ni aceptarla si alguna se ofrecía. Y los senadores, seducidos en especial con esta proposición de ley, me concedieron el ejército. Entonces, por primera vez, me consideré en igualdad de condiciones con mis enemigos, y no con éstos que están a la vista, como piensa Octavio, sino con los más numerosos y más fuertes que quieren todavía permanecer en la sombra. Mas una vez que hube logrado éstos, todavía me quedaba en el flanco otro de los asesinos, Décimo Bruto, al mando de una posición estratégica y de un nutrido ejército. Como yo tenía a éste por más osado que los demás, traté de privarlo de la Galia Cisalpina, prometiendo entregarle en compensación Macedonia con objeto de guardar las formas, por el momento, cara al senado. Pero el senado se indignó y se dio cuenta, al fin, de la estratagema y vosotros conocéis en qué tono y con cuánta persistencia

escribieron muchos de ellos a Décimo y cómo han soliviantado a mis sucesores en el consulado. Por tanto, decidí, en forma más osada, tomar la provincia, en vez del senado, del pueblo mediante una ley e hice cruzar al ejército desde Macedonia hasta Bríndisi para utilizarlo en las emergencias. Y con la ayuda de los dioses lo usaremos cuando la necesidad nos invite a ello.

38 »De este modo hemos pasado de una situación anterior en que un gran temor se cernía sobre nosotros, a otra de una seguridad total de nuestras personas y de moral elevada ante nuestros enemigos. Y al hacerse patente esta situación, se ha revelado también el celo de la mayoría contra los enemigos. Pues estáis viendo cuán grande es su arrepentimiento por los decretos aprobados, y cuánto su empeño por arrebatarme la provincia gala que me ha sido concedida. Conocéis las cartas que han escrito a Décimo y con cuántos argumentos intentan convencer a mis sucesores en el consulado para que cambien su voto respecto a la ley concerniente a la Galia Cisalpina. Sin embargo, con la ayuda de nuestros dioses patrios, con una intención piadosa y con vuestro valor, con cuyo auxilio también César obtuvo sus victorias, le vengaremos a él, sin escatimarle el apoyo de nuestras fuerzas y la ayuda de nuestros propósitos. Mientras estaban en curso estas tareas, camaradas, me fue necesario mantenerlas ocultas, pero, una vez que han sido realizadas, las he expuesto ante vosotros, a quienes os considero copartícipes de mis hechos y de mis proyectos en todo. Comunicádselas a los demás que no comprendan la razón de las mismas, a excepción únicamente de Octavio, que muestra tanta ingratitud hacia nosotros.»

39 Las palabras pronunciadas por Antonio hicieron pensar a los tribunos que él había hecho todo movido por una animosidad acerba contra los asesinos y maniobrando contra el senado. No obstante, le pidieron que se re-

conciliara con Octavio y, después de convencerle, lograron que nuevamente se reconciliasen en el Capitolio. Pero, poco tiempo después, Antonio presentó ante sus amigos a algunos miembros de su guardia personal bajo la acusación de ser los esbirros de Octavio en una conspiración contra él [41 bis]. E hizo esta acusación, ya fuera de forma calumniosa, o bien porque la creía realmente o porque se había enterado de los que habían sido enviados a su campamento y confundió la conspiración contra su actuación como dirigida hacia su persona. Cuando se difundió la noticia, se levantó un público alboroto y una enorme indignación. Pues eran pocos los que tenían la suficiente perspicacia para comprender que a Octavio le convenía más que Antonio viviera, aunque fuera injusto para él, ya que aquél era el terror de los asesinos. Porque si Antonio muriese, aquéllos se atreverían a todo sin miedo alguno, en especial, porque contaban con la ayuda del senado. Los más inteligentes se hacían estas conjeturas, pero la masa, al ver qué tipo de vejámenes y castigos sufría Octavio diariamente, no consideraban increíble la acusación, aunque creían que no era piadoso ni tolerable conspirar contra la vida de Antonio mientras él era todavía cónsul.

Octavio corrió con una furia enloquecida hacia los que pensaban de esta forma y les gritó que era él quien sufría una conspiración urdida por Antonio para privarle de la amistad del pueblo, que era lo único que le quedaba. Acudiendo a las puertas de la casa de Antonio gritaba las mismas cosas, ponía por testigos a los

---

[41 bis] Este oscuro episodio tuvo lugar hacia el 6 o 7 de octubre del 44 a. C. Tras la reconciliación en el Capitolio y el arresto de los veteranos, tuvieron lugar una serie de hechos que Apiano silencia: sesión senatorial de 1 de agosto en la que Calpurnio Pisón atacó, sin encontrar apoyo, a Antonio; otra sesión el 1 de septiembre, ataques violentos entre Cicerón y Antonio, etc. (cf. SYME, *The Roman Revolution*, págs. 119 y 123).

dioses y profería toda clase de maldiciones invitándole a someterse a una investigación judicial. Como nadie salía de la casa, dijo: «Acepto ser juzgado por tus amigos», y trató de penetrar en el interior. Mas, al serle impedido de nuevo el paso, prorrumpió en lamentos e insultos contra él y se irritó con los guardianes de la puerta por impedir que se le pidieran cuentas a Antonio. Entonces se marchó y puso al pueblo por testigo de que, si le ocurría una desgracia, su muerte se debería a las intrigas de Antonio. Y como esto lo dijo con enorme patetismo, la multitud experimentó un cambio y se produjo en ellos una mutación de su anterior opinión. Había, empero, algunos que todavía desconfiaban y vacilaban en poner su confianza en cada uno de ellos, por creer que como hacía poco que habían llegado a un acuerdo en el templo, maquinaban estas cosas contra los enemigos. Otros, a su vez, pensaban que Antonio urdía tales añagazas para incrementar su guardia personal o bien para enajenar a las colonias de veteranos de César [42].

40 Cuando le fue comunicado a Octavio por sus emisarios secretos que el ejército de Bríndisi y los veteranos de las colonias estaban irritados contra Antonio por desentenderse del asesinato de César, y que estaban dispuestos a ayudarle si podían, Antonio partió para Bríndisi por estas razones [43]. Y Octavio, por temor a que si regresaba con el ejército le cogiera desguarnecido, marchó con dinero a Campania para tratar de convencer a los soldados veteranos de las ciudades fundadas por su padre de que se enrolaran bajo su servicio. Persuadió, en primer lugar, a los de Calatia y, después, a los de Casilino, dos ciudades situadas a uno y otro lado de Capua. Mediante el pago de quinientos dracmas por ca-

[42] Situación de incertidumbre que refleja, como ya dijimos, la tradición histórica de Apiano.

[43] El día 19 de octubre del 44 a. C.

beza consiguió reunir diez mil hombres, no totalmente armados ni equipados por cohortes, sino como un cuerpo único de guardia personal, bajo una sola bandera. Los ciudadanos de Roma, que temían el regreso de Antonio con el ejército, cuando se enteraron de que Octavio también se acercaba con otro, se sintieron algunos doblemente alarmados, pero otros se alegraron, en cambio, al pensar que podían utilizar a Octavio contra Antonio. Otros, incluso, que habían presenciado la reconciliación en el Capitolio pensaban que lo que ocurría era un falso juego, a cambio del cual Antonio iba a obtener el poder absoluto y Octavio la venganza sobre los asesinos.

En medio de un tal estado de zozobra, el tribuno 41
Cannutio[43 bis], que era enemigo de Antonio y, por lo mismo, amigo de Octavio, salió al encuentro de este último, y cuando supo su intención, se dirigió al pueblo para comunicarle que Octavio avanzaba contra Antonio con una clara hostilidad y que los que temieran que Antonio aspirara a la tiranía se pusieran del lado de aquél, pues no tenían otro ejército por el momento. Tras decir esto, marchó junto a Octavio, que estaba acampado delante de la ciudad, en el templo de Marte, a una distancia de quince estadios[44]. Cuando llegó, avanzó hasta el

---

[43 bis] Münzer, en *RE*, s.v. *Cannutius*, núm. 3, lo identifica con un *C. Cannutius*, recordado como enemigo de Octavio y Antonio en Suet., *De Rhet.* 4. Según Dión Casio, XLVIII 14, 4, aparece entre los caídos en Perusia (cf., tb., *infra*, V 49) un *T. Cannutius*, tribuno de la plebe en el 44 a. C., amigo de Octavio y enemigo de Antonio. En este pasaje la amistad de Cannutio es hacia Octavio, luego cabría suponer, si es el mismo, que trocó la amistad después de la constitución del triunvirato (según Veleyo, II 64, 4, habría sido una de las primeras víctimas de las proscripciones).

[44] Octavio había ocupado el Foro el día 10 de noviembre. Entre las diversas posibilidades que se le ofrecián cuando estaba en Campania: permanecer en Capua e impedir el retorno de Antonio a Roma, o interceptar a las legiones de Antonio que se encaminaban a la Galia Cisalpina, o marchar a Roma, eligió esta última.

templo de Cástor y Pólux, que sus soldados rodearon ceñidos con espadas ocultas, y Cannutio habló en primer lugar ante el pueblo contra Antonio. A continuación, Octavio les recordó también a ellos la memoria de su padre y las cosas que había sufrido él mismo de manos de Antonio, a causa de lo cual había enrolado el presente ejército para su guardia personal. Añadió que él sería un sumiso servidor de su patria en todo y que estaba dispuesto a enfrentarse a Antonio en las actuales circunstancias.

42 Después de pronunciar estas palabras y disolver la asamblea, el ejército consideró que se encontraba allí para lo contrario, es decir, para sustentar la reconciliación entre Antonio y Octavio, o bien para servir simplemente de guardia personal a este último y para tomar venganza sobre los asesinos, por lo cual se indignó por la declaración pública de guerra contra Antonio, que había sido su general y era entonces cónsul. Y algunos de ellos pidieron regresar a sus hogares para proveerse de armas, pues no podían aceptar otras armas que las suyas propias. Otros, incluso, insinuaron el motivo verdadero. Octavio, por tanto, se encontraba en apuros, pues el asunto había tomado un sesgo contrario a sus expectativas; sin embargo, esperando ganarlos a su causa más por la persuasión que por la fuerza, accedió a sus excusas y envió a algunos a por las armas y a otros, sencillamente, a sus casas [45]. Sin revelar su enojo, elogió a todos los reunidos, los obsequió con regalos y les dijo que los recompensaría con mayor prodigalidad, pues se servía de ellos para las situaciones de emergencia, como

[45] La postura un tanto ecléctica de Apiano o de su tradición histórica ante la actitud de Antonio y Octavio se refleja en su interés de presentar, reiterada y pormenorizadamente, las dudas y recelos suscitados entre las tropas, e incluso entre la clase cívica, a la hora de tomar partido en una lucha entre ambos. Esta postura debía de reflejar fielmente la realidad histórica.

amigos de su padre, antes que como soldados. Con estas palabras sólo consiguió que de los diez mil permanecieran junto a él unos mil o tres mil hombres, pues las fuentes discrepan en cuanto al número. Los demás partieron entonces, pero recordaron de inmediato los trabajos de la agricultura, las ganancias de la milicia, las palabras de Octavio, su docilidad ante las demandas de ellos y los favores que habían recibido y que esperaban recibir todavía. Y, como una multitud inconstante, cambiaron de parecer, y utilizando su pretexto para quedar bien se armaron y retornaron a su lado. Octavio, por este tiempo, con nuevos recursos monetarios recorría Rávena y todos los territorios vecinos alistando continuamente tropas, y envió a todas a Arretio [46].

Entretanto se habían reunido con Antonio en Brín- 43
disi cuatro de las cinco legiones que estaban en Macedonia. Los soldados de éstas le reprocharon que no hubiera procedido contra los asesinos de César y, sin manifestaciones de pláceme, le hicieron comparecer en la tribuna para que les diera explicaciones, en primer lugar, sobre este asunto. Y él, irritado con ellos por causa de su silencio, no se contuvo, sino que les censuró su ingratitud porque no le habían testimoniado ningún signo de agradecimiento por haberlos transferido de la campaña contra los partos a Italia. También les reprochó que no hubieran conducido a su presencia a las personas enviadas por un jovenzuelo impulsivo, pues así llamaba a Octavio, para sembrar la discordia entre ellos. A estos hombres, dijo, él mismo se encargaría de encontrarlos, y llevaría el ejército a la provincia que le había sido votada, la próspera Galia, y daría cien dracmas a cada uno de los presentes. Los soldados se rieron de

[46] Octavio, ante la negativa de los veteranos de la Campania de combatir contra Antonio, hubo de emprender otra gira por Etruria y la Cispadana hasta Rávena para recolectar nuevas tropas.

su espíritu mezquino y, al irritarse Antonio, armaron mayor alboroto aún y se separaron. Entonces Antonio se levantó y dijo solamente: «Aprenderéis a obedecer.» Y ordenó a los tribunos militares que trajeran a los soldados de espíritu sedicioso —pues es costumbre en el ejército romano tener anotado el carácter de cada hombre— [47] y echó las suertes entre ellos de acuerdo con la ley de la milicia, pero no castigó con la muerte a la décima parte en total, sino a una fracción de ella, pensando que con un pequeño castigo los aterrorizaría; ellos, sin embargo, en vez de un temor mayor, sintieron hacia él, a causa de este hecho, más ira y odio.

44 A la vista de esta situación, aquellos a los que Octavio había enviado para corromper a los soldados de Antonio, inundaron el campamento con muchos panfletos invitándoles a cambiar la mezquindad y crueldad de Antonio por el recuerdo de César, la ayuda a Octavio y la participación de sus pródigos regalos. Antonio trató de encontrar a estos hombres, ofreciendo grandes recompensas a los delatores y amenazas para quien los ocultara. Pero, como no pudo coger a ninguno, se irritó porque pensaba que el ejército los encubría. Cuando se enteró de lo que Octavio había hecho en las colonias y en Roma, se alarmó y acudiendo, de nuevo, ante el ejército dijo que estaba enojado por lo que les había ocurrido a unos pocos por causa del imperativo de la disciplina militar, aunque la ley exigía el castigo de un número mayor aún, pero que ellos sabían, con seguridad, que Antonio no era mezquino ni cruel. Y prosiguió: «Váyase a paseo, en buena hora, el rencor, satisfecho con estos errores y castigos. Respecto a los cien dracmas, ordené que os fueran entregados no como un regalo, pues no es ello digno de la fortuna de Antonio, sino como un presente de bienvenida por nuestro primer en-

[47] Aclaración de Apiano.

cuentro; pero es necesario tanto en este asunto como en los demás obedecer a las leyes de la patria y de la milicia.» Después de decir esto, no añadió ninguna cosa a su donativo, para no dar la impresión de que el general había cedido ante sus soldados, y ellos, sea por arrepentimiento o por miedo, lo aceptaron. Antonio, sin embargo, ya fuera porque seguía aún irritado con la sedición o porque tuviera alguna otra sospecha, cambió a los tribunos militares, pero trató bien al resto porque necesitaba de sus servicios y los envió por destacamentos costeando la orilla hasta Arímino.

Él, a su vez, eligió del total de las tropas a una 45
cohorte pretoriana integrada por hombres escogidos por su presencia física y carácter, y se encaminó hacia Roma para proseguir desde allí hacia Arímino. Penetró en la ciudad con altivez, dejando acampado fuera de los muros a su escuadrón de caballería. Sin embargo, los que le acompañaban iban vestidos como para la guerra y montaron la guardia en torno a su casa durante la noche, en armas; se les dio una contraseña y se relevaban por turnos como en el campamento. Convocó al senado [48] para quejarse por la actuación de Octavio, y, cuando estaba entrando a la cámara, se enteró de que una de las cuatro legiones, la llamada Martia, se había pasado a Octavio durante el viaje. Mientras se hallaba detenido a la entrada, presa del desconcierto, se le comunicó que también la llamada Cuarta se había pasado a Octavio a semejanza de la Martia. Por consiguiente, totalmente conturbado, penetró en el edificio del senado y, so pretexto de haberlos convocado para otros asuntos, les dijo unas pocas palabras [49] y partió de inme-

---

[48] Hubo una primera convocatoria el 24 de noviembre, que no tuvo lugar, y otra el 28 de noviembre, que debió de ser una sesión apresurada y casi de trámite por la gravedad de las noticias llegadas.

[49] Pidió un voto de agradecimiento para Lépido, quien había llegado a un acuerdo con Sexto Pompeyo bajo la promesa de compensar-

diato hacia las puertas de la ciudad, y desde allí a la ciudad de Alba [50] con idea de hacer desistir de sus planes a los desertores. Pero, como fue víctima de una agresión desde las murallas, se retiró y envió quinientos dracmas a cada uno de los soldados de las otras legiones, y con las tropas que tenía partió hacia Tíbur [51], llevando el equipo usual para los que marchan a la guerra, pues ésta era ya evidente al no haber renunciado Décimo a la Galia Cisalpina.

46 Mientras se hallaba en aquella ciudad, casi todo el senado, la mayor parte de los caballeros y lo más florido de la clase plebeya acudieron para rendirle honores [52]. Le encontraron a su llegada tomando juramento a los soldados bajo su mando que estaban presentes, así como a aquellos otros veteranos que habían acudido también, y cuyo número era crecido, que juraban a la vez voluntariamente que no faltarían a su amistad y fidelidad hacia Antonio; hasta el punto de ser ciertamente difícil saber quiénes eran los que poco antes, en la asamblea de Octavio [53], habían insultado a Antonio.

---

le por la confiscación de su hacienda paterna. Se adjudicaron además las provincias pretorias para el próximo año: Creta y Cirene fueron adjudicadas a Bruto y Casio, y Macedonia fue asignada a Gayo Antonio, pretor y hermano del triunviro (cf. Syme, *The Roman Revolution*, pág. 126).

[50] Ciudad ocupada por los legionarios amotinados de la Martia.

[51] Ciudad del Lacio, al este de Roma, la actual Tívoli (cf., sobre las discrepancias entre el relato de Apiano y el de Cicerón [*Ad Fam.* X 28, 1; *Fil.* 3, 24], Gabba, *Appiano...*, pág. 166 n. 1, con bibliografía).

[52] En la segunda parte del libro III, la tradición apianea adopta en especial una actitud polémica y crítica frente a la política senatorial personificada en su máxino exponente, Cicerón. Si el objetivo del senado era loable, es decir, la defensa de su propia libertad e independencia en consonancia con la tradición republicana, falló en los medios ambiguos y mezquinos de los que hizo uso, y ello es lo que crítica Apiano. (Cf., sobre la política senatorial, desde esta perspectiva, Gabba, *Appiano...*, págs. 165-175.)

[53] La celebrada el 10 de noviembre del 44 a. C. (cf. cap. 41 a este libro).

De este modo, con brillantez, se puso en marcha hacia Arímino, que forma frontera con la Galia Cisalpina. Su ejército estaba formado, aparte de las tropas recién reclutadas, por las tres legiones trasladadas desde Macedonia, pues el resto de ellas había llegado ya, y una de veteranos que, a pesar de su edad, parecía, no obstante, que valían dos veces más que los recién reclutados. Así que Antonio disponía de cuatro legiones de hombres bien adiestrados, además de los auxiliares que usualmente suelen acompañar a éstas, de su guardia personal y las tropas últimamente enroladas. En España, Lépido [54], con cuatro legiones, y Asinio Polión [55], con dos, y Planco [56] en la Galia Transalpina, con tres, parecían haber tomado posición por Antonio [57].

Octavio, por su parte, tenía dos legiones igualmente 47
eficaces, las que habían desertado de Antonio a sus filas, una sola de nuevos reclutas y otras dos de veteranos, no completas ni en número ni en armamento, aunque suplía esta falta con tropas recién levadas. Después de concentrar a todas las fuerzas en Alba [58], escribió al senado acerca de sus movimientos. Éste se mostró, de nuevo, complacido con Octavio hasta el punto

---

54 M. Emilio Lépido era gobernador de la Galia Narbonense y de la España Citerior en el 44 a. C. (cf. BROUGHTON, *The magistrates of the Roman Republic*, I y II y supl., Nueva York, 1950-1960, II, pág. 326).

55 G. Asinio Polión era gobernador de la España Ulterior en el 44 a. C. (cf. nota 118 bis al libro II).

56 L. Munacio Planco, cónsul designado para el 42 a. C., gobernaba la Galia Comata (cf. HANSLIK, en *RE*, s.v. *Munatius*, núm. 30). Había sido legado de César en la Galia el 54 a. C. y *praefectus urbis* en el 46-45 a. C. Fue cónsul en el 42 a. C., pero antes, en el 43 a. C., se unió a Antonio después de la lucha entre éste y el senado.

57 Sobre la actitud política de los tres y, en general, de los componentes del senado a fines del 44 a. C., cf. SYME, *The Roman Revolution*, págs. 163 y sigs.

58 Esta noticia contrasta con lo que se dice en el cap. 42, donde se relata que Octavio concentró sus tropas en Arretio (hoy, Arezzo), cf. FRISCH, *Cicero's Fight...*, pág. 166 y n. 8.

de que hubiera sido un dilema, en este caso también, decir qué senadores eran los que habían salido a encontrarse con Antonio poco antes. No obstante, estaban irritados con el hecho de que las legiones se hubieran pasado a Octavio en vez de al senado, pero, con todo, elogiaron a sus soldados y a Octavio [59], y dijeron que en breve se promulgaría un decreto sobre lo que había que hacer, tan pronto como los nuevos magistrados accedieran a sus cargos. Estaba claro que pensaban utilizar estas fuerzas contra Antonio; sin embargo, como no tenían ningún ejército propio ni la posibilidad de reclutarlo sin cónsules, pospusieron todos los asuntos hasta la llegada de los nuevos magistrados.

48 El ejército proporcionó a Octavio lictores provistos de fasces y le rogó que asumiera, por propia iniciativa, el título de propretor y, como tal, dirigiera la guerra y a ellos, acostumbrados siempre a servir bajo magistrados. Él les agradeció el honor, pero remitió el asunto al senado. Y cuando quisieron marchar todos juntos en apoyo de esta demanda lo prohibió e impidió que enviaran emisarios al senado, en la creencia de que éste le votaría voluntariamente estas cosas «tanto más, añadió, si saben de vuestro celo y de mi duda».

Disuadidos, a duras penas, de este modo, cuando los oficiales se quejaron a él por su desprecio, les explicó que el senado se había inclinado de su lado no tanto por benevolencia hacia él como por miedo a Antonio y por la falta de un ejército, «y así será, dijo, hasta que nosotros destruyamos a Antonio, y los asesinos, que son amigos y familiares de los senadores, reúnan su propio ejército; y como conozco estos hechos, he fingido estar a su servicio. No seamos los primeros en desvelar esta ficción, puesto que, si nos adelantamos a tomar el car-

[59] La actitud favorable del senado hacia Antonio hay que ponerla en relación con la *Fil.* 3 y 4 de CICERÓN (cf. E. CIACERI, *Cicerone e i suoi tempi*, II, Milán, 1941, págs. 351 y sigs.).

go, nos acusarán de arrogantes y de violentos, y, en cambio, si nos mostramos respetuosos, tal vez lo concedan ellos por miedo, no sea que lo tome yo de vosotros». Después de pronunciar tales palabras, contempló las maniobras de las dos legiones que habían desertado de Antonio y que, enfrentándose entre sí, ejecutaron, sin regateos, todas las acciones propias de un combate, con la única excepción de matar. Así pues, contento con el espectáculo y alegre por poder tomarlo como pretexto, repartió para cada hombre otras quinientas dracmas y, si había necesidad de combatir, les prometió cinco mil más a cada uno si resultaban vencedores. De esta forma Octavio, gracias a la prodigalidad de sus donativos, reforzaba los lazos de unión con los mercenarios.

Mientras estas cosas ocurrían en Italia, entretanto, 49
en la Galia Cisalpina, Antonio ordenó a Décimo que se trasladara a Macedonia como acto de obediencia al pueblo y por su propia seguridad personal. Él, sin embargo, le envió como respuesta las cartas que le habían sido llevadas de parte del senado para darle a entender que no debía él plegarse ante la voluntad del pueblo más de lo que Antonio ante la del senado. Antonio le fijó un día como límite, a partir del cual lo consideraría un enemigo, y Décimo le exhortó a que se fijara uno posterior para él mismo, no fuera a ser que se convirtiera más pronto en un enemigo del senado. Aunque Antonio le hubiera podido vencer con facilidad, pues todavía se hallaba en terreno abierto, decidió avanzar hacia las ciudades y éstas le abrieron sus puertas. Y Décimo, temiendo no poder entrar ya en ninguna de ellas, se fabricó cartas del senado, llamándole a Roma junto con el ejército, y se retiró hacia Italia, y era acogido por todos, puesto que pensaban que estaba de paso, hasta que llegó, a la próspera ciudad de Módena [60]. Aquí ce-

[60] En la parte central de la Galia Cisalpina.

rró las puertas de la ciudad, se incautó de las provisiones de sus habitantes con objeto de avituallar a su ejército y sacrificó y conservó en sal a todos los animales de tiro existentes, por miedo a que el asedio fuera prolongado, y esperó a Antonio. Su ejército consistía en un gran número de gladiadores y tres legiones de infantería, una de las cuales estaba compuesta por hombres recién reclutados y todavía inexpertos. En cambio, las otras dos, que habían servido ya antes bajo sus órdenes, eran dignas de toda confianza. Antonio marchó con rabia contra Módena y la rodeó de un muro y un foso.

50 Décimo, pues, sufría el asedio, y, entretanto, en Roma, con la llegada del nuevo año, los cónsules Hircio[61] y Pansa[62] convocaron de inmediato al senado después de los sacrificios, en el mismo templo, para tratar de Antonio[63]. Cicerón y sus amigos pidieron que fuera declarado ya, mediante un decreto, enemigo público[64], porque se había apoderado por la fuerza de las armas de la Galia Cisalpina, en contra de la voluntad del sena-

---

[61] A. Hircio, cónsul en el 43 a. C., fue uno de los *novi homines* de César; sobre sus escritos, cf. nn. 197 y 209 al libro II.

[62] G. Vibio Pansa Cetroniano, cónsul en el 43 a. C., había sido otro de los *novi homines* de César, oriundo de Perusia, es decir, de familia no romana y del orden ecuestre (cf., sobre ello, GRUEN, *The Last Generation*, y para el contraste con los seguidores de Pompeyo, cf., tb., GUNDEL, en *RE*, s.v. *Vibius*, núm. 16, y BROUGHTON, II, págs. 234-236).

[63] Hubo una primera sesión senatorial convocada por los tribunos el día 20 de diciembre, en la que Cicerón esbozó un programa de acción para el futuro, cuyos puntos capitales eran declarar enemigo público a Antonio por no ser un verdadero cónsul y asegurar la legitimidad *(publica auctoritas)* para las actuaciones *(privatum consilium)* de Octavio y Décimo Bruto. La verdadera sesión se inició, sin embargo, el día 1 de enero del 43 a. C. Para los particulares sobre este debate, que duró tres días según el relato de Apiano, o cuatro según otras fuentes (cf. CIC., *Fil.* 6, 3), me remito a la extensa nota de GABBA, *Appiano...*, pág. 167 n. 1, con bibliografía sobre el mismo.

[64] Sobre la ilegalidad de esta propuesta, cf. SYME, *The Roman Revolution*, pág. 168 y n. 2.

do, para utilizarla como base de ataque contra la patria y había conducido a Italia el ejército que se le había concedido para la campaña de Tracia. Le acusaban, además, de aspirar al poder supremo después de César, al hacerse acompañar en la ciudad públicamente por tanta cantidad de centuriones, y establecer su domicilio particular bajo la protección de las armas y contraseñas como una fortaleza, así como de mostrarse hacia ellos en los demás asuntos en forma harto más arrogante de la que correspondía a un magistrado anual. Lucio Pisón, que era el sustituto de Antonio durante su ausencia y uno de los hombres más notables de Roma, y todos aquellos que estaban de su lado en atención a éste, o gracias a Antonio, o por propia decisión demandaron que se le citase a juicio, puesto que no era costumbre patria condenar a un hombre sin juicio, ni era decente declarar enemigo hoy a quien hasta ayer había sido cónsul, y del que precisamente los demás y, en especial, Cicerón habían pronunciado en muchas ocasiones continuos y encendidos elogios. El senado se mantuvo dividido en sus opiniones, en forma equilibrada hasta la llegada de la noche, y al día siguiente muy temprano se reunieron para tratar del mismo asunto. En esta ocasión había mayoría entre los partidarios de Cicerón, y Antonio hubiera sido decretado enemigo público, de no haber sido porque el tribuno de la plebe Salvio ordenó que se pospusiera la votación —ya que entre los magistrados el que opone su veto siempre prevalece— [65].

Los ciceronianos reprocharon e insultaron al tribu- 51
no de forma muy violenta, y, saliendo precipitadamente, excitaron al pueblo contra él y llamaron a Salvio a que compareciera ante ellos. Este último se dispuso a hacerlo sin perturbarse un ápice, hasta que el senado lo retuvo por temor a que hiciera cambiar de opinión

[65] Nota aclaratoria de Apiano.

al pueblo trayendo a su memoria el recuerdo de Antonio. Pues los senadores no ignoraban que estaban condenando, sin juicio previo, a un hombre muy ilustre, y que el pueblo le había concedido a él la Galia Cisalpina. Pero, como temían por la vida de los asesinos, se irritaron contra Antonio por haber sido él quien había dado los primeros pasos contra ellos después de la amnistía, y por esta razón habían utilizado a Octavio frente a aquél. Y, aunque Octavio era consciente de este hecho, aceptó el ofrecimiento, sin embargo, para abatir a Antonio. Tal era el motivo del enojo del senado hacia Antonio. Así que, cuando difirieron la votación, como había ordenado el tribuno, decretaron, no obstante, felicitar a Décimo por no haber entregado la Galia Cisalpina a Antonio y que Octavio ayudara a los cónsules Hircio y Pansa con el ejército que tenía[66]; decidieron, además, recompensarle con una estatua de oro[67] y otorgarle el derecho a expresar su opinión entre los consulares del senado desde entonces[68] y a aspirar al consulado diez años antes del período legal[69], y que les

[66] Le confirieron el *imperium pro-praetore* y la dirección de la guerra contra Antonio en compañía de los cónsules, con lo que se cumplieron los cálculos de Octavio cuando rechazó esta oferta de sus propios soldados esperando obtenerla del senado (sobre el *imperium pro-praetore*, cf. W. JASHEMSKI, *The Origins and History of Proconsular and Propraetorian Imperium to 27 B.C.*, Chicago, 1950).

[67] La propuesta fue presentada por su padrastro Marcio Filipo.

[68] La admisión de Octavio entre las filas de los senadores suponía una grave irregularidad, dado que, como *privatus*, el senado no podía en virtud de práctica alguna ni, por su puesto, de ninguna legalidad proceder a tal hecho. Era el pueblo quien elegía a los magistrados, condición sin la cual era imposible el acceso al senado (cf. SYME, *The Roman Revolution*, págs. 167-168).

[69] Octavio no contaba aún 20 años de edad (había nacido el 24 de septiembre del 63 a. C.) y le faltaban diez para aspirar al consulado. Esta medida, en cambio, así como la de conferirle la dirección de la guerra a un hombre que no había desempeñado ninguna magistratura, las había adoptado ya en ocasiones anteriores y excepcionales el senado (por ejemplo. P. Escipión, elegido en el 211 a. C. procónsul de España).

fuera concedido a expensas del tesoro público a las legiones que habían desertado de Antonio a Octavio la totalidad del dinero que este último les había prometido en caso de resultar vencedores.

Después de haber votado estos decretos levantaron la sesión, en la creencia de que Antonio se daría cuenta, a partir de ellos, que había sido declarado, de hecho, enemigo público, y que el tribuno no interpondría ya su veto al día siguiente. La madre, la esposa y el hijo —todavía un muchacho— de Antonio, y sus demás familiares y amigos, visitaron a lo largo de toda la noche las casas de los personajes influyentes y les suplicaron. Al día siguiente, cuando se dirigían al senado, los interceptaron arrojándose a sus pies con gritos y lamentos y, vestidos de luto, gritaban junto a las puertas. Algunos senadores quedaron impresionados por los gritos, por el espectáculo y por una tan grande y repentina mutación en la fortuna, y Cicerón, temeroso por el resultado, se dirigió al senado en los términos siguientes:

«La decisión que debía tomarse sobre Antonio, la 52
tomamos ayer. Pues en la medida en que otorgamos honores a sus enemigos, en esa misma medida decretamos que él era un enemigo. Y que Salvio fuera el único que se opusiera hay que entenderlo, o bien porque era más inteligente que todos, o porque le movía a ello su amistad personal o su desconocimiento de la realidad circundante. De estas alternativas la más humillante para nosotros es la de que todos parezcamos ser menos inteligentes que uno solo, y, en cambio, para el propio Salvio lo es el que anteponga su amistad al interés común. Pero, si desconoce las circunstancias presentes, debía confiar en los cónsules, en vez de en sí mismo, en los pretores, en sus compañeros de tribunado y en el resto de los senadores que, siendo tan superiores en dignidad y número y aventajando a Salvio por edad y experiencia, condenamos a Antonio. Y así resulta que

en nuestras elecciones y juicios la justicia se decanta siempre del lado de la mayoría. No obstante, si precisa, con todo, conocer ahora los motivos de nuestra condena, enumeraré brevemente, a modo de recuerdo, los de mayor peso.

»A la muerte de César, Antonio se apropió de nuestro dinero. Tras haber alcanzado de nosotros el gobierno de Macedonia, se lanzó sobre la Galia Cisalpina sin nuestra autorización. Después de obtener el ejército para operar contra los tracios, en lugar de contra éstos, lo condujo a Italia para utilizarlo contra nosotros. Nos pidió autorización para cada uno de estos actos, por razones ocultas, y cuando no lo obtuvo, actuó por cuenta propia. En Bríndisi organizó una cohorte real para uso personal, y hombres armados le daban escolta y protección, públicamente en la ciudad, día y noche bajo contraseñas. Condujo desde Bríndisi a la ciudad a todo el resto del ejército, aspirando, por una vía más corta, a los mismos proyectos que César. Sin embargo, como el joven César se le anticipó con otro ejército, tuvo miedo y se volvió a la Galia Cisalpina tomándola por una estratégica plataforma de operaciones contra nosotros, puesto que César, habiendo partido desde allí, se convirtió en nuestro dueño.

53 »Con objeto de tener sumiso al ejército, por medio del temor, para ejecutar estos planes, a fin de que no vacilara en secundar ninguna orden ilegal, echó las suertes y condenó a muerte a uno de cada diez, aunque no se habían sublevado, ni habían abandonado la guardia o la formación en tiempo de guerra, por los cuales delitos únicamente establece la ley militar un castigo tan cruel y, con todo, son pocos los que lo aplican y, en estos casos, a duras penas, en tiempo de máximo peligro y bajo imperiosa necesidad. Sin embargo, él condujo a la muerte a estos ciudadanos por causa de un ruido o de una risa, y a una muerte no de gente que había

sido declarada convicta y confesa de un crimen, sino de aquellos que les había tocado en suerte. Por consiguiente, los que pudieron, hicieron deserción, y vosotros a ellos, como a personas que han obrado bien, le votasteis ayer unos donativos. En tanto que los que no pudieron desertar se han unido a él en sus fechorías, movidos por su miedo, y avanzan contra un territorio vuestro y sitian a vuestro general y a vuestro ejército, al que vosotros ordenasteis por medio de cartas que permaneciera en la Galia y, en cambio, Antonio le ordena evacuarla. ¿Acaso, pues, somos nosotros los que votamos que Antonio es un enemigo, o es Antonio quien nos combate ya a nosotros? Y nuestro tribuno desconoce estos hechos aún, y los ignorará hasta que Décimo sea expulsado y una provincia tan grande y vecina nuestra, junto con el ejército de Décimo, se añada a las esperanzas de Antonio contra nosotros. Pues sólo entonces, supongo, el tribuno le votará enemigo, cuando llegue a ser más fuerte que nosotros.»

Mientras Cicerón se hallaba aún en el uso de la 54
palabra, sus partidarios provocaban un alboroto interminable y no permitían que nadie replicara, hasta que Pisón se adelantó y el resto del senado guardó silencio por respeto hacia él, y también se contuvieron los ciceronianos. Entonces dijo Pisón: «La ley, senadores, exige que el propio reo oiga la acusación y sea juzgado después de haber pronunciado su defensa; e invito a que corrobore la veracidad de mis palabra a Cicerón, nuestro orador más eminente. Sin embargo, puesto que vacila en acusar a Antonio cuando está él presente y, en cambio, en su ausencia, pronunció algunas acusaciones que considera las más graves de todas y fuera de toda duda, me he adelantado para mostrar, en pocas palabras, que estas acusaciones son falsas. Él dice que, después de la muerte de César, Antonio se apropió del dinero público, pero la ley al ladrón no lo declara ene-

migo público, sino que lo castiga con una pena ya establecida. Sin embargo, Bruto, después de asesinar a César, lo acusó también ante el pueblo de que se había llevado el tesoro público y había dejado vacías las arcas del tesoro. Y, poco después, Antonio propuso abrir una investigación sobre el asunto, y vosotros aceptasteis y confirmasteis tal propuesta, y prometisteis un diezmo como recompensa para los delatores, la cual recompensa doblaremos nosotros, si alguien puede probar la participación de Antonio en este robo.

55 »Esto por lo que respecta al dinero público. Pero es que tampoco votamos nosotros el gobierno de la Galia Cisalpina para Antonio, sino que se lo concedió el pueblo, estando presente Cicerón, mediante una ley, procedimiento por el que ya había concedido a menudo otras provincias y esta misma gobernatura a César con anterioridad. Y era parte de la ley que Antonio, al llegar a la provincia que le había sido asignada, si Décimo no la entregaba, le hiciera la guerra y que condujera el ejército, en vez de contra los tracios, que estaban tranquilos, a la Galia Cisalpina contra el que se le oponía. Sin embargo, Cicerón no considera enemigo a Décimo, que oponía sus armas a la ley, y sí, en cambio, a Antonio que luchaba a favor de ella. Y si acusa a la propia ley, está acusando a los que la promulgaron; a los cuales debería hacer cambiar de opinión y no insultarlos, cuando él mismo estuvo de acuerdo con ellos, y no debería haber confiado la provincia a Décimo, a quien el pueblo expulsó de la ciudad a raíz del asesinato, ni ponerle en duda a Antonio aquello que el pueblo le había concedido. Y no es de buenos consejeros andar a la gresca con el pueblo, especialmente en ocasiones de peligro, ni olvidarse de que también esta misma capacidad de decidir quién es amigo o enemigo correspondía antes al pueblo. Pues, de acuerdo con las leyes antiguas, sólo el pueblo era el árbitro de la paz y de la guerra. Y ¡oja-

lá que éste no ponga sus ojos en ninguna de estas cosas y se irrite, en consecuencia, con nosotros, una vez que ha encontrado un líder!

»Pero también dice que Antonio mató a algunos sol- 56
dados. En efecto, puesto que era el comandante en jefe y había sido investido por vosotros para este cargo. Y jamás ningún comandante en jefe rindió cuentas por actos similares. Pues las leyes decidieron que no era provechoso para nosotros que el general diera cuenta de sus actos a los soldados. No existe cosa peor en el ejército que la desobediencia, por cuya causa han muerto algunos, incluso después de haber logrado la victoria, sin que nadie pidiera cuenta a sus matadores. Ni siquiera ha habido nadie entre sus familiares que haya presentado, en el caso presente, queja alguna, salvo Cicerón, quien, al acusarle de asesinato, lo tilda de enemigo público, en vez de pedir para él las penas fijadas por la ley para los asesinos. Hasta qué grado de indisciplina y desprecio hacia Antonio había llegado el ejército, lo muestran las dos legiones que desertaron de él, sobre las cuales votasteis que sirvieran bajo Antonio y que, en cambio, desertaron, en flagrante violación de las leyes militares, no hacia vosotros sino hacia Octavio. A pesar de ello, Cicerón las elogió y vosotros ayer le concedisteis un estipendio a costa del erario público; y ¡ojalá que no os acarree sinsabores el ejemplo! A Cicerón le ha hecho caer en la contradicción su enemistad personal, pues ha acusado a Antonio de aspirar a la tiranía y de castigar a sus soldados, y resulta que los que pretenden tal cosa son siempre complacientes con sus tropas, no severos. Pero, puesto que no dudó en tachar de tiránica la restante actuación de gobierno de Antonio, pues bien, quiero examinar cada uno de sus actos.

»¿A quién dio muerte, sin juicio, a modo de tirano, 57
el que ahora corre el riesgo de ser condenado sin juicio? ¿A quién expulsó de la ciudad? ¿A quién calumnió

en presencia vuestra? ¿O, acaso, no hizo tal a cada uno individualmente y, en cambio, conspiró contra todos nosotros como colectividad? ¿Cuándo, Cicerón? ¿Cuando consiguió que se aprobase la amnistía para los hechos ocurridos? ¿O cuando se abstuvo de entablar una querella criminal contra nadie por causa del asesinato? ¿Fue, acaso, cuando ordenó abrir una investigación sobre el dinero público? ¿O, tal vez, con motivo de haber hecho regresar a Pompeyo, el hijo de vuestro Pompeyo, y haberle restituido la hacienda paterna con cargo a los fondos del Estado? ¿O cuando hizo prisionero, por conspirar, al falso Mario y le dio muerte y todos le aplaudisteis y, por vuestra actitud, fue la única acción que no calumnió Cicerón? ¿Fue cuando presentó un decreto de que nadie hiciera ninguna proposición acerca de la dictadura ni la votara, o, de lo contrario, que muriera impunemente a manos de quien quisiera? Éstos fueron los actos de gobierno que llevó a cabo Antonio para nosotros en dos meses, los únicos que permaneció en la ciudad después de la muerte de César, mientras el pueblo perseguía a los asesinos y vosotros teníais miedo del futuro. Si hubiera sido un hombre vil, ¿qué oportunidad hubiera él tenido mejor que ésta? Pero, tal vez, objetaréis que sucedía lo contrario, que no tenía autoridad. ¿Cómo? ¿No fue él solo quien detentó el mando después de la partida de Dolabella a Siria? ¿No tuvo preparado en la ciudad el ejército que le disteis vosotros? ¿No mantuvo bajo custodia la ciudad durante la noche? ¿No estableció una guardia personal durante la noche contra cualquier asechanza de sus enemigos? ¿No tenía como excusa el asesinato de César, su amigo y bienhechor, y el hombre más querido por el pueblo? ¿No tenía otra excusa personal en el hecho de que los asesinos habían conspirado también contra su vida? Sin embargo, no mató a ninguno de éstos o lo desterró, sino que les concedió el perdón que permitía un mínimo de

decoro y no tuvo recelo de que le fueran concedidos los gobiernos de provincias que les habían sido ofrecidos.

»Conocéis, en verdad ya, romanos, las acusaciones máximas e indisputables de Cicerón contra Antonio. Pero, puesto que a las acusaciones se han añadido tam- 58
bién ciertas conjeturas, como aquella de que Antonio se disponía a llevar el ejército contra la ciudad, pero tuvo miedo porque Octavio se le había anticipado con otro ejército, ¿cómo se explica, pues, que el mero intento califique a un hombre como enemigo, en tanto que al que realmente vino y acampó junto a nosotros, sin ningún título para ello, no se le tenga por enemigo? ¿Y cómo, si era voluntad de Antonio, no llegó? ¿O hay que pensar que con treinta mil soldados perfectamente equipados tuvo miedo de los tres mil de Octavio a medio armar y desorganizados, que habían acudido en tropel a su lado sólo para granjearse su amistad, y que, tan pronto como se dieron cuenta de que los había elegido para combatir, lo abandonaron? ¿Y si tuvo miedo de venir con treinta mil, cómo vino, entonces, con tan sólo mil? ¿Qué inmenso gentío le acompañamos cuando, en compañía de estos soldados, salió hacia Tíbur? ¿Y cuántos unimos voluntariamente nuestro juramento de fidelidad sin que se nos requiriese para ello? ¿Cuántas alabanzas derrochó Cicerón para con su labor de gobierno y sus virtudes? ¿Y cómo el propio Antonio, si hubiera concebido un proyecto tal, nos hubiera dejado esas prendas que ahora están delante del edificio del senado, a su madre, a su esposa y a su hijo adolescente? Los cuales lloran y temen ahora no por la política de Antonio, sino por el poder excesivo de sus enemigos.

»He expuesto ante vosotros estas razones como un 59
ejemplo de la defensa de Antonio y de la versatilidad de Cicerón; pero quiero añadir un consejo para los hombres sensatos, no hagáis injusticia ni al pueblo ni a Antonio, no atraigáis enemistades y peligros sobre los asun-

tos públicos, mientras la República permanece todavía enferma, y está falta de quien la defienda con presteza; sino que, estableciendo en la ciudad, antes de provocar el desorden en el exterior, una fuerza suficiente, precaveos, entonces, de los que en cada momento os acometan y tomad las decisiones que queráis cuando seáis capaces de cumplir lo decidido. ¿Cómo será posible esto? Si dejamos que Antonio, bajo cualquier pretexto o como voluntad del pueblo, tenga la provincia de la Galia y hacemos venir aquí a Décimo con las tres legiones que tiene, y, una vez llegado, lo enviamos a Macedonia, pero retenemos las legiones; y si las dos legiones que desertaron de Antonio, desertaron hacia nosotros, como dice Cicerón, hagámoslas venir también a éstas desde junto a Octavio a la ciudad. Pues, de este modo, cuando estemos en posesión de cinco legiones, podríamos votar lo que nos pareciera conveniente, con toda autoridad, sin tener suspensas nuestras esperanzas del favor de hombre alguno.

60 »Estas palabras están dirigidas a quienes me escuchan sin envidia ni rivalidad. A aquellos otros, en cambio, que sin consideración ni preparación, por causa de una enemistad o rivalidad personal, os tratan de soliviantar, les exhorto a que no sean unos jueces precipitados y violentos contra hombres de máximo prestigio y que mandan un ejército poderoso, y a que no les fuercen a combatir contra su voluntad. Que se acuerden de Marcio Coriolano y de los recientes hechos de César, a quien de modo similar, cuando estaba al frente de un ejército y nos ofrecía las mejores propuestas de paz posibles, le votamos enemigo, de forma precipitada, y le obligamos, en realidad, a que lo fuera de hecho. Que tengan consideración hacia el pueblo que hace poco perseguía a los asesinos de César, no sea que parezcamos que, por insultarle, concedemos a unos el gobierno de las provincias, y que elogiamos a Décimo, porque inva-

lidó la ley del pueblo, y votamos enemigo a Antonio, porque aceptó la provincia de la Galia de manos del pueblo. Sería menester que los buenos consejeros reflexionaran sobre estas razones por aquellos que todavía están extraviados, y que los cónsules y tribunos de la plebe se multiplicaran ante los peligros públicos.»

De tal suerte hizo Pisón la defensa, en tono de cen- 61
sura y amenaza, y fue claramente el responsable de que Antonio no fuera declarado enemigo. Sin embargo, no logró conservarle el gobierno de la Galia, pues los amigos y los familiares de los asesinos lo impidieron, por temor a que, solventada la guerra, se aprestara a vengar el crimen reconciliándose con Octavio; por esta razón, también, maniobraban para mantener en continua querella a Octavio y a Antonio. Así que decretaron ofrecer a Antonio, Macedonia a cambio de la Galia, y ordenaron, sin caer en ello o de propósito, que Cicerón pusiera por escrito las demás decisiones y se las entregara a los embajadores [70]. Este último alteró el espíritu del decreto y escribió lo que sigue: «Antonio debe levantar de inmediato el cerco de Módena y ceder a Décimo la Galia Cisalpina, retirarse al lado de acá del río Rubicón, que es el límite entre Italia y la provincia de la Galia, antes de un día fijado y someterse sin reservas al senado.» De forma tan provocadora y falsa redactó Cicerón las órdenes, y no porque latiera tamaña enemistad, sino, según parece, porque algún genio maléfico incordiaba buscando la mutación de la República y conspirando contra el propio Cicerón. Los restos de Trebonio hacía poco que habían sido traídos, y, cuando se supo con mayor exactitud de la violencia cometida contra él, el senado, sin apenas oposición, declaró enemigo a Dolabella.

[70] DRUMANN-GROEBE, *Gesch. Romans.*, I, pág. 176, y FRISCH, *Cicero's Fight...*, pág. 183 y n. 8, piensan que este dato es, probablemente, un añadido para desprestigiar aún más a Cicerón.

62 Los embajadores[71] que habían sido enviados a Antonio, avergonzados del tono insolente de las órdenes, no dijeron nada y se las entregaron. Antonio, en su indignación, profirió muchos improperios contra el senado y contra Cicerón, atónito ante el hecho de que a César, que había procurado los mayores beneficios al imperio, le tuvieran por un tirano o un rey y, en cambio, a Cicerón, a quien César apresó en la guerra y no le dio muerte, no lo consideraran así. Y de que Cicerón antepusiera los asesinos de César a sus amigos y hubiera odiado a Décimo, mientras fue amigo de César, y lo quisiera ahora que había sido su ejecutor. Y de que tomara partido por un hombre que no había recibido de nadie la provincia de la Galia, tras la muerte de César, y, por el contrario, hiciera la guerra a quien la había tomado de las manos del pueblo. «Y a los soldados desertores de las legiones que me fueron votadas les otorga recompensas, en tanto que no se las da a los que permanecen fieles, corrompiendo así las leyes de la milicia, no más en perjuicio mío que en el de la ciudad. Ha otorgado la amnistía a los asesinos, en la cual yo también consentí a causa de dos hombres muy ilustres. Sin embargo, considera enemigos a Antonio y Dolabella, porque retenemos lo que se nos dio. Pues ésta es la causa real. Y si me desprendo de la Galia ya no soy enemigo ni autócrata. Ciertamente que con estos testimonios dejaré sin efecto la amnistía que no quieren.»

63 Antonio, después de haber dicho muchas otras cosas del mismo tenor, escribió su respuesta al decreto, diciendo que se sometería en todo al senado, por ser la voz de la patria, pero a Cicerón, que había escrito las órdenes, le respondió de esta guisa: «El pueblo me concedió la Galia en virtud de una ley, y perseguiré a Déci-

[71] Integraban la embajada tres *consulares:* L. Pisón, Marcio Filipo y Servio Sulpicio.

mo por desobedecer a la ley y reclamaré el castigo por el asesinato sólo de él en representación de todos los demás, para que el senado se purifique de la impureza de la que ahora está lleno a causa del apoyo que Cicerón presta a Décimo.» Ésta fue la respuesta que Antonio escribió [72], y el senado le decretó, al punto, enemigo a él y al ejército que tenía a sus órdenes [73], si no le abandonaba. Se asignó el gobierno de Macedonia y de la misma Iliria y las tropas que quedaban en ambas provincias a Marco Bruto, hasta que estuvieran restablecidos los asuntos públicos. Este último contaba ya con un ejército propio y algunas tropas que había recibido de Apuleyo, amén de navíos de guerra, naves de transporte y unos dieciséis mil talentos en moneda junto con otras muchas armas que encontró en Demetrias, donde habían sido ubicadas desde hacía mucho tiempo por Gayo César. El senado dispuso, en esta ocasión, que utilizara todos estos recursos en beneficio de la patria. Decretaron, además, que Casio se hiciera cargo del gobierno de Siria y combatiera a Dolabella, y que todos los restantes jefes que tuvieran el mando de alguna provincia o ejército romanos, desde el Adriático hasta el Oriente, obedecieran cualquier orden de Casio o Bruto.

Con tal celeridad, y aprovechando la ocasión, dieron 64
lustre a la situación de Casio y los suyos. Y Octavio, cuando oyó cada una de estas medidas, no supo qué hacer. Consideraba, en efecto, que la amnistía revestía la apariencia hermosa de un acto de generosidad y de piedad hacia estos hombres de parte de quienes eran sus familiares e iguales en rango, y que la razón de ha-

[72] Los embajadores, a excepción de Sulpicio, que murió en el viaje, regresaron el 1 o 2 de febrero. Este capítulo de Apiano tiene un carácter de resumen (cf., para los hechos y cronología, Frisch, *op. cit.*, págs. 198-217).

[73] En realidad, Antonio fue decretado enemigo después de la segunda batalla de Módena (cf. Cic., *Ad Brut.* I 3, 4).

berles concedido mandos de poca importancia era simplemente de seguridad personal; le parecía, en fin, que el hecho de haberle confirmado a Décimo la provincia de la Galia se debía a la discrepancia del senado con Antonio respecto a su aspiración al poder supremo, bajo cuya pretensión se sentía movido, él también, a luchar contra Antonio. Sin embargo, el decretar enemigo a Dolabella por haber dado muerte a uno solo de los asesinos, el cambiar el mando de Bruto y Casio a las provincias mayores, el concederles en bloque gran cantidad de tropas y dinero y designarles como jefes de todos los jefes que había más allá del Adriático, era un indicio seguro de la intención senatorial de acrecentar el partido de Pompeyo y destruir el de César. Reflexionó, además, sobre la treta seguida con él mismo, cual si de un jovenzuelo se tratara, al concederle una estatua y un asiento de honor y designarle propretor, pero despojarle, de hecho, de su propio ejército, pues cuando los cónsules prestan servicio con un magistrado tal, el propretor carece de autoridad. Las recompensas decretadas únicamente a aquellos de sus soldados que habían desertado de Antonio se le antojaban una ofensa para los que se habían alistado a sus órdenes. Y que la guerra, en suma, comportaba una deshonra para él, pues, de hecho, el senado le utilizaría contra Antonio hasta que aniquilaran a este último.

65 Aunque estaba sumido en estas meditaciones, las mantuvo ocultas, y tras realizar los sacrificios debidos a la magistratura que le había sido conferida, dijo a su ejército: «Este honor os lo debo a vosotros, camaradas, no ahora sino desde que me concedisteis el mando, pues el senado me lo concedió gracias a vosotros. Así que sabed que yo os deberé mi gratitud por este favor y que, en el caso de que los dioses me procuren el éxito por este favor, os lo devolveré con creces.»

De este modo reforzó los vínculos de unión entre él y el ejército. Entretanto, Pansa, uno de los cónsules, reclutaba tropas a través de Italia, y el otro, Hircio, compartió con Octavio el mando del ejército y, como le había ordenado en secreto el senado, reclamó como parte del reparto las dos legiones que habían desertado de Antonio, pues sabía que éstas eran las de mayor valor del ejército. Octavio se mostraba complaciente en todo, y dispuesto a compartirlo, se retiraron ambos juntos a los cuarteles de invierno. Avanzado ya el invierno, Décimo comenzó a sufrir de hambre, e Hircio y Octavio se pusieron en marcha hacia Módena por temor a que Antonio recibiera en rendición al ejército de Décimo, exhausto por la falta de alimentos [74]. Sin embargo, como Módena estaba sometida a una férrea vigilancia por Antonio, no se atrevieron a trabar combate con él con todas las fuerzas reunidas y aguardaron a Pansa [75]. Hubo frecuentes combates ecuestres, puesto que Antonio tenía muchas más tropas de caballería, pero la dificultad del terreno, que estaba atravesado por torrentes, anuló la ventaja de su superioridad numérica.

Así estaban las cosas en Módena. Mientras tanto, 66
en Roma, en ausencia de los cónsules, Cicerón se había hecho dueño de la situación por medio de sus alocuciones públicas. Se celebraban frecuentes asambleas y se procuraba armas forzando a los artesanos armeros a fabricarlas sin recibir ninguna paga; recolectaba dinero e imponía cargas muy gravosas a los amigos de Antonio. Estos últimos las soportaban sin quejas para evitar

---

[74] Véanse, al respecto, las razones aducidas por Antonio en una carta abierta dirigida a Hircio y Octavio (Cic., *Fil.* 13, 22-48). Esto sucedía a finales de marzo del 43 a. C. La marcha de Hircio y Octavio hacia Módena tuvo lugar en el mismo mes de marzo desde la zona de Rávena, donde habían acampado.

[75] Pansa había abandonado Roma el 19 de marzo con cuatro legiones de tropas recién reclutadas.

la calumnia, hasta que Publio Ventidio[76], que había servido con Gayo César y era amigo de Antonio, no toleró la presión de Cicerón y marchó a las colonias de César, donde, como era bien conocido, reclutó dos legiones para entrar al servicio de Antonio y se apresuró hacia Roma para apoderarse de Cicerón[77]. Entonces se produjo una commoción inmensa, y la mayoría sacó fuera de la ciudad a sus mujeres e hijos, presa del pánico, y el mismo Cicerón huyó de la ciudad. Cuando lo supo Ventidio desvió su ruta hacia Antonio, pero, al ser interceptado por Octavio e Hircio, avanzó hasta el Piceno donde reclutó otra legión y aguardó el desarrollo de los acontecimientos.

Al acercarse Pansa con el ejército, Octavio e Hircio enviaron a su encuentro a Carsuleyo con la cohorte pretoriana de Octavio y la legión de Marte, con objeto de ayudarle en su paso a través del desfiladero. Antonio no prestó atención al desfiladero por entender que ello no conducía a otra cosa que a poner un obstáculo al enemigo, pero movido por su afán de lucha y como no podía destacar con la caballería debido a que el terreno era pantanoso y estaba atravesado por fosos, emboscó a sus dos mejores legiones en el pantano, ocultándolas con los cañaverales a uno y otro lado del camino, que había sido construido artificialmente y era estrecho.

67 Carsuleyo y Pansa atravesaron el desfiladero durante la noche, y al amanecer tan sólo con la legión Martia y otras cinco cohortes penetraron en el camino construido artificialmente, que todavía se hallaba limpio de enemigos. Mientras inspeccionaban el pantano a uno y otro lado de la carretera, el leve movimiento de las cañas

[76] Cónsul *suffectus* en el 43 a. C.

[77] Este hecho es reputado por algunos autores como fantástico y en la línea de hostilidad hacia Cicerón que existe en el relato de Apiano (cf. GABBA, *Appiano...*, pág. 170 n. 2).

despertó sus sospechas, después brotó aquí y allá el brillo de algún que otro casco y yelmo, y de repente surgió ante ellos, por el frente, la cohorte pretoriana de Antonio. Los soldados de la Martia, rodeados por todas partes y sin posibilidad ninguna de escape, ordenaron a los novatos que, si se les acercaba el enemigo se abstuvieran de unirse a ellos en el combate para que no les perturbaran a causa de su falta de experiencia. Y la cohorte pretoriana de Octavio se enfrentó a la de Antonio. El resto de las tropas se escindieron en dos y penetraron a uno y otro lado del pantano, bajo el mando de Pansa y Carsuleyo respectivamente. Así que se entablaron dos batallas en dos pantanos, impidiendo la carretera que cada uno supiera de la suerte del otro; y a lo largo de la carretera las cohortes pretorianas sostenían su otra batalla particular. Los soldados de Antonio tenían la intención de vengarse de los legionarios de la Martia por su deserción, por considerarlos traidores para con ellos mismos, y, a su vez, los de la Martia querían vengarse de aquéllos por su tolerancia con la matanza de sus compañeros en Bríndisi. Sabedores unos y otros de que constituían la flor y nata de ambos ejércitos, esperaban decidir la suerte de toda la guerra en este único combate. A unos los animaba la vergüenza de que dos legiones fueran derrotadas por una sola y a los otros, en cambio, la ambición de derrotar ellos solos a dos legiones.

Con tal grado de enojo y ambición se atacaron mu- 68
tuamente, considerando este asunto más como algo propio que de sus generales. A causa de su veteranía no dieron ningún grito de guerra, pues no esperaban aterrorizarse unos a otros, ni en el transcurso de la lucha nadie dejó oír su voz, tanto si vencía como si era derrotado. Como no había lugar a evoluciones y cargas, por combatir en zona pantanosa y con fosos, luchaban codo a codo, y al no poder rechazar al adversario se enzarza-

ban entre sí con las espadas como en una lucha entre atletas. Ningún golpe resultaba fallido sino que se producían heridas, muertes y en vez de gritos, gemidos tan sólo. El que caía era retirado al punto, y otro ocupaba su lugar. No hacían falta advertencias y gritos de aliento, pues a causa de la experiencia cada uno era su propio general. Y cuando estaban agotados de fatiga, como en los certámenes gimnásticos, se separaban un poco para tomar respiro y de nuevo se reintegraban a la lucha. El estupor se apoderó de los bisoños cuando llegaron, al contemplar tales luchas realizadas en profundo silencio y orden.

69 Esforzándose así todos de manera sobrehumana, la cohorte pretoriana de Octavio perdió hasta el último hombre. Aquellos soldados de la Martia a las órdenes de Carsuleyo se impusieron a sus adversarios, que se retiraron no de forma vergonzante, sino poco a poco. En cambio, los que estaban bajo Pansa sufrían, de igual modo, la peor parte, pero, con todo, resistieron por igual por ambas partes hasta que Pansa fue herido en el costado por una jabalina y fue retirado del campo de batalla a Bononia [78]. Entonces sus soldados se replegaron, primero paso a paso, después con mayor rapidez volviendo la espalda como en una huida. Los soldados novatos, al verlos, huyeron en desorden dando gritos hacia el campamento que precisamente había preparado el cuestor Torcuato mientras se desarrollaba la batalla ante la sospecha de que fuera necesario. Los bisoños se congregaron en su interior en medio de la confusión, a pesar de que eran italianos igual que los de la Martia. Pues hasta tal punto aventaja el ejercicio a la raza en cuestiones de valor. Los de la Martia, en cambio, no penetraron en el campamento por miedo al deshonor

---

[78] Ciudad de la Galia Cisalpina, entre Módena y Rávena. También se la conoce con el nombre de Felsina.

y permanecieron en su proximidad, y aunque agotados por la fatiga, contaban aún con el suficiente coraje para, si alguien los atacaba, seguir combatiendo hasta el final inexorable. No obstante, Antonio se abstuvo de atacar a los legionarios de la Martia, por ser ello una empresa harto penosa, y cayendo sobre los nuevos reclutas causó una gran mortandad entre ellos.

Cuando Hircio se enteró de la batalla, cerca de Mó- 70
dena, a una distancia de sesenta estadios, se lanzó a la carrera con la otra legión que había desertado de Antonio. Era ya la caída de la tarde y los soldados victoriosos de Antonio se retiraban entonando himnos de triunfo. Entonces, Hircio apareció ante éstos, que no estaban en orden de batalla, con una legión en perfecta formación, completa y fresca. Ellos formaron de nuevo, obligados por la situación, y llevaron a cabo ante estas tropas también muchos y brillantes actos de valor, pero, como estaban cansados, fueron derrotados por unos hombres que venían de refresco, y la mayoría de ellos pereció en esta batalla con Hircio, quien, sin embargo, no los persiguió por temor a los pantanos y, como ya negreaba la tarde, les permitió escapar. Una amplia zona del pantano quedó llena de armas, cadáveres, hombres moribundos y heridos, y de algunos incluso que, aun estando incólumes, se abandonaron a sí mismos a causa del cansancio. Los jinetes que todavía le quedaban a Antonio recorrieron la zona durante toda la noche y los recogieron; a algunos los ponían, en lugar de ellos, sobre los caballos, a otros los colocaban a la grupa con ellos y a otros les exhortaban a que se agarraran a la cola de los caballos y corrieran a su lado, para ayudarles de este modo a salvarse. Así fue cómo las fuerzas de Antonio que habían combatido espléndidamente fueron destruidas por la llegada de Hircio. Y acampó en una aldea cercana a la llanura, sin protección alguna,

que se llamaba el «Foro de los galos»[79]. De los restantes, cayeron la mitad aproximadamente por uno y otro lado; la cohorte pretoriana de Octavio pereció en su totalidad, y las pérdidas de Hircio fueron escasas.

71 Al día siguiente se replegaron todos a sus campamentos en Módena. Antonio, después de tan severa derrota, tenía la intención de no atacar ya a los enemigos en un combate general, ni siquiera de presentar batalla si le atacaban, sino de incordiarles tan sólo a diario con la caballería, hasta que Décimo, que estaba reducido a una necesidad extrema por el hambre, se rindiera. Sin embargo, Hircio y Pansa, por esta razón, se veían apremiados a solventar la situación en una batalla. Como Antonio no salía cuando le presentaban batalla, se desplazaron hacia el otro lado de Módena, que estaba más desguarnecido a causa de lo impracticable del terreno, con la intención de forzar el paso hacia el interior de la ciudad con su potente ejército. Antonio, también en esta ocasión, les atacó sólo con la caballería; pero, como el enemigo se defendió, a su vez, con la caballería solamente, y el resto del ejército prosiguió el avance hacia su objetivo, Antonio tuvo miedo por la suerte de Módena y sacó a dos legiones. Entonces, sus adversarios contentos se volvieron y combatieron. Antonio llamó a las otras legiones; pero, como éstas llegaron con lentitud a consecuencia de lo repentino de la llamada y de la larga distancia, las tropas de Octavio se impusieron en la batalla[80]. Hircio irrumpió en el campamento de Antonio y cayó combatiendo cerca de la tienda del general. Octavio hizo una incursión y rescató su cuerpo e, incluso, llegó a apoderarse del campamento

[79] Éste fue el lugar de la batalla. Era una pequeña localidad a unos 8 o 10 kms. de Módena. Tuvo lugar el 14 de abril del 43 a. C.

[80] Esta segunda batalla de Módena aconteció una semana después de la anterior, es decir, el 21 de abril.

hasta que, poco después, fue expulsado por Antonio. Y cada ejército pasó la noche en armas.

Antonio, tras sufrir este segundo golpe, tomó conse- 72
jo con sus amigos nada más concluir el combate. A éstos les parecía que él debía persistir en su primitiva intención de sitiar Módena y no salir a presentar batalla. Pues decían que las bajas eran similares para ambos, ya que Hircio había muerto, Pansa estaba enfermo, ellos eran superiores en caballería y Módena había sido reducida a un grado extremo de necesidad y se rendiría de inmediato. Éstos eran los consejos de sus amigos, y eran realmente los mejores. Sin embargo, Antonio, ofuscado ya por alguna divinidad, tuvo miedo de que Octavio, tras hacer un intento como el del día precedente, penetrara en Módena, o bien tratara de rodearle, ya que contaba con mano de obra más abundante, «en cuyo caso, dijo, nuestra caballería quedará reducida a la impotencia, y Lépido y Planco me despreciarán como si hubiera resultado derrotado. Pero si levantamos el cerco de Módena, Ventidio se unirá a nosotros de inmediato desde el Piceno con sus tres legiones, y Lépido y Planco combatirán con mayor arrojo a su lado»[81]. Hizo estas reflexiones por más que no fuera un hombre timorato en situaciones de peligro, y nada más comunicarlas levantó el campo y se puso en camino hacia los Alpes.

Una vez que Décimo se vio libre del asedio, su temor 73
se mudó hacia Octavio, pues al estar ausentes los cónsules, le temía como a un enemigo. Así que, antes de despuntar el día, cortó el puente sobre el río y enviando a algunos hombres en un bote le testimonió su reco-

[81] En realidad, el apoyo de Lépido lo consiguió un mes más tarde, pero en aquel momento ese refuerzo era muy dudoso aún. Apiano, una vez más, hace jugar, en un momento decisivo, el factor de la fortuna como causa condicionante de una decisión personal.

nocimiento como responsable de su salvación. Y le pidió que se uniera con él, en la orilla opuesta del río, para conferenciar, con los ciudadanos como testigos, pues esperaba convencerle de que un espíritu maléfico le había ofuscado y que había sido arrastrado por otros a la conspiración contra César. Octavio respondió a los emisarios de forma airada y declinó el agradecimiento que Décimo le ofrecía, diciendo: «Yo no estoy aquí para salvar a Décimo, sino para combatir contra Antonio, con el que en cierta ocasión me permitió el destino que llegara a un acuerdo; pero mi naturaleza no me mueve ni a ver ni a hablar a Décimo; quede a salvo, no obstante, hasta tanto lo decidan las autoridades de Roma.» Cuando Décimo conoció su respuesta, se colocó de pie a orillas del río y, llamando por su nombre a Octavio, le leyó en voz alta las cartas del senado que le concedían a él el mando de la provincia de la Galia, y prohibió a Octavio que sin el consentimiento de los cónsules cruzara el río y penetrase en la zona de gobierno de otro, así como que persiguiera ya a Antonio, pues él se bastaba para hacerlo. Octavio sabía que el senado le había impulsado a esta acción audaz y aunque, con sólo ordenarlo, hubiera podido apoderarse de él, lo respetó por el momento y se volvió hacia Bononia junto a Pansa. Allí escribió al senado dando cuenta de todo lo ocurrido y lo mismo hizo Pansa.

74 En Roma, Cicerón leyó al pueblo el relato del cónsul, pero el de Octavio sólo al senado. Por la victoria sobre Antonio propuso que se decretaran cincuenta días de acción de gracias, cifra nunca decretada por los romanos ni después de la guerra contra los galos ni de ninguna otra guerra [82]. Los indujo, además, a conceder

[82] En algunas fuentes parece que se le otorgó una *ovatio*, en tanto que a Décimo le fue concedido un triunfo. Sin embargo, este hecho no está claro (cf. Syme, *The Roman Revolution*, pág. 176 y n. 2).

el ejército de los cónsules a Décimo, aunque Pansa estaba vivo todavía, pues se había perdido ya la esperanza de salvarle, y a que designaran a Décimo como único general contra Antonio y se hicieran rogativas públicas por su triunfo. Tan grandes eran el apasionamiento y la falta de escrúpulos de Cicerón en lo tocante a Antonio. Confirmó de nuevo para las dos legiones que habían desertado de Antonio las cinco mil dracmas prometidas a cada hombre con anterioridad con cargo al erario público y como recompensa por la victoria, como si realmente hubiera ya vencido, y que pudieran llevar de por vida una corona de olivo en los festivales públicos. Sin embargo, sobre Octavio nada se mencionaba en los decretos, ni tan siquiera su nombre. Tal era su actitud, por el momento, de desprecio hacia Antonio como si ya estuviera destruido[83]. Escribieron también a Lépido, Planco y Asinio para que prosiguieran la guerra a fin de trabar combate con Antonio.

Mientras ocurría esto en Roma, Pansa, moribundo 75
a consecuencia de su herida, llamó a Octavio a su lado y le dijo[84]: «Yo quise a tu padre tanto como a mí mismo, pero no pude vengar su muerte ni dejar de unirme a la mayoría, a quienes precisamente también tú has hecho bien en obedecer aunque tengas un ejército. Y si bien, en un principio, tuvieron miedo de ti y, en especial, de Antonio, pues éste se mostraba el más ambicioso en seguir por la senda de César, se alegraron con

[83] Resulta evidente el tono anticiceroniano de este pasaje.

[84] Este coloquio, que pone de relieve la precariedad de la posición de Octavio en la estima del senado y de su líder Cicerón, lo estiman ficticio algunos autores. Según Gabba, *Appiano...*, pág. 171 y notas, proviene de una fuente favorable a Augusto y se inserta en un contexto filoantoniano para desprestigiar al senado por boca de uno de sus cónsules; cf. allí otros detalles para la precisión de la fuente, Asinio Polión, según este autor. Syme, *op. cit.*, pág. 177 y n. 4, afirma, justificándolo, que Octavio era consciente de su posición, sin que el cónsul Pansa tuviera que abrirle los ojos al respecto.

vuestras disensiones pensando que acabaríais por destruiros el uno al otro. Pero, una vez que te vieron como dueño absoluto del ejército, trataron de procurarse tu favor, como el de un muchacho, con honores especiosos y carentes de un valor real. Y cuando te mostraste más arrogante y resistente a los honores, en especial en aquella ocasión en que no aceptaste la magistratura que te había ofrecido el ejército, se desconcertaron y te designaron nuestro general para que pudiéramos sustraerte las dos legiones con mayor capacidad operativa, confiando en que al ser derrotado uno de vosotros, el otro quedaría debilitado y solo, y en que, tras destruir después de éste a todo el partido de César, volverían a restaurar en el poder a la facción de Pompeyo. Pues éste es su principal objetivo.

76 »Hircio y yo cumplimos nuestras órdenes hasta humillar a Antonio, que se mostraba con un desprecio arrogante, pero pensamos reconciliarlo contigo, una vez derrotado, con objeto de poder devolver así la deuda de gratitud debida a nuestra amistad con César y que era el único modo de ayudar mejor a su partido cara al futuro. No fue posible referirte esto antes, pero ahora, vencido Antonio, muerto Hircio y estando yo en brazos de la muerte, era la ocasión de decírtelo no para que me debas gratitud después de muerto, sino para que tú, nacido bajo un feliz destino como tus hechos revelan, conozcas lo que te conviene y sepas la voluntad y necesidad mías y de Hircio. El ejército que tú mismo nos diste está perfectamente justificado que te sea devuelto, y yo te lo devuelvo. Y si puedes retener a las tropas bisoñas, también te las entregaré, pero si sienten demasiada impresión hacia el senado, porque sus oficiales fueron enviados además como espías nuestros, y este hecho te puede acarrear envidias y molestias antes de tiempo, el cuestor Torcuato se hará cargo de

ellas.» Después de haber pronunciado estas palabras, encargó el mando de los bisoños al cuestor y expiró. El cuestor, según un decreto del senado, transfirió las tropas novatas a Décimo, y Octavio otorgó un ilustre funeral a Hircio y Pansa y envió sus cadáveres a Roma en medio de honores.

Entretanto[85], tenían lugar en Siria y Macedonia los 77
hechos siguientes. Gayo César, cuando atravesó Siria, había dejado allí una legión, pues tenía planeada ya una expedición contra los partos. Cecilio Baso la tuvo a su cuidado, pero la dignidad del cargo de comandante la ostentaba Julio Sexto, un hombre joven emparentado con César, quien, entregado a una vida de molicie, llevaba a la legión de forma indecorosa por todas partes. Cuando Baso se lo reprochó en cierta ocasión, le replicó con insultos; y, cuando llamó a Baso, poco tiempo después, y éste obedeció con lentitud, ordenó que lo trajeran a rastras. Se produjo un tumulto e intercambio de golpes, y el ejército no soportó la vejación y dio muerte a Julio. Y, al punto, se arrepintieron y tuvieron miedo de César. Por consiguiente se tomaron mutuo juramento de que, si no se les concedía el perdón y la confianza, lucharían hasta la muerte, y obligaron a Baso a este mismo juramento. Después, reclutaron otra legión y la incorporaron a sus entrenamientos. Esto es lo que algunos refieren acerca de Baso; pero Libo[86] dice que él perteneció al ejército de Pompeyo y que, tras la derrota de éste, fue un ciudadano privado en Tiro, donde sobornó a algunos soldados de la legión, los cuales mataron a Sexto y se pusieron a las órdenes de Ba-

85 Enero-febrero del 43 a. C.

86 Puede tratarse de L. Escribonio Libo (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Scribonius*, núm. 20), que ya había tomado parte en la guerra civil al lado de Pompeyo (años 49-48 a. C.) y sería el futuro cónsul del 34 a. C., o de un error por Livio.

so. Sea como fuere, éstos derrotaron de forma contundente a Estayo Murco[87], que había sido enviado contra ellos por César, hasta que Murco llamó a Marcio Crispo[88], gobernador de Bitinia, y éste acudió en su auxilio con otras tres legiones.

78 Cuando Baso y sus soldados se encontraban sitiados[89] por estos últimos, se presentó Casio de repente y asumió, al punto, el mando de las dos legiones de aquél y de las seis que lo sitiaban, las cuales se entregaron de un modo amigable y le obedecieron como a un procónsul. Pues se había decretado, como he dicho antes, que todos obedecieran a Casio y Bruto[90]. Y precisamente entonces Alieno[91], que había sido enviado a Egipto por Dolabella, trajo desde allí cuatro legiones de los soldados que habían sido dispersados a raíz de las derrotas de Pompeyo y Craso o de otros dejados en aquel país por César para Cleopatra. Casio lo rodeó a él, ignorante de lo ocurrido, en Palestina y le obligó a rendirse ya que no se atrevió a luchar con sus cuatro legiones contra las ocho de Casio. Y de este modo Casio, contra todo pronóstico, se vio dueño, de golpe, de doce legiones, y puso cerco a Dolabella que venía de Asia con dos legiones y había sido recibido en Laodicea como un amigo. El senado, al enterarse de estas noticias, se mostró sumamente complacido.

---

87 L. Estayo Murco, general cesariano, procónsul de Siria en el 44 a. C. (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Staius*, núm. 2, y BROUGHTON, II, pág. 330).

88 Q. Marcio Crispo, procónsul de Bitinia en el 45 a. C., era también un general cesariano (cf. MÜNZER, *ibid.*, s.v. *Marcius*, núm. 52, y BROUGHTON, II, pág. 309).

89 En la ciudad de Apamea, en Siria.

90 El reconocimiento por parte del senado de la usurpación de la provincia de Siria y del mando de doce legiones, tuvo lugar más de dos meses después que ocurrieran estos hechos, hacia finales de abril del 43 a. C. (cf. SYME, *The Roman Revolution*, pág. 172).

91 A. Alieno, otro general cesariano.

79 En Macedonia, Gayo Antonio[92], el hermano de Marco Antonio, disentía de Bruto y le hacía la guerra con una legión de soldados de infantería. Como era inferior a Bruto, le tendió una emboscada. Éste, no obstante, consiguió escapar y, a su vez, le tendió otra, pero no le causó daño alguno, a pesar de haberlo copado, sino que ordenó a su propio ejército que saludara a sus adversarios. Y aunque éstos, en cambio, no respondieron al saludo ni aceptaron el gesto, les dejó marchar indemnes de la emboscada. Después, dando un rodeo por otros caminos, se apostó de nuevo en unos riscos y, por segunda vez, no les atacó, sino que los saludó. Entonces ellos, al considerar que los perdonaba como a compatriotas y que era digno de la fama que tenía por su sabiduría y moderación, le saludaron y se pasaron a él. También se entregó Gayo, que fue objeto de un trato honroso por parte de Bruto, hasta que, tras intentar repetidas veces sobornar al ejército, fue convicto de este delito y ejecutado. Así que Bruto, incluyendo sus anteriores fuerzas, tuvo seis legiones. Y como elogió el valor de los macedonios, reclutó entre ellos dos legiones y las entrenó a la usanza italiana[93].

80 Tal era la situación en Siria y Macedonia. Entretanto, en Italia, Octavio, aunque consideró un insulto el hecho de que hubiera sido elegido Décimo, en vez de él, como general contra Antonio, ocultó su enojo y solicitó un triunfo para conmemorar sus hechos de armas[94]. Sin embargo, al ser objeto de menosprecio por parte del senado como si aspirara a honores que estaban por encima de su edad, tuvo miedo de que, si Anto-

[92] Había desembarcado en Dirraquio, a comienzos de enero del 43 a. C., para asumir el mando de la provincia de Macedonia.

[93] El senado legalizó la usurpación ilegal de Macedonia e Iliria por parte de Bruto, a comienzos de febrero y a propuesta de CICERÓN (*Fil.* 10, 25 ss.).

[94] Cf. n. 82 al cap. 74.

nio era destruido, fuera a ser todavía más menospreciado, y deseó vivamente llegar a un acuerdo con él, tal como le había aconsejado Pansa en su lecho de muerte [95]. Por consiguiente, trató de ganarse la amistad de aquellos oficiales o soldados del ejército de Antonio que andaban extraviados y los enroló entre sus propios soldados, o bien envió a Antonio a aquellos otros que así lo desearon, a fin de no parecer que marchaba contra él por causa de una enemistad irremediable. Acampando junto a Ventidio [96], el amigo de Antonio, que mandaba tres legiones, le infundió temor, pero no cometió

ningún acto hostil, sino que, de igual modo, le permitió unirse a él o retornar con su ejército sin temor junto a Antonio y reprochar a éste por ignorar sus intereses comunes. Ventidio comprendió la actitud de Octavio y regresó al lado de Antonio [97]. A Decio, uno de los oficiales de Antonio, que había sido hecho prisionero en Módena lo trató con honor y le permitió, si quería, volver con Antonio. Y, cuando Decio le preguntó sobre sus

---

[95] Cf. n. 83 al cap. 74.

[96] Este P. Ventidio, ya mencionado a propósito de su persecución a Cicerón en el cap. 66 (cf. n. 77), es una personalidad militar y política singular de la época cesariana y triunviral (cf. J. E. Seaver, «P. Ventidius Neglected Roman Military Hero», *Class. Jour.* 47 [1951-52]). Tal vez fuera hijo de aquel P. Ventidio mencionado por Apiano (*B.C.* capítulo 47) entre los jefes italianos. Fue pretor en el 43 a. C. y cónsul *suffectus* ese mismo año (Broughton, II, págs. 337 y 339). En el 41 a. C., tuvo un mando en la Galia Transalpina (Broughton, II, pág. 375). Véanse Syme, *The Roman Revolution*, en muchos lugares, y Gundel, en *RE*, s.v. *Ventidius*, núm. 5.

[97] El encuentro tuvo lugar en la localidad ribereña de Vada Sabatia (en la costa de Liguria) el día 3 de mayo del 43 a. C. Antonio había descrito en su viaje hacia el Oeste un arco: marchó desde Módena a Parma, Placentia y Dertona (ciudad de la Liguria), y descendió hasta la localidad ya citada a unos cuarenta kms. de Genua (Génova) (cf. Syme, *op. cit.*, pág. 128). Octavio permaneció a la expectativa en Bononia sin interferir la conjunción de las legiones de Ventidio y el resto del ejército de Antonio.

sentimientos hacia Antonio, le dijo que ya había dado numerosas pistas a las personas inteligentes y que a los necios ni siquiera más les resultarían suficientes.

Octavio procuró a Antonio tales indicios, pero, en 81
cambio, a Lépido y a Asinio les escribió con mayor franqueza sobre el ultraje cometido contra él y la rápida promoción de los asesinos, infundiéndoles el temor de que, por favorecer al partido de Pompeyo, cada uno de los cesarianos sufriría individualmente cosas similares a las de Antonio, puesto que también este último se veía aquejado de tan penosa situación por causa de su insensatez y desprecio de un temor tal. Les advirtió, además, de que, para guardar las formas, prestaran juramento al senado, pero que se mostraran concordes en mirar por su propia seguridad, mientras les fuera posible, que reprocharan a Antonio su conducta y que imitaran a sus propios soldados que no se dispersaron, ni siquiera cuando fueron relevados del servicio militar, a fin de no convertirse en un fácil blanco de ataque para sus enemigos, sino que prefirieron mantenerse agrupados en una tierra conquistada por la fuerza a disfrutar individualmente de la suya paterna. Tales consejos dio Octavio en su misiva a Lépido y a Asinio. Los soldados veteranos de Décimo cayeron enfermos por comer en exceso después del hambre sufrida y padecieron de disentería, en tanto que los nuevos reclutas estaban aún faltos de entrenamiento. Planco se le unió después con su ejército, y Décimo escribió al senado que daría caza a Antonio, convertido en un vagabundo; y ya habían tenido lugar algunos combates navales[97 bis].

Cuando los pompeyanos se enteraron de esto —cosa 82
admirable, cuántos aparecieron—, proclamaban a gritos que, por fin, se había recuperado la libertad patria,

[97 bis] El texto está, probablemente, corrupto.

y ofrecieron individualmente sacrificios y se eligieron decenviros encargados de exigir cuentas a Antonio por su magistratura. Esto fue un primer paso para invalidar las disposiciones de César, pues Antonio nada o muy poca cosa había hecho por él mismo, pero había administrado todo de acuerdo con el testamento de César. Aunque el senado conocía bien este hecho, consintió en anular algunas de las medidas bajo un cierto pretexto, esperando con ello anular la totalidad en el futuro. Los decenviros publicaron un edicto por el que se hacía saber que cualquiera que hubiera recibido alguna cosa en el transcurso del mandato de Antonio debía dar cuenta de ello de inmediato y por escrito, y amenazaron a los que desobedecieran el edicto. Los pompeyanos buscaban también el consulado para el resto del año en lugar de Hircio y Pansa, pero a este cargo aspiraba, a su vez, Octavio, quien no lo solicitó entonces del senado, sino, en privado, de Cicerón y le exhortó, además, a que fuera su colega [98], diciéndole que él, como hombre de mayor edad y experiencia, sería quien ejercería el gobierno, en tanto que él, Octavio, se contentaría únicamente con disfrutar del título de cónsul como medio para deponer las armas de manera decorosa, razón ésta por la que precisamente había solicitado antes celebrar el triunfo. Cicerón, excitado por tal proposición, a causa de su ambición de poder, dijo al senado que se daba cuenta de las negociaciones que bajo cuerda había entre los generales al mando de las provincias y les aconsejó que trataran de reconciliarse a un hombre que se sentía ultrajado y estaba todavía al mando de un gran ejército, y que era preferible retenerlo en la ciudad en el ejercicio de una magistratura antes de la edad regla-

[98] Para estos hechos, cf. SYME, *op. cit.*, págs. 182-183. Sobre el tono anticiceroniano de este capítulo, cf. GABBA, *Appiano...*, págs. 171-172 y n. 1.

mentaria para ello, a que permaneciera en armas lleno de rencor. Pero, a fin de que él no pudiera cometer una acción contraria a los intereses del senado, aconsejó que se eligiera como su colega a algún hombre prudente entre los de más edad, como firme pedagogo de su inmadurez. El senado se rió de la ambición de Cicerón, y, en especial, los familiares de los asesinos se pusieron temerosos de que Octavio, siendo cónsul, se vengara sobre aquéllos. Y por diversos motivos se produjo un 83
retraso legal de la elección. Entretanto, Antonio había cruzado los Alpes, tras persuadir a Culeo, que había sido colocado por Lépido para que los guardase, y llegó a un río en donde estaba acampado este último[99]; sin embargo, no se rodeó de una empalizada y foso por considerar que fijaba su campamento junto a un amigo. Era frecuente el intercambio de mensajeros entre ambos campamentos. Antonio recordaba a Lépido su amistad y favores diversos y trataba de hacerle ver que, tras de sí, iban a sufrir una suerte semejante, uno a uno, todos los que habían gozado de la amistad de César; Lépido, a su vez, tenía miedo del senado que le había ordenado combatir a Antonio, pero, no obstante, le prometió que no le atacaría por propia voluntad. Los soldados de Lépido, sintiendo respeto por la dignidad de Antonio, percatándose del intercambio de mensajeros y satisfechos por la naturalidad de su acampada, entablaron relaciones con los soldados de Antonio, primero en secreto, y después de manera abierta, por considerarlos conciudadanos y compañeros de armas; desobedecieron las prohibiciones de los tribunos y construye-

[99] Antonio, desde Vada Sabatia, mandó su caballería hacia el Norte para que cruzara los Apeninos en dirección a Pollentia (en la Liguria central). Décimo Bruto cayó en la trampa y la siguió, con lo que tuvo el camino expedito para penetrar a través de los Alpes marítimos en la Galia Narbonense y alcanzó *Forum Iulii* hacia mediados de mayo. Pocos días después, tuvo lugar el encuentro con Lépido.

ron un puente de barcas sobre el río para facilitar la comunicación. Y la décima legión, que había sido reclutada por Antonio en un principio, arregló los asuntos para él en el interior del campamento de Lépido.

84 Cuando Lateresio, uno de los miembros distinguidos del senado, se dio cuenta de la situación, puso sobre aviso a Lépido, y como éste se mostraba reacio a creerle, le exhortó a que dividiera el ejército en varias partes y las enviara a fuera so pretexto de algunas necesidades urgentes con vistas a probar su traición o fidelidad. Lépido lo dividió en tres partes y les ordenó partir de noche para que dieran protección a algunos convoyes que estaban acercándose. Sin embargo, ellos, armados como para la salida, alrededor de la última guardia se apoderaron de las partes fortificadas del campamento y abrieron las puertas a Antonio. Este último llegó corriendo hasta la tienda de Lépido, cuyo ejército le daba ahora escolta a él y pedía a Lépido paz y compasión para con unos conciudadanos infortunados. Lépido, tal como estaba, se lanzó desde el lecho, sin ceñir, hacia ellos y les prometió que así lo haría, saludó a Antonio y alegó como excusa la necesidad [100]. Otros consideran que él se postró ante Antonio, pues era un hombre irresoluto y tímido, pero no todos los escritores dan fe a este hecho ni yo tampoco, pues nunca había él realizado ningún acto de enemistad contra Antonio del que pudiera tener miedo. De este modo, Antonio alcanzó de nuevo un gran poder y se convirtió en el hombre más temible para sus enemigos; pues tenía el ejército con el que había levantado el cerco de Módena, incluida su espléndida caballería, en el camino se le habían unido las tres legiones de Ventidio, y Lépido se había convertido en su aliado con siete legiones de infantería, un

---

[100] El 30 de mayo se celebró el acto de conciliación, y Lépido escribió al senado alegando los motivos imperiosos que le habían llevado a tal acción (cf. Cic., *Ad Fam.* 35, 2).

gran número de tropas auxiliares y la impedimenta acorde con ellos. En estas fuerzas Lépido tenía el mando nominalmente, pero Antonio disponía, de hecho, todo.

Al conocerse estos hechos en Roma, se produjo de 85 nuevo una admirable y repentina mutación, unos trocaron su desprecio inmediato en temor hacia Antonio y el miedo de otros mudó a una actitud de arrojo. Los edictos de los decenviros fueron rotos con escarnio y la elección de los cónsules fue postergada todavía más. El senado, en su totalidad, no sabía qué hacer y temía que Octavio y Antonio formalizaran una alianza mutua, así que envió a dos de sus miembros, Lucio y Pansa, a Bruto y Casio, en secreto, so pretexto de supervisar los juegos en Grecia, con objeto de que les socorrieran en cuanto les fuera posible. También hizo regresar de África a dos de las tres legiones que servían bajo Sextio, y ordenó que la tercera fuera entregada a Cornificio que era favorable al partido senatorial y estaba al mando de otra zona de África, a pesar de que sabían que estos soldados habían servido bajo Gayo César y sospechaban de todo lo relativo a este último; sin embargo, su atolondramiento les impulsó a este acto de precipitación, ya que también eligieron de nuevo, en forma harto inadecuada, a Octavio y a Décimo como generales contra Antonio por temor a que llegara aquél a una alianza con este último.

Pero Octavio despertó en el ejército la ira contra 86 el senado, por motivos personales, al sentirse objeto de continuas vejaciones, y por sus soldados, puesto que se les enviaba a una segunda campaña antes de que hubieran recibido las cinco mil dracmas por hombre que les habían prometido darles por la campaña anterior. Y les aconsejó que enviaran emisarios y las reclamasen. Ellos enviaron a sus centuriones [101]. El senado comprendió

[101] En julio del 43 a. C.

que habían sido aleccionados en este asunto y les contestó que les respondería por medio de otros emisarios. Y enviaron a unos a los que instruyeron para que se dirigieran a las dos legiones que habían desertado de Antonio, cuando no estuviera presente Octavio, y les aconsejaran que no pusieran sus esperanzas en un solo hombre, sino en el senado, que era el único que tenía un poder imperecedero, y que se encaminaran al campamento de Décimo, en el que encontrarían el dinero prometido. Después de ordenarles decir esto, aportaron ya la mitad de la recompensa y eligieron a diez hombres para su distribución, a los cuales ni siquiera añadieron, en undécimo lugar, a Octavio. Como las dos legiones no admitieron encontrarse con ellos sin la presencia de Octavio, los embajadores se volvieron sin haber realizado nada. Octavio ya no se dirigió a ellos de palabra por medio de terceros ni juzgó oportuno hacerlos esperar más, sino que él mismo se presentó ante el ejército, reunido en asamblea, y enumeró los ultrajes que había recibido de parte del senado y la conspiración de este último para destruir, uno a uno, a todos los amigos de Gayo César; y les exhortó, por la seguridad de ellos mismos, a recelar de su trasferencia a un general hostil a su partido y de su envío a una guerra tras otra para ser aniquilados o provocar disensiones mutuas. Pues, con este objetivo, a pesar de que la acción en torno a Módena había sido obra de todos, se habían otorgado recompensas sólo a dos legiones, a fin de insuflar entre ellos la discordia y la disensión.

87 «Sabéis, dijo, por qué motivos Antonio ha sido derrotado hace poco, y os habéis enterado de qué cosas han hecho los pompeyanos de la ciudad contra los que habían recibido algunos regalos de César. ¿Qué confianza hay para vosotros en conservar los territorios y el dinero que recibisteis de aquél, o para mí mismo respecto a mi seguridad personal, mientras dominen de este mo-

do en el senado los familiares de los asesinos? Yo, por mi parte, aceptaré el final, cualquiera que me sobrevenga, pues es algo hermoso también sufrir por ayudar a un padre, pero temo por vosotros, hombres tales y en tan gran número, que arrostráis los peligros en favor mío y de mi padre. Sabéis, en verdad, que yo estoy limpio de ambición desde que no acepté ser pretor cuando vosotros me lo ofrecisteis con las insignias de este cargo. Pero ahora sólo veo un único medio de seguridad para vosotros y para mí, conseguir el consulado con vuestra ayuda. Pues todo lo que mi padre os dio, os será confirmado y se añadirán las colonias que todavía se os deben, así como se os pagarán cabalmente todas las recompensas; yo castigaré a los asesinos y os eximiré de nuevas guerras.»

Después que hubo pronunciado estas palabras, el 88
ejército prorrumpió en apasionados gritos y envió de inmediato a sus centuriones para que solicitaran el consulado para Octavio. Cuando el senado pretextó su juventud, los centuriones dijeron lo que se les había enseñado, que también en otro tiempo Corvino había desempeñado el cargo siendo todavía más joven y, con posterioridad, los dos Escipiones, tanto el viejo como el joven, y la patria había obtenido muchos frutos de la juventud de ambos. Adujeron, además, los ejemplos recientes de Pompeyo Magno y Dolabella, y que incluso al mismo César se le había permitido aspirar al consulado diez años antes de la edad legal [102]. Mientras los centuriones exponían estos casos con mayor franqueza, algunos de los senadores no toleraron que unos centuriones hablaran con tal libertad de palabra y les abroncaron porque osaban excederse de lo que era adecuado a los soldados. Cuando el ejército lo supo, se irritó aún

[102] El propio Cicerón había aducido la juventud y los méritos cuando solicitó honores para Octavio (cf. nn. 66, 67 y 68 al cap. 51).

más y pidió que los llevara al punto a la ciudad para elegirle cónsul ellos mismos mediante una elección excepcional, puesto que era hijo de César. Al mismo tiempo y de forma inagotable pronunciaban muchas alabanzas del anterior César. Una vez que Octavio los vio en un grado tal de excitación, condujo de inmediato desde la asamblea a ocho legiones de infantería, a un número suficiente de caballería y a cuantas tropas auxiliares servían con las legiones. Y después de atravesar el río Rubicón desde la Galia a Italia, el cual también había cruzado su padre, igualmente, al comienzo de las Guerras Civiles, dividió todas sus fuerzas en dos partes. A una de ellas le ordenó que le siguiera a su aire, a la otra, en cambio, la mejor e integrada por hombres elegidos, la hizo avanzar a marchas forzadas dándose prisa en coger a los de la ciudad mientras estaban sin preparación. Al encontrarse en su camino con un convoy que llevaba parte del dinero que el senado había enviado como recompensa para los soldados, Octavio tuvo miedo del efecto que pudiera tener sobre sus mercenarios y envió en secreto un destacamento en vanguardia para que los asustaran, y aquéllos huyeron con el dinero.

89 Cuando la noticia llegó a la ciudad se produjeron un tumulto y un temor incontenibles, y algunos corrían por todas partes, presa del desconcierto, y trasladaban a sus mujeres, hijos o cualquier otra cosa que tuvieran de mucho valor a los campos o a las partes fortificadas de la ciudad. Pues en modo alguno se sabía que sólo aspiraba al consulado, y al haber oído que se acercaba un ejército con intención hostil tenían miedo de todo. El senado quedó sobrecogido por un pasmo sin límites, puesto que no contaban con ninguna fuerza preparada y, como ocurre en las situaciones de peligro, se hacían mutuos reproches. Unos se quejaban de que habían quitado a Octavio de forma ultrajante el mando de la campaña contra Antonio; otros, del desprecio hacia su peti-

ción de celebrar un triunfo, que no era injusta; otros, de haberle privado por envidia del honor de distribuir el dinero; otros, por no haberle inscrito ni siquiera en undécimo lugar en la lista de los decenviros, y otros imputaban la hostilidad de los soldados a los mismos premios, que no habían sido dados ni rápida ni cumplidamente. En especial, se hacían reproches por lo inoportuno de la contienda, en un momento en el que Bruto y Casio se encontraban lejos y en fase de acoplamiento aún, y en los flancos, Antonio y Lépido, en calidad de enemigos, de quienes cuando pensaban que podían coaligarse con Octavio, el miedo alcanzaba las más altas cotas. Cicerón, que, durante largo tiempo, había ocupado una situación de primacía entre ellos, no dio señales de vida [103].

De repente se produjo un cambio de actitud de todos 90
en todos los asuntos. En vez de dos mil quinientos dracmas se concedieron cinco mil y no sólo a dos legiones, sino a las ocho legiones, y se decretó que fuera Octavio quien distribuyera el dinero en lugar de los decenviros y que se presentara como candidato al consulado mientras estuviera ausente. Se despacharon a toda prisa embajadores encargados de comunicarle estas medidas. Nada más abandonar éstos la ciudad, el senado se arrepintió por temor de que no debían haberse dejado amedrentar tan cobardemente, ni aceptar otra tiranía sin mota de sangre, ni acostumbrar a los que deseaban un cargo a obtenerlo por la fuerza, ni a los soldados a gobernar la patria en virtud de una orden. Antes bien, deberían armarse a partir de los recursos existentes y oponer la fuerza de la ley a los agresores, pues cabía la esperanza de que ni siquiera aquéllos, si era esgrimi-

[103] De nuevo describe Apiano la actitud vergonzosa del senado presa del pánico y la vileza extrema de Cicerón resumida en la frase final, lacónica pero elocuente.

da la fuerza de la ley, llevaran las armas contra su patria. Y si las llevaban, resistir el asedio hasta que Décimo o Planco llegasen, y defenderse hasta la muerte antes que entregarse voluntariamente a una esclavitud que, con tales orígenes, sería irremediable. Recordaban la elevada moral y el sufrimiento de los antiguos romanos por causa de la libertad, los cuales no cedieron ante nada cuando de defenderla se trataba.

91 Puesto que las dos legiones que habían hecho venir de África llegaron al puerto ese mismo día, creyeron que los propios dioses les apremiaban a defender su libertad. Su arrepentimiento se consolidó y, tras aparecer de nuevo Cicerón entre ellos, cambiaron todos los decretos. Todo el que estaba en edad militar fue llamado a las armas, así como las dos legiones procedentes de África y los mil jinetes que les acompañaban y otra legión que Pansa había dejado para la defensa de la ciudad; todas estas fuerzas fueron distribuidas en diversos lugares. Algunos custodiaban el monte Janículo, donde se guardaba el dinero, otros el puente sobre el río, y los pretores urbanos fueron repartidos entre ellos. Otros preparaban en el puerto los barcos pequeños y grandes y el dinero por si necesitaban huir por mar en caso de ser derrotados. Mientras realizaban estos preparativos con coraje y tan gran rapidez, esperaban, a su vez, asustar a Octavio e inducirle a pedirles a ellos el consulado en lugar de al ejército, o bien a defenderse ellos mismos con energía. También esperaban que los de la facción opuesta se pondrían de su parte ahora, al menos, cuando se luchaba por la libertad. Sin embargo, no encontraron a la madre y a la hermana de Octavio, aunque las buscaron en secreto y públicamente, y se alarmaron, por tanto, al verse privados de tan importantes rehenes. Y como los cesarianos no mostraron en absoluto ninguna predisposición hacia ellos, pensaron que las mujeres estaban celosamente guardadas por los mismos.

Mientras los embajadores se hallaban reunidos toda- 92
vía con Octavio, llegó la noticia de la anulación de los decretos, así que los embajadores lo dejaron y emprendieron el regreso abochornados. Octavio, con el ejército aún más exasperado, avanzó con rapidez, temeroso de que les hubiera ocurrido algo a las mujeres. Envió jinetes al pueblo, que estaba consternado, animándole a no tener miedo y, en medio del asombro general, ocupó una posición al otro lado del monte Quirinal, sin que nadie se atreviera a entablar combate o a impedírselo. Y de nuevo tuvo lugar otro cambio repentino y sorprendente, y los patricios corrieron hacia él y le saludaron; también acudió presuroso el pueblo llano y recibieron la buena formación de los soldados como un signo de paz. Octavio, dejando el ejército donde precisamente estaba, avanzó al día siguiente hacia la ciudad con una guardia personal suficiente. Y los ciudadanos, en esta ocasión también, salieron a su encuentro a lo largo de todo el camino, por grupos, y le saludaron sin omitir expresiones de bienvenida o de tibios halagos. Su madre y su hermana, que estaban en el templo de Vesta con las vírgenes vestales lo abrazaron. Y las tres legiones, sin obedecer a sus generales, le enviaron embajadores y desertaron a él. Cornuto, uno de los generales de éstas, se suicidó y los otros lograron una alianza y garantías personales. Cicerón, al enterarse de esto último, trató por medio de los amigos de Octavio de entrevistarse con él, y cuando lo logró se defendió a sí mismo y exaltó de forma enfática la propuesta del consulado para Octavio, la cual él mismo había presentado con anterioridad en el senado. Octavio le respondió tan sólo, en tono irónico, que le parecía que le saludaba el último de sus amigos.

93 Por la noche, surgió de repente el rumor de que dos 93
legiones de Octavio, la Martia y la Cuarta, se habían pasado a la causa de la ciudad, aduciendo que contra

la patria habían sido conducidas con engaño. Los pretores y el senado, en forma harto negligente, dieron crédito al rumor, aunque el ejército estaba muy próximo. Y pensando que podrían resistir con la ayuda de estas tropas, que eran las mejores, al resto del ejército de Octavio, hasta que le llegasen refuerzos de algún otro lugar, enviaron esa misma noche a Manio Aquilio Craso a la región del Piceno para que reclutara un ejército, y ordenaron a Apuleyo, uno de los tribunos de la plebe, que recorriera la ciudad y comunicara al pueblo la buena nueva. El senado se reunió aquella noche en el edificio senatorial y Cicerón los recibió a las puertas, pero cuando el rumor se reveló falso, este último huyó en una litera [104].

94 Octavio se sonrió por la actitud de ellos y condujo el ejército más cerca de la ciudad, a la llanura llamada de Marte, pero, en esta ocasión, no castigó a ninguno de los pretores, ni siquiera a Craso, el que había partido hacia el Piceno, aunque fue conducido a su presencia tal como se encontraba al ser apresado, con un disfraz de esclavo, sino que los dejó marchar a todos para dar la impresión de clemencia. Sin embargo, poco tiempo después fueron puestos en la lista de los proscritos. Ordenó que fuera reunido todo el dinero público que había en el Janículo o en cualquier otro lugar, y alguno más, y la suma que, a propuesta de Cicerón, se les había concedido previamente la distribuyó, dos mil quinientas dracmas por hombre, y prometió entregarles el resto. Luego se retiró fuera de la ciudad hasta que fueran elegidos los cónsules en los comicios. Y una vez que resultó elegido él, junto con el hombre que quería como colega, Quinto Pedio [105], el que le había regalado su

[104] Culmina en este punto la descripción del relato de Apiano sobre la actitud senatorial, relato dotado de una feroz ironía con respecto al comportamiento de los senadores y, en especial, de Cicerón.

[105] Cf. n. 31 al cap. 22.

parte de la herencia de César, entró de nuevo en la ciudad como cónsul [106]. Mientras realizaba los sacrificios, se le aparecieron doce buitres, el mismo número que dicen que fue visto cuando Rómulo fundaba la ciudad [107]. Después de los sacrificios sometió de nuevo a ratificación la adopción por su padre, de acuerdo con la ley *curiata* —ya que es posible obtener la adopción ratificada por el pueblo—, pues llaman *curias* a las fracciones en que dividen las tribus u otras divisiones locales, justo como los griegos, supongo, las llaman *fratrías*. Y entre los romanos éste era el método de adopción más acorde con la ley, para los huérfanos, y los así adoptados tienen iguales derechos que los hijos legítimos respecto a los familiares y libertos de las personas que los han adoptado. César tenía entre otros legados espléndidos, muchos libertos ricos, y tal vez por este motivo, sobre todo, Octavio solicitó este tipo de adopción, además de la anterior que obtuvo con el testamento [108].

Mediante otra ley abolió la que declaraba enemigo 95
a Dolabella, y presentó otra para que se celebraran juicios por la muerte de César [109]. Al punto se presentaron escritos de acusación inculpando los amigos de César a unos, de la autoría del hecho, y a otros, de un conocimiento culpable. Este último cargo se imputó incluso a personas que no habían estado en la ciudad cuando César fue asesinado. Fue fijado por medio de una proclama un único día para el juicio de todos, y todos fueron juzgados y condenados en rebeldía, ocupando Octavio la presidencia del tribunal y sin que ninguno de los jueces emitiera un voto absolutorio, con excepción

106 El 19 de agosto del 43 a. C.
107 Cf. SUET., *Div. Aug.* 95.
108 Extensa aclaración del propio Apiano.
109 En virtud de la *lex Pedia,* propuesta por el cónsul *suffectus* (43 a. C) Q. Pedio (cf. BROUGHTON, II, págs. 336-337, y DIÓN CAS., 48-49).

de un solo patricio, que en aquella ocasión no sufrió percance alguno, pero poco después fue incluido con otros en la lista de los proscritos. Parece que por estos días, Quinto Gallio, un pretor urbano hermano de Marco Gallio que servía con Antonio, pidió a Octavio el mando de África y, cuando lo hubo obtenido, conspiró contra aquél. Sus colegas en el mando le privaron de éste, el pueblo arrasó su casa y el senado lo condenó a muerte. Octavio le ordenó reunirse con su hermano, y parece que, después de haber embarcado, ya no fue visto en ninguna parte [110].

96 Cuando Octavio dio fin a estos asuntos, concibió el proyecto de reconciliarse con Antonio, pues se había enterado de que Bruto y Casio habían reunido a veinte legiones, y necesitaba de la ayuda de Antonio para enfrentarse a estas fuerzas. Partió de la ciudad en dirección al Adriático y avanzó con lentitud para ver la actitud del senado. Pedio, tras la partida de Antonio, convenció al senado de que no hicieran irremediables las diferencias entre ambos y trataran de favorecer la reconciliación con Lépido y Antonio. Los senadores, aunque previeron que la reconciliación no era para provecho de ellos ni en defensa de la patria, sino como ayuda a Octavio contra Casio y Bruto, la aprobaron, sin embargo, y dieron su asentimiento forzados por la necesidad. Así pues, fueron anulados los decretos por los que se declaraban enemigos a Antonio y Lépido y a los soldados que estaban bajo su mando, y le enviaron otros en términos pacíficos. Octavio les escribió cartas congratulándose por este hecho y les prometió que auxiliaría a Antonio contra Décimo, si era necesario. Ellos le contestaron de inmediato, a su vez, en tono amistoso y alabaron su actitud, y el propio Antonio escribió que él castigaría a Décimo para vengar a César, y a Planco

110 Cf. Suet., *Div. Aug.* 27, 4.

para vengarse él mismo, y que uniría sus fuerzas con las de Octavio.

97 Éstas fueron las cartas que cursaron entre ellos. Mientras Antonio perseguía a Décimo, se le unió Asinio Polión con dos legiones. Asinio llevó a cabo una reconciliación con Planco, y éste, con tres legiones, se pasó al lado de Antonio, de tal modo que Antonio tuvo ya el mando del ejército más poderoso [111]. Décimo tenía diez legiones, de las cuales las cuatro más expertas habían sido mermadas por el hambre y todavía estaban debilitadas, y las otras seis eran de levas recientes, faltas aún de entrenamiento y sin experiencia en los trabajos de la milicia. Por tanto, sin esperanzas de luchar, decidió huir junto a Bruto, que estaba en Macedonia. Pero no escapó por el lado de acá de los Alpes, sino hacia Rávena y Aquileia. Y como Octavio viajaba por esta ruta, planeó un viaje más largo y difícil, cruzar el Rin y atravesar por el país salvaje de los bárbaros. Por esta razón, a causa de la necesidad y del cansancio, los nuevos reclutas lo abandonaron y se unieron a Octavio; tras de aquéllos, las cuatro legiones de veteranos desertaron a Antonio y lo mismo hicieron las tropas auxiliares, excepción hecha de una guardia personal integrada por jinetes galos. Entonces, Décimo permitió regresar a sus casas a los que quisieran de entre estos últimos, y, después de haberlos recompensado con el oro que todavía tenía consigo, avanzó hacia el Rin con los trescientos que tan sólo permanecieron a su lado. Mas como el río era difícil de vadear con pocas tropas, fue abandonado también por éstos, excepto diez. Cambió su vestido por ropa gala y, experto como era en la lengua gala, viajó con aquéllos como si fuera un galo, pero sin seguir ya la ruta más larga, sino hacia Aquileia, pues pensaba que

[111] Cf. Syme, *The Roman Revolution*, págs. 179-180, para estos hechos ocurridos entre junio y agosto del 43 a. C.

pasaría desapercibido, debido a lo exiguo del número de sus fuerzas.

98 Tras ser apresado y atado por unos bandidos, preguntó a la tribu a qué príncipe galo pertenecían, y cuando supo que se trataba de Camilo, a quien él le había hecho muchos favores, les ordenó que lo condujeran a presencia de Camilo. Éste, al verle conducido prisionero, públicamente le saludó en términos amigables y recriminó a sus captores por su ignorancia, por ultrajar a un hombre tan importante, pero, en secreto, dio cuenta del hecho a Antonio. Este último, embargado de una cierta desazón, ante este cambio de fortuna, no soportó ver al hombre, pero ordenó a Camilo que le diera muerte y le enviara su cabeza. Y cuando vio la cabeza, ordenó a los suyos que la enterraran. Éste fue el final de Décimo, que había sido prefecto de caballería de César, gobernador de la Galia Antigua bajo aquél, y que había sido designado por él para desempeñar el consulado al siguiente año y como gobernador de la otra Galia. Éste fue el segundo de los asesinos, después de Trebonio, en recibir castigo al año y medio del asesinato. Por este mismo tiempo, Minucio Basilo, otro de los asesinos de César, fue muerto por sus esclavos cuando castraba a algunos de ellos como castigo.

LIBRO IV

SINOPSIS

1. Argumento del libro IV.
2. Constitución del Triunvirato.
3. Medidas tomadas por los triunviros.
4. Prodigios en Roma.
5. Elaboración de las listas de proscripción.
6. Pánico en Roma ante los primeros apresamientos y muertes.
7. Entrada en Roma de los triunviros.

8-11. Texto de la proscripción.

12-51. Las proscripciones.

52. Panorámica de las guerras en el exterior.
53. Cornificio y Sextio: comienzos de la guerra en África.
54. Episodio de Sitio.

55-56. Arabio y Sextio vencen a Lelio y Cornificio: fin de la guerra en África.

57. Sucesos del 44 a. C., relativos a Bruto y Casio.
58. Sucesos del 43 a. C., relativos a Bruto y Casio.
59. Casio obtiene cuatro legiones de Alieno.

60-62. Asedio y captura de Laodicea. Suicidio de Dolabella.

63. Casio desiste de atacar Egipto.
64. El destino de Tarso.
65. Conferencia entre Bruto y Casio. Operaciones a principios del 42 a. C.
66. Embajada rodia a Casio.

67-68. Discurso de Arquelao de Rodas.

69-70. Respuesta de Casio a Arquelao.

71. Derrota de la flota rodia en Mindo.
72-73. Asedio y toma de Rodas.
74. Diversas medidas de Casio tras la captura de Rodas.
75. Introducción a las operaciones de Bruto en Licia.
76-80. Heroico y trágico destino de la ciudad de Janto.
81. Toma y expolio de la ciudad de Patara.
82. Otras operaciones de Bruto en Licia. Combate naval entre Murco y Antonio en el Peloponeso.
83-84. Introducción a la guerra con Sexto Pompeyo en Sicilia.
85. Pompeyo consolida su situación en Sicilia. Combate naval con Salvidieno.
86. Antonio y Octavio cruzan de Bríndisi a Macedonia. Domicio Ahenobarbo y Murco cortan el paso de suministros.
87. Toma de posiciones en Macedonia.
88. Bruto y Casio pasan revista a sus tropas en el golfo de Melana.
89. Confianza de Bruto y Casio ante la magnitud de sus efectivos.
90-100. Discurso de Casio a sus tropas.
101. Las tropas de Bruto y Casio avanzan por la costa de Tracia.
102. Saxa se retira del desfiladero de los corpilos.
103-104. Bruto y Casio franquean el desfiladero de los sapeos.
105. Bruto y Casio en Filipos. Situación de la ciudad.
106. Establecimiento y situación del campamento de Bruto y Casio.
107. Antonio avanza junto al campamento enemigo. Fortificación de ambos campamentos.
108. Bruto y Casio dejan pasar el tiempo sin combatir.
109. Antonio y Casio realizan labores de fortificación en el pantano.
110-112. Primera batalla de Filipos.
113. Muerte de Casio.
114. Bruto llora la muerte de Casio y sepulta su cadáver.
115-116. Batalla naval en el Adriático: destrucción de la flota de Antonio y Octavio.
117-118. Arenga de Bruto a sus soldados.
119-120. Arenga de Antonio a sus tropas.
121. Bruto rehúsa combatir, pese a las maniobras de Octavio.
122. Situación desesperada de Antonio y Octavio ante la falta de provisiones.
123-124. Bruto, a su pesar, consiente en combatir.
125-127. Preparativos para la batalla.
128. Segunda batalla de Filipos.

129. Antonio y Octavio persiguen a las tropas fugitivas.
130. Huida de Bruto.
131. Muerte de Bruto.
132-134. Semblanza de Bruto y Casio.
135. Entierro de Bruto. Bajas en Filipos.
136. Destino de otros notables tras la derrota de Filipos.
137-138. Consideraciones finales sobre estos hechos.

De este modo recibieron su castigo dos de los asesinos de César, abatidos ambos en sus respectivas provincias, Trebonio en Asia, y Décimo en la Galia. Y cómo lo recibieron también Casio y Bruto, quienes, en especial, encabezaron la conspiración contra César y controlaron todo el territorio desde Siria a Macedonia y poseyeron un ejército inmenso, tanto en fuerzas ecuestres como navales y más de veinte legiones de infantería, así como naves y dinero al mismo tiempo, este cuarto libro de las guerras civiles lo mostrará. Al hilo de estos sucesos tuvieron lugar en Roma la búsqueda y captura de los proscritos, y toda suerte de horrores, cuales no se tiene memoria que hubieran ocurrido ni en las luchas civiles o en las guerras de los griegos, ni tampoco en situaciones similares entre los romanos, salvo, únicamente en época de Sila, quien fue el primero que proscribió a sus enemigos. Pues Mario buscó y castigó a los que encontró, en cambio Sila proclamó mediante edicto la muerte de cualquier proscrito prometiendo grandes recompensas a sus matadores y bajo la amenaza de similares castigos para quienes los ocultaran. Sin embargo, los sucesos de Mario y Sila ya han sido expuestos en la historia de aquéllos, pero lo que ocurrió después es como sigue [1]. 1

[1] Capítulo introductorio, como es habitual en cada uno de los libros y que debemos atribuir directamente a Apiano. En este libro IV se puede establecer una estructura claramente definida: a) capítulo

2 Octavio y Antonio pactaron su reconciliación en una isleta pequeña y llana del río Lavinio [2], en las cercanías de Módena. Cada uno tenía cinco legiones y, después de estacionarlas frente a frente, avanzaron con trescientos hombres uno y otro hasta los puentes sobre el río. Lépido en persona se adelantó e inspeccionó la isla y agitó su clámide como señal para que acudieran. Entonces, cada uno dejó a sus trescientos hombres sobre los puentes al cargo de sus amigos y fueron hasta el centro de la isla, a la vista de todos, y allí conferenciaron los tres [3], ocupando Octavio el centro en su calidad de cónsul. Estuvieron reunidos durante dos días desde la mañana hasta la noche, y decidieron lo siguiente: que Octavio depondría su magistratura de cónsul y la asumiría Ventidio [4] por lo que restaba de año; que se-

---

de introducción (cap. 1), b) capítulos sobre la constitución del triunvirato (del 2 al 12, ambos inclusive), c) descripción de las proscripciones (del 13 al 51), d) introducción a la segunda parte del libro IV (capítulo 52), e) lucha entre los triunviros y los cesaricidas Bruto y Casio (hasta el final del libro); a su vez, encontramos, en esta segunda parte, diversificada la acción en distintos escenarios: África, Sicilia, Siria, Macedonia, lo que obliga al historiador a insertar pequeñas introducciones al pasar de un escenario a otro (así, por ejemplo, el cap. 57, para la empresa en el oriente de Bruto y Casio; el cap. 75, para las acciones de Bruto en Licia; los caps. 83-84, para los hechos de Pompeyo en Sicilia, etc.). Para más detalles, cf. GABBA, *Appiano e la storia delle Guerre Civile*, Florencia, 1956, págs. 177-179.

[2] De ser cierto el nombre del río, se deconoce su ubicación. Debía de estar entre Módena y Bononia.

[3] Noviembre del 43 a. C. (cf. RICE HOLMES, *The architect of the Roman Empire*, 2 vols., Oxford, 1928/31, I, pág. 216).

[4] Como cónsul *suffectus* (cf., sobre él, n. 96 a cap 80 del l. III). En calidad de colega, fue designado también como cónsul *suffectus* G. Carrinas. Sobre este último, cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Carrinas*, número 2. Era hijo del famoso caudillo de Mario en el *Bellum Italicum*, de origen etrusco o umbro; había sido del partido de César, pretor en el 46 a. C., gobernador de la España Ulterior en el 45 a. C. (cf. T. R. S. BROUGHTON, *The magistrates of the Roman Republic*, I-II y supl., Nueva York, 1950-1960, II, pág. 308), en donde luchó contra Sexto Pompeyo (cf. *infra*, IV 83).

ría creada una nueva magistratura [5] por ley para dar salida a los conflictos civiles para Lépido, Antonio y Octavio, quienes la detentarían durante cinco años con poderes consulares [6], así lo decidieron en vez de llamarla dictadura, tal vez por causa del decreto de Antonio que prohibía que existiera un dictador; que ellos designarían de inmediato a los magistrados anuales de la ciudad por un período de cinco años [7]; que distribuirían el mando de las provincias, obteniendo Antonio toda la Galia [8], salvo aquella parte que limita con los montes Pirineos y a la que llaman la Galia Antigua [9], en la cual parte, junto con España, mandaría Lépido, y Octavio tendría el mando de África [10], Cerdeña y Sicilia y las otras islas del entorno [11].

---

[5] Su título era *tresviri rei publicae constituendae;* de hecho, se trataba de una nueva modalidad a nivel institucional de la ya abolida y prohibida dictadura. Revivida la dictadura bajo esta nueva especie, ya nunca después los cónsules recobrarían su autoridad, aunque quedarían garatizados aún el prestigio de esta magistratura y su vinculación a la nobleza (cf. SYME, *The Roman Revolution,* Oxford, 1939, página 188).

[6] Hasta el 31 de diciembre del 38 a. C. Sobre la fecha final del triunvirato, véase la discusión exhaustiva de E. GABBA, *Appiani Bellorum Civilium. Liber Quintus,* Florencia, 1970, V, págs. LXIX-LXXIX.

[7] Para el 42 a. C., fueron designados cónsules M. Emilio Lépido (por segunda vez, ya lo había sido en el 46 a. C. con César) y L. Munacio Planco; para el 41 a. C., P. Servilio Isáurico y L. Antonio, y para el 40 a. C., Asinio Polión y Gn. Domicio Calvino.

[8] Es decir, la Galia Cisalpina y la Galia Comata.

[9] Galia Narbonense, que, junto con la España Citerior, fue para Lépido. Éste recibió también de manos de Polión la España Ulterior.

[10] Cuya posesión era dudosa, pues estuvo inmersa varios años en una guerra civil. El excesariano Q. Cornificio, procónsul de *Africa Vetus,* en el 44 a. C., permaneció fiel al senado y no reconoció al triunvirato. Él sostuvo una guerra contra T. Sextio, gobernador de *Africa Nova* (cf. cap. 53 de este libro, y SYME, *The Roman Revolution,* página 189 y n. 4).

[11] Sobre todo, Córcega. Estos acuerdos se vieron reforzados, como era usual, con una política de alianza matrimonial. Octavio repu-

3 Así se repartieron los tres, entre ellos, las posesiones de los romanos y aplazaron el reparto de las del lado de allá del Adriático, controladas aún por Bruto y Casio, contra quienes iban a luchar Antonio y Octavio. Pues Lépido ocuparía el consulado el año próximo y permanecería en la ciudad para atender a lo que fuera necesario allí, delegando en otros el gobierno de España. Decidieron también que Lépido retuviera tres legiones de su propio ejército para la custodia de Roma, y que Octavio y Antonio se repartieran las otras siete, tres para Octavio y cuatro para Antonio, de forma que cada uno llevara a la guerra veinte legiones[11 bis]. Y acordaron animar desde aquel momento al ejército con la esperanza en el botín de la guerra, prometiéndoles, entre otros dones, la concesión de colonato de dieciocho ciudades de Italia, distinguidas por el esplendor de su riqueza, de su suelo y edificaciones, y que serían repartidas entre los soldados incluyendo el suelo y las casas como si hubieran sido conquistadas, en vez de un territorio enemigo, en la guerra. Entre estas ciudades las más famosas de todas eran, sobre todo, Capua, Regio, Venusia, Benevento, Nuceria, Arímino e Hiponio[12]. De este modo seleccionaron las ciudades más hermosas

---

dió a Servilia, hija de P. Servilio Isáurico, colega de César en el 48 a. C., y se casó con Claudia, hija de Clodio y Fulvia, esposa, esta última, de Antonio y, por tanto hijastra de Antonio.

11 bis La suma de 43 legiones es el total de las fuerzas de Occidente, no las destinadas a asentar en colonias (éstas eran solamente 28 legiones, cf. *infra*, V 5). Sobre este asunto, cf. GABBA, *Appiani...*, V, Introd., págs. LIX-LX.

12 Conocida también como *Vibo Valentia* (en el Brutio). Esta última y Regio fueron excluidas, después, de la confiscación y asignación, en consideración a su importancia en la guerra contra Sexto Pompeyo (cf. cap. 86 de este libro). En general, sobre la política de colonias y asignaciones agrarias de los triunviros, cf. GABBA, *Appiani...*, V, App. IV, págs. LIX y sigs., y C. NICOLET, *Roma y la conquista del mundo mediterráneo*, I (trad. cast.), Barcelona, 1982, pág. 65.

de Italia para el ejército, pero decidieron acabar antes con sus enemigos particulares para que no les perturbasen mientras estaban empeñados en estas tareas y llevaban a cabo una guerra en el exterior. Éstas fueron sus decisiones y todas ellas las pusieron por escrito. Octavio, en su calidad de cónsul dio lectura de las mismas a los soldados, a excepción de las listas de proscritos. Y ellos, al oírlas, prorrumpieron en gritos de júbilo y se abrazaron unos a otros en señal de reconciliación.

Mientras tenían lugar estos hechos, ocurrieron en 4
Roma muchos prodigios y señales terribles[13]. Y, así, los perros aullaban continuamente como lobos —un sig-

[13] Sobre este tema, cf. WEINSTOCK, *Divus Iulius*, Oxford, 1971, págs. 191-199. Hemos de ver en este hecho una influencia en Roma de la doctrina etrusca sobre la teoría del *saeculum*. Los etruscos utilizaron este concepto como unidad de cómputo o medida de la historia (así, según Censorino, escritor del siglo III de nuestra era, el poder etrusco vendría a su fin después de diez *saecula*, cf. CENS., 17, 5 ss.). Por *saeculum* hay que entender, según Weinstock, el espacio de tiempo de una vida humana (cf. CENS., 17, 2), o bien que un *saeculum* empieza con la fundación de ciudades y comunidades y termina con la muerte de los más viejos de aquellos hombres que han coincidido con la fundación. El final de un *saeculum* es anunciado por prodigios extraordinarios que son recordados en los libros rituales de los *haruspices*.— En Roma ya existían precedentes de tales prodigios en momentos cruciales de su historia, bien ante la llegada de un hombre clave en el decurso de la historia romana, o bien ante un cambio importante en los hechos políticos, el inicio de una nueva etapa (así, en el 88 a. C., se produjeron prodigios interpretados por los *haruspices* como el inicio de un nuevo *saeculum* y con él la guerra civil; cf. n. 256 al libro I para Sila). En el 55 a. C., se vio un cometa durante los *ludi Victoriae Caesaris*, y el *haruspex* Vulcanio declaró que era la señal del noveno *saeculum* y el inicio del décimo, revelado lo cual murió. Ahora se inicia una etapa decisiva en la historia de Roma: la etapa triunviral, que va a dar paso a una forma de gobierno institucional radicalmente distinta para siempre y, a nivel más concreto, a una etapa de horrores con las proscripciones, de ahí que pueda entenderse como el inicio de un nuevo *saeculum*, precedido de muchos prodigios e interpretado por los *haruspices*, el más viejo de los cuales (como en el caso de Vulcanio) murió tras dar una interpretación de los mismos.

no desagradable— y los lobos atravesaron el foro, animal éste impropio de la fauna ciudadana; el ganado vacuno emitió voz humana y una criatura recién nacida habló; algunas estatuas sudaron y otras sudaron sangre, y se oyeron grandes voces humanas, fragor de armas y carreras de caballos, sin que se pudiera ver a nadie. Aparecieron muchos signos desfavorables alrededor del sol, hubo lluvia de piedras y continuos rayos caían sobre templos y estatuas. A la vista de lo cual, el senado trajo de Etruria a sacrificadores y adivinos, y el más anciano entre ellos, tras decir que retornaría el poder real de antaño y que todos serían reducidos a la esclavitud con la única excepción de su persona, mantuvo cerrada la boca y contuvo el aliento hasta que murió.

5 Tan pronto como los triunviros entraron en el ejercicio de sus funciones, registraron en una lista a las personas que habían de morir, e inscribieron en ella a los poderosos, porque sospechaban de su poder, y a sus enemigos personales, y se intercambiaron entre ellos a sus propios familiares y amigos para que fueran ejecutados entonces y posteriormente. Pues añadieron a la lista unos nombres tras otros, algunos por enemistad, otros simplemente por rencor o porque eran amigos de sus enemigos o enemigos de sus amigos o porque destacaban por su riqueza [14]. Puesto que los triunviros necesitaban grandes sumas de dinero para la guerra, ya que los tributos procedentes de Asia habían sido entregados a Bruto y Casio, que aún estaban recaudándolos y contribuían también los reyes y sátrapas, en tanto que ellos, debido a que Europa, y sobre todo Italia, estaban

---

[14] Los estragos causados por esta medida entre los distintos órdenes sociales y políticos fueron de índole diversa, y su valoración resulta difícil y no siempre exenta de apasionamiento (cf. Syme, *The Roman Revolution*, págs. 191 y sigs.).

exhaustas por las guerras e impuestos, carecían de recursos. Por estas razones acabaron por imponer contribuciones muy gravosas a los plebeyos e, incluso, a las mujeres, y contemplaron la imposición de tasas por ventas y alquileres. Alguno hubo, por entonces, que fue proscrito por poseer villas y casas hermosas. En total, los condenados a penas de muerte y confiscación de bienes fueron alrededor de trescientos, entre los senadores, y unos dos mil del orden ecuestre. Entre ellos había hermanos y tíos de los triunviros y algunos oficiales a sus órdenes que habían tenido algún tropiezo con los jefes o camaradas de oficialidad.

Cuando los triunviros se encaminaron hacia Roma 6
desde el lugar de la conferencia, aplazaron la proscripción de la mayoría de aquéllos, pero decidieron enviar a algunos emisarios de improviso para que mataran por anticipado a doce hombres o, según dicen otros, a diecisiete entre los más influyentes, entre los cuales estaba Cicerón. De todos éstos fueron muertos de inmediato cuatro en banquetes y en los lugares donde se encontraban. Los otros fueron buscados y rastreados por templos y casas particulares, por lo que se produjo un tumulto durante toda la noche, gritos y carreras acompañadas de lamentos como en una ciudad tomada. Al conocerse que estaba teniendo lugar un apresamiento de hombres y que ninguno de los condenados previamente figuraba en una lista, cada uno pensó que él era uno de los buscados por los perseguidores. Y en un grado tal de desesperación, unos se dispusieron a prender fuego a sus propias casas, otros a los edificios públicos, habiendo elegido en su alucinación llevar a cabo algún hecho terrible antes de que les sucediera algo. Y tal vez lo hubieran hecho así, de no ser porque Pedio el cónsul, corriendo de un lado para otro con heraldos, les animó a que aguardaran hasta el alba para conocer con exactitud los acontecimientos. Cuando se hizo de día, en con-

tra del parecer de los triunviros, Pedio proscribió a diecisiete hombres como si fueran ellos solos los únicos responsables de las desgracias civiles y los únicos condenados, y a los demás les otorgó garantías públicas, desconociendo las decisiones de los triunviros. Y Pedio murió, a consecuencia del cansancio, la noche siguiente [15].

7 Los triunviros hicieron su entrada en la ciudad en tres días sucesivos, cada uno de ellos por separado, Octavio, Antonio y Lépido, con una cohorte pretoriana y una legión de infantería cada uno. Y tan pronto como entraron, la ciudad se llenó de armas y de insignias militares distribuidas por los lugares estratégicos y, al punto, fue convocada una asamblea en medio de estas tropas. El tribuno de la plebe Publio Titio propuso una ley [16] para la creación de una nueva magistratura encargada de arreglar el desorden presente e integrada, con una vigencia de cinco años, por tres hombres, Lépido, Antonio y Octavio, con poderes consulares —su equivalente griego sería el de *harmostḗs,* nombre que los lacedemonios dan también a los gobernadores de las ciudades vasallas [16 bis]. No se concedió ningún margen de tiempo para estudiar la ley, ni se fijó con antelación un día señalado para su votación, sino que la ley se ratificó de inmediato. Esa misma noche se hizo pública, en diversos lugares de la ciudad, la proscripción de ciento treinta hombres, además de los diecisiete, y poco después la de otros ciento cincuenta. Y, sucesivamente, se añadieron a las listas los nombres de los que fueron

---

[15] Resulta especialmente patética la muerte de este hombre (aquí atribuida a un motivo excesivamente banal), horrorizado por una misión que hubo de desempeñar en razón de su cargo como tribuno.

[16] La *lex Titia,* que fue votada el 27 de noviembre del 43 a. C. y que establecía el Triunvirato según el pacto de Bononia (la actual Bolonia).

[16 bis] Aclaración de Apiano.

condenados con posterioridad o de los que, por error, habían sido muertos antes, para que pareciera que su muerte era justa. Se ordenó que las cabezas de todos los ejecutados se llevaran ante los triunviros a cambio de una recompensa fijada; ésta consistía en dinero, para el hombre libre, y para el esclavo, en su libertad, además del dinero; se ordenó que todos franquearan el acceso a sus domicilios particulares para una investigación, que quienes acogieran u ocultaran a proscritos o no permitieran la investigación sufrieran penas similares, y los que facilitaran información relativa a cada uno de estos particulares recibieran recompensas similares.

El texto de la proscripción era como sigue: «Marco 8
Lépido, Marco Antonio y Octavio César, los que han sido elegidos para armonizar y enderezar los asuntos públicos, declaran lo siguiente: De no haber sido por la perfidia de unos hombres viles que, gracias a sus ruegos, fueron objeto de clemencia y que, una vez la encontraron, se tornaron enemigos de sus bienhechores y luego conspiraron contra ellos, ni hubieran asesinado a Gayo César aquellos a quienes él salvó por su clemencia, después de hacerlos prisioneros en la guerra, y les dio su amistad y confirió conjuntamente cargos, honores y presentes, ni nosotros nos veríamos obligados a usar de tamaño rigor contra quienes nos han ultrajado y declarado enemigos públicos. Pero la realidad es que, al ver que la maldad de aquellos que conspiraron contra nosotros y a cuyas manos murió Gayo César no puede ser atemperada por la generosidad, hemos preferido anticiparnos a nuestros enemigos a sufrir a sus manos. Y, en verdad, que nadie considere nuestra acción injusta, cruel o desmedida, teniendo presente lo que Gayo César y nosotros hemos sufrido. A Gayo, aunque era el magistrado supremo y Pontífice Máximo, aunque había sometido y anexionado a las naciones más temibles pa-

ra los romanos y aunque había sido el primer hombre en atreverse a cruzar el mar no navegado, más allá de las Columnas de Hércules, y el primero que descubrió un país desconocido para los romanos, lo mataron en mitad del edificio del senado, lugar considerado sagrado, bajo la mirada de los dioses, con saña cruel, de veintitrés puñaladas, unos hombres que habían sido sus prisioneros y por él salvados, y algunos inscritos como coherederos de su fortuna. Y los demás, después de este execrable crimen, en vez de castigarlos, enviaron a sus asesinos a desempeñar cargos oficiales y gobiernos de provincias, de cuyas prerrogativas se valieron éstos para saquear el tesoro público, gracias al cual andan reuniendo un ejército contra nosotros y piden otro a gentes bárbaras, enemigas siempre de nuestro imperio. Y de las ciudades súbditas de Roma, a las que no pudieron persuadir, las incendiaron, destruyeron o arrasaron hasta sus cimientos, y a otras, después de aterrorizarlas, las conducen contra la patria y contra nosotros.

9 »De algunos ya nos hemos vengado, y los restantes, si el dios nos asiste, al punto veréis que reciben su castigo. Y aunque las empresas más importantes las hemos rematado ya y están bajo control, así las correspondientes a España, la Galia y éstas de aquí de Italia, todavía resta una sola tarea, combatir a los asesinos de Gayo al otro lado del mar. Y nosotros, en trance de librar una contienda foránea en vuestra defensa, no juzgamos conveniente dejar en retaguardia a otros enemigos que pudieran aprovecharse de nuestra ausencia y aguardar las oportunidades que les procurasen las circunstancias de la guerra, ni, a su vez, debíamos demorarnos por su causa en tan gran apremio, sino dejarlos fuera de combate de una vez por todas a ellos que habían comenzado la guerra contra nosotros, al declararnos junto con nuestros ejércitos enemigos públicos.

»¡A qué inmensa cantidad de ciudadanos le acarrea- 10
ron la ruina aquéllos, junto con la nuestra, despreciando la venganza de los dioses y la condena de los hombres! Nosotros, en cambio, no cebaremos nuestra cólera en ninguna muchedumbre ni señalaremos como enemigos a todos lo que se nos opusieron o conspiraron contra nosotros, ni tampoco a los que se distinguen simplemente por su riqueza, abundancia o dignidad social, ni siquiera daremos muerte a un número igual al que ajustició otro hombre que detentó el poder supremo antes que nosotros, cuando, aquél también, regulaba los asuntos del Estado en medio de luchas civiles, al cual llamasteis Afortunado a causa de sus éxitos; y, sin embargo, es forzoso que tres hombres tengan más enemigos que uno solo. A pesar de todo, sólo nos vengaremos de los más miserables y culpables de todos, y ello lo haremos en beneficio vuestro no menos que en el nuestro. Pues, mientras existan diferencias entre nosotros, necesariamente os veréis envueltos en terribles sufrimientos, y, por otra parte, debemos también procurar cierta satisfacción al ejército, que ha sido ultrajado, exacerbado y decretado enemigo público por nuestros comunes enemigos. Y aunque hubiéramos podido detener sobre la marcha a quienes habíamos decidido, preferimos proscribirlos a apresarlos sin su conocimiento previo; también procedimos así por vuestro interés, para que no fuera posible a los soldados, por mor de su irritación, cometer abusos contra ciudadanos inocentes, sino que se limitaran a quienes habían sido cuidadosamente enumerados y designados por su nombre y se abstuvieran de los demás en virtud del mismo decreto.

»¡Que la suerte os acompañe! Que nadie acoja a 11
ninguno de los registrados en este decreto de proscripción, ni lo oculte, ni le facilite la salida, ni se deje sobornar con dinero. Aquel que se descubra que trata de salvarlos o ayudarlos o que está en connivencia con ellos,

a ése nosotros, sin admitirle ningún tipo de excusa o perdón, lo pondremos en la lista de proscritos. Y quienes los maten, que traigan las cabezas ante nosotros y recibirán las siguientes recompensas, el hombre libre, veinticinco mil dracmas áticos por cabeza, y el esclavo, su libertad, diez mil dracmas áticos y el derecho de ciudadanía de su dueño. Las mismas recompensas habrá para los delatores. Nadie que las reciba será inscrito en nuestros registros a fin de que quede en el anonimato.» Tal era el texto de la proscripción en la medida en que pude verterlo del latín a la lengua griega [17].

12 El primero en dar comienzo a la labor de proscripción fue Lépido, y el primero de los proscritos fue su hermano Paulo; el segundo en este quehacer fue Antonio, y el segundo lugar entre los proscritos lo ocupó Lucio, el tío de Antonio, porque estos dos hombres habían sido los primeros que votaron a Lépido y a Antonio enemigos públicos [18]. La tercera y cuarta víctimas eran familiares de los que figuraban en otra tablilla como cónsules para el año próximo, Plocio [19], el hermano de Planco, y Quintio, el suegro de Asinio. Estos cuatro hombres fueron antepuestos a los demás proscritos no por la sola razón de su dignidad, sino más bien para producir estupefacción y desesperación, de manera que

[17] Sobre la importancia de este pasaje y, en especial, de la anotación de Apiano, que hay que entenderla en el sentido de que transcribió literalmente el texto del decreto de una fuente latina (pues conocía perfectamente esta lengua, ya que había sido *causidicus* en los tribunales romanos), para precisar la fuente de la tradición apianea en estos hechos, que sería Asinio Polión, cf. Gabba, *Appiano...*, páginas 242 y sigs.

[18] Estos hombres, sin embargo, no murieron. Según Syme *(The Roman Revolution*, pág. 192), la muerte o proscripción de los familiares de los triunviros hay que enjuiciarla como una garantía de solidaridad entre ellos y para inspirar terror a sus enemigos, no debido a su sed de sangre.

[19] L. Plocio Planco murió, ciertamente (cf. Plinio, XIII 25).

nadie pensara en poder salvarse. Entre los proscritos se encontraba también Toranio, del que algunos decían que había sido preceptor de Octavio. Al tiempo que se publicaron las listas, se cerraron las puertas de la ciudad y todas aquellas otras vías de salida de la misma, así como el puerto, los pantanos y bancales o cualquier otro lugar que fuera sospechoso de procurar la huida o un escondite; se ordenó a los centuriones que llevaran a cabo operaciones de rastreo por todo el territorio circundante, y todo esto tuvo lugar al mismo tiempo.

Así pues, de inmediato, en el campo y en la ciudad, 13
según donde cada uno era encontrado, tuvieron lugar numerosos apresamientos repentinos, y toda suerte de muertes, decapitaciones para exhibir la cabeza y cobrar la recompensa, huidas indignas y grotescos disfraces en contraste con el anterior lustro. Algunos descendieron al interior de pozos, otros a las cloacas pestilentas, otros se refugiaron en sombrías chimeneas o permanecieron sentados bajo las tejas compactas de los techos en el más profundo silencio. Pues algunos temían más a sus mujeres o a sus hijos, mal dispuestos hacia ellos, que a los propios asesinos; otros, en cambio, a sus libertos y esclavos; otros, a sus deudores, por causa de los préstamos, y otros, en fin, a sus vecinos, que codiciaban sus tierras. Se produjo, entonces, de golpe, una eclosión de todas aquellas pasiones durante largo tiempo adormecidas, acompañada de una mutación anormal en la condición de senadores, cónsules, pretores o tribunos de la plebe —tanto si iban a ocupar sus respectivos cargos, como si ya los habían desempeñado—, quienes se arrojaban a los pies de sus propios esclavos, en medio de lamentos, y así consideraban a su siervo como su salvador y dueño. Y lo más triste de todo fue que ni a pesar de arrostrar semejante humillación merecieron piedad.

14 Se dieron cita toda clase de horrores, pero no como en las luchas civiles o en las capturas por los enemigos, pues no sucedía, como en aquellos casos, que se teme a la facción rival o al enemigo pero se encuentra refugio en el hogar propio, sino que incluso a éste se temía más que a los matadores, pues como no sentían el miedo que se experimenta en una guerra o en la lucha civil, se convertían, de inmediato, de familiares en enemigos, ya fuera en virtud de alguna enemistad soterrada o por las recompensas publicadas o para apropiarse del oro y plata existentes en las casas. Por estos motivos, cada uno traicionó a su dueño y antepuso su propio provecho a la piedad hacia aquél. E, incluso, el que se mantuvo fiel o bien dispuesto tuvo miedo de socorrerlo, ocultarlo o estar en connivencia con él a causa de la similitud de los castigos para tales actos. Y la cosa acabó en lo opuesto al miedo anterior a raíz de los diecisiete ajusticiados en principio. Pues entonces, como nadie había sido proscrito, sino que algunas personas fueron apresadas de improviso, todos experimentaron un temor igual y se ayudaron codo a codo. Pero, después de las proscripciones, algunos quedaron expuestos de inmediato a la traición de todos, y otros, seguros de su salvación y movidos por el lucro, se convirtieron en perros de presa de los demás en busca de las recompensas ofrecidas por los perseguidores. De la masa restante, algunos saquearon las casas de los que habían muerto, y el afán de enriquecerse apartaba a sus espíritus de la comprensión hacia las calamidades presentes; otros, en cambio, con mayor juicio y moderación, estaban atónitos por causa del terror, y les resultaba más ilógico aún, cuando, sobre todo, reflexionaban en que, mientras al resto de las ciudades las luchas civiles las habían arruinado y la concordia las salvó, a ésta, en cambio, las lu-

chas internas entre los líderes la habían destruido, y su reconciliación causaba tales desmanes [20].

Algunos murieron defendiéndose de sus matadores, 15
otros, en cambio, sin oponer resistencia, por creer que no serían atacados por éstos; y hubo quienes se suicidaron por hambre, ahorcados, ahogados o arrojándose desde el techo de sus casas o dentro del fuego; otros, incluso, se ofrecieron a sus asesinos o los mandaron llamar si se retrasaron; otros murieron buscando un escondrijo o suplicando de forma indigna, o al intentar soslayar el peligro o comprar su salvación. Y algunos perecieron también en contra de la voluntad de los triunviros, por error o en virtud de alguna intriga privada. El cadáver de alguien no proscrito se reconocía a simple vista porque su cabeza estaba unida a él, ya que las de los proscritos estaban expuestas en el foro, junto a la rostra, a donde había que llevarlas para recibir la recompensa. Igualmente palpable fue el valor de otros —de mujeres, niños, hermanos y esclavos—, quienes salvaron y planearon muchos medios de fuga para los proscritos y murieron con ellos cuando sus planes no tuvieron éxito. Otros se suicidaron sobre los cadáveres de los muertos. De aquellos que lograron escapar, algunos perecieron víctimas de naufragios, pues la suerte les fue adversa hasta el final, otros, por el contrario, retornaron, contra toda expectación, a ocupar magistraturas ciudadanas, cargos militares en las guerras y a celebrar triunfos. Tal sarta de hechos extraordinarios mostró aquel tiempo.

Y estas cosas acontecieron no en una ciudad vulgar, 16
ni siquiera en un reino débil y pequeño, sino que la divinidad sacudió a la más poderosa y señora de tantas

[20] Capítulos muy acordes con el sentir de la tradición apianea, empeñada en reflejar la desintegración moral y los horrores de una contienda civil (cf. caps. iniciales al libro I), en este caso a un nivel más restringido y concreto: el de las proscripciones.

naciones por tierra y mar, asentándola, al cabo de mucho tiempo, en el buen orden presente [21]. Otros hechos similares, en efecto, habían ocurrido en ella en época de Sila, y todavía antes de éste, en la de Gayo Mario, cuyos horrores más notables ya he narrado en las historias de aquéllos, a los que se añadía, además, aquella otra infamia de no dar sepultura a los cadáveres. Pero estos sucesos son más memorables por la dignidad de los triunviros y, en especial, por la valía y buena estrella de uno de ellos, que organizó el gobierno sobre una base sólida y dejó como legado su linaje y su nombre, que ahora ocupa el poder supremo. Pasaré ahora a exponer los más brillantes de estos sucesos y los de peor catadura, pero que están más vivos en la memoria, porque han sucedido más recientemente. Sin embargo no relataré todos, pues no merecen mención la mera destrucción y huida, o el regreso ulterior de algunos que fueron perdonados por los triunviros y pasaron su vida, tras su retorno, de forma inadvertida, sino tan sólo aquellos que, por ser de naturaleza más extraordinaria, podrían causar estupefacción y conferir credibilidad a lo que ya se ha dicho. Son muchos y numerosos también los escritores romanos que los recopilaron, sucesivamente, en abundantes libros [22]. Yo, en cambio, a modo de resumen y en aras de la brevedad, relataré unos pocos de cada clase para confirmar la veracidad de cada modelo y para dar mayor brillo a la felicidad de los tiempos actuales.

17 La matanza comenzó, de forma fortuita, por los que ocupaban todavía magistraturas, y el primero en morir

[21] Apiano, como en otros lugares de su obra, contrasta esta época de horrores con la apacibilidad y buen orden de su época, tal como sucede en los prolegómenos a las Guerras Civiles.

[22] Estos relatos tuvieron un amplio eco en el terreno literario y sirvieron, según Syme *(The Roman Revolution*, pág. 190 y n. 6), para compensar con su mezcla de ficción y realidad la falta de prosa novelesca entre los romanos.

fue el tribuno de la plebe Salvio. Esta magistratura es sagrada e inviolable según la ley y está revestida de los máximos poderes, hasta tal punto que ha habido tribunos que han puesto en prisión a algunos cónsules. El tribuno en cuestión era aquel que en un principio había impedido con su veto que Antonio fuera declarado enemigo público, pero después había cooperado en todo con Cicerón. Cuando se enteró del acuerdo del triunvirato y de su marcha precipitada hacia la ciudad, ofreció un banquete a sus familiares, pues pensó que ya no tendría muchas oportunidades de estar con ellos. Al irrumpir los soldados en medio del banquete, algunos de los comensales se levantaron bruscamente, con alboroto y miedo, pero el centurión de los soldados les ordenó que se recostaran en sus asientos y permanecieran quietos, y a Salvio, tal como estaba, asiéndole de los cabellos por encima de la mesa le arrastró lo necesario y le cortó la cabeza; y, de nuevo, ordenó a los invitados que permanecieran tranquilos en sus asientos y no provocaran tumulto alguno so pena de sufrir una suerte igual. Éstos, una vez que se hubo retirado el centurión, permanecieron atónitos, sin voz, hasta bien entrada la noche, recostados junto al cuerpo decapitado del tribuno. El hombre que murió en segundo lugar fue el pretor Minucio, cuando celebraba los comicios en el foro. Al enterarse de que los soldados iban a por él, saltó hacia adelante y, mientras corría de un lado a otro y pensaba en dónde se iba a ocultar, se cambió de indumentaria penetrando en el interior de una tienda y despachó a sus asistentes con las insignias de su cargo. Éstos, sin embargo, por respeto o por piedad hacia él, permanecieron cerca del lugar y facilitaron involuntariamente a los asesinos el hallazgo del pretor.

A Annalis, otro pretor, que acompañaba en su gira 18
ciudadana a un hijo suyo, candidato al cargo de cuestor, en busca de sufragios para él, lo abandonaron los

amigos que lo acompañaban y los que llevaban las insignias de su cargo al enterarse de que figuraba en las tablillas de los proscritos. Entonces, él buscó refugio junto a un cliente suyo que poseía un cuartucho pequeño y mísero, insignificante por todos los aspectos, en el arrabal de la ciudad y se ocultó en seguridad hasta que su propio hijo, sospechando que había huido al lado de su cliente, guió a sus asesinos hasta el lugar, y los triunviros le dieron a él la fortuna de su padre y lo eligieron para el edilato. Cuando regresaba borracho a su casa, tuvo un tropiezo por algún motivo y murió a manos de unos soldados que, precisamente, habían dado muerte a su padre. Turanio[23], que ya no era pretor, pero lo había sido, y que era padre de un joven que era un bala perdida por lo general pero gozaba de mucha influencia ante Antonio, pidió a los centuriones que detuvieran su muerte por un breve espacio de tiempo hasta que su hijo pudiera interceder por él ante Antonio. Mas ellos, riéndose, dijeron: «Ya intercedió, pero para lo contrario.» Y el viejo, cuando comprendió esto, solicitó de inmediato otro brevísimo intervalo hasta que viera a su hija; al verla, le dijo que no reclamara su parte de la herencia paterna, no fuera a ser que su hermano pidiera también a Antonio la pena de muerte para ella. Y sucedió que este joven, después de dilapidar la fortuna en una forma disoluta, fue acusado de robo y condenado al destierro.

19 Cicerón, quien, a raíz de la muerte de César, había gozado del máximo poder que puede tener un orador público, fue proscrito junto con su hijo, su hermano, el hijo de su hermano, todos sus familiares y sus compañeros de facción y amigos. Tras embarcar en un pequeño bote, no soportó el mareo y arribó a una pose-

[23] Personaje de oscuro linaje, pretor en el 44 a. C. (cf. Syme, *ibid.*, pág. 193).

sión suya, que yo he visitado a propósito de la narración de este infortunado suceso, cerca de Caieta, una ciudad de italia [24], y permaneció tranquilo allí. Cuando sus perseguidores estaban cerca —pues a él le buscaba Antonio con mayor ahínco que a todos los demás, y también todos por darle gusto a Antonio—, unos cuervos penetraron en su habitación y se pusieron a graznar, despertándole de su sueño y le quitaron las ropas de su cuerpo. Finalmente, sus esclavos, adivinando que el hecho se trataba de un presagio divino, le pusieron de nuevo en una litera y le condujeron hasta el mar, sin ser vistos, a través de una selva espesísima. Había muchos grupos de persecución que andaban de un lado para otro preguntando si Cicerón había sido visto por alguna parte, y en general la gente, por benevolencia y piedad hacia él, decían que se lo habían llevado y estaba en la mar, pero un zapatero cliente de Clodio y que era enemigo acérrimo de Cicerón, le indicó el sendero al centurión Lena, que le perseguía con unos pocos soldados. Éste se lanzó tras él, y al ver que sus esclavos, muy superiores en número a sus propias fuerzas, se aprestaban a defenderle, gritó con una añagaza militar: «Que avancen al frente los centuriones de la última fila.»

Entonces los esclavos quedaron aterrados al pensar
que venían más soldados. Lena, aunque había sido 20
salvado por Cicerón, en cierta ocasión, de un juicio, le sacó la cabeza de la litera y se la cortó golpeándolo tres veces y aserrándosela por inexperiencia. También le amputó aquella mano con la que había escrito los discursos contra Antonio, calificándolo de tirano, y que había titulado *Filípicas,* a imitación de Demóstenes. Acto seguido, algunos montaron sobre sus caballos y otros a bordo de las naves para llevar rápidamente la buena nueva a Antonio. Laina le mostró la cabeza y la mano

---

[24] Situada en un promontorio, en la región del Lacio.

agitándolas desde lejos, mientras él estaba sentado en el foro. Antonio se alegró extraordinariamente, coronó al centurión y lo recompensó con doscientos cincuenta mil dracmas además de lo estipulado, por haber dado muerte al hombre que había sido el mayor y más acérrimo de sus enemigos. La cabeza y mano de Cicerón fueron colgadas durante mucho tiempo en el foro, delante de la rostra, en donde Cicerón se había dirigido antes al pueblo. Y acudieron a verlas más personas de las que habían ido a escucharle. Se dice también que Antonio, durante el banquete, colocó la cabeza de Cicerón delante de la mesa hasta que se sació de aquella visión nefanda.

De este modo Cicerón, varón famoso por su elocuencia, incluso en el presente, y que había prestado a su patria los mayores servicios cuando detentó el consulado, fue asesinado y ultrajado después de su muerte. Su hijo había ido previamente a Grecia al lado de Bruto. A su vez, Quintio, el hermano de Cicerón, fue apresado junto con su hijo y pidió a sus verdugos que le mataran antes que a su hijo; este último, por su parte, solicitó morir antes que el padre. Entonces sus verdugos replicaron que ellos satisfarían a ambos y dividiéndose en dos grupos, tomó cada uno a uno de ellos y los ajusticiaron a la vez a una señal convenida [25].

21 Los Egnacios, padre e hijo, murieron ambos de un solo golpe fundidos en un abrazo y sus cabezas fueron cortadas, pero los cuerpos permanecen todavía abrazados. Balbo envió por delante a su hijo para que huyera hasta el mar, a fin de no ser vistos si marchaban juntos y lo siguió poco después a cierta distancia; cuando alguien le informó, por mala fe o por error, que aquél

---

[25] Sobre la muerte de Cicerón, hay numerosas y cumplidas referencias, además de la de Apiano (así T. Livio, citado por Séneca, *Suas.* 6, 17; Plut., *Cic.* 47 ss.), y, a juicio de Syme, la mejor es la de Asinio Polión citado por Séneca, *Suas.* 6, 24 (cf. Syme, *op. cit.*, pág. 193).

había sido apresado, regresó e hizo venir a sus verdugos. Y ocurrió que su hijo pereció en un naufragio. Hasta este punto la suerte se cebó en las calamidades de entonces. Arruntio convenció a regañadientes a su hijo, que no consentía en escapar sin él, para que se salvara a sí mismo en atención a su juventud, y su madre lo acompañó hasta las puertas de la ciudad y regresó para enterrar el cadáver de su marido. Pero cuando se enteró de que su hijo había perecido en el mar, se suicidó de ayuno voluntario.

Basten estos relatos como ejemplos de hijos buenos y malos. Hubo dos hermanos, de nombre Ligario, que 22 fueron proscritos a la vez y se ocultaron en un fumario hasta que sus esclavos los descubrieron. Uno de ellos murió en el acto, pero el otro consiguió escapar y, cuando supo la muerte de su hermano, se arrojó desde el puente a la corriente del río. Una vez que lo recogieron algunos pescadores por pensar que se había caído al agua en vez de arrojarse a ella, se resistió por mucho tiempo y trató de arrojarse a la corriente de nuevo. Y, reducido, finalmente, por los pescadores, les dijo: «No me estáis salvando a mí, sino labrándoos vuestra ruina por ayudar a un proscrito.» Ellos, no obstante, lo salvaron por piedad, pero algunos soldados que estaban de guardia en el puente acudieron presurosos al verle y le cortaron la cabeza. De otros dos hermanos, uno se arrojó a la corriente del río, y un esclavo buscó su cuerpo por espacio de cinco días hasta que lo encontró, todavía reconocible, y lo decapitó mirando por la recompensa; al otro, que se había refugiado en una cloaca, lo delató otro esclavo y los perseguidores desistieron de entrar en ella, pero le clavaron sus lanzas y lo sacaron al exterior y, como estaba, sin limpiarle la cabeza se la cortaron. Otro, al ser apresado su hermano, corrió a su lado por ignorancia de que también él había sido proscrito conjuntamente con aquél y dijo: «Matadme a

mí en vez de a éste.» Y el centurión, con la lista exacta de proscritos en la mano, dijo: «Pides una cosa adecuada, pues tú figuras en la lista antes que él», y tras decir esto, los mató a ambos en el orden debido.

23 Basten estos casos también como ejemplos de hermanos. A Ligario lo ocultó su mujer, quien participó de su secreto solamente a una esclava, y cuando fue traicionada por ésta, acompañó el traslado de la cabeza de su marido gritando: «Yo le acogí y quien actúa así es reo del mismo castigo.» Sin embargo, como nadie la mató ni la delató, fue por sí misma a los triunviros y se acusó a ella misma, y cuando aquéllos la perdonaron también a causa de su amor conyugal, se suicidó por hambre. He hecho mención de ella en este lugar, porque fracasó en el intento de salvar a su marido y no le sobrevivió. Pero aquellas otras que triunfaron en su amor al esposo las mencionaré entre las personas que lograron salvarse. Otras, en cambio, conspiraron de modo impío contra sus maridos. Entre ellas se cuenta la esposa de Septimio, que tenía relaciones extraconyugales con un cierto amigo de Antonio. Afanosa por trocar en matrimonio su relación adúltera, solicitó este favor de Antonio a través de su amante, y Septimio fue incluido de inmediato en las listas de proscritos. Cuando él lo supo, huyó a la casa de su esposa, desconociendo la traición de su mujer; y ella, fingiendo una solicitud amorosa, cerró tras él las puertas y retuvo a su esposo hasta que llegaron los verdugos, y en el mismo día que ajusticiaron a su marido celebró sus nuevas nupcias.

24 Salaso logró escapar y, sin saber qué hacer, regresó a la ciudad de noche, cuando le pareció que el peligro había desaparecido casi por completo. Su casa había sido vendida. El portero, que había sido vendido junto con la casa, fue el único que lo reconoció y lo acogió en su habitación con la promesa de que lo ocultaría y le proporcionaría alimentos en la medida en que pudiera.

Salaso le encargó que hiciera venir a su esposa desde
la casa de ella. Ésta fingió estar ansiosa por acudir, pe-
ro adujo que tenía miedo de levantar sospechas en ple-
na noche y entre los esclavos y dijo que acudiría de día.
Al amanecer, mandó llamar a los ejecutores, y el porte-
ro, ante su tardanza, acudió a casa de ella para darle
prisa. Salaso, cuando se hubo ido el portero, temiendo
que se hubiera marchado para tenderle una trampa, su-
bió al tejado para ver lo ocurrido y, al ver no al portero
sino a su esposa guiando a los esbirros, se arrojó desde
el tejado. Fulvio huyó junto a una esclava con la que
había estado amancebado y a la que, posteriormente,
le había dado la libertad y una dote para su casamien-
to. Sin embargo, ésta, a pesar de haber recibido tantos
favores, lo traicionó por la envidia que tenía de la mu-
jer con la que se había casado Fulvio después de sus
relaciones con ella. Queden estos relatos expuestos co-
mo testimonios de mujeres depravadas. Estacio el Sam- 25
nita, que había jugado un gran papel con los samnitas
en la Guerra Social, y que había sido elevado a la cate-
goría de senador romano por la brillantez de sus he-
chos, por su riqueza y por su linaje, y contaba ahora
ochenta años, fue proscrito a causa de su riqueza. Abrió
su casa al pueblo y a los esclavos para que se llevaran
todo lo que quisieran, y las demás cosas él mismo las
arrojó, y, cuando su casa quedó vacía, cerrando las puer-
tas le prendió fuego y murió, y el fuego alcanzó a mu-
chos otros lugares de la ciudad. Capito entreabrió las
puertas de su casa y, durante mucho tiempo, mató uno
por uno a los que trataban de forzar el paso hacia el
interior, pero, al ser superado por el número de los ata-
cantes, murió tras haber dado muerte a muchos de ellos.
Vetulino reunió en torno a Regio a una fuerza numero-
sa de hombres proscritos como él y de los que habían
huido con éstos, y otros procedentes de las dieciocho
ciudades que habían sido ofrecidas como premio por

la victoria a los soldados y que estaban muy indignadas por este hecho. Con estas tropas, Vetulino dio muerte a los centuriones que andaban en su busca, y, cuando fue enviado un ejército más numeroso contra él, no cejó por ello, sino que cruzó a Sicilia junto a Pompeyo, el cual dominaba en la isla y dio acogida a los fugitivos. Después siguió luchando con encono, hasta que, derrotado en varios combates, envió a Mesina a su hijo y a los demás proscritos que le habían acompañado, y, cuando él vio que el bote cruzaba el Estrecho, cayó sobre el enemigo y fue descuartizado.

26 Naso, traicionado por un liberto que había sido su favorito, le arrebató la espada a uno de los soldados, dio muerte al traidor solamente y se entregó por propia voluntad a sus ejecutores. Un siervo fiel a su dueño lo dejó en una colina, mientras iba él a alquilar un bote a la orilla del mar. Al regresar, vio que su amo estaba siendo asesinado y, cuando todavía respiraba un poco en su agonía, le gritó con voz fuerte: «Aguarda un poco, mi señor», y atacando de improviso al centurión lo mató. Después se asestó un golpe mortal y dijo a su dueño: «Ya tienes consuelo.» Lucio entregó oro a sus dos libertos más fieles y se dirigió hacia la costa, pero, al partir aquéllos apresuradamente, retornó, una vez perdidas las esperanzas de salvarse, y se delató a sus asesinos. Labieno, quien había capturado y dado muerte a muchos en la época de las proscripciones de Sila, pensó que sería indigno, por su parte, no afrontar con valentía un destino similar, así que salió y se sentó en una silla a la puerta de su casa aguardando a sus ejecutores. Cestio se ocultó en los campos entre sus esclavos fieles, pero, como los centuriones corrían de un lado a otro, continuamente, con las armas y las cabezas de los proscritos, no soportó un terror prolongado y convenció a sus esclavos para que encendieran una pira fúnebre, con objeto de que pudieran decir que enterraban a Cestio

muerto. Ellos cayeron en el engaño y la encendieron, y entonces él se arrojó en su interior. Aponio, aunque estaba oculto en lugar seguro, no toleró una existencia tan vil y se presentó para que lo mataran. Otro proscrito se sentó voluntariamente en lugar visible y, como sus matadores se retrasaban, se colgó a la vista de todos.

Lucio, el suegro del entonces cónsul Asinio[25 bis], hu- 27
yó por mar, pero no pudo soportar el vértigo del oleaje y se arrojó por la borda. A Cerennio, que había escapado de sus perseguidores y exclamaba que no estaba proscrito, sino que era víctima de una conspiración por parte de ellos a causa de su dinero, éstos le condujeron ante la lista de proscritos y le ordenaron que leyera su propio nombre, y, mientras lo hacía, lo mataron. Emilio, ignorante de que había sido proscrito, al ver que otro era perseguido le preguntó al centurión que iba tras él quién era el proscrito. El centurión reconoció a Emilio y dijo: «Tú y aquél», y los mató a los dos. Cilón[26] y Decio salían del edificio del senado cuando se enteraron de que sus nombres figuraban en las listas de los proscritos, y como no los perseguía nadie, emprendieron una huida desordenada a través de las puertas de la ciudad y su misma carrera los delató a los centuriones con los que se toparon en el camino. Icelio, que había sido uno de los jueces en el juicio de Bruto y Casio, cuando Octavio presidió el tribunal en compañía de su ejército y que, mientras los demás jueces aportaban en secreto su voto de condena, fue el único en depositar públicamente uno absolutorio[27], habiéndose olvidado ahora de su magnánima liberalidad anterior, arrimó el hombro y ayudó a llevar a sus porteadores el lecho con el cadáver de un hombre que era transportado para su entierro. Cuando los guardianes de las puertas de la ciu-

---

[25 bis] Cónsul *designatus* para el 40 a. C. (cf. n. 7 a este libro).

[26] Sobre este personaje, cf. WEINSTOCK, *Divus Iulius*, pág. 394.

[27] Cf. *supra*, III 95.

dad vieron que los que llevaban el cadáver excedían en un solo hombre al número habitual, no sospecharon de ellos, pero inspeccionaron el lecho por temor a que alguien tratara de simular un muerto. Entonces los porteadores procuraron la prueba de que Icelio no estaba con ellos en su oficio y, al ser reconocido, los asesinos le mataron.

28 Varo, después de haber sido traicionado por un liberto, huyó de monte en monte y fue a parar a la zona pantanosa de Minturna [28], en donde se detuvo para darse un descanso. Los habitantes del lugar recorrían el pantano en busca de una guarida de ladrones, y las hojas de las cañas, al agitarse, descubrieron a Varo. Cuando fue apresado dijo que era un bandido y se resignó al ser condenado a muerte por este hecho. Sin embargo, como se dispusieron a torturarle para que revelara a sus cómplices, ya no soportó una afrenta tal y dijo: «Os prohíbo a vosotros habitantes de Minturna que me torturéis o matéis a mí que he sido cónsul y —lo que es de más precio para los gobernantes actuales— también un proscrito; y si no me es posible escapar, es mejor que muera a manos de los de igual rango.» Los de Minturna andaban desconfiados y sospechaban de sus palabras, pero un centurión que merodeaba por los alrededores lo reconoció y lo decapitó dejando a los de Minturna el resto del cuerpo.

A Largo lo capturaron en los campos otros que no iban tras de él, sino que perseguían a otra persona. Pero se compadecieron de él porque había sido apresado sin ser buscado y lo dejaron que escapara por el bosque. Al ser perseguido por otros, retornó a la carrera junto a los anteriores y les dijo: «Matadme mejor vosotros, que os apiadasteis de mí para que os llevéis la recompensa en lugar de éstos.»

[28] Ciudad del Lacio.

Así pues, Largo les dio esta compensación al morir por su generosidad hacia él. Rufo tenía una mansión 29
muy hermosa cerca de la de Fulvia[28 bis], la esposa de Antonio, que ésta había deseado comprarle hacía ya tiempo sin conseguirlo, y ahora, aunque se la dio como regalo, fue proscrito. Cuando su cabeza fue llevada a presencia de Antonio, éste dijo que no le concernía el asunto y se la envió a su esposa, la cual ordenó que fuera expuesta delante de la casa en vez de en el foro. Otro poseía una finca de recreo muy bella y con árboles umbrosos, en la que había una cueva hermosa y profunda, y tal vez por todo esto fue proscrito. Se encontraba casualmente tomando el aire fresco en la gruta cuando un esclavo vio a los que venían en su busca todavía a lo lejos. Entonces lo condujo hasta la parte más recóndita de la cueva, se vistió con la túnica corta de su amo y fingió que era éste y que estaba temeroso, y tal vez habría sido muerto en lugar de aquél, si uno de los esclavos no hubiera descubierto la trampa. De este modo murió el dueño, pero el pueblo, irritado contra los triunviros, no descansó hasta que el esclavo que lo descubrió fue crucificado y el que lo intentó salvar obtuvo la libertad. Un esclavo reveló el escondite de Aterio y recobró al punto su libertad; licitó contra los hijos del muerto en la venta de los bienes y los insultó de forma intolerable. Ellos le siguieron por todas partes llorando, hasta que el pueblo se irritó y los triunviros lo convirtieron de nuevo en esclavo de los hijos del proscrito, por haberse excedido en sus funciones.

[28 bis] Cf. C. L. Babcok, «The Early Career of Fulvia», *Am. Jour. Philol.* 86 (1965), 1-32. La propaganda augústea da una versión peyorativa de ella en este asunto de las proscripciones y, sobre todo, en la guerra de Perusia (cf. Dión Cas., XLVIII 4, 1-3 y 6). Se había casado, en primeras nupcias, con P. Clodio Púlquer y, después, con Gn. Escribonio Curio. Con Antonio se casó en el 47 o 46 a. C. y tuvo dos hijos: M. Antonio Antilo, muerto por Octavio después de la toma de Alejandría y Julio Antonio (cf. n. 11 a este libro).

30 Tales fueron las miserias de las personas adultas. Pero el infortunio alcanzó también a los huérfanos, en aquel tiempo, a causa de su riqueza. Uno de ellos fue asesinado cuando iba a la escuela junto con su preceptor, quien rodeó con sus brazos al niño y no lo soltó. Atilio, que acababa de tomar la toga viril, se encaminó, como era costumbre, con un cortejo de amigos hacia los templos para realizar los sacrificios, y, al ser inscrito de repente en las listas de proscritos, sus amigos y esclavos lo abandonaron. Y él, solo y desprovisto de su hermoso cortejo, marchó a casa de su madre que, sin embargo, tampoco lo acogió por miedo. Entonces, Atilio no juzgó oportuno efectuar otro intento, una vez que le había fallado su madre, y huyó a la montaña. Obligado por el hambre descendió desde allí a la llanura, en donde fue apresado por un hombre que acostumbraba a robar a los viandantes y a emplearlos en trabajos forzados. El muchacho, como no pudo a causa de su vida refinada, soportar la dureza del trabajo, escapó con los grilletes puestos al camino frecuentado y se delató a sí mismo a unos centuriones que pasaban por él, los cuales le mataron.

31 Mientras tenían lugar estos sucesos, Lépido celebró su triunfo por sus hechos en España y se publicó un edicto en los términos siguientes: «Que la fortuna os sea propicia. Sea de público conocimiento para todos los hombres y mujeres, que festejen este día con sacrificios y banquetes; aquella persona que aparezca incumpliendo esta orden será incluida entre los proscritos.» Lépido condujo la procesión triunfal al templo, escoltado por todos los ciudadanos que mostraban una apariencia jubilosa, pero estaban enojados en su corazón. Se hicieron lotes de las propiedades de los proscritos, pero no había muchos compradores de sus tierras, ya que algunas gentes se avergonzaban de sobrecargar la mala suerte de los infortunados. Otros pensaban que

la posesión de los bienes de éstos les acarrearía mala suerte y que no sería en absoluto garantía de seguridad para ellos el ser vistos con oro y plata, ya que ni siquiera estaban libres de peligro sus actuales patrimonios y constituiría un factor de riesgo adicional incrementarlos. Únicamente aquellos que acudieron empujados por su osadía, al ser ellos solos, compraron a los precios más bajos. Por esta razón, los triunviros que esperaban que estas ventas bastarían para sus preparativos bélicos, se quedaron cortos en doscientos millones de dracmas.

Los triunviros dieron cuenta de este hecho al pue- 32
blo y confeccionaron una lista pública de las mil cuatrocientas mujeres más ricas, a las que se las requirió para que hicieran una evaluación de sus fortunas y aportaran para los gastos de la guerra la parte que los triunviros asignaran a cada una de ellas. Además, se fijaron penas para las que ocultaran una parte de sus bienes o hicieran una estimación falsa de los mismos, y recompensas para quienes delataran estos hechos, ya se tratara de personas libres o de esclavos. Las mujeres decidieron elevar súplicas a los familiares femeninos de los triunviros. Con la hermana de Octavio no fracasaron en su propósito, ni tampoco con la madre de Antonio, pero Fulvia, la esposa de este último, las rechazó de mala manera de las puertas de su casa, ultraje que no toleraron. Entonces forzaron el paso hasta el foro, hacia la tribuna de los triunviros, y el pueblo y los guardianes les franquearon el acceso. Allí, por boca de Hortensia [29] que había sido elegida para hablar, pronunciaron las siguientes palabras: «En aquello que correspondía a unas mujeres de nuestro rango solicitar de vosotros, recurrimos a vuestras mujeres, pero en lo que no estaba acorde, el ser ultrajadas por Fulvia, nos hemos visto empu-

[29] Hija del orador Hortensio.

jadas a acudir, todas juntas, al foro, por su causa. Vosotros nos habéis arrebatado a nuestros padres, hijos, maridos y hermanos acusándolos de que habíais sufrido agravio por ellos; pero si, además, nos priváis también de nuestras propiedades, nos vais a reducir a una situación indigna de nuestro linaje, de nuestras costumbres y de nuestra condición femenina. Si afirmáis que habéis sufrido agravio de nosotras, igual que de nuestros esposos, proscribidnos también a nosotras como a aquéllos. Pero si las mujeres no os declaramos enemigos públicos a ninguno de vosotros, ni destruimos vuestras casas, ni aniquilamos vuestros ejércitos o condujimos otros contra vosotros o impedimos que obtuvierais magistraturas y honores, ¿por qué participaremos de los castigos, nosotras que no participamos en las ofensas?

33 »¿Por qué hemos de pagar tributos nosotras que no tenemos participación en magistraturas, honores, generalatos, ni, en absoluto, en el gobierno de la cosa pública, por las cuales razones os enzarzáis en luchas personales que abocan en calamidades tan grandes? ¿Porque decís que estamos en guerra? ¿Y cuándo no hubo guerras? ¿Cuándo las mujeres han contribuido con tributos? A éstas su propia condición natural las exime de ello en toda la humanidad, y nuestras madres, por encima de su propio ser de mujeres, aportaron su tributo en cierta ocasión y por una sola vez, cuando estabais en peligro de perder todo el imperio e, incluso, la misma ciudad, bajo el acoso cartaginés. Pero entonces realizaron una contribución voluntaria, y no a costa de sus tierras o campos, o dotes, o casas, sin las cuales cosas resulta imposible la vida para las mujeres libres, sino sólo con sus joyas personales, sin que éstas estuvieran sometidas a una tasación, ni bajo el miedo de delatores o acusadores, ni bajo coacción o violencia, y tan sólo lo que quisieron dar ellas mismas. Y, además, ¿qué mie-

do tenéis ahora por el imperio o por la patria? Venga, ciertamente, la guerra contra los galos o los partos y no seremos inferiores a nuestras madres en contribuir a su salvación, pero para luchas civiles no aportaríamos jamás nada ni os ayudaríamos a unos contra otros. Pues tampoco lo hicimos en época de César o Pompeyo, ni nos obligaron a ello Mario ni Cinna, ni siquiera Sila, el que ejerció el poder absoluto sobre la patria, y vosotros afirmáis que estáis consolidando la República.»

Mientras Hortensia pronunciaba tal discurso, los 34 triunviros se irritaron de que unas mujeres, cuando los hombres permanecían en silencio, se atrevieran a hablar en la asamblea y a enjuiciar los actos de los magistrados y a negarse a contribuir con dinero, en tanto que los hombres servían en el ejército. Ordenaron a los lictores que las expulsaran del tribunal, pero, al producirse un clamor entre la multitud del exterior del recinto, los lictores desistieron de su labor y los triunviros anunciaron que el asunto se posponía para el día siguiente. En este día confeccionaron una lista pública de cuatrocientas mujeres, en vez de las mil cuatrocientas, que debía presentarles una evaluación de sus bienes, y decretaron que cualquier hombre que tuviese más de cien mil dracmas, ciudadano o extranjero, libre o sacerdote y de cualquier nacionalidad, sin exclusión de nadie, deberían prestar de inmediato una cincuenteava parte de su patrimonio y aportar para la guerra la renta de un año con igual temor a los castigos que a los delatores.

Tales calamidades afligieron a los romanos en vir- 35 tud de las órdenes de los triunviros, pero los soldados, al desobedecerlas, ocasionaron otras todavía peores. Pues, cuando se dieron cuenta de que la seguridad de los triunviros en su actuación se basaba solamente en el ejército, unos exigían las casas, los campos, las villas de recreo o toda la herencia de los que habían sufrido

confiscación, otros, por su parte, reclamaban ser adoptados hijos por los hombres (ricos), otros cometían, por propia iniciativa, todo género de desmanes, matando a personas no proscritas y saqueando las casas de gente que no estaba acusada de nada; de tal forma que los triunviros publicaron un edicto por el que uno de los cónsules reprimiría a aquellos que se excedieran de lo ordenado. Pero el cónsul tuvo miedo de meter en cintura a los soldados, por temor a que descargaran su irritación contra él y, apresando a algunos esclavos que, a guisa de soldados, cometían las fechorías junto con aquéllos, los hizo crucificar.

36 Tales fueron, en especial, los casos límites de infortunio a que se vieron abocados los proscritos. Aquellas otras circunstancias, sin embargo, que de forma inesperada les ocurrieron a algunos hasta el punto de procurarles una salvación inmediata y estima posterior, me resulta más grato contarlas y son de mayor utilidad para los lectores, al objeto de que nunca desfallezcan en su ánimo y siempre abriguen la esperanza de salvarse. Los que pudieron huir lo hicieron junto a Casio o Bruto, o bien a África junto a Cornificio, que también había abrazado la causa republicana [30]. No obstante, los más se dirigieron a Sicilia, por su proximidad con Italia y porque Pompeyo los acogió calurosamente. Pues Pompeyo, en aquella ocasión, mostró el más admirable afán hacia los infortunados, enviándoles heraldos que invitaban a todos a acudir a su lado y prometiendo a quienes los salvaran, fueran libres o esclavos, el doble de las recompensas ofrecidas por su captura. Sus chalupas y barcos mercantes salían al encuentro de los que escapaban por mar, y sus barcos de guerra patrullaban las costas haciendo señales a los que vagaban por la orilla, y salvaban al que encontraban. Él en persona acu-

[30] Cf. n. 10.

día a recibir a los recién llegados y les facilitaba de inmediato ropas y enseres; y, a los capacitados para ello, les confería puestos de mando en sus fuerzas de tierra y mar. Y en los pactos que ulteriormente llevó a cabo con los triunviros, se negó a signarlos hasta que estuvieran incluidos en ellos todos los que se habían refugiado junto a él. De este modo prestó el mayor servicio a su patria en una situación tal de infortunio, y adquirió por este hecho una alta reputación personal, en adición a la heredada de su padre y no inferior a ella. Otros huyeron de forma diversa o se ocultaron hasta la firma de la paz, algunos en los campos o en las sepulturas, otros sobrellevaron en la misma ciudad una existencia envuelta en una angustia lamentable. Se pudieron ver notables ejemplos de amor conyugal y filial hacia esposos y padres, y de esclavos, más allá de lo que es natural, hacia sus dueños. De todos ellos relataré cuantos fueron más sorprendentes.

Paulo, el hermano de Lépido, fue respetado por los 37
centuriones, por tratarse del hermano de un triunviro y huyó sin temor junto a Bruto. A la muerte de este último, se trasladó a Mileto, de donde no quiso retornar, ni siquiera una vez concluida la paz, a pesar de que fue invitado a hacerlo. La madre de Antonio acogió a su hermano Lucio, tío de Antonio, pero sin ocultarlo y los centuriones la respetaron durante mucho tiempo por ser la madre de un triunviro. Mas cuando, con posterioridad, trataron de llevárselo por la fuerza, se lanzó al foro, donde estaba sentado Antonio en compañía de sus colegas y le dijo: «Me denuncio a mí misma, triunviro, ante ti de haber acogido bajo mi techo a Lucio, de tenerlo todavía y de que lo tendré hasta que nos mates a los dos juntos, pues han sido promulgadas penas iguales para aquellos que den acogida a un proscrito.» Él le reprochó a ella, como buena hermana pero madre imprudente, diciéndole que no debería tratar de salvar

a Lucio ahora, sino haberle impedido que votase a su hijo enemigo público; no obstante, maniobró para que el cónsul Planco rehabilitara a Lucio mediante un decreto.

38 Mesala[31], hombre joven e ilustre, escapó al lado de Bruto, y los triunviros temiendo la arrogancia de su espíritu publicaron el siguiente edicto: «Puesto que los familiares de Mesala nos han demostrado claramente que él no se encontraba en la ciudad cuando Gayo César fue asesinado, sea borrado de la lista de los proscritos el nombre de Mesala.» Éste, sin embargo, no aceptó el perdón; pero, cuando Bruto y Casio habían caído en Tracia, aunque el ejército era todavía muy numeroso y tenía naves, dinero y esperanzas de victoria bien fundadas, no aceptó la elección de ellos para ocupar el mando y los convenció de que, cediendo a la suerte avasalladora, se unieran a las fuerzas de Antonio. Después, fue íntimo de Antonio, hasta que éste se convirtió en esclavo de Cleopatra, cuya reprobación lo llevó a unirse a Octavio. Este último lo designó cónsul en lugar del mismo Antonio, una vez que Antonio fue depuesto y votado, por segunda vez, enemigo público, y tras combatir en una batalla naval en Accio contra Antonio, Octavio lo nombró general para sofocar la rebelión de los galos, por cuya victoria le concedió el triunfo.

Bíbulo[32] obtuvo el favor de Antonio al mismo tiempo que Mesala, y recibió de aquél un puesto de mando

---

31 Se trata de M. Valerio Mesala Corvino, hijo del cónsul del 61 a. C. Sobre él, cf. HANSLIK, en *RE*, s.v. *Valerius*, núm. 261; SYME, *The Roman Revolution*, págs. 198, 206 y 237-238 en especial.

32 L. Calpurnio Bíbulo, cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Calpurnius*, número 28. Era hijo de M. Calpurnio Bíbulo, colega de César en el consulado del 59 a. C. Después de Filipos, se pasó a Antonio y llegó a ser *praefectus classis*. Trató de reconciliar a Antonio y Octavio en varias ocasiones. Su madre, Porcia, la hija de Catón (cf. BROUGHTON, II, páginas 187-188).

en la flota y, en numerosas ocasiones, sirvió de intermediario en las negociaciones entre Antonio y Octavio. Finalmente, fue designado por Antonio gobernador de Siria y murió mientras desempeñaba este cargo.

Acilio huyó en secreto de la ciudad y, cuando un 39
siervo reveló su escondite a los soldados, convenció a éstos, con la esperanza de mayores ganancias, para que enviaran a algunos de entre ellos a su mujer con un anticipo que él mismo les entregó. Ella les dio a su llegada todas sus joyas y dijo que se las daba a cambio de que cumplieran lo que habían prometido, pero sin saber si, en efecto, mantendrían su palabra. Y, ciertamente, no quedó defraudado su amor conyugal, pues los soldados alquilaron un barco para Acilio y lo enviaron a Sicilia. La esposa de Léntulo pidió a su marido que le permitiera huir con él y se mantuvo al acecho para este propósito, pero él no quiso que compartiera el peligro y escapó en secreto a Sicilia. Allí Pompeyo le dio el cargo de pretor, y él le hizo saber a su esposa que estaba a salvo y que ocupaba un puesto de mando. Cuando ésta supo en qué lugar se encontraba su marido, escapó a la vigilancia de su madre en compañía de dos esclavas. Hizo el viaje con ellas con muchas penalidades y muy escasos medios, disfrazada de esclava, hasta que consiguió atravesar desde Regio a Mesina hacia la caída de la tarde. Se informó sin dificultad en dónde estaba la tienda del pretor y encontró en ella a Léntulo, no en la actitud de un pretor, sino en un jergón en el suelo, con el cabello desaliñado y provisiones míseras, presa de la nostalgia de su esposa.

La esposa de Apuleyo amenazó a éste con delatarle 40
si escapaba él solo. Y el marido la llevó contra su voluntad, y consiguió disipar las sospechas de su fuga al hacer el viaje de manera ostensible acompañado de su mujer y de sus esclavos y esclavas. La esposa de Antio envolvió a éste en una funda de cama y entregó el bulto

a unos porteadores para que lo transportaran desde la casa hasta la orilla del mar, desde donde huyó a Sicilia. La mujer de Regino ocultó por la noche a su marido en una cloaca, en la que los soldados no se atrevían a penetrar durante el día a causa del mal olor; a la noche siguiente, lo disfrazó como un traficante en carbón y le proporcionó un asno cargado con carbón para que lo arrease, y ella le precedía a una corta distancia en una litera. Uno de los centinelas de las puertas de la ciudad sospechó de la litera y realizó una inspección; Regino, presa del temor, avivó el paso y, como si fuera un viandante, pidió al centinela que no importunase a las mujeres. Éste, tomándolo por un carbonero, le respondió con acritud, pero, al reconocerlo —pues había servido a sus órdenes como soldado en Siria—, le dijo: «Prosiga, en buena hora, su camino, mi general, ya que así debo llamarte también ahora.» La mujer de Coponio[33] compró a Antonio la salvación de su marido a costa de su honra, aunque había sido casta hasta entonces, remediando de esta forma una desdicha con otra.

41 El hijo de Geta fingió que quemaba el cuerpo de su padre en un patio de la casa, haciendo creer que se había ahorcado, y lo dejó oculto en un campo recién comprado. Allí el anciano cambió su fisonomía poniéndose una banda sobre un ojo; una vez que se firmó la paz y se quitó la banda, había perdido la visión del ojo por falta de uso. A Opio, que quería quedarse debido a su escasez de fuerzas a causa de la vejez, lo llevó su hijo sobre sus espaldas hasta que lo sacó por las puertas de la ciudad. El resto del viaje hasta Sicilia lo transportó haciéndole de guía o llevándolo a cuestas, sin que

[33] Este personaje era oriundo de una noble familia de Tíbur (cf. SYME, *The Roman Revolution*, pág. 193 y n. 4 y pág. 283 y n. 2). Parece que su proscripción hay que imputársela a Planco, y el motivo fue el litigio por el poder y la riqueza entre familias de la nobleza local, extremo al que llevó también las proscripciones.

nadie sospechara, como cabía esperar, de este espectáculo o se burlara de él, igual que también cuentan que Eneas fue respetado por sus enemigos cuando llevó a su padre. El pueblo alabó al joven por su acción y, posteriormente, lo eligió edil; sin embargo, como le había sido confiscada su fortuna y no podía atender a los gastos del cargo [34], los artesanos realizaron las obras inherentes al mismo sin cobrar nada, y cada uno de los espectadores arrojó a la orquesta tanto dinero cuanto quiso hasta hacerlo rico. Según el testamento de Arriano, en la tumba de su padre rezaba la siguiente inscripción: «Aquí yace uno a quien, cuando fue proscrito, su hijo, que no lo había sido, lo ocultó, huyó con él y lo salvó.»

Había dos Metelo, padre e hijo. El padre ocupaba 42
un puesto de mando, a las órdenes de Antonio, en la batalla de Accio, y fue cogido prisionero y no reconocido; el hijo combatía al lado de Octavio y también tenía un cargo militar en Accio. Cuando Octavio procedía a la clasificación de los prisioneros, en Samos, el hijo estaba sentado a su lado; el anciano fue conducido llevando el cabello largo lleno de miseria y mugre, completamente metamorfoseado por tales accidentes. Y cuando fue nombrado por el heraldo, en la fila de prisioneros, el hijo saltó hacia adelante desde su asiento y, tras reconocer con dificultad a su padre, lo abrazó con lamentos. Conteniendo después sus exclamaciones de dolor, dijo a Octavio: «Este hombre es tu enemigo, Octavio, yo tu aliado; y éste debe recibir de ti un castigo, yo, en cambio, debo encontrar una recompensa. Te pido que salves a mi padre por mi causa o que me mates a su lado por la suya.» Se alzaron lamentos desde todas partes y Octavio concedió que Metelo se salvara, a pesar

[34] En especial, los juegos públicos que, a sus expensas, daban al cesar en su cargo, de ahí que el edilato requiriera ser persona adinerada.

de que había sido su enemigo más encarnizado y de que, en varias ocasiones, había desdeñado muchas ofertas para desertar de Antonio.

43 Sus esclavos guardaron a Marco con fidelidad y buena fortuna durante todo el tiempo de la proscripción dentro de su casa, hasta que, concedida la impunidad, Marco salió de su casa como desde el exilio. Hircio[35] escapó de la ciudad con sus siervos domésticos y atravesó Italia liberando prisioneros, reuniendo a los fugitivos y devastando pequeñas ciudades, primero, de escasa importancia y, luego, de mayor entidad, hasta que se hizo dueño de una fuerza suficiente y venció a la tribu de los brutios. Cuando fue enviado un ejército contra él, navegó a través del Estrecho, con las tropas que tenía, junto a Pompeyo.

Cuando Restio huyó, creyendo que estaba solo, fue seguido, en secreto, por un esclavo, que había sido criado por él mismo y, en un principio, muy bien tratado, pero, posteriormente, marcado al fuego por su mala conducta. Al detenerse Restio para descansar, en un pantano, el esclavo se acercó a él, y al pronto su visión lo dejó sobrecogido por el miedo, sin embargo el esclavo le dijo que él no tenía presente sus actuales marcas, sino el recuerdo de los beneficios anteriores. A continuación le buscó un lugar de descanso en una cueva y reunió para aquél cuantas provisiones pudo. Algunos soldados que estaban en las proximidades, tuvieron sospechas de la cueva en relación con Restio, y se encaminaron hacia ella. El esclavo percatándose de ello los siguió, y, anticipándose, dio muerte a un anciano que pasaba por el lugar y le cortó la cabeza. Los soldados quedaron perplejos y lo detuvieron como a un salteador

[35] El nombre verdadero era Lucilio Hirro y era primo de Pompeyo el Grande (cf. Syme, *The Roman Revolution*, pág. 194 n. 1, y para su relación con Pompeyo, pág. 31 y n. 1).

de caminos, y, entonces, les dijo: «He matado a Restio, mi dueño, que me marcó con estas señales.» Ellos le arrebataron la cabeza para cobrar la recompensa y se apresuraron en vano hacia la ciudad, y el esclavo sacó afuera a su amo y le hizo cruzar el Estrecho hasta Sicilia.

Apio se hallaba descansando en su finca de recreo 44 cuando los soldados fueron en su busca. Entonces un siervo suyo se puso sus ropas y, acostándose en el lecho como si fuera su amo, murió voluntariamente en lugar de aquél, que permanecía a su lado vestido como un esclavo. Cuando los esclavos acudieron a la casa de Menenio, un esclavo se introdujo en la litera de su amo y se hizo sacar fuera de la casa por sus compañeros de esclavitud hasta que fue asesinado voluntariamente como si fuera Menenio, mientras éste escapaba hacia Sicilia. Un liberto de Vinio, Filemón, que poseía una lujosa casa, ocultó a aquél en el lugar más recóndito de la misma, en un arca de hierro de las que se usan para guardar dinero o manuscritos, y lo alimentaba por las noches hasta que llegó la paz. Otro liberto, que tenía bajo su custodia la tumba de su amo, ocultó en la tumba, con su padre, al hijo de su dueño que había sido proscrito.

Lucrecio, que andaba errabundo en compañía de dos esclavos fieles, a causa de la falta de alimentos se encaminó hacia la casa de su esposa en la ciudad, llevado en una litera por sus esclavos como si fuera un hombre enfermo. Uno de los porteadores se rompió una pierna, así que Lucrecio prosiguió su camino apoyando su mano en el otro. Cuando estuvieron a las puertas de la ciudad, en el lugar donde el padre de Lucrecio, proscrito por Sila, había sido apresado, vio que una cohorte de soldados salía por las puertas y, aterrado por la coincidencia del lugar, se ocultó con el esclavo en una tumba. Al aparecer unos profanadores de tumbas que anda-

ban rastreando éstas para saquearlas, el esclavo se ofreció a ellos para ser expoliado, en tanto que Lucrecio escapaba hacia las puertas de la ciudad. Allí le aguardó Lucrecio y, después de repartir su ropa con él, llegaron a casa de su esposa, siendo ocultado por ésta entre las tejas de un doble techo hasta que algunos amigos consiguieron que su nombre fuera borrado de las listas de los proscritos. Después de llegar la paz, obtuvo el consulado.

45 Sergio se escondió en la casa del propio Antonio hasta que éste convenció al cónsul Planco para que le concediera un decreto de amnistía. Por este motivo, Sergio, algún tiempo después, cuando el senado votaba que Antonio fuera declarado enemigo público, fue el único que públicamente depositó su voto absolutorio. Así se salvaron todos éstos. A su vez, Pomponio se vistió con las ropas de pretor, disfrazó a sus esclavos como sus ayudantes oficiales y atravesó la ciudad como si fuera un pretor asistido por los lictores. Sus siervos se apiñaban a su alrededor para evitar que fuera reconocido por otro, y en las puertas de la ciudad subió a un carro oficial y atravesó Italia, siendo recibido y despedido por todos como un pretor enviado por los triunviros a negociar con Pompeyo. Finalmente embarcó en una nave oficial y cruzó el Estrecho para unirse a aquél.

46 Apuleyo y Aruntio[36] se hicieron pasar por centuriones y disfrazaron a sus esclavos de soldados. Atravesaron a la carrera las puertas de la ciudad como si fueran unos centuriones que perseguían a otros; durante el resto del camino, separándose, liberaron a los prisioneros y reunieron a los fugitivos hasta que cada uno llegó a tener una fuerza suficiente, enseñas militares, armas y el aspecto de un ejército. Cuando cada uno de ellos avan-

[36] Este personaje pertenecía a la familia de los Aruntios de Atina, ciudad de los volscos (cf. Syme, *ibid.*, pág. 194 y n. 3).

zó por caminos diferentes hasta el mar, acamparon a uno y otro lado de una cierta colina mirándose mutuamente con gran temor. Al amanecer, después de hacerse un reconocimiento recíproco, cada uno tomó al otro por un ejército enemigo que había sido enviado contra él mismo. Así pues, trabando combate lucharon hasta que, por fin, se dieron cuenta del error, arrojaron las armas y se lamentaron con reproches hacia la mala estrella que se había cebado contra ellos en todo. Después, navegaron uno junto a Bruto, y el otro al lado de Pompeyo; este último regresó del exilio a la par que Pompeyo, y el otro fue gobernador de Bitinia bajo Bruto, y cuando éste cayó, rindió Bitinia a Antonio y recobró sus derechos de ciudadanía. Un liberto engrilló a Ventidio nada más ser proscrito como si tuviera la intención de entregarle a sus verdugos, pero, durante la noche, aleccionó a sus esclavos y los disfrazó de soldados y sacó a su dueño disfrazado de centurión. En su viaje a través de Italia hasta Sicilia, hicieron alto en el camino, en muchas ocasiones, en compañía de otros centuriones que andaban buscando a Ventidio.

A otro proscrito lo ocultó en una tumba un liberto, 47
pero, como el hombre no podía soportar el horror del lugar, lo trasladó a una casucha miserable de alquiler. Sin embargo, un soldado habitaba en las cercanías y, no pudiendo soportar tampoco el temor, trocó su cobardía en audacia sorprendente. Se cortó el cabello y abrió una escuela en Roma hasta que llegó la paz. Volusio fue proscrito mientras desempeñaba el cargo de edil y le pidió a un amigo, sacerdote de Isis, su ropa talar. Se vistió con esta tela de lino hasta los pies, se puso la cabeza de perro y con este hábito, celebrando los misterios de Isis, realizó el viaje hasta unirse a Pompeyo. Los habitantes de Cales [37] protegieron a Sitio, uno de

[37] Ciudad de Campania.

sus ciudadanos que había efectuado generosas aportaciones de su propio pecunio en beneficio de ellos; lo dotaron de una guardia personal, amenazaron a los esclavos y prohibieron que los soldados se acercasen a las murallas. Finalmente, cuando el riesgo disminuyó, enviaron emisarios a los triunviros para interceder por él y obtuvieron que Sitio permaneciera en su ciudad, pero excluido del resto de Italia. De este modo, Sitio fue el primero, o tal vez el único de los hombres, que sufrió destierro en su patria. Varrón[38] era un filósofo e historiador, al tiempo que un buen soldado y general, y tal vez por estas razones fue proscrito como enemigo de la monarquía. Sus amigos ardían en deseos de darle acogida y rivalizaban entre sí por ello, hasta que Caleno obtuvo el privilegio y lo hospedó en su villa de recreo, donde Antonio solía descansar cuando iba de viaje. Sin embargo, ningún esclavo ni del propio Varrón ni de Caleno reveló que Varrón estaba allí.

48 Verginio, un hombre de oratoria persuasiva, hizo ver a sus esclavos que, si lo mataban por un poco de dinero y de dudoso cobro, se iban a sentir llenos de remordimientos y de grandes temores en el futuro, y si, por el contrario, lo salvaban, gozarían de una reputación de fidelidad, de buenas esperanzas y, más tarde, de mucho más dinero y más seguro. Ellos le hicieron escapar en su compañía, como si fuera un esclavo más, y, al ser reconocido durante el viaje, lo defendieron luchando contra los soldados. Sin embargo, como quiera que fuera apresado por éstos, también los convenció de que no lo iban a matar por razón de enemistad sino tan sólo por causa de la recompensa, pero que obtendrían una más justa y abundante si le acompañaban a la costa, «en donde, dijo él, mi esposa se ha encargado de traer una nave con dinero». Ellos hicieron caso de sus pala-

[38] M. Terencio Varrón, el escritor.

bras y descendieron hasta la costa. La mujer, ciertamente, había llegado a la orilla, pero, al retrasarse Verginio, pensó que él había navegado ya hacia Pompeyo y levó anclas, dejando, sin embargo, un esclavo en la playa para comunicárselo si acudía. El esclavo, cuando vio a Verginio, corrió hacia su dueño y le mostró la nave, visible aún, y le dio cuenta de su mujer, del dinero, y de por qué él había sido dejado atrás. Entonces los soldados confiaron ya plenamente en todo y, cuando Verginio les pidió que aguardasen hasta que su esposa fuera llamada de vuelta o que fueran con él tras ella, en busca del dinero, embarcaron en un bote y lo escoltaron hasta Sicilia remando con ardor. Allí obtuvieron lo prometido y ya no regresaron, sino que permanecieron a su servicio hasta que llegó la paz.

Un capitán de barco acogió en su nave a Rebilo para llevarlo a Sicilia y le exigió el dinero amenazándole con delatarlo si no lo obtenía. Pero Rebilo, igual que hizo Temístocles en su huida, lo contraamenazó con delatarlo él, porque le ayudaba a escapar mediante soborno. El capitán tuvo miedo y lo puso a salvo junto a Pompeyo.

Marco era lugarteniente de Bruto, y fue proscrito 49
por esta razón. Cuando Bruto fue derrotado, él cayó prisionero, fingió ser un esclavo y lo compró Barbula. Este último vio que era hábil y lo puso al frente de los demás esclavos, y le encargó de la administración de sus negocios. Mas como resultó inteligente en todos los aspectos y de natural superior al de un esclavo, empezó a sospechar y le infundió la esperanza de que, si confesaba que era uno de los proscritos, lo salvaría. Él lo negó con ahínco e, incluso, se inventó una familia, un nombre y anteriores dueños. Entonces, Barbula lo condujo a Roma, en la creencia de que vacilaría en llegar hasta Roma, si era un proscrito. Sin embargo, el otro lo siguió, incluso, en esta tesitura. A las puertas de la ciudad, uno de los amigos de Barbula que se topó con

él, al ver a Marco que estaba a su lado como un esclavo, le reveló su identidad en secreto a Barbula. Y este último solicitó el perdón de Octavio por medio de Agripa [38 bis], y el nombre de Marco fue borrado de la lista de proscripción. Llegó a ser amigo de Octavio y, no mucho después, sirvió como su lugarteniente en Accio contra Antonio. Barbula servía entonces en el ejército de Antonio y sufrió un destino similar al de Marco. Pues, al ser derrotado Antonio, Barbula cayó prisionero y fingió ser un esclavo, y Marco lo compró como si no lo conociera, pero puso todo el asunto en conocimiento de Octavio, y solicitó y obtuvo devolver a Barbula un trato similar. Su pareja buena fortuna persistió para ambos en el tiempo venidero, pues los dos obtuvieron a un tiem-
50 po la magistratura principal en la ciudad. Balbino huyó al lado de Pompeyo y regresó del exilio con él, y no mucho después fue cónsul. Lépido, reducido por Octavio de triunviro a la condición de privado [38 ter], se presentó a Balbino obligado por la necesidad siguiente. Mecenas demandó judicialmente al hijo de Lépido por conspirar contra Octavio y también a su madre por tener conocimiento de este hecho. A Lépido lo ignoró, en cambio, considerándolo persona carente de importancia. Mecenas envió al hijo a Octavio en Accio, pero, a fin de evitar que su madre fuera conducida tratándose de una mujer, le exigió depositar una fianza ante el cónsul de que se presentaría a Octavio. Como nadie ofreció la fianza, Lépido pasaba el tiempo frecuentemente delante de la puerta de la casa de Balbino, y acudió al tribunal; aunque los ujieres trataron mucho tiempo de

---

[38 bis] M. Vipsanio Agripa, fue coetáneo de Octavio y su compañero de estudios (cf. Nic. Dam., *Vit. Caes.* 7, 16; y n. 19 al libro III), se ignora el origen de su familia (cf. Syme, *The Roman Revolution*, página 129). Estaba con él en Apolonia y con P. Salvidieno Rufo cuando el asesinato de César.

[38 ter] En el 36 a. C. (cf. *infra*, V 126).

alejarlo, a duras penas dijo: «Los acusadores testifican mi inocencia, puesto que dicen que yo no estaba en connivencia con mi mujer y mi hijo. A ti no te proscribí, pero yo estoy ahora por debajo de los proscritos. Sin embargo, en atención a la mudanza de los asuntos humanos y a mi persona, que permanece ante ti, concédeme el favor de aceptar mi garantía de que mi esposa se presentará ante Octavio o permíteme partir hacia allí con ella.» Tras haber pronunciado Lépido estas palabras, Balbino no pudo soportar el cambio de su fortuna y eximió a la mujer de la fianza.

Cicerón, el hijo de Cicerón, había sido enviado con 51
anterioridad a Grecia por su padre, que había previsto que iban a ocurrir tales acontecimientos. Desde Grecia se unió a Bruto, y a la muerte de éste se fue con Pompeyo, y de uno y otro obtuvo la distinción de un puesto de mando en la milicia. Después, Octavio, para defenderse de la su traición de Cicerón, lo designó de inmediato *pontifex*, poco después cónsul [39] y luego procónsul de Siria. Cuando la derrota de Antonio en Accio fue comunicada por Octavio, este mismo Cicerón, en su calidad de cónsul [40], dio lectura del escrito al pueblo y lo expuso en la rostra en el lugar donde había estado expuesta antes la cabeza de su padre. Apio repartió sus bienes entre sus esclavos y huyó con ellos a Sicilia. Al sobrevenir una tormenta, los esclavos maquinaron quedarse con su dinero y colocaron a Apio en un bote pequeño bajo el pretexto de trasladarlo a un lugar más seguro; y ocurrió así, puesto que él realizó la travesía,

---

[39] Fue cónsul *suffectus* en el 30 a. C. Esta medida fue tomada, entre otras, por Octavio para dar la impresión de una instauración de la República (cf. SYME, *op. cit.*, pág. 339) a raíz de su victoria en Accio (31 a. C.).

[40] Cicerón regresó a Roma después del pacto de Miseno (39 a. C.) y anunció al senado, en su calidad de cónsul, la muerte de Antonio, no la derrota de Accio (cf. HANSLIK, en *RE*, s.v. *Tullius*, núm. 30).

en contra de lo esperado, y los otros perecieron todos al hundirse la nave. Publio, el cuestor de Bruto, fue requerido por los partidarios de Antonio para que traicionara a aquél y, como no aceptó, fue proscrito por esta razón. Octavio le restauró sus derechos de ciudadanía y fue su amigo, y, cuando en cierta ocasión acudió a visitarlo, Publio expuso ante él algunas estatuas de Bruto y también recibió elogios de Octavio por esta acción.

Éstos fueron los sucesos que acaecieron de forma sorprendente a algunos de los proscritos y les procuraron la muerte o la salvación; he omitido, con todo, mu-
52 chos otros similares a los anteriores. Mientras estas cosas tenían lugar en Roma, todos los países de allende las fronteras estaban conmocionados por guerras a causa de esta lucha civil [41]. Las más importantes de ellas eran las que se libraban en África entre Cornificio y Sextio, la de Siria entre Casio y Dolabella y la de Sicilia contra Pompeyo. Muchos horrores padecieron las ciudades a consecuencia de su captura; yo pasaré por alto las más pequeñas y me ceñiré a las de mayor tamaño y mayor lustre que las otras en razón de su prestigio, tales como Laodicea [42], Tarso [43], Rodas [44], Patara [45] y Janto [46]. Las vicisitudes de la captura de cada una de ellas, para exponerlas con la brevedad de un resumen, fueron las siguientes.

53 Los romanos llaman todavía África Antigua a aquella parte de África que arrebataron a los cartagineses; a aquella otra parte que perteneció al rey Juba y que obtuvieron después por medio de Gayo César, la llaman,

---

41 Este capítulo, como ya dijimos antes (cf. n. 1), sirve a modo de introducción para la segunda parte del libro.

42 En Siria.

43 En Cilicia.

44 Ciudad e isla del Egeo.

45 En Licia.

46 En Licia.

por este motivo, África Nueva; también podría recibir el nombre de África Numídica. Pues bien, Sextio gobernaba en África Nueva por encargo de Octavio y reclamó a Cornificio que le cediera la Antigua, ya que África, en su totalidad, había sido asignada a Octavio en el reparto de los triunviros [47]. Cornificio replicó que él no conocía el reparto que habían hecho los triunviros entre sí, y que, puesto que había recibido el mando de manos del senado, no lo cedería a nadie sin la autorización del mismo. A partir de aquí comenzaron las hostilidades entre ambos. Cornificio tenía un ejército más pesado y numeroso; Sextio, en cambio, uno armado de manera más liviana y con menos efectivos, por lo cual hizo incursiones por las zonas interiores del territorio de Cornificio y provocó la defección; sin embargo, fue sitiado por Ventidio, un lugarteniente de Cornificio, que había sido enviado contra él con tropas más numerosas, después de defenderse tenazmente. Y Lelio, otro lugarteniente de Cornificio, devastó la parte de África de Sextio y, acampando en torno de Cirta, la sitió.

Ambas partes enviaron emisarios para asegurarse la 54
alianza del rey Arabio y de los llamados sitianos, pueblo que recibe este nombre en razón de la circunstancia siguiente. Un cierto Sitio [48], por no afrontar un proceso privado en Roma, huyó y, habiendo reunido un ejército en la propia Italia y en España, cruzó a África y se alió alternativamente con los reyes africanos en sus mutuas guerras. Como aquellos a los que se unía siempre resultaban vencedores, Sitio llegó a gozar de una buena reputación y su ejército estuvo brillantemente entrenado. Luchó como aliado de Gayo César, cuando éste

---

47 Cf. n. 10 a este libro.

48 Este Sitio era un aventurero de Nuceria (cf., sobre él, n. 213 al libro II, y al cap. 96 de este libro). Tal vez sea un pariente de aquel P. Sitio proscrito por los triunviros (cf. cap. 47 de este libro).

persiguió en África a los pompeyanos, y mató a Saburra, famoso general de Juba [49]; en recompensa por estos servicios recibió de César el territorio de Masinisa, no en su totalidad, sino la mejor parte. Masinisa era el padre de este Arabio y aliado de Juba, y César entregó su territorio a este Sitio y a Bocco, rey de Mauritania, y Sitio repartió su parte entre sus soldados. Entonces, Arabio [50] huyó a España al lado de los hijos de Pompeyo, pero regresó a África tras la muerte de César y continuó enviando algunas tropas africanas a Pompeyo el Joven a España, recibiéndolas entrenadas, gracias a lo cual arrebató a Bocco [50 bis] su territorio y dio muerte a Sitio con un engaño. Aunque estaba bien dispuesto hacia los pompeyanos, por los motivos expuestos, adoptó, sin embargo, una actitud contraria a este partido debido a que tenía siempre de cara a la fortuna y se unió a Sextio, por medio del cual obtuvo el favor de Octavio. También se unieron a él los sitianos, en este caso por su antigua amistad con César.

55 Por tanto, Sextio, crecido por estos refuerzos, rompió el cerco y salió a combatir; Ventidio cayó muerto en el combate y el ejército huyó presa del desorden. Sextio los persiguió matando y haciendo prisioneros. Al enterarse de esto, Lelio levantó el asedio de Cirta y avanzó hacia Cornificio. Sextio, exaltado por lo sucedido, se encaminó hacia Útica contra el mismo Cornificio y acampó frente a él, aunque contaba con fuerzas superiores. Cornificio envió a Lelio con su caballería para efectuar un reconocimiento, y Sextio envió a Arabio para que combatiera con la suya frontalmente contra Lelio; él, a su vez, se dirigió con las tropas ligeras hacia los flan-

---

[49] Cf. *supra,* II 45 y 100.

[50] Cf. *infra,* IV 83.

[50 bis] Cf. Gabba, *Appiani...,* V, págs. 54-55, sobre Bocco y Bogudes, reyes de Mauritania, y Gsell, *Hist. Anc. de l'Afrique du Nord,* VIII, ver Índice.

cos del combate ecuestre, y atacando por allí provocó la confusión. Finalmente, Lelio, aunque no había sido derrotado, tuvo miedo de que le cortaran la retirada y tomó posesión de una colina próxima. Arabio, pisándole los talones, dio muerte a muchos y rodeó la colina. Cuando Cornificio vio esto, salió con el grueso de su ejército para ayudar a Lelio. Sextio, que estaba a sus espaldas, cargó a la carrera contra él, pero Cornificio se volvió y logró rechazarlo a costa de grandes pérdidas.

Entretanto, Arabio, con unos hombres acostumbra- 56
dos a escalar, subió por las escarpas y se deslizó a ocultas en el campamento de Cornificio. Roscio, el guardián del campamento, cuando éste había sido capturado, se ofreció a uno de sus ayudantes para que le matase y así lo hizo. Cornificio, fatigado por la lucha, se trasladó junto a Lelio hacia la colina, ignorante de lo que había ocurrido en su campamento. Cuando estaba retirándose, la caballería de Arabio lo atacó y lo mataron. Lelio, al ver lo ocurrido desde la colina, se suicidó. Una vez muertos los jefes, el ejército huyó en diversas direcciones. De los proscritos que habían huido junto a Cornificio, unos se embarcaron rumbo a Sicilia y otros huyeron por donde cada cual pudo. Sextio recompensó a Arabio y a los sitianos con un cuantioso botín, pero a las ciudades las puso bajo la fidelidad a Octavio y les garantizó el perdón a todas.

Éste fue el desenlace de la guerra de África entre Sextio y Cornificio, que pareció de escasa entidad a causa de la rapidez de sus hechos.

Paso ahora a exponer lo relativo a Casio y Bruto, 57
aunque antes repita como recordatorio unas pocas cosas de las ya dichas [51]. Después del asesinato de César,

[51] Apiano inserta aquí a modo de introducción a las campañas de Bruto y Casio, los avatares de éstos a raíz del asesinato de César.

sus asesinos se apoderaron del Capitolio [52] y bajaron de él cuando fue decretada una amnistía para ellos. Durante las exequias fúnebres, el pueblo, lleno de compasión por César, buscó a los asesinos recorriendo la ciudad [53]. Ellos, entonces, se defendieron desde los tejados de sus casas, y los que habían sido designados por el propio César como gobernadores de provincias, partieron al punto de la ciudad [54]. Casio y Bruto eran todavía pretores urbanos, pero habían sido elegidos ya por Gayo César gobernadores de provincias; Casio, de Siria y Bruto, de Macedonia [55]. Sin embargo, como no podían acceder a su nuevo puesto antes del tiempo legal y tenían miedo de permanecer en la ciudad, partieron mientras eran todavía pretores. Y el senado les encargó de ocuparse del aprovisionamiento de trigo, para guardar las formas, a fin de que no se pensara que habían huido en el intervalo [56]. Después de su partida, Siria y Macedonia fueron transferidas a los cónsules Antonio y Dolabella mediante un decreto, a pesar de la indignación total del senado, y, no obstante, les fueron concedidas a cambio Cirene y Creta, a Bruto y Casio [57]. Éstos despreciaron sus nuevos destinos por insignificantes y reunieron tropas y dinero para invadir Siria y Macedonia.

58 Mientras ellos estaban entregados a estos menesteres Dolabella dio muerte a Trebonio en Asia [58], y Antonio sitió a Décimo en la Galia Cisalpina [59]. El senado, presa de la cólera, decretó que Dolabella y Antonio

52 Cf. *supra*, II 120.
53 Cf. *supra*, II 147.
54 Cf. *supra*, III 2.
55 *Ibidem.*
56 Cf. *supra*, III 6.
57 Cf. *supra*, III 7 y 8, y 30.
58 Cf. *supra*, III 26.
59 Cf. *supra*, III 97-99.

eran enemigos públicos [60], reintegró a Bruto y Casio a sus anteriores destinos y añadió Iliria al de Bruto [61]. También ordenaron a todos cuantos estaban al mando de provincias o ejércitos romanos, desde el Adriático hasta Siria, que obedecieran lo que les ordenasen Casio o Bruto [62]. Después de estos hechos, Casio se anticipó a Dolabella en la invasión de Siria, levantó las insignias de un gobernador y asumió, de golpe, el mando de doce legiones que habían sido alistadas y entrenadas por Gayo César desde mucho tiempo atrás. A una de ellas la había dejado César en Siria, cuando planeaba ya su campaña contra los partos, y la había puesto bajo el cuidado de Cecilio Baso, aunque la dignidad del mando la ostentaba un joven, familiar de César, llamado Sexto Julio. El tal Julio, entregado a un régimen de vida disoluto, llevó a la legión a la molicie de forma harto indigna y ultrajó, en cierta ocasión, a Baso cuando le reprochó una conducta tal. Después llamó a Baso y, como se retrasaba, ordenó que lo llevaran a rastras. Se produjo un altercado indigno y Baso sufrió algunos golpes, y el ejército, no pudiendo soportar el espectáculo, asaeteó a Julio. Al punto siguió un arrepentimiento y temor de César. En consecuencia, se juramentaron entre ellos que, si no se les concedía el perdón y la confianza, lucharían hasta la muerte, y obligaron a Baso al mismo juramento. Reclutaron otra legión y se entrenaron ambas juntas y lucharon con valentía contra Estayo Murco, enviado por César contra ellos con tres legiones. Marcio Crispo vino en ayuda de Murco desde Bitinia con otras tres legiones, y las seis legiones sitiaron, a un tiempo, a Baso [63].

60 Cf. *supra,* III 61.
61 Cf. *supra,* III 63.
62 *Ibidem.*
63 Cf. *supra,* III 77-78.

sus asesinos se apoderaron del Capitolio [52] y bajaron de él cuando fue decretada una amnistía para ellos. Durante las exequias fúnebres, el pueblo, lleno de compasión por César, buscó a los asesinos recorriendo la ciudad [53]. Ellos, entonces, se defendieron desde los tejados de sus casas, y los que habían sido designados por el propio César como gobernadores de provincias, partieron al punto de la ciudad [54]. Casio y Bruto eran todavía pretores urbanos, pero habían sido elegidos ya por Gayo César gobernadores de provincias; Casio, de Siria y Bruto, de Macedonia [55]. Sin embargo, como no podían acceder a su nuevo puesto antes del tiempo legal y tenían miedo de permanecer en la ciudad, partieron mientras eran todavía pretores. Y el senado les encargó de ocuparse del aprovisionamiento de trigo, para guardar las formas, a fin de que no se pensara que habían huido en el intervalo [56]. Después de su partida, Siria y Macedonia fueron transferidas a los cónsules Antonio y Dolabella mediante un decreto, a pesar de la indignación total del senado, y, no obstante, les fueron concedidas a cambio Cirene y Creta, a Bruto y Casio [57]. Éstos despreciaron sus nuevos destinos por insignificantes y reunieron tropas y dinero para invadir Siria y Macedonia.

58 Mientras ellos estaban entregados a estos menesteres Dolabella dio muerte a Trebonio en Asia [58], y Antonio sitió a Décimo en la Galia Cisalpina [59]. El senado, presa de la cólera, decretó que Dolabella y Antonio

---

52 Cf. *supra,* II 120.
53 Cf. *supra,* II 147.
54 Cf. *supra,* III 2.
55 *Ibidem.*
56 Cf. *supra,* III 6.
57 Cf. *supra,* III 7 y 8, y 30.
58 Cf. *supra,* III 26.
59 Cf. *supra,* III 97-99.

eran enemigos públicos [60], reintegró a Bruto y Casio a sus anteriores destinos y añadió Iliria al de Bruto [61]. También ordenaron a todos cuantos estaban al mando de provincias o ejércitos romanos, desde el Adriático hasta Siria, que obedecieran lo que les ordenasen Casio o Bruto [62]. Después de estos hechos, Casio se anticipó a Dolabella en la invasión de Siria, levantó las insignias de un gobernador y asumió, de golpe, el mando de doce legiones que habían sido alistadas y entrenadas por Gayo César desde mucho tiempo atrás. A una de ellas la había dejado César en Siria, cuando planeaba ya su campaña contra los partos, y la había puesto bajo el cuidado de Cecilio Baso, aunque la dignidad del mando la ostentaba un joven, familiar de César, llamado Sexto Julio. El tal Julio, entregado a un régimen de vida disoluto, llevó a la legión a la molicie de forma harto indigna y ultrajó, en cierta ocasión, a Baso cuando le reprochó una conducta tal. Después llamó a Baso y, como se retrasaba, ordenó que lo llevaran a rastras. Se produjo un altercado indigno y Baso sufrió algunos golpes, y el ejército, no pudiendo soportar el espectáculo, asaeteó a Julio. Al punto siguió un arrepentimiento y temor de César. En consecuencia, se juramentaron entre ellos que, si no se les concedía el perdón y la confianza, lucharían hasta la muerte, y obligaron a Baso al mismo juramento. Reclutaron otra legión y se entrenaron ambas juntas y lucharon con valentía contra Estayo Murco, enviado por César contra ellos con tres legiones. Marcio Crispo vino en ayuda de Murco desde Bitinia con otras tres legiones, y las seis legiones sitiaron, a un tiempo, a Baso [63].

---

60 Cf. *supra,* III 61.
61 Cf. *supra,* III 63.
62 *Ibidem.*
63 Cf. *supra,* III 77-78.

59 Casio intervino con rapidez en este asedio y, al punto, tomó el mando del ejército de Baso con su asentimiento, y, después, el de las legiones de Murco y Marcio, que se entregaron a él de forma amigable y le obedecieron en todo de acuerdo con el decreto del senado. Por este tiempo, Alieno, que había sido enviado a Egipto por Dolabella, regresó de allí con cuatro legiones integradas por restos de las tropas dispersas a raíz de la derrota de Pompeyo y Craso, o por aquellas otras que habían sido dejadas por César a Cleopatra. Casio lo rodeó de improviso en Palestina, mientras se hallaba aún ignorante de lo sucedido y le obligó a unirse a él y a entregarle su ejército, ya que Alieno no se atrevió a combatir con cuatro legiones contra ocho. De este modo, Casio, de forma insospechada, se vio en posesión de golpe de doce legiones excelentes [64]. Tenía, además, como aliados a algunos arqueros partos montados a caballo, gracias a su reputación entre los partos desde que, como cuestor de Craso, se había mostrado más inteligente que éste.

60 Dolabella pasaba el tiempo en Jonia [65], donde dio muerte a Trebonio, impuso tributo a las ciudades y, por medio de Lucio Fígulo, alquiló una flota a los rodios, licios, panfilios y cilicios. Cuando lo tuvo todo dispuesto, avanzó hacia Siria con dos legiones, por tierra, en tanto que Fígulo lo hacía por mar. Informado de las fuerzas de Casio, prosiguió hasta Laodicea, ciudad amiga suya y situada en una península, que estaba bien fortificada por el lado de tierra y tenía un puerto desde el que podría procurarse alimentos con facilidad por vía marítima, y podría hacerse a la mar sin riesgo, cuando lo deseara. Cuando Casio se enteró de estos detalles, temiendo que Dolabella se le escapara, cruzó el istmo

---

64 Este pasaje es una reproducción literal de III 78.

65 Hacia el otoño del 43 a. C., cf. BROUGHTON, II, pág. 344.

con un terraplén de dos estadios de longitud acumulando piedras y toda clase de material procedentes de fincas de recreo, de casas suburbanas y de tumbas, y envió a por naves a Fenicia, Licia y Rodas.

Ignorado por todos, salvo por los sidonios, sostuvo 61 un combate naval con Dolabella en el que fueron hundidas un número sustancioso de naves por cada parte y Dolabella apresó a cinco naves con sus tripulaciones. Casio envió, de nuevo, emisarios a los que habían desatendido su demanda y también a Cleopatra, la reina de Egipto, y a Serapio [66], su representante en Chipre. Los tirios, los aradios y Serapio, sin consultar previamente a Cleopatra, le enviaron cuantas naves tenían. La reina, en cambio, adujo como pretexto ante Casio que el hambre y la peste oprimían por entonces a Egipto, pero realmente ella cooperaba con Dolabella en razón de su relación íntima con el anterior César. Y por este motivo le había enviado cuatro legiones por medio de Alieno y tenía dispuesta otra escuadra para socorrerle, pero los vientos contrarios la retenían en puerto. Los rodios y los licios dijeron que no combatirían como aliados de Casio y Bruto en guerras civiles, toda vez que a Dolabella le dieron las naves como escolta sin saber que iban a ser utilizadas para combatir como aliados.

Así pues, una vez que Casio hubo efectuado de nue- 62 vo cuantos preparativos le permitían las circunstancias del momento, se enfrentó por segunda vez a Dolabella. En el primer encuentro, la batalla estuvo equilibrada por uno y otro lado, pero Dolabella fue derrotado en

---

[66] Sobre Serapio, cf. Münzer, en *RE*, s.v. *Serapio*, núm. 3; era consejero de Tolomeo XII Auletes y de Cleopatra y estaba en Roma cuando murió Cesár. La isla de Chipre pertenecía a los Tolomeos hasta finales del 58 a. C., cuando, en virtud de la *lex Cassia*, Catón fue enviado allí para anexionarla a Roma (cf. E. Badian, «M. Porcius Cato in the Annexation and Early Administration of Cyprus», *Jour. of Rom. St.* 55 [1965], 110-121) y luego fue concedida por César a Arsínoe.

el siguiente combate naval, y Casio completó el terraplén y batió ya la muralla de Dolabella hasta que la derrumbó. Como no pudo sobornar a Marso, el capitán de la guardia nocturna, sobornó a los centuriones de guardia durante el día, y mientras Marso descansaba, penetró con luz diurna a través de numerosos portones que les fueron abiertos sucesivamente. Después que la ciudad fue tomada, Dolabella presentó su cabeza a su centinela personal, y le ordenó que la cortara y se la llevara a Casio como su propio salvoconducto. Él se la cortó y se degolló a continuación, y también se suicidó Marso. Casio hizo prestar un nuevo juramento de fidelidad a su persona al ejército de Dolabella, saqueó los templos y el tesoro público de Laodicea, castigó a los ciudadanos más ilustres e impuso fuertes tributos al resto hasta que la ciudad quedó reducida a la extrema miseria.

63 Después de la captura de Laodicea, Casio desvió su atención hacia Egipto, ya que se había enterado de que Cleopatra se disponía a reunirse con Octavio y Antonio con una gran flota, y se propuso impedir la navegación y castigar a la reina por sus planes. Previamente había reflexionado sobre la idoneidad del momento, ya que Egipto se encontraba exhausto por el hambre y sin un ejército extranjero numeroso a raíz de la partida de los soldados de Alieno. Cuando se hallaba presa de tales ansias, esperanzas y oportunidad, recibió una llamada urgente de Bruto diciéndole que Octavio y Antonio estaban cruzando ya el Adriático. Por consiguiente, y en contra de su voluntad, Casio abandonó sus expectativas sobre Egipto, envió de regreso a su patria a los jinetes arqueros partos, con regalos, y despachó embajadores al rey de éstos para solicitar un número mayor de tropas auxiliares; éstas llegaron después de la batalla e hicieron incursiones por Siria y muchas de las provincias vecinas hasta Jonia y se retiraron. Casio dejó a su cuña-

do en Siria con una sola legión y envió en vanguardia a Capadocia a su caballería, la cual dio muerte por sorpresa a Ariobarzanes, por haber conspirado contra Casio, y llevaron de vuelta a éste los abundantes tesoros de aquél y diverso equipo de guerra.

El pueblo de Tarso estaba dividido en facciones, de 64
las cuales una había coronado a Casio, que había llegado en primer lugar, y otra de ellas a Dolabella, que vino después. Y ambas hicieron esto en nombre de la ciudad. Como honraban a cada uno de forma alterna, tanto Casio como Dolabella, trataban a la ciudad con acritud por su volubilidad. Casio, después de su victoria sobre Dolabella, les impuso un tributo de mil quinientos talentos. Ante la falta de recursos y la exigencia violenta del dinero por los soldados, vendieron el tesoro público en su totalidad y, después, acuñaron en moneda todos los objetos sagrados destinados a las procesiones y las ofrendas. Puesto que no se completaba la suma total con ninguna partida, los magistrados procedieron a la venta de los ciudadanos libres, primero las doncellas y los niños, y después las mujeres y los ancianos miserables, comprados a un precio muy bajo, y finalmente los jóvenes. La mayoría de ellos se suicidaron. Casio, a su regreso, cuando vio en qué situación se encontraban, se apiadó de ellos y les eximió del resto del tributo.

Tales fueron las desgracias de Tarso y Laodicea. 65
Casio y Bruto sostuvieron una reunión entre ellos [67]; Bruto era partidario de que unieran sus fuerzas e hicieran de Macedonia la base de su objetivo, ya que los enemigos contaban entonces con cuarenta legiones, de las que ocho habían cruzado el Adriático [68], Casio, en cam-

[67] El encuentro tuvo lugar en Esmirna a fines del 43 a. C.

[68] Esta legiones habían sido enviadas por Antonio y Octavio, a principios de enero del 42 a. C., como una avanzadilla. Estaban bajo el mando de G. Norbano Flaco y L. Decidio Saxa, quienes marcharon

bio, era de la opinión de que no se preocupara por el momento de los enemigos, ya que ellos mismos se verían mermados por la falta de alimentos a causa de su excesivo número; pensaba, sin embargo, que había que someter a los rodios y a los licios que eran favorables a aquéllos y poseían una flota, a fin de que no les atacaran por la espalda cuando ellos entraran en acción. Una vez que se tomó esta decisión, Bruto marchó contra los licios y Casio contra los rodios [69], en cuya isla se había educado e instruido en la cultura griega. Como había de enfrentarse en combate con hombres que poseían una técnica naval muy depurada, preparó sus naves con sumo cuidado, completó las tripulaciones y las entrenó en Mindo [70].

66 Los rodios [71] distinguidos tenían miedo de una confrontación con los romanos; en cambio, el pueblo llano estaba imbuido de una moral elevada, puesto que recordaba antiguas empresas frente a hombres dispares; así pues, botaron sus treinta y tres mejores navíos. Mientras realizaban esta operación, enviaron, no obstante, algunos embajadores a Mindo para pedir a Casio que no menospreciara a Rodas, pues la ciudad se había defendido siempre de quienes la habían despreciado, ni tampoco los tratados existentes entre Rodas y Roma, en virtud de los cuales ninguno de los dos pueblo llevaría sus armas contra el otro. Pero que si les reprochaba algún punto relativo a la alianza, querían oírlo de

---

a lo largo de la vía Egnacia, a través de Macedonia, dejaron atrás Filipos y ocuparon una posición favorable (cf. Syme, *The Roman Revolution*, pág. 202).

[69] Hasta finales del verano del 42 a. C., Bruto y Casio se van a dedicar a estos menesteres y a recolectar dinero en Asia y organizar sus recursos.

[70] Ciudad costera de Caria.

[71] Para los rodios en estos años, cf. H. H. Schmitt, *Rom und Rhodos*, Munich, 1957, págs. 185 y sigs.

boca del senado romano, y que si éste se lo ordenaba afirmaron que contribuirían como aliados.

Tales fueron las propuestas de los embajadores rodios. Casio, a su vez, les dijo que en las demás cuestiones decidiría la guerra en vez de las palabras, pero que, en relación con el tratado que prohibía llevar la guerra a uno contra otro, lo habían violado los rodios al aliarse con Dolabella frente a Casio; que el tratado ordenaba ayudarse mutuamente en la guerra, y que a la demanda de Casio respondieron con ironía sobre el senado romano, ya que éste se encontraba huido o cautivo en la actualidad por los que se habían hecho amos de la ciudad. Y que éstos recibirían su castigo, igual que los rodios por ponerse de su parte, a no ser que obedecieran con presteza lo ordenado. Ésta fue la respuesta de Casio, y los más sensatos de los rodios tuvieron aún mayor temor. Sin embargo, a la multitud la encadilaban con su demagogia Alejandro y Mnareas, recordándoles que también Mitrídates había navegado contra Rodas con un número mayor de naves y Demetrio antes que Mitrídates.

En consecuencia, ellos eligieron por estas razones a Alejandro como su patrono, que es precisamente entre ellos el magistrado que ostenta el máximo poder, y como almirante de la flota designaron a Mnareas.

Sin embargo, enviaron todavía otro embajador a 67
Casio, en la persona de Arquelao que había sido su maestro en las letras griegas en Rodas, con objeto de que hicira una petición más pertinaz. Y Arquelao, cogiéndole de la mano derecha, en un gesto de familiaridad, lo hizo en los términos siguientes [72]: «No destruyas una

[72] Sobre el episodio de los rodios, cf. GABBA, *Appiano...*, páginas 182-184. Este autor interpreta este pasaje de Apiano como una réplica contra la propaganda augústea que acusaba a Bruto y Casio de arrogarse el honor de luchar por la libertad, que, en cambio, negaban a los pueblos orientales (así, los licios y los jantios en el caso de Bruto).

ciudad griega tú, hombre amante de lo griego, no destruyas a Rodas tú, hombre amante de la libertad. No mancilles la reputación de un Estado dorio que no ha sido vencido hasta el presente, no olvides las hermosas historias que aprendiste en Rodas y en Roma; en Rodas, cuánto hicieron los rodios frente a ciudades y reyes, en especial frente a los que parecían que eran invencibles, Demetrio y Mitrídates, en defensa de esa libertad por la que también tú dices ahora que combates; en Roma, cuánta ayuda recibisteis de nosotros contra otros, y en especial contra Antíoco el Grande, en cuyo recuerdo existen entre vosotos estelas grabadas en nuestro honor».

»Queden estas palabras, romanos, como ejemplo debido a nuestra raza, dignidad y condición de libertad hasta el presente, y de nuestra alianza y buena volun-
68 tad hacia vosotros. Y en tu caso concreto, Casio, debes un respeto particular hacia la ciudad en la que tú naciste, te educaste, viviste y tuviste un hogar y mi escuela; y me debes también respeto a mí, que esperaba poder vanagloriarme alguna vez, de mis enseñanzas a tí, en otros fines, y que, en cambio, ahora las tengo que emplear en defensa de la patria, para que no se vea forzada a combatir contra su propio discípulo y pupilo y tenga necesariamente que ocurrir una de estas dos cosas: o que los rodios sean totalmente aniquilados o que Casio sufra una derrota. Y, además de mi ruego, quiero darte el consejo de que, mientras andes ocupado en tales empresas, pongas a los dioses en todo momento co-

Según Gabba, se justifica el proceder de Casio en Apiano, pues los rodios habían elegido la causa de los usurpadores de esa libertad en Roma y con ello se labraron su propio destino. Ve, además, una actitud coherente en la política de ambos cesaricidas, que, de otro lado, sienten dolor e intentan mitigar la desgracia de ambos pueblos (cf., también, D. MAGIE, *Roman Rule in Asia Minor* [2 vols.], Princeton, 1950, I, págs. 423-424 para los rodios, y 528-529 para los jantios).

mo guías de tus actos. Vosotros, romanos, jurasteis por los dioses cuando, no hace mucho, renovasteis con nosotros un tratado por medio de Gayo César, y, después del juramento, hicisteis libaciones y tendisteis vuestra mano derecha, signos todos que tienen mucha fuerza incluso entre enemigos ¿No la van a tener entre amigos y maestros? Y, además de los dioses, salvaguardad vuestra reputación ante los hombres, pues nada hay peor que la violación de un tratado, acción que provoca el descrédito total de sus transgresores ante los ojos de los amigos y de los enemigos.»

Tras decir esto, el anciano no le soltó la mano, sino 69
que vertió lágrimas sobre ella, hasta el punto de que Casio se ruborizó ante el espectáculo y experimentó una sensación de vergüenza, pero, no obstante, retiró su mano y dijo: «Si tú no aconsejaste a los rodios que no me hicieran agravio, tú mismo me lo hiciste; y si, habiéndoselo advertido, no los persuadiste, te vengaré por ello. Que he sido injuriado está claro. En primer lugar, cuando os pedí ayuda y fui ignorado por quienes eran mis educadores y tutores, y, por segunda vez consecutiva, cuando dieron preferencia sobre mí a Dolabella, al que ni educaron ni criaron; pero lo peor de todo, oh rodios, amantes de la libertad, es que yo, y Bruto, y cuantos miembros preclaros del senado tenéis ante vuestros ojos, éramos fugitivos de la tiranía y tratábamos de liberar a nuestra patria, mientras que Dolabella quería hacerla esclava de otros, aquellos, precisamente, a los que antes habéis ayudado, y pretendéis ahora querer absteneros de nuestras guerras civiles. Ésta, en efecto, sería una guerra civil si nosotros aspirásemos al poder absoluto también, pero es evidente que se trata de una guerra de la República contra la Monarquía. Y dejáis sin ayuda a la República vosotros que apeláis a mí en defensa de vuestra libertad. Y aunque hacéis pública declaración de amistad hacia los romanos, no os compa-

decéis de quienes son proscritos a muerte y confiscación sin juicio, sino que pretendéis oírlo del senado, que está sufriendo estas calamidades y que, en modo alguno, se puede defender a sí mismo. Sin embargo, él ya os dio su respuesta cuando decretó que todos los pueblos de Oriente nos ayudaran a mí a y Bruto.

70 »Ahora tú nos recuerdas la cooperación que nos brindasteis cuando conquistábamos nuevos territorios, por la que obtuvisteis a cambio beneficios y recompensa, pero que no nos ayudáis cuando sufrimos vejaciones en la lucha por la libertad y salvación, lo pasas por alto. Y deberíais, aunque no hubiera habido ningún tipo de relación entre nosotros, ahora al menos, comenzar a luchar voluntariamente en defensa de la República romana, por ser vosotros un pueblo dorio. Pero, en vez de tener una actitud y pensamiento tales, alegáis tratados —pactados con vosotros por Gayo César, el instaurador de esta monarquía—, y, sin embargo, estos tratados dicen que los romanos y los rodios se ayuden mutuamente en los tiempos de necesidad. ¡Ayudad, por tanto, a los romanos cuando se hallan inmersos en los mayores peligros! Es Casio quien apela a estos tratados y os pide vuestro auxilio —un ciudadano romano y un general romano—, según dice el decreto del senado, en el que se ordena que todos los pueblos de allende el Adriático nos obedezcan. Os presentan estos mismos decretos Bruto y también Pompeyo, que fue investido por el senado con el mando del mar, y se añaden las súplicas de todos aquellos senadores que han huido, unos hacia mí y Bruto, y otros al lado de Pompeyo. Lo convenido en el tratado es que los rodios socorran a los romanos, incluso en el caso de que sean individuos singulares quienes tengan necesidad de esa ayuda. Pero si no nos consideráis como generales, ni siquiera como romanos, sino como exilados o extranjeros o condenados, tal como dicen los proscritos, oh rodios, vosotros no

tenéis ya tratados con nosotros sino con los romanos. Y, siendo, por tanto, extranjeros y extraños a los tratados, os combatiremos en el caso de que no nos obedezcáis en todo.»

Con esta respuesta irónica despachó Casio a Arquelao. Alejandro y Mnareas, los líderes rodios, se hicieron 71
a la mar con treinta y tres naves para atacar a Casio en Mindo, con la idea de sorprenderlo por lo repentino del ataque. Abrigaban la esperanza, fundada un poco a la ligera, sobre la opinión de que había sido también por navegar contra Mitrídates en Mindo como habían llevado a buen puerto el final de la guerra. El primer día emplearon la remadura en señal de alarde y pasaron la noche en Cnido, y al día siguiente se mostraron a las fuerzas de Casio desde el mar. Éstos, con admiración, se hicieron, a su vez, a la mar y la batalla fue un derroche de fuerza y capacidad por ambas partes. Los rodios, con naves ligeras, rompían la línea de combate enemiga con rapidez, ciabogaban y atacaban por la retaguardia; los romanos, sobre naves más pesadas, cuando abordaban a los enemigos se imponían a causa de su ímpetu más poderoso, como si combatieran en tierra firme. Pero, una vez que Casio pudo rodear a las naves enemigas gracias a la superioridad numérica de sus naves, los rodios no pudieron ya navegar alrededor y romper la formación; y, como sólo podían embestir de frente y ciar, su experiencia náutica de nada les valió, rodeados en un lugar estrecho. Sus espolones y virajes se tornaron ineficaces contra las pesadas naves romanas, y, en cambio, las de éstos eran efectivas frente a unas más livianas. Finalmente, los navíos rodios fueron capturados con sus tripulacions, dos fueron perforados y se hundieron y los restantes huyeron averiados a Rodas. Todos los navíos romanos regresaron a Mindo, donde fueron reparados, pues también resultaron dañados la mayoría de ellos.

72 Éste fue el desenlace del combate naval entre romanos y rodios en Mindo. Casio contempló su desarrollo desde una montaña, y, cuando hubo reparado sus barcos, navegó hasta Lorima, un fortín rodio situado en el continente, frente a la isla, e hizo transportar la infantería a Rodas a bordo de transportes al mando de Fannio y Léntulo. Él mismo navegó con las ochentas naves equipadas para infundir el máximo terror, y, habiendo apostado en torno a Rodas a su infantería y a la escuadra, permaneció a la espera, en la creencia de que los enemigos cederían algo. Pero éstos se hicieron a la mar de nuevo llenos de coraje y, tras perder dos naves, fueron rodeados por completo. Corriendo entonces por encima de las murallas las aprovisionaron totalmente de armas, y rechazaron, a la vez, a las tropas de Fannio, que les atacaban desde tierra, y a Casio, que avanzaba con la flota, dispuesta para el combate contra las murallas, contra las defensas sobre el mar. Este último, como esperaba que pudiera ocurrir algo tal, había llevado consigo torretas desmontadas que entonces levantó. Rodas, después de haber sufrido dos derrotas en el mar, se vio cercada por tierra y mar, y como suele suceder en una acción rápida e inesperada se encontró inerme ante un asedio. Por este motivo resultaba evidente que sería capturada con prontitud la ciudad ya fuera por la fuerza o por el hambre. Los más previsores de los rodios se dieron cuenta de ello, y Fannio y Léntulo entablaron conversaciones con ellos.

73 Mientras estos hechos se hallaban en curso, Casio se presentó en medio de la ciudad con una fueza escogida, sin que hubiera habido ningún indicio de violencia, ni de utilización de escalas. Y la mayoría conjeturó, como al parecer sucedió, que aquellos ciudadanos favorables a él habían abierto los portones por piedad hacia la ciudad y por miedo al hambre.

Así fue tomada Rodas, y Casio se sentó sobre el tribunal y clavó la lanza a su lado para indicar que había sido tomada por la fuerza. Dio órdenes estrictas al ejército de que permaneciera tranquilo y proclamó por medio de un heraldo la pena de muerte para aquel que saqueara o cometiera alguna violencia; él mismo citó nominalmente a cincuenta ciudadanos rodios y, cuando fueron conducidos a su presencia, los castigó con la muerte. A otros, aproximadamente veinticinco, que no fueron encontrados, ordenó que fueran desterrados. Expolió cuanto dinero, en oro o plata, había en los templos y en el tesoro público: ordenó que los ciudadanos privados llevaran lo que poseyeran, en un día estipulado, y proclamó mediante un heraldo la pena de muerte para quienes ocultaran algo, un diezmo para los informadores y la libertad para los esclavos. En un principio, muchos lo ocultaron creyendo que no habría de llegar hasta el final en su amenaza, pero, cuando vieron que eran abonadas las recompensas y castigados los delatores, tuvieron miedo y, tras haberse procurado la fijación de otro día, algunos desenterraron el dinero, otros lo sacaron de pozos y otros de las tumbas en mucha más cantidad que los anteriores.

Tales fueron las desgracias de los rodios. Lucio Va- 74
ro quedó al cargo de ellos con una guarnición. Casio, contento por la rapidez de la captura y por la gran cantidad de dinero conseguido, ordenó, sin embargo, que todos los restantes pueblos de Asia pagaran los tributos de diez años, y ellos lo hicieron en un breve espacio de tiempo. Entonces, le fue comunicada la noticia de que Cleopatra se disponía a emprender la travesía con una flota numerosa y equipada pesadamente para unirse a Octavio y Antonio. Pues ella había elegido ya desde tiempo atrás la causa de éstos por sus relaciones con el anterior César, y ahora, sobre todo, por miedo a Casio. Este último envió a Murco al Peloponeso con una

legión de soldados escogidos y algunos arqueros, a sesenta naves acorazadas, para que esperara en las proximidades de Ténaro[73], ⟨y así lo hizo⟩ reuniendo cuanto botín pudo desde el Peloponeso.

75 Paso a ocuparme, a continuación, de lo referente a la actuación de Bruto en Licia, retomando un poco el hilo de los acontecimientos a modo de recuerdo. Una vez que él recibió de Apuleyo[74] un cierto número de tropas que éste tenía bajo su mando y dieciséis mil talentos, producto de los tributos recogidos en Asia, avanzó hasta Beocia. Cuando el senado decretó que utilizaran esta suma de dinero para hacer frente a su situación actual y que tuviera el mando de Macedonia y de Iliria, se hizo cargo de las tres legiones que estaban en Iliria y que Vatinio, el anterior gobernador de esta provincia, le entregó[75]. Otra se la quitó a Gayo, el hermano de Antonio, en Macedonia[76]. Y, además de éstas, reunió otras cuatro, con lo que estuvo en posesión de ocho legiones, la mayoría de las cuales habían servido bajo Gayo César. Poseía también un número considerable de tropas de caballería, así como soldados de infantería ligera y arqueros, y teniendo en un alto grado de estima a los macedonios los ejercitó a la usanza italiana. Mientras estaba reuniendo todavía a las tropas y el dinero, le acaeció el siguiente suceso favorable en Tracia. Polemocracia, esposa de uno de los príncipes de aquella región, perdió a su marido a manos de sus enemigos y temiendo por su hijo, que era aún un muchacho, llegó con éste junto a Bruto y le puso en sus manos a la vez que los tesoros de su marido. Él entregó el niño a los habitantes de Cícico para que lo cuidaran hasta que tu-

---

73 Promontorio de Laconia.

74 Cf. *supra*, III 63. Sobre esta suma, cf. Broughton, en T. Frank, *Econ. Survey of Ancient Rome*, IV, Baltimore, 1938, págs. 562-563.

75 Cf. *supra*, III 63, IV 58; y, asimismo, *Sobre Iliria* 13.

76 Cf. *supra*, III 79.

viese tiempo de volver a entronizarlo en su reino, y encontró entre los tesoros una cantidad inesperada de oro y plata.

Acuñó esta cantidad y la convirtió en moneda. Tan 76
pronto como se presentó Casio y se acordó empezar por someter a los licios y rodios, Bruto se dirigió, en principio, contra los habitantes de Janto, en Licia. Éstos destruyeron los arrabales de su ciudad para que Bruto no los demoliese y pudiera obtener material de ellos, y rodearon la ciudad de una empalizada y un foso de más de cincuenta pies de profundidad y una anchura proporcional a la anterior, desde el que se defendían, hasta el punto de que, colocados de pie junto a él, disparaban venablos y flechas como si estuvieran protegidos en medio por un río infranqueable. Bruto, no obstante, persistió en su acción ofensiva, colocó manteletes delante de las cuadrillas de trabajo, distribuyó su ejército en turnos de día y noche e hizo transportar, desde mucha distancia, los materiales de construcción a la carrera y con gritos de aliento como en una competición, y no escatimó ningún celo ni esfuerzo. A causa de lo cual, una tarea que se esperaba que no fuera rematada debido a la oposición del enemigo, o que lo fuera con dificultad al cabo de muchos meses, quedó realizada en pocos días, y los habitantes de Janto se encontraron sometidos a un cerco total.

Bruto condujo contra ellos a soldados que, desde las 77
máquinas de asalto, batían las murallas y a otros de a pie contra las puertas, y renovaba a todos continuamente. Los defensores, oponiéndose siempre a tropas de refresco, aunque cansados y heridos todos, resistieron, sin embargo, hasta que permanecieron de pie sus parapetos. Cuando éstos fueron demolidos y las torres se resquebrajaron, Bruto, sospechando lo que iba a ocurrir, ordenó a los que estaban apostados contra las puertas que se retiraran. Los de Janto pensaron que los tra-

bajos del enemigo estaban desguarnecidos y sin vigilancia e hicieron una salida a la carrera con antorchas para incendiar las máquinas de asalto, pero, a una señal, los romanos cargaron contra ellos, que huyeron de nuevo hacia las puertas de la ciudad. Al cerrar los guardianes éstas antes de tiempo por temor a que los enemigos se precipitaran con ellos en el interior tuvo lugar una gran carnicería entre los de Janto que habían quedado fuera en torno a las puertas.

78 No mucho tiempo después, los restantes llevaron a cabo una nueva salida, en torno al mediodía, a raíz de que se hubieran retirado otra vez las fuerzas romanas, y quemaron todas las máquinas de asalto a un tiempo. Como los rastrillos de las puertas habían quedado levantados por mor del desastre anterior, unos dos mil romanos penetraron con ellos en el interior de la ciudad. Mientras los demás se amontonaban a la entrada tratando de penetrar, cayeron de repente los rastrillos, al romperse las cuerdas, ya fuera por causa de los de Janto o de manera accidental, de tal forma que algunos de los romanos que pugnaban por abrirse paso resultaron muertos y otros quedaron en el interior atrapados, porque no pudieron levantar los rastrillos, que habían quedado sin las cuerdas para elevarlos. Alcanzados, en un lugar estrecho, por los proyectiles arrojados desde arriba por los jantios, abriéndose paso a la fuerza llegaron al foro, que estaba cerca, y allí vencieron a los que trabaron combate con ellos, pero, asaeteados por una nube de dardos y como no disponían de ningún arco ni de jabalinas, tomaron refugio en el templo de Sarpedón a fin de no verse rodeados. Los romanos de fuera de las murallas estaban afligidos y temían por la suerte de sus compañeros del interior —corriendo Bruto de un lado para otro— y se aplicaron a toda clase de tentativas. Sin embargo, no fueron capaces de romper los rastrillos porque estaban recubiertos con hierro y care-

cían de escaleras y de torres, ya que habían sido incendiadas. Con todo, algunos improvisaron escalas, otros arrimaron a los muros troncos de árboles y treparon como si fueran escaleras, otros ataron ganchos de hierro con maromas y los lanzaron por arriba de las murallas, y cuando alguno quedaba fijado se aupaban ellos mismos.

Los de Enoanda, que eran vecinos y se habían aliado 79
con Bruto por enemistad con los de Janto, escalaron las murallas a través de los precipicios y, al verlos los romanos, los imitaron sufriendo muchas penalidades. Muchos se despeñaron, pero hubo algunos que lograron franquear la muralla, y abrieron un portón protegido por una tupida empalizada y recibieron a los más arriesgados de los asaltantes que se atrevieron a pasar por encima de las estacas. Y, al ser más numerosos, comenzaron a cortar los rastrillos que no estaban protegidos por hierro por su cara interna, en tanto que otros, desde el exterior, hacían lo mismo con ellos al mismo tiempo y les ayudaban. Mientras los jantios atacaban con fuertes gritos a los romanos encerrados en el templo de Sarpedón, aquellos otros que estaban en torno a las puertas, por dentro y por fuera, temiendo por la suerte de sus compañeros se esforzaron con frenético afán y, después de romperlas, penetraron en oleadas en el interior, a la puesta del sol, dando fuertes alaridos para que sirvieran como una señal a los que estaban dentro.

Tras la captura de la ciudad, los jantios se agrupa- 80
ron en el interior de sus casas, mataron a sus seres más queridos que se ofrecieron voluntariamente para ser asesinados. Cuando se alzaron los gritos de lamento, Bruto pensó que había empezado el saqueo y ordenó al ejército que lo interrumpiera, por medio de heraldos. Pero, tan pronto como se enteró de lo que ocurría, se apiadó del espíritu amante de la libertad de tales hombres y envió emisarios para ofrecerles propuestas de paz. Sin

embargo, ellos dispararon proyectiles contra los mensajeros y, tras dar muerte a todos los suyos, los colocaron sobre piras previamente preparadas en sus casas, les prendieron fuego y se degollaron ellos mismos sobre ellas. Bruto salvó lo que pudo de los templos, pero sólo capturó a los esclavos de los jantios, y de los ciudadanos a unas pocas mujeres libres y poco menos de ciento cincuenta hombres.

Y ésta fue la tercera vez que los jantios se inmolaron a sí mismos por su amor a la libertad. Pues en tiempos de Harpago el medo, general de Ciro el Grande, se suicidaron de igual modo antes que aceptar la esclavitud, y la ciudad fue la tumba de los jantios asesinados por Harpago en aquella ocasión. Igual destino dicen que sufrieron en época de Alejandro el hijo de Filipo, no soportando obedecer ni siquiera a Alejandro, que había llegado a ser dueño de un imperio tan grande.

81 Bruto descendió desde Janto hasta Patara, una ciudad que servía de fondeadero a los jantios, y rodeándola con su ejército les ordenó a sus habitantes que le obedecieran en todo o que aceptaran sufrir la misma suerte que los jantios. Fueron conducidos a presencia de aquéllos algunos jantios, que se lamentaron de sus desgracias y les aconsejaron que tomaran mejores decisiones. Como los de Patara no dieron respuesta alguna a éstos, les concedió el resto del día para que consideraran el asunto y se retiró. Al día siguiente se presentó con el ejército. Los habitantes gritaron desde las murallas que le obedecerían en lo que quisiera y le abrieron las puertas. Bruto, tras entrar en la ciudad, no expulsó ni mató a nadie, pero reunió el oro y la plata que poseía la ciudad y ordenó que cada ciudadano trajera su propio peculio, bajo la amenaza de los castigos y recompensas que Casio había promulgado en Rodas. Así lo hicieron, pero un esclavo declaró que su dueño había ocultado oro y se lo mostró a un centurión que había

sido enviado a por él. Conducidas todas las partes ante el tribunal, el dueño guardó silencio, pero su madre, que lo había seguido, tratando de salvar a su hijo gritó que había sido ella quien ocultó el oro. El esclavo, sin ser interrogado, le replicó que mentía y que su hijo lo había ocultado. Bruto aceptó el silencio del joven y el sufrimiento de la madre y permitió que ambos se marcharan indemnes con su oro, y crucificó al esclavo por excederse de lo ordenado al conspirar contra sus amos.

Por este mismo tiempo, Léntulo fue enviado a An- 82
driace, el puerto de los miresios, rompió la cadena que cerraba el puerto y subió a Mira [77]. Los miresios aceptaron lo que les ordenó y, después de recoger el dinero igual que en Patara, regresó junto a Bruto. La confederación licia envió embajadores a Bruto prometiéndole aliarse con él y aportar el dinero que pudieran. Él les impuso tributos y reintegró su ciudad a los jantios libres, y ordenó que la flota licia junto con las otras naves navegaran hacia Abido [78], a donde también condujo el ejército de infantería, y aguardó a Casio procedente de Jonia para cruzar juntos hasta Sesto [79]. Cuando Murco, que estaba al ancla en el Peloponeso a la espera de Cleopatra, se enteró de que su flota había sufrido daños a consecuencia de un temporal en la costa de Libia, y vio los pecios arrastrados por las olas hasta Laconia, y supo que la reina había regresado a su país con dificultad aquejada de una enfermedad, navegó hasta Bríndisi para no estar inactivo con una escuadra tan grande. Tras anclar en la isla que está junto al puerto, impidió el paso del resto del ejército enemigo y que atrevesaran las provisiones hacia Macedonia. Antonio luchó contra él con los pocos navíos de línea que tenía,

---

[77] Ciudad al sur de Licia.

[78] Ciudad costera de la Tróade, en Frigia.

[79] Ciudad costera del Quersoneso Tracio, península frente a la costa de la Tróade.

y con torres que montó sobre armadías, cada vez que él enviaba a su ejército sobre barcazas, por destacamentos, a la espera de un fuerte viento procedente de tierra para que no fueran capturadas por Murco. Sin embargo, como sufría daños, llamó en su ayuda a Octavio, que estaba combatiendo en el mar contra Sexto Pompeyo, en torno a Sicilia, por la posesión de esta isla.

83 La situación de Pompeyo era la siguiente. Por ser el hijo más joven de Pompeyo el Grande, no fue tenido en consideración, al principio, por Gayo César en España, pues pensaba que no habría de realizar ningún hecho de importancia debido a su juventud e inexperiencia. Él merodeó por los alrededores del océano con unos pocos dedicándose a la piratería y ocultando que era Pompeyo[80]. Cuando se unió a él más gente, porque se dedicaba al saqueo, y tuvo ya una fuerza poderosa, reveló que era Pompeyo. Y, de inmediato, todos los que habían sido soldados de su padre y de su hermano y llevaban una existencia errabunda acudieron a su lado como su líder natural, y también llegó Arabio procedente de África, que había sido despojado del reino de su padre según he referido. De este modo, al haber aumentado el número de sus tropas, sus actos fueron ya de más envergadura que la piratería y el nombre de Pompeyo corrió de boca en boca a través de toda España, que era la más extensa de las provincias. No obstante, evitó pelear con los gobernadores de ella designados por Gayo César. Enterado este último de estos hechos, envió a Carrina con un ejército más nutrido para que combatiera a Pompeyo. Pero éste, al ser más ligeras sus tropas, se mostraba de repente y desaparecía, y acosaba así a su enemigo, y se apoderó entonces de algunas ciudades pequeñas y grandes[81].

---

80 Año 45 a. C. Cf. *supra,* II 105.

81 Año 45 a. C. Cf. *supra,* II 122, y III 4. Sobre Carrina, cf. n. 4 a este libro.

César envió a Asinio Polión como sucesor de Carrina, 84
para combatir a Pompeyo[82], y, mientras ambos sostenían entre sí una guerra de similares características, Gayo César fue asesinado y el senado hizo regresar a Pompeyo. Éste se detuvo en Marsella y aguardó el rumbo de los acontecimientos en Roma. Cuando fue elegido para comandar el mar con los mismos poderes que tuvo su padre, no regresó ya a la ciudad, sino que se hizo a la mar con las naves que había en el puerto, además de las que había traído consigo desde España[83]. Una vez constituido el gobierno de los triunviros, partió hacia Sicilia y, como Bitínico, el gobernador de la isla, no se la entregó, le puso cerco hasta que Hircio y Fannio[83 bis], dos proscritos huidos de Roma, convencieron a Bitínico para que entregara Sicilia a Pompeyo.

Así se adueñó Pompeyo de Sicilia, y tuvo naves, una 85
isla bien situada frente a Italia y un ejército, a la sazón, numeroso, compuesto por las tropas que tenía de antes y aquellas otras de gente libre o esclava que llevaron hasta él los fugitivos de Roma y las que le enviaron, desde Italia, las ciudades que habían sido ofrecidas públicamente a los soldados como botín por la victoria. Estas ciudades, en efecto, temían en sus planes, más que todo, a la victoria de los triunviros y se oponían por todos los medios en secreto. Los ciudadanos ricos huyeron de su patria, por no considerarla ya como tal, al lado de Pompeyo, pues era el que más cerca estaba y gozaba del cariño de todos en aquel entonces. Tenía consigo, además, marinos procedentes de África y de España, expertos en la mar, de tal modo que Pompeyo estaba bien provisto de oficiales, de naves, de soldados

[82] Año 44 a. C.

[83] Año 43 a. C. Cf. *supra*, III 4.

[83 bis] G. Fannio (cf. Münzer, en *RE*, s.v. *Fannius*, núm. 9), pretor en el 55 a. C. (cf. *infra*, V 139). Broughton, II, pág. 189, duda entre 55 y 54 a. C.

de infantería y de dinero. Cuando Octavio se enteró de esto, envió a Salvidieno[84] con una flota para que navegara contra Pompeyo, en la idea de que sería tarea fácil destruirlo. Y él marchó a través de Italia para unirse a Salvidieno en Regio. Pompeyo salió al encuentro de Salvidieno con una gran escuadra y tuvo lugar una batalla naval entre ambos, en la boca del Estrecho, a la altura de Escileo[85]. Las naves de Pompeyo, por ser más ligeras y estar gobernadas por hombres más expertos en la mar, se impusieron por su rapidez y experiencia, mientras que las romanas, más pesadas y de mayor tamaño, tuvieron dificultades. Y, cuando sobrevino la marejada usual del Estrecho[85 bis] y el mar rompía a cada lado a causa de la corriente, las tripulaciones de Pompeyo sufrían menos al estar habituadas al oleaje, pero las de Salvidieno, manteniéndose de pie a duras penas por la falta de costumbre, incapaces de manejar los remos y de tener bajo control los gobernalles, cayeron en el desorden. En consecuencia, hacia la puesta de sol, Salvidieno fue el primero en tocar a retirada y también lo secundó Pompeyo. Las naves de cada bando sufrieron por igual. Salvidieno se retiró al puerto de Balaro, en la boca del Estrecho, donde reparó el resto de su flota, que había quedado dañada y averiada.

86 Octavio, a su llegada, dio a los habitantes de Regio e Hiponio garantías solemnes de que serían exceptuados de la lista de premios por la victoria, pues temía

---

[84] Se trata de Q. Salvidieno Rufo (cf. *supra*, n. 19 al libro III, y n. 38 a este libro), ejemplo típico de *homo novus* (cf., al respecto, n. 62 al libro III); según Dión Cas., XLVIII 33, 2, había sido pastor y era un joven oficial que trabó amistad con Octavio cuando se encontraba en Apolonia. Llegó a ser cónsul *designatus* para el 39 a. C., aun sin ser miembro del senado, sino sólo caballero (cf. Vel., II 76, 4). Este combate naval tuvo lugar en el mes de enero o febrero del 42 a. C.

[85] Ciudad costera del Brutio.

[85 bis] Cf. n. 244 al libro V.

sobre todo su proximidad al Estrecho. Como Antonio le había llamado con urgencia, navegó hacia él en Bríndisi, teniendo a su izquierda a Sicilia y Pompeyo, pero postergó la conquista de la isla por el momento. Murco, ante la aproximación de Octavio, se retiró un poco de Bríndisi, con objeto de no quedar en medio de Antonio y Octavio, y aguardó el paso de las naves de transporte que trasladaban el ejército desde Bríndisi a Macedonia. Éstas eran escoltadas por trirremes, pero, como se levantó por azar un fuerte viento favorable, cruzaron sin temor y no tuvieron necesidad de escolta. Aunque Murco se llenó de irritación, aguardó, sin embargo, el regreso de los barcos vacíos. Pero éstos, también en esta ocasión y llevando nuevamente otro ejército, cruzaron el Estrecho a todo trapo hasta que el ejército en su totalidad, junto con Octavio y Antonio, hubo pasado. Murco, pese a estimar que había sufrido el revés por causa de alguna fatalidad, mantuvo su posición para causar cuanto daño pudiera a las naves que les llevaran desde Italia pertrechos, alimentos y tropas suplementarias. Domicio Ahenobarbo [86] fue enviado por Bruto y Casio con otras cincuenta naves, una legión y arqueros para que cooperaran con él en esta tarea que juzgaban de suma utilidad; pues, como las tropas de Octavio y Antonio carecían de suministro abundante de provisiones desde alguna otra parte, les pareció conveniente cortarles el que les venía de Italia.

Y, así, ellos, con ciento treinta navíos de línea y un número mayor de barcos auxiliares y con un ejército numeroso navegaban de un lado para otro y acosaban

---

[86] Gn. Domicio Ahenobarbo, participó con su padre L. Domicio Ahenobarbo (cónsul en el 54 a. C.) en la guerra civil del 49 a. C. contra César. Fue cónsul en el 32 a. C. y, poco antes de Accio, se pasó a Octavio, pero murió pronto (cf. Suet., *Nero* 3, 3-4; y, en general, Münzer, en *RE.* s.v. *Domitius*, núm. 23).

87 al enemigo. Decidio y Norbano, a quienes Octavio y Antonio habían enviado previamente a Macedonia con ocho legiones, avanzaron desde allí hasta la zona montañosa de Tracia, distante unos mil quinientos estadios, hasta que traspasaron la ciudad de Filipos [87] y se apoderaron de los pasos montañosos de los corpilos y sapeos, que estaban bajo el poder de Rascúpolis y que eran la única ruta conocida por donde era posible cruzar de Asia a Europa. Éste fue el primer obstáculo con el que tropezaron Bruto y Casio después de atravesar de Abido a Sesto [88]. Rascúpolis y Rasco eran dos hermanos de la familia real de Tracia, que gobernaban un solo país y estaban divididos entonces en su opinión sobre la alianza. Rasco había tomado partido por Octavio y Antonio, en tanto que Rascúpolis lo había hecho por Bruto y Casio, y cada uno tenía tres mil jinetes. Cuando los de Casio trataron de informarse de las rutas, Rascúpolis dijo que la que pasaba a través de Eno [89] y Maronea [90] era corta, usual y frecuentada, pero llevaba al desfiladero de los sapeos que estaba ocupado por los enemigos y era imposible de atravesar, y que la ruta de circunvalación era triple de larga y difícil.

88 Sin embargo, ellos, pensando que los enemigos se habían adelantado no para impedirles el paso, sino que habían pasado de Macedonia a Tracia por falta de víveres, siguieron la ruta de Eno y Meronea desde Lisimaquea y Cardia, ciudades que cierran el Quersoneso tracio a modo de puertas, y al día siguiente llegaron al golfo de Melana. Allí pasaron revista al ejército que arro-

---

87 O Crénides, en la zona suroriental de Macedonia, casi limítrofe con Tracia. Fue el escenario de dos célebres batallas.

88 Bruto y Casio se encontraron en Éfeso, pasaron a Abido y cruzaron el Helesponto, a finales de verano del 42 a. C., hasta la costa del Quersoneso Tracio, a la ciudad de Sesto.

89 Ciudad costera del sur de Tracia, en la ruta a Macedonia.

90 Ciudad costera del sur de Tracia, en la ruta a Macedonia.

jó un balance total de diecinueve legiones de infantería. Bruto tenía ocho y Casio nueve, no completas, pues dos legiones estaban aún incompletas, de forma que en conjunto sumaban unos ochenta mil soldados de infantería. Bruto tenía cuatro mil jinetes galos y lusitanos y otros dos mil tracios, ilirios, partos y tesalios. Casio, a su vez, tenía dos mil jinetes españoles y galos, y cuatro mil arqueros a caballo árabes, medos y partos. Le acompañaban, además, como aliados, reyes y tetrarcas de los gálatas de Asia con otra fuerza numerosa de infantería y más de cinco mil jinetes.

A esta cantidad ascendía el número de tropas re- 89
vistadas por Casio y Bruto en el golfo de Melana, y con ellas avanzaron para la batalla, dejando el resto para atender a lo que fuera necesario en otros lugares. Después de llevar a cabo una lustración del ejército en la forma acostumbrada, completaron el pago de las recompensas prometidas que aún se debían a algunos, pues se habían provisto de abundantes recursos monetarios y trataban de propiciarse a los soldados, en especial, a aquellos que habían servido bajo Gayo César, no fuera a ser que alguno, ante la visión o el nombre homónimo del joven César, que estaba avanzando, cambiara de actitud. Y por este motivo les pareció oportuno dirigirse nuevamente en público a los soldados. En consecuencia, se construyó una gran plataforma y subieron a ella los generales acompañados de los senadores; el ejército, en cambio, tanto el propio de cada uno como los aliados, estaban de pie alrededor abajo de la tribuna, contentos al pronto ante la visión de tan gran número de tropas integrantes de ambos ejércitos, la más poderosa que jamás se había mostrado a sus ojos. Y, al punto, también, ambos generales se vieron embargados de un arrojo y una firme esperanza al mandar una cantidad tan inmensa de tropas. Este hecho, más que cualquier otra cosa, compactaba al ejército en su fidelidad

hacia sus comandantes, pues las esperanzas comunes engendran buenos sentimientos. Había un gran alboroto, como suele ocurrir entre tanta gente, y los heraldos y trompeteros tocaron a silencio, y, cuando por fin éste se hizo, Casio —pues era el de más edad— se adelantó un poco de la fila hasta el centro y dijo lo siguiente:

90 «El objetivo común de nuestra lucha [91], camaradas, es lo primero que nos une en una fidelidad mutua, pero también nos ata el que os hemos dado cuanto habíamos prometido, lo que constituye la mejor garantía en relación con aquellas otras cosas que os tenemos prometidas para el futuro. Nuestras esperanzas radican en el valor de vosotros, que combatís como soldados, y de nosotros, a quienes veis sobre esta tribuna, tantos y tan cualificados miembros del senado. Tenemos, como veis, gran abundancia de material de guerra, de trigo, de armas, de dinero, de naves y tropas auxiliares de nuestras provincias y de los reyes aliados. Así que ¿qué necesidad hay de exhortar con palabras a mostrar su celo y concordia a quienes vinculan un propósito común y unos comunes intereses? En lo que respecta a las calumnias que han propalado contra nosotros dos hombres enemigos, las conocéis con la mayor exactitud, y por esa misma razón estáis dispuestos a luchar a nuestro lado. Con todo, parece adecuado explicar ahora, una vez más, la razón que deja bien patente que a nosotros nos asiste la causa más honrosa y justa de la guerra.

91 »Nosotros, en efecto, encumbramos a César, combatiendo en las guerras con él a vuestro lado y desem-

[91] Sobre el significado de este largo discurso de Casio, cf. Gabba, *Appiano...*, págs. 180-182. Gabba ve en este discurso de Casio, que no tiene contrapartida por parte de los adversarios, un nuevo intento de contraponer, en el relato histórico, razones y argumentos que justifiquen la causa del bando republicano frente a los partidarios de César y la propaganda augústea. Además de la finalidad concreta de dar ánimos a un ejército fiel antes de una batalla decisiva.

peñando a sus órdenes cargos militares, y continuamos siendo sus amigos por mucho tiempo, de modo que nadie puede pensar que conspiramos contra su persona por razón de una enemistad privada. Pero fue en época de paz cuando se hizo acreedor de repulsa, y no por atentar contra nosotros sus amigos, ya que incluso entre éstos éramos distinguidos, sino contra las leyes y el ordenamiento constitucional. Entonces no quedó en pie ninguna ley, aristocrática o popular, que rigiera aquellas instituciones que, precisamente, en su totalidad, habían establecido nuestros padres de forma armónica, cuando expulsaron a los reyes y juraron e imprecaron maldiciones de no tolerar en el futuro otro poder real. Nosotros, los descendientes de los que así juraron, por defender aquel juramento y apartar de nosotros mismos las maldiciones, no pudimos soportar por mucho tiempo el consentir que un solo hombre, aunque fuera nuestro amigo y benefactor, arrebatara al pueblo el control del tesoro público, los ejércitos y las elecciones de magistrados, y al senado la designación de los gobernadores de provincias, y que se convirtiera en ley en lugar de las leyes, en soberano en lugar de la soberanía popular y en autócrata en lugar de la autoridad del senado, y para todo propósito.

»Tal vez vosotros no comprendíais con exactitud el 92
alcance de estos hechos y tan solo veíais su valor en el combate. Pero ahora podréis comprenderlo con facilidad, observando, tan sólo, la parte que a vosotros os concierne. Pues vosotros, que sois el pueblo, obedecéis en la guerra en todo a los generales como a soberanos, pero, en tiempo de paz, recuperáis esta soberanía sobre nosotros. El senado delibera previamente para que no cometáis errores, pero sois vosotros los que decidís, y, votando por tribus o centurias, designáis a los cónsules, tribunos de la plebe y pretores. Y en los comicios tomáis decisiones sobre los asuntos de mayor trascen-

dencia, e imponéis castigos o recompensas cuando nos hacemos acreedores de una u otra cosa en el ejercicio de nuestro cargo. Este equilibrio de poderes, ciudadanos, ha llevado a nuestro imperio a la cúspide de la felicidad, y otorgó honores a los que se lo merecían, y los homenajeados os mostraron su gratitud. En virtud de este poder, hicisteis cónsul a Escipión, cuando testimoniasteis en su favor en lo concerniente a África; y elegís tribunos de la plebe, cada año, a quienes queréis, oponiéndoos a nosotros en interés vuestro, si es preciso, ¿pero a qué enumerar muchas cosas que ya conocéis?

93 »Sin embargo, desde que César se hizo dueño absoluto del poder, ya no elegisteis ni un solo magistrado, fuera pretor, cónsul o tribuno de la plebe, ni testimoniasteis en favor de los hechos de nadie, ni aunque lo hubierais hecho, hubierais podido recompensarle. Por decirlo en una palabra, nadie os debió gratitud por una magistratura, o gobierno de provincia, ni por vuestra aprobación de su gestión o por su absolución en el juicio. Y lo que fue más lamentable de todo, ni siquiera pudisteis ayudar a vuestros tribunos, cuando fueron agraviados, una magistratura que habíais establecido como propia y perpetua, y habíais designado sagrada e inviolable; antes bien, incluso, visteis que unos hombres inviolables eran despojados de la inviolabilidad de su cargo y de sus ornamentos sagrados, con saña y sin juicio previo, por la orden de un solo hombre, porque decidieron proceder en vuestra defensa contra los que querían proclamarlo rey. Hecho que, por lo demás, provocó la reacción más airada por parte del senado y en razón de vuestro interés, pues el cargo de tribuno es de vuestra competencia y no de la del senado. No obstante, no pudieron censurar abiertamente a este hombre ni llevarlo a juicio a causa del poder de sus ejércitos, que, aunque también habían pertenecido largo tiempo a la República, los había hecho suyos propios, y, en

consecuencia, recurrieron a la única forma que todavía quedaba de defenderse de la tiranía, cual era conspirar contra la persona del tirano.

»Se precisaba que la decisión correspondiera a los 94
hombres más destacados, pero que el hecho fuera obra de unos pocos. Y, una vez que el acto tuvo lugar, el senado reveló de inmediato el sentir común con claridad, cuando propuso que se concedieran recompensas a los tiranicidas. Sin embargo, como Antonio se opuso a ellos con el pretexto de que se provocaría el desorden, y como nosotros no tuvimos la intención de ayudar a Roma por razón de una recompensa sino tan sólo por el propio interés de la patria, se abstuvieron de esta medida porque no querían ultrajar a César y sí únicamente verse libres de la tiranía. Pero votaron, no obstante, que hubiese amnistía para todos y, de manera más explícita, que no hubiera procesos judiciales por causa del asesinato. Y, al poco tiempo, cuando Antonio soliviantó a la multitud contra nosotros, el senado nos concedió cargos y el gobierno de las provincias más extensas y nos designó jefes de todos los territorios desde el Adriático hasta Siria, ¿acaso castigándonos como a unos criminales, o distinguiéndonos como a unos tiranicidas con la púrpura sagrada, con las fasces y las hachas? Por esta razón hicieron regresar del exilio al joven Pompeyo, que no estaba implicado en estos hechos, sólo porque era hijo de Pompeyo el Grande, que fue el primero que luchó en favor de la República, y porque se había opuesto un poco a la tiranía, de forma soterrada, en España. También decretaron que le fuera devuelto con cargo al erario público el importe estimativo de la herencia paterna y lo designaron comandante en jefe del mar a fin de que él también, como defensor de la República, ostentara alguna magistratura. ¿Qué más hechos o indicios queréis recabar del senado de que todo se hizo conforme a su voluntad, salvo que únicamente

os lo confirmen también de palabra? Pero esto mismo, además, lo van a hacer y lo dirán y, al mismo tiempo, os recompensarán con grandes dones cuando puedan hablar y recompensaros.

95 »Pues cuál es su condición actual, la sabéis. Han sido proscritos sin juicio y sus propiedades confiscadas; son asesinados sin que medie una condena, en sus casas, en las calles, en los templos por los soldados, esclavos y enemigos personales; son sacados a rastras de sus escondites, perseguidos por doquier, aunque las leyes permiten el exilio voluntario. En el foro, donde no llevamos jamás la cabeza de ningún enemigo, sino sólo armas y rostras de navíos, están expuestas las cabezas de los que ayer mismo eran cónsules, pretores, tribunos, ediles y caballeros; y, para colmo, hay establecidas recompensas para estas atrocidades. Ello ha supuesto una erupción de todos aquellos horrores, por largo tiempo adormecidos, apresamientos repentinos de hombres, crímenes nefandos y diversos de mujeres y niños, libertos y esclavos. A una tan grande corrupción y a tal condición se ha visto abocada la ciudad. Y quienes encabezan a los hombres malvados en estas cosas abominables son los triunviros, que proscriben antes que los otros a sus propios hermanos, tíos y guardianes. Se dice que en otro tiempo la ciudad fue capturada por los bárbaros más salvajes, pero a nadie le cortaron la cabeza los galos, ni cometieron vejaciones contra los cadáveres, ni quitaron a sus enemigos la oportunidad de esconderse o escapar. Ni nosotros, jamás, a ninguna ciudad de las que conquistamos le impusimos un trato semejante, ni sabemos de otros que lo hicieran, como ahora una ciudad, que no es una ciudad cualquiera, sino la ciudad hegemónica, sufre el atropello de aquellos que fueron elegidos para regularla y restablecer el orden institucional. ¿Qué acción comparable a ésta hizo Tarquinio? Al cual, por el ultraje inferido a una sola mu-

jer, inflamado por la pasión, y a pesar de ser el rey, nuestros antepasados lo expulsaron del trono y, por esta única acción, prometieron que ya nunca serían gobernados por reyes.

»Y mientras los triunviros cometen estos hechos, 96
nos llaman criminales impíos y, so pretexto de vengar a César, proscriben a los que ni siquiera se encontraban en la ciudad cuando fue asesinado. Entre los cuales se cuentan también éstos que aquí veis, proscritos por su riqueza, linaje o por el talante de su espíritu republicano. Por esta razón fue proscrito Pompeyo, junto con nosotros, aun cuando estaba lejos, en España, cuando actuamos. Y, porque es hijo de un padre republicano —motivo por el cual fue hecho regresar por el senado y obtuvo el mando del mar—, fue proscrito por los triunviros. Y ¿qué participación tuvieron en la conspiración contra César las mujeres condenadas a pagar tributo? ¿Cuál fue la de aquella parte del pueblo, cuya hacienda alcance un valor de hasta cien mil dracmas, que ha sido conminada a hacer una evaluación de la misma bajo la presión de denuncias y castigos, y a la que se le imponen nuevas tasas y tributos? Pero, ni aunque han recurrido a estas medidas, han pagado en su totalidad la suma prometida a sus soldados. En cambio, nosotros, que no hemos hecho nada impío, os dimos lo prometido y tenemos dispuestos otros fondos para mayores recompensas. De esta forma, nosotros gozamos del favor de la divinidad, porque actuamos con justicia.

»Pero, además del favor divino, podéis ver la opi- 97
nión de los hombres volviendo los ojos hacia estos ciudadanos vuestros, a los que conocisteis en numerosas ocasiones como vuestros generales y como cónsules, y alabados en uno y otro caso; veis que han huido a nuestro lado, como junto a unos hombres honrados y defensores de la República. Han elegido nuestra causa y se han unido a nosotros en las súplicas y con su ayuda

material para lo que queda por hacer. Pues mucho más justas son las recompensas que hemos ofrecido por su salvación, que aquellas que ofrecieron los triunviros por su muerte. Y saben los triunviros que, si matamos a César porque quería gobernar en solitario, no vamos a consentir que asuman el poder de aquél ni tampoco lo asumiremos nosotros mismos, sino que le ofreceremos el gobierno en común al pueblo siguiendo la tradición patria. Veis, por consiguiente, que no es el mismo propósito por el que cada bando ha empuñado las armas: unos lo hacen por conseguir el poder absoluto y la tiranía, como lo han demostrado ya con las proscripciones; nosotros, en cambio, por ninguna otra razón que la de poder vivir tan sólo como ciudadanos privados, bajo el imperio de la ley, en nuestra patria liberada una vez más. Naturalmente estos hombres, y los dioses antes que ellos, han elegido nuestra causa. Y no existe esperanza más grande en la guerra que la justicia de la causa de uno.

98 »Que no sea obstáculo para nadie pensar que fue soldado de César. Pues ni entonces siquiera fuimos soldados de él, sino de la patria, y tampoco el salario y las recompensas recibidas eran de César, sino del erario público, igual que ahora no sois un ejército de Casio o de Bruto, sino de Roma. Y nosotros somos vuestros compañeros de armas, unos generales del pueblo romano. Si nuestros enemigos pensaran esto mismo, sería posible para todos deponer sin peligro las armas y devolver a la ciudad todos los ejércitos, y que ésta eligiera lo que fuera conveniente. Si aceptan estas cosas, les invitamos a hacerlo. Pero, puesto que no las aceptan, ni podrían aceptarlas ya a causa de las proscripciones y de todo lo demás que han hecho, vayamos camaradas con sana esperanza y sincero afán, a combatir en compañía del senado y del pueblo romano, solamente por la libertad.»

Todos gritaron a una: «Adelante», y pidieron ser conducidos de inmediato, y Casio, contento con su ardor, proclamó de nuevo silencio y dijo: «¡Ojalá que los dioses, que presiden las guerras justas, camaradas, os recompensen por vuestro celo y confianza. Enteraos ahora que aquello que depende de la humana previsión de los generales lo poseemos en mayor número y mejor que nuestros enemigos. Estamos equilibrados en el número de legiones de infantería, aunque hemos dejado atrás muchas otras tropas para atender a las necesidades de muchos otros lugares; somos, en cambio, muy superiores en caballería y en naves, así como en tropas auxiliares enviadas por reyes y provincias que se extienden hasta los medos y los partos. Sólo tenemos enemigos delante de nosotros, pero contamos a sus espaldas con Pompeyo, que coopera con nosotros en Sicilia, y, en el Adriático, Murco y Ahenobarbo, con una gran flota, abundancia de barcos auxiliares, dos legiones de soldados y arqueros, navegan de un lado a otro continuamente y los acosan de muchas formas, en tanto que la tierra y el mar están limpios de enemigos a nuestra retaguardia. En cuanto al dinero, que algunos llaman los nervios de la guerra, ellos no lo tienen y ni siquiera han entregado al ejército las cantidades prometidas. Los fondos allegados mediante las proscripciones no cumplieron sus expectativas, puesto que ningún hombre de buenos sentimientos quiso comprar tierras que suscitaban odio. No pueden obtener recursos de alguna otra parte, ya que Italia se encuentra exhausta por causa de las luchas intestinas, de los impuestos y las proscripciones. En cambio, nosotros, gracias a nuestra gran previsión, las poseemos de forma abundante por el momento, de tal modo que podemos entregaros otras sumas de inmediato y muchas más después, las cuales se encuentran en camino, reunidas entre los pueblos que están a nuestras espaldas.

99

100 »Y las provisiones, cuyo suministro resulta lo más difícil para los grandes ejércitos, no existen para aquéllos, salvo las que pueden obtener sólo de Macedonia, país montañoso, y de Tesalia, país pequeño, y éstas deben serles llevadas por tierra, con grandes dificultades. Y si tratan de importarlas de Lucania, Apulia o África, se lo impiden por completo Pompeyo, Murco y Domicio. Nosotros, en cambio, poseemos víveres, y nos son transportados a diario, sin esfuerzo, a través del mar y desde las islas y toda aquella parte del continente que está entre Tracia y el río Eufrates, y sin que pueda impedirlo nadie, pues no tenemos a ningún enemigo detrás de nosotros. Por consiguiente, estará en nuestras manos acelerar la celebración de la batalla o degastar al enemigo por hambre mediante su dilación. Tantos y de tal importancia son los preparativos, camaradas, en lo que depende de la previsión humana. ¡Ojalá que el curso de los acontecimientos encontrara justa correspondencia por parte de los dioses y por vuestra parte! Y como nosotros ya os hemos pagado cuanto os prometimos por vuestros anteriores hechos y hemos recompensado vuestra fidelidad con regalos abundantes, os recompensaremos también por esta gran batalla, con la ayuda de los dioses, en forma digna de ella. Pero ahora, para incrementar el celo con el que avanzáis ya hacia el combate, con motivo de esta reunión y de estas palabras, ofreceremos de inmediato como suma adicional, desde esta tribuna, mil quinientos dracmas italianos a cada soldado, a cada centurión cinco veces esa suma y una cantidad proporcional a cada tribuno militar.»

101 Después de haber pronunciado estas palabras y de tener preparado al ejército tanto anímica como materialmente, disolvió la asamblea. Los soldados permanecieron por mucho tiempo elogiando a Casio y Bruto y les prometieron que harían cuanto estuviera en manos de ellos. Los generales distribuyeron, acto seguido, el

dinero entre ellos y añadieron otras recompensas a los más bravos bajo muy diversos pretextos. A los que recibían el dinero, los enviaban sobre la marcha, por destacamentos, hacia Dorisco[92], y ellos los siguieron poco después. Dos águilas se posaron sobre las otras dos de plata de los estandartes picoteándolas o, según dicen otros, protegiéndolas. Y permanecieron allí, alimentadas por los generales a costa de las provisiones públicas, hasta que emprendieron el vuelo el día anterior a la batalla. Después de una marcha de dos días bordeando el golfo de Melana, llegaron a Eno y, desde aquí, a Dorisco y a todas las demás ciudades costeras que se extienden hasta el monte Serreio[93].

Como el citado monte se adentraba en el mar, ellos 102
torcieron hacia el interior, pero enviaron a Tilio Címber con la flota, una legión de soldados y algunos arqueros para que costeara el promontorio que estaba desierto de tiempo atrás, aunque era fértil, pues los tracios no utilizan el mar ni descienden a la costa por temor a los piratas. Por ello, otros griegos y los calcideos se posesionaron de él, por ser pueblos marineros, y lo hicieron florecer por el comercio y la agricultura, con el contento de los tracios a causa del intercambio de productos. Finalmente, Filipo, el hijo de Amintas, deportó a los demás griegos y a los calcideos, de forma que no pudo verse ya ningún rastro de ellos, salvo las ruinas de sus templos. Tilio, bordeó, por tanto, esta costa que estaba desierta de nuevo, como se le había ordenado por Casio y Bruto, hizo mediciones y dibujos de los lugares adecuados para acampar, y se aproximaba alternativamente con las naves, a fin de que las tropas de Norbano, en la creencia de que era inútil ocuparlo

[92] Ciudad tracia al norte de Eno.

[93] El monte Serreio es un promontorio en la costa de Tracia a poca distancia de Dorisco. Este avance tiene lugar en el otoño del 42 a. C.

por más tiempo, abandonaran el desfiladero. Y ocurrió como había esperado, pues ante la aparición de las naves, Norbano se sintió muy alarmado por el desfiladero de los sepeos y llamó a Decidio desde el paso de los corpilos [94] para que acudiera en su auxilio rápidamente. Así lo hizo, y al quedar abandonado este paso último, Bruto y Casio lo atravesaron.

103 Cuando se descubrió la estratagema, Norbano y Decidio ocuparon fuertemente el paso de los sepeos, y, de nuevo, Bruto y Casio vieron interceptado el camino. Cundió el desánimo, ante el temor de que tuvieran que empezar ahora el circuito que habían desdeñado y volver sobre sus pasos a pesar de lo avanzado del tiempo y de la estación. Mientras se hallaban en tal estado, Rascúpolis les dijo que había una ruta de circunvalación, junto al mismo desfiladero de los sepeos, de tres días de marcha, intransitable para los hombres hasta entonces a causa de los precipicios, de la falta de agua y de sus bosques densísimos. Pero si podían llevar agua y hacer un sendero estrecho, aunque suficiente, no serían divisados ni siquiera por los pájaros porque los cubriría una sombra total. Al cuarto día llegarían al río Harpeso, que desemboca en el Hermo, desde donde en un solo día más estarían en Filipos, tras haber rodeado al enemigo hasta el punto de dejarlo aislado por completo e impedirle la retirada. Ellos se decidieron por este plan, porque no les quedaba otra alternativa y, en especial, por la esperanza de rodear a un ejército tan grande de enemigos.

104 Enviaron un destacamento al mando de Lucio Bíbulo [95], para que abrieran el sendero en compañía de Rascúpolis. Y éstos, aun a costa de grandes esfuerzos, así lo hicieron, poniendo en ello su coraje y afán, y en ma-

---

94 Este paso era el primero en la ruta hacia Filipos desde Asia.

95 L. Calpurnio Bíbulo (cf. n. 32 a este libro).

yor medida después que retornaron algunos que habían sido enviados en avanzadilla diciendo que habían divisado el río desde lejos. Pero, al cuarto día, fatigados por el trabajo y la sed, pues escaseaba el agua que habían traído, recordaron lo que se les había dicho, que sólo estarían sin agua durante tres días. Y sintieron un pánico terrible de haber caído en una trampa, no porque desconfiaran de que hubieran visto el río los enviados en avanzada, sino porque pensaban que eran conducidos por otro camino. Estaban descorazonados y daban fuertes gritos, y cuando veían a Rascúpolis que corría de un lado para otro y los animaba, lo insultaban y le arrojaban piedras. Mientras Bíbulo les suplicaba con palabras propiciatorias que hicieran un esfuerzo final, fue divisado el río por los que iban en vanguardia hacia la caída de la tarde. Se alzó, como era natural, un grito penetrante de alegría que fue pasando sucesivamente a los de detrás hasta que llegó a los de retaguardia. Cuando Bruto y Casio se enteraron, se lanzaron al punto a la carrera con el resto del ejército a través del sendero abierto a golpe de machete. Sin embargo, no pasaron desapercibidos hasta el final para los enemigos, ni los rodearon, pues Rasco, el hermano de Rascúpolis, sospechando a consecuencia del grito, llevó a cabo un reconocimiento y, al ver lo que ocurría, se quedó pasmado de que un ejército tan grande recorriera un sendero en el que no había agua y por el que pensaba que ni siquiera una fiera salvaje se adentraría a causa de la densidad del follaje, y se lo comunicó a Norbano y a Decidio. Éstos huyeron por la noche desde el paso de los sapeos hasta Anfípolis [96]. Y ambos hermanos tracios estaban de boca en boca entre los soldados, uno, porque los había conducido por una ruta desconocida, y el otro, porque los había descubierto.

---

[96] Al suroeste de Filipos.

105 Bruto y Casio, mediante un golpe de audacia inesperado, avanzaron hasta Filipos, en donde desembarcó también Tilio y, nuevamente, estuvo reunido todo el ejército. La ciudad de Filipos se llamaba antes Dato y, más primitivamente, Crénides, pues había numerosos manantiales allí alrededor de una colina [97]. Filipo la fortificó, pues la consideraba un lugar muy bien dotado por la naturaleza como plaza fuerte contra los tracios, y la llamó Filipos, por su propio nombre. La ciudad se encuentra situada sobre una colina rodeada de precipicios y su tamaño es tan grande como la anchura de la colina. Hacia su parte norte había bosques a través de los cuales condujo Rascúpolis a Bruto y Casio; y hacia el mediodía hay una zona pantanosa que se extiende hasta el mar. Por el Este se hallan los desfiladeros de los sapeos y de los corpilos, y por su lado oeste existe una llanura muy fértil y bella, de unos trescientos cincuenta estadios, que llega hasta las ciudades de Murcino y Drabisco y el río Estrimón. En ella, se cuenta que tuvo lugar el rapto de Core [98], mientras recogía flores, y allí está el río Zigactes, en cuya travesía dicen que se rompió el yugo del carro del dios [99], y, de ahí, el nombre del río. La llanura está en declive, de manera que resulta cómoda para los que descienden desde Filipos, pero penosa para los que suben desde Anfípolis.

106 Hay otra colina, no lejos de Filipos, que llaman colina de Dioniso, en la que se encuentran las minas de oro llamadas las Asila. Diez estadios más allá de ésta existen otras dos colinas, a dieciocho estadios de Filipos y que distan entre sí ocho estadios; sobre éstas acamparon Casio y Bruto, el primero sobre la que estaba al

97 En griego, *krēn* significa «fuente».

98 Perséfone, hija de Deméter y Zeus, y fue raptada por Hades, su tío, mientras cogía flores con unas ninfas en el llano de Enna, en Sicilia. En Roma se la identificó con Proserpina, diosa de los infiernos.

99 En griego, *zugón* «yugo» y *ágnumi* «quebrar», «romper».

Sur y el otro sobre la de más al Norte[100]. No avanzaron contra Norbano y Decidio, que se batían en retirada, porque se enteraron de que se aproximaba Antonio, habiendo quedado Octavio en Epidamno por causa de una enfermedad[101], y porque la llanura era magnífica para luchar y las colinas para acampar. En efecto, por uno de sus lados había pantanos y lagunas que se extendían hasta el río Estrimón, y, por el otro, desfiladeros intransitables y desprovistos de caminos. Los ocho estadios que mediaban entre las dos colinas constituían la principal vía de acceso de Europa a Asia, a manera de puertas. Ellos construyeron una línea de fortificación, a través de este espacio, desde un campamento al otro y dejaron unas puertas en el centro, de tal manera que los dos campamentos fueron uno solo. A lo largo de la fortificación fluía un río, que algunos llaman Ganga y otros Gangites, y detrás estaba el mar donde podían tener sus almacenes y un lugar de anclaje seguro. Establecieron su base de aprovisionamiento en la isla de Tasos, distante cien estadios, y tenían ancladas las trirremes en Neápolis[102], a setenta estadios.

Mientras Bruto y Casio, satisfechos con el lugar, 107
procedían a su fortificación, Antonio se puso en camino rápidamente con su ejército queriendo anticiparse al enemigo en ocupar Anfípolis como lugar ventajoso para la batalla. Cuando se enteró de que ya había sido fortifica-

---

100 Estas colinas debían de estar situadas al este de Filipos, hacia Tracia.

101 Octavio, en todo caso, estuvo presente en el lugar de los hechos el día de la primera batalla (cf. cap. 108), pero no salió prácticamente de su tienda, enfermo aún, y poca cosa hizo en la segunda. El mérito fue sólo de Antonio; pues, de otro lado, Octavio nunca fue un buen soldado (cf. SYME, *The Roman Revolution*, pág. 201), aunque en esta ocasión no pudiera permitir que Antonio se llevara él solo la gloria del combate (cf. A. H. M. JONES, *Augusto* [trad. cast.], pág. 39).

102 Ciudad costera al sur de Filipos. Frente a ella está la isla de Tasos.

da por Norbano y Decidio, se alegró, dejó allí su impedimenta con una sola legión, al mando de Pinario [103], y él en persona avanzó con gran arrojo y acampó en la llanura a una distancia de tan sólo ocho estadios de los enemigos. Al punto quedó patente la inferioridad y superioridad de uno y otro campamento. Unos, en efecto, estaban situados sobre una colina, los otros en la llanura; aquéllos se procuraban la madera de los montes, éstos de las zonas pantanosas; los primeros obtenían el agua del río, los segundos de pozos recién excavados; los unos se hacían traer las provisiones desde Tasos, a pocos estadios de distancia, los otros desde Anfípolis, distante trescientos cincuenta estadios. Parece que Antonio actuó así por necesidad, puesto que no existía ninguna otra colina, y el resto de la llanura, al quedar como una especie de hondonada, era anegada en ocasiones por el río, a causa de lo cual se encontraron abundantes manantiales de agua dulce en los pozos excavados. Su golpe de audacia, pese a que estuvo provocado por la necesidad, aterró a los enemigos, al verle acampar tan cerca y con tanto desprecio nada más llegar. Él levantó numerosos fortines y fortificó todos con rapidez con fosos, muros y empalizadas, en tanto que los enemigos fortificaban lo que aún les faltaba. Cuando Casio vio que el avance de Antonio se debía a un impulso desesperado, prolongó la fortificación desde el campamento hasta el pantano, el único lugar que les restaba por fortificar y que había sido exceptuado debido a su estrechez, de forma que ya nada quedaba sin fortificar salvo la zona de precipicios en el flanco de Bruto, la zona pantanosa al costado de Casio, y el mar tras el pantano. En el centro todo estaba interceptado con fosos, empalizadas, muros y puertas.

---

[103] Sobre este Pinario, pariente de Octavio y heredero de César (cf. *supra*, III 22 y notas).

Así se fortificaron por cada bando, y en el ínterin tan sólo se tantearon con la caballería y en escaramuzas. Cuando tuvieron culminados todos sus planes, llegó Octavio que, aunque no tenía aún fuerzas para el combate, se hacía llevar en una litera por entre las hileras de soldados. Octavio y Antonio desplegaron de inmediato sus tropas para la batalla, y Bruto y Casio hicieron, a su vez, lo propio sobre las alturas, pero no bajaron, pues habían decidido no apresurarse a combatir, en la esperanza de reducir a los enemigos por la falta de provisiones. Había diecinueve legiones de infantería por cada lado, pero mientras a Bruto y Casio les faltaban algunas tropas para estar al completo, Antonio y Octavio las tenían en exceso. Estos últimos contaban con trece mil jinetes, y Bruto y Casio tenían veinte mil, incluidos los tracios en uno y otro caso. Por consiguiente, debido al elevado número de tropas, al coraje y al valor de sus generales, y al armamento y material de guerra, unos y otros ofrecían un espectáculo esplendoroso en su formación de combate. Sin embargo, durante muchos días no hicieron nada, puesto que Bruto y Casio no querían trabar combate, sino agotar antes a los enemigos por la falta de provisiones. Ya que ellos tenían a Asia por despensa y todo se lo hacían llevar por vía marítima desde muy cerca, en tanto que los enemigos no tenían nada en abundancia ni en su propio territorio. Pues no podían obtener mercancía alguna por medio de los mercaderes desde Egipto, exhausto como estaba este país por el hambre, ni de España o África a causa de Pompeyo, ni de Italia por impedirlo Murco y Domicio. Y Macedonia y Tesalia, los únicos países que entonces les procuraban víveres no les serían suficientes por mucho tiempo. 108

Bruto y Casio, como se daban cuenta de estos hechos sobre todo, dejaban transcurrir el tiempo. Antonio temió esta demora y resolvió forzar a los hombres al 109

combate y planeó realizar en secreto una travesía del pantano, si ello era posible, a fin de situarse a la retaguardia de los enemigos sin que se percataran y arrebatarles el suministro que les llegaba desde Tasos. En consecuencia, desplegó cada día todas las banderas del ejército para combatir, con objeto de hacer creer que el ejército entero se encontraba en orden de batalla, y con una parte de las tropas, día y noche, se abría un estrecho sendero en el marjal, cortando las cañas y rellenándolo con tierra y piedras a cada lado para que no cediera la tierra, y ponteaba las partes profundas con pilotes clavados en el suelo, todo ello en el más profundo silencio. El cañaveral que todavía crecía a ambos lados del sendero impedía a los enemigos la visión del trabajo. Después de trabajar de esta forma durante diez días, envió por la noche algunas cohortes de improviso y en línea recta, se apoderó de los lugares mejor dotados por la naturaleza tras las líneas enemigas y construyó, a la vez, muchos reductos. Casio se quedó perplejo ante el plan de la obra y de su disimulo, pero, a su vez, proyectó interceptar la comunicación entre Antonio y estos reductos fortificados. Así que también él prolongó la línea de fortificación, en dirección oblicua, a través de todo el pantano comenzando desde el campamento hasta el mar, cortando las cañas y haciendo puentes igual que Antonio y colocando la empalizada sobre las zonas rellenadas, con lo que interceptó el sendero construido por Antonio, a fin de que los del interior no pudieran escapar hacia éste, ni él pudiera ir en auxilio de ellos.

110 Cuando Antonio vio esto, alrededor del mediodía, tal como estaba condujo de inmediato con ímpetu y furia a su propio ejército, apostado hacia otro lugar, dirigiéndolo contra la fortificación transversal de Casio entre el pantano y su campamento. Llevó consigo garfios de hierro y escaleras, para tomarla al asalto y abrirse

paso hacia el campamento de Casio. Mientras él llevaba a cabo esta carga con audacia, oblicuamente y colina arriba, por el espacio de terreno que separaba a los dos ejércitos, los soldados de Bruto se indignaron ante este acto de violencia, pues mientras los enemigos corrían a través con sumo arrojo, ellos permanecían de pie en armas, y cargaron, a su vez, contra ellos por su cuenta y riesgo, sin recibir la orden de ninguno de sus oficiales y dieron muerte en masa a cuantos se encontraron, como ocurre cuando se ataca por el flanco. Dieron, pues, comienzo a la batalla de una vez por todas y cargaron contra el ejército de Octavio, que era el que, sobre todo, estaba apostado contra ellos, y, poniéndolo en fuga, lo persiguieron hasta el campamento que Antonio y Octavio ocupaban en común. Sin embargo, Octavio no se encontraba en el interior, porque había sido advertido en sueños que se guardara de aquel día, según dejó escrito él mismo en sus *Memorias*[104].

Cuando Antonio vio que había sido trabada la bata- 111
lla, se alegró de haber sido él quien la forzara, pues tenía mucho miedo por el aprovisionamiento, y decidió no volver a la llanura, no fuera a ser que su ejército rompiera la formación en la maniobra de giro. Así pues, persistió en su ímpetu, tal como había comenzado, se mantuvo en la carrera y siguió subiendo, bajo una lluvia de proyectiles, hasta que logró abrirse paso a la fuerza entre el ejército de Casio, que había conservado la posición asignada y estaba sobrecogido por lo inesperado del hecho. Tras quebrantar la línea de vanguardia enemiga, se lanzó con osadía contra la fortificación entre el pantano y el campamento, demolió la empalizada, rellenó el foso, minó los trabajos de defensa, dio muerte a los guardianes de las puertas aguantando los im-

[104] Cf., sobre esto, Syme, *The Roman Revolution*, pág. 204 y n. 2; Gabba, *Appiano...*, pág. 186 y, en especial, n. 2.

pactos de cuantas cosas le arrojaban desde las murallas hasta que forzó la entrada a través de las puertas, y otros penetraron por las brechas de la muralla y otros incluso treparon por los escombros. Y todo sucedió tan rápidamente, que los que se habían apoderado de la fortificación se encontraron con los hombres de Casio que estaban trabajando en el pantano y corrían al auxilio de los suyos. Con una carga violenta pusieron en fuga a éstos también, y retornaron ya contra el mismo campamento de Casio tan sólo aquellos que, en compañía de Antonio, habían traspasado la fortificación, pues el resto de las tropas luchaba contra el enemigo fuera de las murallas.

112 El campamento, por tratarse de un lugar bien protegido de modo natural, estaba custodiado por unas pocas tropas tan sólo, por lo que Antonio las venció con facilidad. En estos momentos el ejército de Casio resultó derrotado en el exterior y, al ver la captura de su campamento, se dispersó en una fuga desordenada. La victoria fue completa y similar por ambas partes. Pues Bruto puso en fuga al ala izquierda de los enemigos y se apoderó de su campamento, en tanto que Antonio venció a Casio con audacia irresistible y saqueó también el campamento de éste. Hubo una gran matanza por ambos lados, pero, a causa de lo extenso de la llanura y del polvo, ignoraban la suerte unos de otros, hasta que se dieron cuenta y llamaron a los supervivientes. Éstos regresaron con aspecto de porteadores más bien que de soldados, y ni aun entonces se reconocieron mutuamente ni se vieron con claridad, pues, de otro modo, hubieran arrojado cuanto llevaban y se hubieran acometido con fiereza unos a otros, que con tanto desorden llevaban el producto de su saqueo. Se calcula que el número de bajas sufridas por el ejército de Casio fue de ocho mil, y el doble de esta cifra las habidas del lado de Octavio.

Casio, una vez que fue rechazado fuera de sus fortificaciones y no pudo entrar ya en su campamento, ascendió a la colina de Filipos y echó un vistazo a la situación. Sin embargo no pudo darse cuenta exacta de la realidad a causa de la polvareda, ni alcanzó a tener una panorámica total, tan sólo pudo ver que su campamento había sido capturado, así que ordenó a su escudero Píndaro que cayera sobre él y lo matara. Mientras Píndaro se tomaba su tiempo, llegó presuroso uno anunciando que Bruto había vencido en la otra ala y había devastado el campamento de los enemigos. Pero Casio simplemente respondió: «Dile a él que ojalá alcance una victoria completa», y tornándose hacia Píndaro, le dijo: «¿Por qué te demoras?, ¿por qué no me libras de mi deshonor? Y Píndaro dio muerte a su dueño que le ofreció el pecho. Tal es la versión que algunos dan de la muerte de Casio. Otros, en cambio, piensan que, al aproximarse unos jinetes de Bruto para traer la buena noticia, creyendo que se trataba de enemigos envió a Titinio para que se informara con exactitud; los jinetes rodearon con júbilo a éste, como amigo de Casio, y prorrumpieron en gritos de victoria con fuertes voces, y Casio, pensando que Titinio había caído en manos de los enemigos, dijo: «¡Que hayamos esperado para ver apresado a un amigo!», y se retiró a una tienda en compañía de Píndaro, quien ya no fue visto jamás. Por lo cual algunos creen también que este último mató a Casio sin una orden previa. 113

Casio acabó su vida en el día de su cumpleaños, en el cual precisamente aconteció la celebración de esta batalla [105], y Titinio, culpándose por su demora, se sui-

---

[105] Esta batalla tuvo lugar el 23 de octubre del 42 a. C. La segunda, en la cual murió Bruto, fue unas tres semanas más tarde, hacia el 14 de noviembre de este mismo año (cf. Syme, *op. cit.*, pág. 202 y n. 2, y Jones, *Augusto*, pág. 39; Gabba, sin embargo, que aduce fuentes

114 cidó. Bruto lloró sobre el cadáver de Casio y lo llamó el último de los romanos, como dando a entender que ya no habría otro que le igualara en virtud. Lo reprochó por su rapidez y precipitación, y lo consideró feliz por cuanto había quedado libre de cuitas y preocupaciones, las cuales ¿hacia qué final conducen a Bruto? Después entregó el cuerpo a sus amigos, que lo enterraron en secreto para no hacer brotar las lágrimas en el ejército al verle, y él en persona, sin probar bocado y sin preocuparse de sí mismo, pasó toda la noche reorganizando el ejército de Casio. Con la llegada del día, los enemigos desplegaron su ejército para la batalla, a fin de no parecer que habían sido derrotados, y Bruto, al comprender la intención, dijo: «Armémonos también nosotros y finjamos que hemos sufrido una derrota.» Pero, cuando formó a su ejército, aquéllos se retiraron, y Bruto, en son de burla, dijo a sus amigos: «Ellos nos incitaron a combatir pensando que estábamos exhaustos, pero ni siquiera intentaron probarlo.»

115 En el día en el que tuvo lugar la batalla de Filipos se produjo otro gran desastre en el Adriático. Domicio Calvino conducía sobre barcos de transporte a dos legiones de infantería para Octavio, una de las cuales era conocida como la legión Martia, así llamada como timbre de honor a su valor. Llevaba, además, una cohorte pretoriana de dos mil hombres, cuatro escuadrones de caballería y otro número considerable de tropas escogidas. Le daban escolta unas pocas trirremes. Murco y Ahenobarbo le salieron al encuentro con ciento treinta navíos de línea. Las naves de transporte que iban en cabeza lograron escapar a vela, en escaso número, pero las demás, al echarse de repente el viento, quedaron a la deriva por el mar, en medio de una calma chicha,

similares a Syme (cf. *Appiani...*, V, pág. 3), coloca en esta fecha la segunda batalla y la primera un mes antes.

y así fueron entregadas a los enemigos por obra de alguna divinidad, pues éstos embestían sin temor a cada una y le abrían una vía de agua. Ni siquiera pudieron prestarles auxilio las trirremes de escolta, pues, a causa de su escaso número, fueron rodeadas. Las tropas que estaban en peligro llevaron a cabo muchas y diversas proezas, a veces unían sus barcos con rapidez por medio de maromas y los afianzaban entre sí con pértigas para que los enemigos no pudieran irrumpir a través de su línea. Pero, cuando lo lograban, Murco les lanzaba flechas incendiarias, y tenían que soltar con presteza las ataduras y separarse unas de otras por causa del fuego, quedando expuestas, de nuevo, a ser rodeadas y embestidas por las trirremes.

Cundió la irritación entre los hombres, y, en espe- 116
cial, entre los soldados de la Martia, porque, siendo superiores en valor, morían sin poder intervenir. Algunos se suicidaron antes del incendio, otros se lanzaron hacia las trirremes de los enemigos y vendieron caras sus vidas. Naves a medio quemar navegaron en círculo durante mucho tiempo, con hombres moribundos por causa del fuego, del hambre o de la sed. Otros, asidos de las velas o de los maderos de cubierta, fueron arrojados por la borda sobre acantilados y promontorios desiertos, y, entre éstos, hubo algunos que se salvaron de forma inesperada. Algunos resistieron durante cinco días chupando pez o mascando las velas o las maromas hasta que el oleaje los llevó a tierra. Y hubo muchos que, vencidos por las desgracias, se entregaron a los enemigos. También se rindieron diecisiete trirremes, y los hombres de Murco tomaron a sus tripulaciones el juramento de fidelidad a éste. El general Calvino, al que se tenía por muerto, retornó a Bríndisi, al cabo de cinco días, a bordo de su propia nave.

Tal fue el desastre que acaeció en el Adriático el mismo día de la batalla de Filipos, sea menester llamarlo

naufragio o combate naval. La coincidencia de estos hechos, al ser conocida posteriormente, causó estupefacción.

117 Bruto reunió a su ejército en asamblea y le dijo lo siguiente: «No hay, camaradas, ningún aspecto del combate de ayer en el que no fuerais superiores a los enemigos. Comenzasteis la batalla con ahínco, aunque sin órdenes previas, y a la legión Cuarta, que, por ser muy renombrada entre ellos, tenía confiada el ala del ejército, la destruisteis entera, y a los que la asistían los perseguisteis hasta el campamento; y ya antes habíais capturado el propio campamento y lo habíais saqueado. Hasta tal punto excede esta victoria nuestra a la derrota que sufrimos en el ala izquierda. Sin embargo, cuando pudisteis haber rematado por completo la victoria, preferisteis entregaros al saqueo en vez de matar a los vencidos, pues la mayoría de vosotros pasó de largo de vuestros enemigos y se lanzó sobre sus pertenencias. Y también en lo siguiente obtuvimos mayor provecho, pues ellos capturaron uno de nuestros dos campamentos, pero nosotros poseemos todos los suyos de manera que nuestras ganancias doblan nuestras pérdidas. Tan grande fue nuestra superioridad en la batalla. En relación con todos aquellos otros aspectos en los que les aventajamos, podéis informaros por los prisioneros de guerra, así respecto a su falta de provisiones, al costo de las mismas y a la dificultad de su transporte. Pues no pueden recibirlas desde Sicilia, Cerdeña, África o España, debido a que Pompeyo, Murco y Ahenobarbo, con doscientos sesenta barcos les cierran el paso por mar. Han dejado exhausta ya a Macedonia, y solamente tienen como base de aprovisionamiento a Tesalia, la cual ¿hasta cuándo será suficiente para ellos?

118 »Por consiguiente, cuando veais que os apremian en sobremanera para combatir, considerad entonces que han escogido morir en combate presionados por el ham-

bre. Nosotros, en cambio, les opondremos nuestro plan, consistente en que el hambre realice previamente nuestra tarea, a fin de que, cuando sea necesario luchar, nos encontremos con unos hombres debilitados y exhaustos. No nos dejemos arrastrar a destiempo por nuestros afanes. Que nadie considere mi experiencia en el mando como un factor de dilación, más bien que de rapidez en la acción, si mira el mar que hay tras de nosotros, que, al enviarnos tanta ayuda y provisiones, nos permite alcanzar una victoria sin riesgo, en el caso de que sepáis esperar y no tengáis en cuenta las chanzas y provocaciones de los enemigos que no son superiores, como quedó patente en el combate de ayer, sino que tratan de remediar otro temor. El celo que ahora os pido reprimáis, mostradlo en abundancia cuando os lo demandemos. Os pagaré el importe total de las recompensas por la victoria cuando los dioses decidan poner fin a nuestros trabajos. Ahora, y por vuestro valor en el día de ayer, entregaré a cada soldado mil dracmas y a los oficiales una cantidad proporcional.»

Éstas fueron sus palabras y distribuyó, al punto, el dinero entre las legiones. Algunos escritores creen que les prometió entregarles las ciudades de Lacedemón y Tesalónica para que las saquearan.

Octavio y Antonio, conocedores de que Bruto no 119
lucharía voluntariamente, reunieron a sus tropas, y Antonio les dijo lo siguiente: «Soldados, yo sé que los enemigos se atribuyen, en sus discursos, una parte de la victoria de ayer, porque persiguieron a algunos de nosotros y saquearon nuestro campamento, pero, de hecho, mostrarán que toda es vuestra. Pues os aseguro que ni mañana, ni en los días sucesivos irán de forma voluntaria al combate. Lo cual es la garantía más segura de su derrota y de su miedo de ayer, cuando se mantengan fuera de la competición como los que han sido vencidos en los juegos. Pues, con certeza, no reunieron

un ejército tan grande para esto, para fortificar zonas desérticas de Tracia y habitarlas, sino que las fortificaron por temor, ante la inminencia de nuestra llegada, y cuando llegasteis habitan en su interior a causa de la derrota de ayer. Por esta razón también, el de mayor edad y experiencia de sus generales, tras perder las esperanzas en todo, se suicidó, lo que constituye el máximo exponente de su situación calamitosa. En consecuencia, puesto que, a pesar de nuestro requerimiento, no aceptan ni descienden desde las montañas, sino que ponen su confianza en los precipicios en vez de en sus manos, sedme, pues, valientes, soldados de Roma, y obligadles de nuevo, como les obligasteis ayer. Considerad una deshonra ceder ante hombres amedrentados, abstenernos de quienes se muestran vacilantes y, soldados como somos, ser más débiles que las murallas. Pues no hemos venido para pasar la vida en la llanura ni contamos con autonomía de medios en el caso de que nos demoremos. Antes bien, si somos sensatos, debemos imprimir celeridad a la guerra y asegurarnos la paz por mucho tiempo.

120 »El momento adecuado y los medios para tal fin los procuraremos nosotros, que no hemos merecido vuestros reproches por el ataque y la estrategia de ayer. Vosotros, por vuestra parte, cuando seáis solicitados, corresponded a vuestros generales con vuestro valor. No os irritéis por el saqueo de ayer, ni siquiera por un instante, pues la riqueza no consiste en lo que poseemos, sino en vencer con autoridad, lo que nos devolverá, si resultamos vencedores, aquello que ayer nos fue arrebatado y que todavía se encuentra intacto en manos enemigas y las mismas pertenencias de los enemigos como añadidura. Y, si estamos ansiosos por apoderarnos de ellas, apresurémonos a la batalla. Además, nuestro botín de ayer compensa de manera suficiente nuestras pérdidas, e, incluso, tal vez las supera, puesto

que ellos trajeron consigo todo cuanto expoliaron y saquearon en Asia y, en cambio, vosotros, como venís de vuestra patria, dejasteis en casa los objetos más caros, y trajisteis tan sólo lo imprescindible. Y si había alguna cosa de valor, nos pertenecía a nosotros los generales quienes estamos encantados de entregároslo todo como recompensa por vuestra victoria. Sin embargo, como compensación por tal pérdida os entregaremos una recompensa adicional de cinco mil dracmas para cada soldado, cinco veces esa suma para cada centurión y a los tribunos militares el doble de los centuriones.»

Después de pronunciar esta arenga, al día siguiente 121
puso, de nuevo, al ejército en línea. Como en esta ocasión tampoco bajaron los enemigos, Antonio se disgustó mucho, pero continuó desplegando a diario a sus tropas. A su vez, Bruto tenía a una parte de su ejército en orden de batalla, por si era obligado a combatir, y con la otra parte ocupaba las rutas de acceso de las vituallas necesarias. Había una colina muy próxima al campamento de Casio y de difícil captura para los enemigos, que no podían sustraerse a los disparos de proyectiles desde el campamento por razón de su cercanía. Sin embargo, Casio la había mantenido bajo vigilancia por temor a que alguien intentara un ataque por sorpresa. Cuando fue abandonada por Bruto, los soldados de Octavio la ocuparon por la noche con cuatro legiones llevando muchas planchas de mimbres entrelazados y pellejos de cuero como protección contra los proyectiles. Una vez que se posesionaron de ella, trasladaron otras diez legiones a una distancia de más de cinco estadios, en dirección al mar, y otras dos a cuatro estadios más allá, con objeto de adelantarse de este modo hasta el mar y, así, forzar las líneas enemigas, ya fuera a lo largo del mismo mar o a través del pantano o de cualquier otra manera, y cortarle el suministro de víveres. Bruto, por su parte, trató de contrarrestar esta ma-

niobra de diversas formas y, sobre todo, oponiendo guarniciones a los campamentos de aquéllos.

122 La tarea apremiaba a Octavio y a Antonio, y el hambre se dejaba sentir ya, y a la vista de su magnitud, el temor se acrecentaba día a día. Pues ya no eran suficientes los suministros de Tesalia, ni podían esperar nada del mar, donde detentaban el dominio absoluto las naves de los enemigos. Les había sido comunicado ya a unos y a otros el reciente desastre en el Adriático, lo que acrecentó sus temores, en especial al invierno, que ya estaba próximo, pues acampaban en una llanura cenagosa. Movidos por estas reflexiones, enviaron una legión a Acaya para que reunieran toda la comida que pudieran encontrar y la hicieran llegar rápidamente. Pero, no soportando la proximidad de un peligro tan grande, no probaron ya otras estrategias, ni desplegaron en el futuro el ejército en la llanura, sino que subieron dando grandes gritos hasta las mismas fortificaciones de los enemigos e incitaron a Bruto a combatir, con burlas e insultos, decididos no tanto a un asedio como a provocarle para que trabara combate, en contra de su voluntad, por medio de un arrebato de locura.

123 Pero Bruto persistió en su plan originario, y con mayor firmeza aún cuando se enteró del hambre y de su éxito en el Adriático y cuando vio la desesperación de los enemigos por la falta de suministros. Prefería soportar un asedio y cualquier otra cosa a luchar con hombres acosados por el hambre y que habían perdido sus esperanzas en los demás recursos, que sólo mantenían viva su confianza en la lucha. Sin embargo, su ejército, por imprudencia, pensaba de distinto modo y llevaban muy a mal permanecer encerrados en el interior, como mujeres, inactivos y temerosos. También estaban irritados los oficiales, aunque aprobaban el plan de Bruto, pero creían que podrían vencer más rápidamente a los enemigos con un ejército lleno de ardor bélico. La

causa de estas actitudes radicaba en la propia moderación y amabilidad de Bruto hacia todos, a diferencia de Casio, que había sido un hombre austero e imperioso en todo. Por esta razón le obedecían a la primera orden, nadie se interponía en el ejercicio de su poder ni trataban de saber la razón de sus mandatos, ni cuando la sabían le pedían cuenta de ellos. Pero, en el caso de Bruto, no aspiraban a otra cosa que a compartir con él el mando a causa de la bondad de su carácter. Finalmente, en las compañías y corros de soldados saltó la interrogante de forma más abierta: «¿Por qué nos condena nuestro general? ¿Qué reciente delito hemos cometido nosotros, que hemos salido vencedores y hemos perseguido al enemigo; nosotros, que dimos muerte a los adversarios que teníamos enfrente y les capturamos el campamento?» Bruto se desentendió, adrede, de estos rumores y no convocó una asamblea, no fuera a ser que, en forma contraria a su dignidad, se viera forzado a cambiar por una muchedumbre irreflexiva y, en especial, por causa de los mercenarios, para los que en todo momento, como a los esclavos que cambian con facilidad hacia otros amos, la esperanza de su seguridad personal consistía en la deserción al adversario.

Lo incordiaban también sus oficiales y lo exhorta- 124
ban a aprovechar la codicia presente del ejército, que habría de llevar a cabo una acción brillante con rapidez. Y, si sobrevenía un contratiempo en el transcurso de la lucha, podían retirarse de nuevo a las murallas e interponer las mismas defensas entre el enemigo y ellos. Bruto se irritó, sobre todo, con éstos, porque se trataba de sus oficiales, y se dolió de que, estando expuestos al mismo peligro que él, tomaran partido por la soldadesca con ligereza, la cual prefería una aventura dudosa y rápida a una victoria sin riesgo. No obstante, cedió para su propia perdición y la de aquéllos, y tan sólo les hizo el siguiente reproche: «Nos asemeja-

mos a Pompeyo el Grande en la forma de llevar la guerra, no ejerciendo el mando, sino siendo más bien mandados.» Y me parece que sólo dijo esto por ocultar lo que sobre todo temía, que el ejército, que había servido en otro tiempo bajo César, se irritara y desertara al enemigo. Precisamente, por abrigar desde un principio esta sospecha, tanto él como Casio no les habían dado en ninguna ocasión a ellos un motivo de enojo contra sus personas.

125 De este modo sacó Bruto a su ejército y lo ordenó en formación delante de la muralla, advirtiéndoles que no se adelantaran mucho desde la colina para que la retirada, si se hacía necesaria, les resultara fácil y gozaran de una buena posición para disparar contra los enemigos. En cada bando, todos se exhortaban mutuamente y existía un ansia grande por combatir, así como una confianza excesiva. A unos les movía su miedo al hambre, a los otros un pudor justificado, porque habían forzado a su general, que abogaba por diferir todavía la acción, y temían quedarse por debajo de sus promesas o resultar más débiles que sus bravatas, y exponerse así a una rendición de cuentas bajo acusación de temeridad, más que a ser dignos de elogio por su buen consejo. Bruto, recorriendo las filas a caballo, les espetaba estas cosas con el rostro grave y las recordaba con las breves palabras que la ocasión le brindaba: «Vosotros quisisteis luchar, vosotros me obligasteis a luchar, cuando podía haber obtenido la victoria de otro modo, no defraudéis mi esperanza ni la vuestra. Tenéis como aliada a la colina y todo es de vosotros a vuestras espaldas. Los enemigos se encuentran en una situación incierta, están entre vosotros y el hambre.»

Pasaba al trote diciendo tales cosas, y los soldados lo animaban, desde sus filas, a confiar en ellos y le acom-
126 pañaban con el eco de sus gritos de aliento. Octavio y Antonio, recorriendo a sus tropas, estrechaban las dies-

tras de aquellos que estaban más próximos y les animaban con tono más solemne aún a que cumplieran con su deber, sin ocultarles el fantasma del hambre por considerarlo un oportuno acicate para estimular su valor. «Hemos encontrado, soldados, a los enemigos —les decían—, tenemos ante nosotros a aquellos que pretendíamos coger fuera de las murallas; que ninguno de vosotros mancille su propio coraje ni sea inferior a su amenaza; que nadie prefiera el hambre, ruina irremediable y dolorosa, a los muros y cuerpos de los enemigos, los cuales ceden ante la osadía, la espada y la desesperación. Nuestra situación actual es tan agobiante, que no permite posponer nada para mañana, sino que hay que decidir todo en el día de hoy hasta una victoria total o una muerte honrosa. Si os hacéis con la victoria, podéis conseguir, en un solo día y en una sola batalla, alimentos, dinero, naves, campamentos y las recompensas que os hemos ofrecido por la victoria. Y tal será el resultado, en el caso de que, desde nuestra primera acometida, nos acordemos de las necesidades que nos urgen; después, tras quebrantar sus líneas, dejémosles aislados fuera de las murallas y empujémoslos contra los precipicios o hacia la llanura, para que la guerra no rebrote de nuevo, ni los enemigos se refugien en otro período de inactividad. Pues ellos son los únicos enemigos que, a causa de su debilidad, no ponen sus esperanzas en la pelea, sino en no pelear.»

Con estos gestos y exhortaciones, Octavio y Antonio 127
animaban a los que estaban junto a ellos. A todos los embargaba el pundonor de mostrarse dignos de sus generales y escapar a la penuria, que se había agigantado de modo imprevisto a raíz de lo ocurrido en el Adriático. Y preferían, si era necesario, morir en combate y con la esperanza del triunfo, a ser consumidos por un mal sin remedio.

Imbuidos por tales sentimientos, que cada uno transmitía a su vecino, el espíritu de ambos ejércitos se elevó sobremanera y se llenaron de una audacia imperturbable. En la presente situación ya no se acordaban de que eran conciudadanos unos de otros, sino que se amenazaban como si fueran enemigos naturales y de distinta estirpe. Hasta tal punto el apasionamiento del momento ofuscaba en ellos su razón y su naturaleza. De igual modo, unos y otros adivinaban que, en ese día y en esa batalla, se iba a decidir el destino de Roma. Y así sucedió en realidad.

128 El día se consumió en estos preparativos hasta la hora nona, cuando dos águilas, cayendo sobre el espacio que separaba a ambos ejércitos, pelearon entre ellas. Reinaba el más profundo silencio. Pero, cuando la del lado de Bruto huyó, un grito agudo surgió de entre los enemigos y se alzaron las enseñas por uno y otro bando. La carga fue soberbia y terrible. Poca necesidad había de flechas, piedras o jabalinas, como era costumbre en la guerra, puesto que ni siquiera se servían de las diversas estrategias y posicionamientos usuales en los combates, sino que, en combate cuerpo a cuerpo y con las espadas desnudas, asestaban y recibían los golpes mortales y trataban de expulsarse mutuamente de la formación, los unos, en pos de su seguridad personal más que de la victoria, y los otros, en pos de la victoria y de procurar satisfacción al general al que habían obligado a luchar. La carnicería y los gritos de dolor eran enormes. Los cuerpos de los que caían eran retirados del campo de batalla y otros ocupaban su lugar procedentes de las tropas de reserva. Los generales, mientras recorrían sus filas e inspeccionaban todo, los animaban por su celo, y exhortaban a los combatientes a persistir en la lucha y relevaban a los que estaban exhaustos, de tal forma que siempre había un ardor renovado en el frente.

Finalmente, los soldados de Octavio, ya fuera por miedo al hambre o bien por la buena estrella del propio Octavio, pues ciertamente las tropas de Bruto no merecieron el más mínimo reproche, empezaron a desplazar de su posición al ejército adversario, y parecía tal como si estuvieran haciendo girar a una máquina pesadísima. Estos últimos fueron rechazados paso a paso hacia atrás, lentamente al principio, y sin decaer en su coraje. Mas, una vez que la formación había quedado ya rota, retrocedieron más aprisa y, al retroceder también con ellos los que estaban en la segunda y tercera filas, mezclándose todos entre sí de forma desordenada, se vieron desbordados por ellos mismos y los enemigos que presionaban incansablemente, y, finalmente, emprendieron una clara huida. Entonces, sobre todo, los soldados de Octavio tuvieron presente, de modo especial, la orden recibida y se apoderaron de las puertas a costa de correr un riesgo enorme, pues estaban expuestos a los proyectiles desde arriba y desde el frente, hasta que impidieron que muchos enemigos penetraran en el interior. Estos últimos huyeron hacia el mar y hacia la montaña a través del río Zigactes.

Una vez que la huida se produjo, los generales se 129
repartieron el resto del trabajo; Octavio se encargó de apresar a los que habían sido expulsados fuera del campamento, así como de la custodia del propio campamento; Antonio, a su vez, estaba en todo y atacaba a todos, a los que huían y a los que aún permanecían en pie agrupados, al resto de los campamentos, y descargaba su violencia contra todo a la vez, con un ímpetu feroz. Por temor a que los oficiales se le escaparan y reunieran de nuevo otro ejército, envió a la caballería a los caminos y a las vías de salida del campo de batalla para capturar a los que trataran de huir. Éstos se dividieron el trabajo, y unos fueron a las montañas en compañía de Rasco el tracio, que había sido enviado con ellos por

su conocimiento de los caminos, y, rodeando las posiciones fortificadas y los precipicios, cazaban como a fieras a los que salían huyendo y mantenían bajo vigilancia a los de adentro. Otros persiguieron al mismo Bruto. Cuando Lucilio vio que persistían con insistencia en su carrera, se entregó y, haciéndose pasar por Bruto, pidió ser conducido a presencia de Antonio en vez de ante Octavio. Por lo que, precisamente, se pensó también que era Bruto, que trataba de rehuir a su enemigo irreconciliable. Al enterarse Antonio que lo llevaban prisionero, salió a su encuentro y se detuvo un momento a reflexionar en el hado y la dignidad del hombre, así como en su valor, y a pensar en cómo recibiría a Bruto. Aproximándose Antonio, se le presentó Lucilio y le dijo con mucha sangre fría: «Bruto no ha sido capturado, ni jamás la virtud será presa de la maldad; yo he engañado a éstos y, por eso, estoy aquí.» Y Antonio, al ver que los jinetes estaban avergonzados, los consoló diciéndoles: «No habéis cazado una pieza peor, sino mejor para mí de lo que pensáis, en la medida en que un amigo es de más valor que un enemigo.» A continuación entregó a Lucilio al cuidado de uno de sus amigos y, posteriormente, lo retuvo con él como hombre de confianza [106]

130 Bruto escapó a los montes con un número considerable de tropas, con la intención de regresar por la noche al campamento o descender hasta el mar; pero, como todas las rutas habían sido puestas bajo vigilancia, pasó la noche en armas con todos sus efectivos. Y dicen que mirando a las estrellas exclamó:

Oh Júpiter, que no se te oculte el que es el responsable
[de estas desdichas

[106] Cf. PLUT., *Brut.* 50.

refiriéndose, como era natural, a Antonio [107]. Y también se cuenta que el mismo Antonio repitió, posteriormente, estas palabras, en medio de sus propios peligros, arrepentido de que, habiendo podido asociarse a Casio y Bruto, se había convertido en el lacayo de Octavio [108]. Pero, en esta ocasión, Antonio pasó también la noche en armas en los puestos de vigilancia establecidos frente a Bruto, rodeándose de una empalizada construida con los cadáveres y despojos apilados juntos. Octavio trabajó hasta media noche y se retiró, a causa de su enfermedad, tras haber encargado a Norbano de la guardia del campamento.

Bruto, al día siguiente, al ver que persistía la vigi- 131
lancia de los enemigos y como tenía cuatro legiones no completas, que habían subido con él a la montaña, evitó dirigirse él en persona a sus tropas, pero envió emisarios a sus oficiales, que estaban avergonzados y arrepentidos de su falta, para tantear si estaban dispuestos a forzar el paso a través de las líneas enemigas y recuperar su propio campamento, que todavía se encontraba bajo la custodia de los suyos que habían sido dejados allí. Éstos, aunque se habían lanzado a la batalla de forma irreflexiva y aunque habían sido valerosísimos durante la mayor parte del tiempo, ofuscados ya por la divinidad, respondieron de modo indigno a su propio general que se preocupara por su seguridad personal, pues ellos habían tentado ya en numerosas ocasiones a la suerte y no iban a arrojar por la borda la última esperanza de reconciliación. Entonces Bruto dijo a sus amigos: «De ninguna utilidad soy ya para la patria, si tal es la manera de pensar de éstos», y lla-

---

107 Esta consideración de Antonio como verdadero artífice de la victoria de Filipos aparece de forma recurrente en el libro V (cf. capítulos 14, 33 y 58), y es uno de los argumentos principales de la propaganda contra Augusto (cf. GABBA, *Appiano...*, pág. 186 n. 3).

108 PLUTARCO *(Brut.* 29) pone en boca de Bruto estas palabras.

mando a Estrato, el epirota, que era amigo personal suyo, le ordenó que lo atravesara con su espada. Mientras éste le aconsejaba todavía que reflexionara, llamó a uno de los esclavos. Y Estrato le dijo: «No te faltará, Bruto, un amigo, antes que tus siervos, para ejecutar tus últimas órdenes, si ya están decididas.» Y mientras decía estas palabras, clavó la espada en el costado de Bruto, que no esquivó ni cedió ante el golpe[109].

132 Así murieron Bruto y Casio, dos romanos entre los más nobles e ilustres y de incomparable virtud, a excepción de un solo crimen. A los cuales, Gayo César, aunque eran del partido de Pompeyo el Grande, y habían sido sus enemigos en la paz y adversarios en la guerra, los hizo sus amigos y, tras de esto, los trató como a hijos. El senado tuvo siempre una debilidad especial hacia ellos y, cuando cayeron en la desgracia, la máxima compasión, y por ellos concedió la amnistía a todos. Cuando escaparon, los envió a gobiernos de provincias para que no fueran exilados, y no lo hizo como gesto de desprecio hacia Gayo César, ni porque se alegrara con lo que le había ocurrido a él, de quien, en vida, admiró su valor y buena fortuna y, una vez muerto, le otorgó un funeral público, ratificó sus actos y creó, durante largo tiempo, las magistraturas y gobiernos de provincias de acuerdo con el testamento de César, en la creencia de que no podía hacerse nada mejor que cumplir con su voluntad. Pero su afán por estos hombres y su solicitud por ellos, llevó al senado hasta hacerse sospechoso de calumnia. Tanta estima recibieron ellos dos de todos. Y también, por parte de los exilados de mayor lustre, fueron más honrados que Pompeyo, aunque estaba más próximo y no tenía una culpa irreconciliable, mientras que estos dos estaban más lejos y eran irreconciliables.

---

[109] Sobre las palabras de Bruto al morir, cf. DIÓN CAS., XLVII 49, 2.

Y cuando fue necesario recurrir a las armas, en dos 133
años no completos, reunieron más de veinte legiones de soldados de infantería, unos veinte mil jinetes, más de doscientos navíos de guerra y el restante equipo en proporción, riquezas incontables, tanto de aquellos que contribuyeron voluntariamente como de los que lo hicieron obligados. Sostuvieron guerras con pueblos y ciudades y contra muchos de la facción opuesta, culminándolas con éxito. Dominaron todas las naciones que se extienden desde Macedonia hasta el Eufrates; y, a cuantos hicieron la guerra, los convencieron de que se aliaran con ellos, y se aseguraron, así, su fidelidad. También utilizaron los servicios de reyes y príncipes, e incluso de los partos, aunque eran enemigos naturales de los romanos, pero a estos últimos sólo los emplearon en asuntos de menor importancia; mas, para la acción decisiva, no esperaron su llegada, a fin de que un pueblo bárbaro y hostil no se acostumbrase a luchar contra romanos. Y lo más sorprendente de todo, en verdad, el ejército, que era en su mayor parte el de Gayo César y había estado unido a éste por una adhesión maravillosa y pronta, se dejó ganar por éstos, que habían sido los asesinos de aquél, y los siguieron contra el hijo de César con mayor fidelidad que a Antonio, compañero de armas y colega de César; pues ninguno de ellos desertó de Bruto o Casio, ni siquiera cuando habían sido derrotados, los mismos que habían desertado de Antonio en Bríndisi antes del comienzo de la guerra. La razón de su milicia, en tiempos de Pompeyo y entonces, no fue luchar por sus intereses personales, sino por defender la democracia, nombre especioso pero siempre falto de provecho [110]. Y cuando juzgaron que ya no eran de uti-

[110] GABBA, *Appiano...*, pág. 184, n. 1, se muestra de acuerdo con A. ZERDIK, *Quaestiones Appianneae*, tesis doct., Kiliae, 1886, pág. 5, n. 2, en que esta afirmación hay que interpretarla no como un juicio pesimista de su fuente, sino como apreciación personal de Apiano.

lidad para la patria, ambos despreciaron, por igual, sus propias vidas. En sus preocupaciones y esfuerzos, Casio atendió, sin desviar su atención, tan sólo a la guerra, igual que los gladiadores clavan la mirada en su antagonista. En cambio, Bruto, donde quiera que estuviese, le gustaba contemplar y escuchar todo, ya que poseía un espíritu filosófico en nada desdeñable.

134 Pero a unos hombres de tal calibre en todos los aspectos sólo cabría oponerles su alevoso crimen contra César[111]. El cual no fue, ciertamente, un crimen sencillo ni de poca envergadura, pues fue cometido de forma inesperada contra un amigo, con ingratitud contra un benefactor que les había salvado la vida en la guerra, de manera impía contra la cabeza del Estado, en el edificio del senado y contra un pontífice revestido con sus ornamentos sagrados y con un poder como ningún otro, y que había prestado mayores servicios que nadie a su patria y al imperio. Por estas razones, la divinidad se irritó contra ellos y se lo indicó en numerosas ocasiones por medio de presagios funestos. Por ejemplo, a Casio, cuando realizaba una lustración para su ejército, el lictor le puso la corona del revés; una Victoria, estatua de oro ofrendada por Casio, se cayó; muchas aves se posaron sobre su campamento sin emitir ningún sonido, y nutridos enjambres de abejas permanecían aposentados continuamente en este mismo campamento. A su vez, Bruto, mientras celebraba su cumpleaños en Samos, dicen que, en el transcurso del

[111] Según Gabba (*Appiano...*, págs. 184-187), a diferencia del caso de Pompeyo, en el trágico final de los cesaricidas tal como lo presenta Apiano confluye, junto a la concepción fatalista del historiador, una razón más profunda: la fatal necesidad de expiar el asesinato de César, humanamente injustificable, que pudo desatar la ira de los dioses contra la que de nada valió la bondad plenamente reconocida a la causa de Bruto y Casio y al alto ideal que ambos sustentaban.

banquete, aunque no era hombre dado a tales citas, gritó, sin causa aparente, el siguiente verso:

Pero a mí, un hado funesto y el hijo de Leto me han [matado.

Cuando se disponía a cruzar desde Asia a Europa, mientras estaba despierto durante la noche, se tornó mortecina la luz y tuvo una visión de una forma sorprendente que se ponía a su lado, y, al preguntarle con mucho valor qué hombre o dios era, el fantasma le contestó: «Bruto soy tu genio malo y me apareceré a ti en Filipos.» Y cuentan que se le apareció antes de la última batalla.

Cuando el ejército salía a combatir delante de las murallas, le salió al encuentro un etíope. Los soldados lo hicieron pedazos de inmediato por considerarlo como un mal augurio. Y, sin duda, fue algo debido a los dioses el hecho de que Casio, después de una lucha incierta, desesperara de todo sin razón, y el que Bruto fuera forzado a abandonar su prudente política de demora para entablar combate con unos hombres agobiados por el hambre, a pesar de tener abundancia de provisiones y dominar el mar, así que sufrió la derrota más bien por causa de sus propias tropas, que por las de sus enemigos. Y, por último, aunque habían participado en combates y nunca habían sufrido ningún daño en ellos, ambos llegaron a ser sus propios asesinos, como lo habían sido de César. Tal fue el castigo que sufrieron Bruto y Casio.

Cuando Antonio encontró el cadáver de Bruto, lo 135
revistió con el mejor vestido de púrpura, de inmediato, y, después de incinerarlo, envió las cenizas a su madre Servilia [112]. El ejército de Bruto, al enterarse de su

[112] Cf. PLUT. *Brut.* 53.

muerte, envió emisarios a Octavio y a Antonio, y alcanzaron el perdón y fueron repartidos entre los ejércitos de ambos. Sumaban alrededor de catorce mil hombres. También se rindieron los que ocupaban los fortines, que eran muchos. Octavio y Antonio entregaron estos fortines y el campamento enemigo a sus soldados para que los saquearan. Entre los hombre notables que acompañaban a Bruto, algunos murieron en los combates [113], otros se suicidaron igual que los generales, y otros continuaron luchando de propósito hasta morir; entre éstos se encontraba Lucio Casio, el cuñado de Casio, y Catón el hijo de Catón, que cargó numerosas veces contra los enemigos y, cuando sus hombres se retiraron, se despojó del yelmo para ser reconocido o convertirse en un blanco fácil, o por ambas razones. Labeo, notable por su sapiencia y padre de aquel otro Labeo que todavía hoy goza de fama como experto en leyes, cavó en su tienda una zanja del tamaño de su cuerpo, dio orden a sus esclavos en relación con el resto de sus asuntos y dispuso su última voluntad para su esposa e hijos por medio de cartas que entregó a sus siervos para que se las entregasen a aquéllos; entonces, cogiendo de la mano derecha a su esclavo más fiel, le hizo dar una vuelta en círculo, como es costumbre para los romanos que conceden la libertad a un esclavo, y a continuación le entregó una espada y le ofreció el pecho.

136 Y de este modo su tienda fue su tumba. Rasco, el tracio, regresó de las montañas con muchas tropas y solicitó como recompensa, y la obtuvo, la salvación de su hermano Rascúpolis. Por lo cual quedó de manifiesto que no habían existido diferencias desde un principio entre estos tracios, sino que, al ver dos ejércitos grandes y equilibrados en su territorio, se repartieron

[113] Sobre los miembros de la nobleza caídos en Filipos, cf. Syme, *The Roman Revolution*, págs. 205-206.

su destino incierto para que el vencedor salvara al vencido. Porcia, la esposa de Bruto y hermana de Catón el Joven, cuando se enteró de que ambos habían muerto en la forma dicha, aunque era vigilada muy estrechamente por sus servidoras, arrebató algunos tizones encendidos que eran trasportados en un brasero y se los tragó. De los miembros de la nobleza que huyeron a Tasos, unos se hicieron a la mar desde allí, y otros se rindieron con el resto del ejército a Mesala Corvino y Lucio Bíbulo, hombres de igual rango, para que hicieran con todos ellos lo que hubieran decidido hacer con ellos mismos. Y éstos llegaron a un acuerdo con Octavio y Antonio por el cual entregaron a este último, a su llegada a Tasos, todo el dinero y las armas que había allí, además de abundantes provisiones y gran cantidad de material de guerra almacenado [114].

De esta forma, Octavio y Antonio, gracias a una 137
audacia peligrosa, realizaron en dos combates de infantería tal hazaña como no hubo otra anteriormente. Pues nunca hasta entonces habían contendido entre sí dos ejércitos tan grandes de romanos y de calidad similar. Estos soldados no estaban reclutados a partir de levas ordinarias, sino que habían sido elegidos por su valor; no eran novatos, sino tropas con gran veteranía y que luchaban entre sí y no con gentes de otras razas o con pueblos bárbaros. Y, como tenían la misma lengua, la misma técnica militar y un entrenamiento y disciplina similares, por estas mismas razones eran casi invencibles el uno para el otro. Jamás se puso en la guerra un afán y una osadía tan grandes, ya que se trataba de ciudadanos que luchaban contra ciudadanos, de familiares contra familiares y de camaradas contra camaradas. Y prueba de ello es que el número de bajas, si se toman en consideración ambas batallas, parece que

[114] Cf. SYME, *ibid.*, pág. 206.

no fue inferior entre los vencedores que entre los vencidos.

138 El ejército de Antonio y Octavio hizo bueno el cálculo de sus generales al pasar, en un solo día y en virtud de una sola acción, del peligro extremo del hambre y el miedo a la destrucción a una situación de abundancia opulenta y de salvación segura y a una victoria gloriosa. Y, ciertamente, se cumplió lo que, cuando iban al combate, habían presagiado para los romanos, pues quedó decidida su forma de gobierno, gracias, sobre todo, a aquella batalla, y ya no retornaron a la democracia, ni tuvieron necesidad de contiendas similares entre ellos, con excepción de la lucha civil, no mucho después, entre Antonio y Octavio, que fue la última que tuvo lugar entre romanos. Los sucesos que acaecieron entre ambos hechos, después de la muerte de Bruto y bajo (Sexto) Pompeyo y los amigos de Casio y Bruto que habían escapado con una parte importante de los restos de tan gran material de guerra, no se pueden comparar ya a esta contienda ni por la osadía ni por la adhesión de los hombres y de las ciudades, y de los soldados a sus jefes; pues ni la nobleza, ni el senado, ni la misma gloria se pusieron de parte de ellos como se habían puesto del lado de Casio y Bruto.

LIBRO V

SINOPSIS

1. Introducción al libro V.
2. Los seguidores de Bruto, después de Filipos.
3. Antonio y Octavio se distribuyen las tareas, provincias y ejércitos después de Filipos.
4-6. Antonio en Éfeso. Contribuciones impuestas a Asia.
7. Antonio recorre y organiza las provincias del Oriente.
8-10. Encuentro entre Antonio y Cleopatra en Tarso. Ataque a Palmira.
11. Antonio inverna en Alejandría.
12-13. Octavio en Italia. Dificultad en las asignaciones agrarias a los veteranos.
14. Intervención de L. Antonio y Fulvia, esposa de Antonio.
15-17. Consecuencias del trastorno agrario y social. Prepotencia del ejército. Consideraciones sobre la nueva mentalidad de los soldados.
18. Caos económico en Italia y hambre en Roma.
19. Actuación del cónsul L. Antonio.
20. El encuentro de Teano.
21-23. Nuevos y vanos intentos de reconciliación entre ambas facciones.
24. Preparativos militares por ambos bandos.
25. Pompeyo incrementa su poder.
26. La situación en África. Ahenobarbo ataca Bríndisi.
27. Italia se divide entre las dos facciones ante la inminencia de la guerra.
28-29. Último intento fallido de llegar a un acuerdo.
30-31. Acontecimientos bélicos hasta el asedio de Perusia.
32-33. Lucio se retira a Perusia. Bloqueo de la ciudad por Octavio.
34-37. Octavio refuerza el asedio. Intentos vanos de los asediados por romperlo.

38. Deserciones y desánimo entre las tropas de Lucio.

39. Discurso de Lucio a sus tropas.

40. Embajada de Lucio a Octavio.

41-45. Encuentro entre Lucio y Octavio.

46-47. La rendición del ejército.

48-49. Captura e incendio de Perusia. Castigo de los culpables.

50. Dispersión de las tropas antonianas en Italia.

51. La muerte de Fufio Caleno. Octavio se apodera del ejército de Antonio en la Galia.

52. Antonio parte de Alejandría. Sus relaciones con Sexto Pompeyo.

53-54. Disposiciones de Octavio en Italia ante una posible alianza entre Antonio y Pompeyo.

55. Encuentro en el Adriático de Antonio y Ahenobarbo.

56. Antonio desembarca en Italia y pone cerco a Bríndisi.

57. Octavio organiza la defensa de Italia.

58-59. Antonio y Octavio en torno a Bríndisi. Muerte de Fulvia.

60-63. La mediación de L. Cocceyo Nerva.

64-65. El acuerdo de Octavio y Antonio en Bríndisi.

66. Octavio y Antonio en Roma.

67-68. Sublevación en Roma.

69. Primer intento de acuerdo con Sexto Pompeyo.

70. Discrepancias sobre el acuerdo entre las tropas de Pompeyo.

71-73. El encuentro de Miseno.

74. Alegría en Italia por el acuerdo.

75. Antonio dispone los asuntos de Oriente según sus planes.

76. Antonio inverna en Atenas.

77. Ruptura del acuerdo entre Octavio y Pompeyo.

78-79. Defección de Menodoro a Octavio. Éste llama a Italia a Octavio.

80. Preparativos de guerra.

81-83. La batalla naval de Cumas.

84-86. Derrota de la flota de Octavio en el Estrecho de Mesina.

87-90. La noche después de la batalla. La tempestad del día siguiente destruye casi por completo la flota de Octavio.

91. Medidas de Octavio para paliar la grave situación.

92. Medidas políticas y militares de Octavio.

93-95. El encuentro de Tarento.

96. Defección de Menodoro a Pompeyo. *Lustratio* de la flota.

97. Comienzo de las hostilidades. Plan de defensa de Pompeyo.

98-99. Operaciones navales de Octavio. Una tempestad daña seriamente a su flota.

100-102. Actitud de Pompeyo y nueva defección de Menodoro.

103. Octavio prepara el desembarco en Sicilia.

104. Papias destruye parte de las naves de Lépido.
105-108. Maniobras de la flota de Octavio. La batalla de Milas.
109-110. El desembarco de Octavio.
111. Derrota de la flota de Octavio.
112. Medidas de Octavio para afrontar la situación.
113-115. Cornificio se repliega al interior de la isla y llega a Milas.
116-117. Defensa de Pompeyo en la costa septentrional.
118-121. La batalla de Nauloco y la derrota de Pompeyo.
122. Huida de Pompeyo. Toma de Mesina.
123-126. Intentona fallida de Lépido y su destino final como privado.
127-129. Octavio recompensa a su ejército, sofoca una sublevación de sus tropas e impone tributos a Sicilia.
130-131. Octavio en Roma. Honores decretados a él. Devolución de los esclavos a sus dueños.
132. Medidas de Octavio sobre política interna.
133. La fuga de Pompeyo a Asia.
134-136. Embajada pompeyana a Antonio y réplica de éste a los embajadores.
137-139. Pompeyo en Asia. Su lucha contra los generales de Antonio.
140-142. La captura de Sexto Pompeyo.
143-144. Breve semblanza de Sexto Pompeyo. La responsabilidad de su muerte.
145. Capítulo final: el libro *Sobre Iliria*.

Después de la muerte de Casio y Bruto, Octavio 1 regresó a Italia y Antonio marchó a Asia, en donde Cleopatra, la reina de Egipto, se reunió con él, y, nada más verla, quedó subyugado ante su belleza [1]. Esta pasión acarreó la ruina de ambos y de todo Egipto, tras ellos.

[1] Como es costumbre en los libros de la *Guerras Civiles* y, en general, en la obra de Apiano, se inicia este libro con un capítulo de introducción de su propio cuño, en el que expone el argumento. Sobre la estructura del mismo y, en general, sobre este libro V, véase el magnífico comentario de E. Gabba, en *Appiani Bellorum Civilium Liber Quintus*, Florencia, 1970, imprescindible para todo aquel que quiera profundizar en los temas tratados en este libro; de la estructura, en concreto, trata en la Introducción, págs. IX-XVII.

Por esta razón, Egipto va a ocupar una parte de este libro, parte pequeña, sin embargo, y no merecedora de un título específico, puesto que se trata de un episodio incidental a las Guerras Civiles, de mucha mayor proporción. Pues, ciertamente, después de Bruto y Casio, hubo otras guerras civiles similares, aunque ya no había ningún general al mando de todas las tropas como en el caso de aquéllos. Estas últimas guerras fueron esporádicas, hasta que Sexto Pompeyo, el hijo más joven de Pompeyo el Grande y último representante de esta facción fue muerto, como lo habían sido Bruto y Casio, y Lépido fue desposeído de su parcela de poder en el triunvirato, y todo el gobierno de Roma vino a parar a las manos de dos hombres solamente, Antonio y Octavio [2]. Cada uno de estos hechos sucedió como sigue.

2 Casio, de sobrenombre Parmesio [3], había sido dejado por Bruto y Casio en Asia, con una flota y un ejército para que recolectara dinero. Tras la muerte de Casio, sin prever un destino semejante para Bruto, seleccionó a treinta naves rodias, las que pensaba dotar de tripulación, y quemó las restantes, salvo la sagrada,

---

[2] Este libro comprende el período histórico que va desde el momento posterior a Filipos hasta la muerte de Sexto Pompeyo (35 a. C.), lo que implica una cierta discrepancia con lo expresado por el autor en su *Pról.* 14, y *supra*, I 6, de concluir su historia después de Accio. Gabba *(Appiani...*, V, pág. X) atribuye este hecho a razones patrióticas (él era oriundo de Egipto), en virtud de las cuales habría transferido los hechos posteriores al 35 a. C. a su *Historia de Egipto* (hoy perdida), y también dado que, según el propio autor afirma en este capítulo, la guerra en Egipto estaba en íntima conexión con las Guerras Civiles (cf., también, n. 10 al libro I).

[3] G. Casio de Parma, tal vez cuestor en el 43 a. C. (cf. T. R. S. Broughton, *The magistrates of the Roman Republic*, I-II y supl., Nueva York, 1950-1960, II, pág. 341). Había participado en la conjura contra César (aunque no aparece en la lista de conjurados que da Apiano en II 113). Se unió, después de Filipos, a Sexto Pompeyo, y en el 35 a. C. se pasó a Antonio (cf. *infra*, V 139). Murió en Atenas después de la batalla de Accio (cf. Val. Máx., I 7, 7).

a fin de que no pudieran provocar una revuelta. Después de llevar a cabo esto, se hizo a la mar con sus propios barcos y las treinta naves. Clodio [4], que había sido enviado por Bruto a Rodas con trece naves, al encontrarse con que los rodios [5] se habían sublevado —pues ya estaba muerto también Bruto— rescató a la guarnición consistente en tres mil soldados y se unió a Parmesio. También lo hizo Turulio [6], con otras naves y gran cantidad de dinero que había tomado de Rodas previamente por la fuerza. A esta flota, que tenía ya una fuerza considerable, acudieron todos aquellos que prestaban servicios en diversas partes de Asia, y ellos la dotaron de tripulación tomando soldados de donde podían, y remeros entre los esclavos o prisioneros y entre los isleños de las islas a las que arribaban. Se unieron a ellos Cicerón, el hijo de Cicerón [7], y cuantos otros miembros de la nobleza habían escapado de Tasos [8]. Y rápidamente contaron con un número importante y cuadros dignos de oficiales, soldados y naves. Una vez que se les unió Lépido [9] con un contingente adicional de tropas, que habían sometido a Creta bajo la jurisdicción de Bruto, navegaron hasta el Adriático para unirse

---

[4] Cf. Münzer, en *RE,* s.v. *Clodius,* núm. 3.

[5] Sobre los rodios en este tiempo, cf. n. 71 al libro IV.

[6] Acabó como almirante de Antonio (cf. Dión Cas., LXI 8, 2; Val. Máx., I 1, 19).

[7] Cf., sobre él, nn. 39 y 40 al cap. 51 del libro IV.

[8] Sobre los huidos a Tasos, cf. n. 113 al cap. 134 del libro IV.

[9] De indentificación discutida, según M. Grant, *From Imperium to Auctoritas,* Cambridge, 1949, págs. 35 y sigs., se trataría de *P. Aemilius P.f. Lepidus,* un monetal (cf. Brouhgton, II, pág. 342). Para Rhoden, en *RE,* s.v. *Aemilius,* núm. 82, podía ser P. (o L.) Emilio Lépido, hijo de un hermano del triunviro, que fue proscrito con su padre en el 43 a. C. (cf. Dión Cas., LIV 2, 1), se unió a los cesaricidas y, luego, se reconcilió con Octavio cuando este luchaba con Sexto Pompeyo (cf. Suet., *Aug.* 16, 3), fue cónsul *suffectus* en el 34 a. C.

a Murco [10] y a Domicio Ahenobarbo [11], quienes tenían a su mando una fuerza naval muy estimable. Algunos de ellos atravesaron, con Murco, hasta Sicilia y se unieron a las tropas de Sexto Pompeyo, otros se quedaron junto a Ahenobarbo y crearon su propia facción. De tal modo tuvo lugar la primera concentración de los efectivos que habían quedado de todos los preparativos hechos por Casio y Bruto.

3 Después de la victoria de Filipos, Octavio y Antonio ofrecieron un sacrifio magnífico y elogiaron a sus tropas. Con objeto de proceder a la entrega de las recompensas por la victoria, Octavio marchó a Italia para repartir la tierra entre ellos y asentarlos en las colonias —pues había elegido para sí esta tarea a causa de su enfermedad— y Antonio avanzó hasta los pueblos de allende el Egeo para reunir el dinero que les habían prometido. Se repartieron entre sí las provincias, como antes [12], y añadieron, además, las de Lépido [13]. Pues se había decidido, a instancias de Octavio, otorgar la independencia a la Galia Cisalpina [14], de acuerdo con el criterio de César. Lépido fue acusado de traicionar los intereses del triunvirato en favor de Pompeyo y se decidió que si Octavio encontraba falsa esta acusación, se

---

10 Cf. n. 87 al cap. 77 del libro III, y GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*

11 Cf. n. 86 al cap. 86 del libro IV.

12 Cf. *supra*, IV 2.

13 De éstas, Antonio obtuvo la Galia Narbonense y retuvo la Comata, en tanto que Octavio recibía las dos Españas.

14 Que pasaba a formar parte de Italia, y que Antonio prometió entregar. Italia estaba incluida en la división. Según DIÓN CAS., XLVIII 1, 3 y 22, 2, hubo un reparto de las provincias africanas (Octavio habría conservado *Africa Nova* y Antonio habría obtenido la *Vetus)* (cf. RICE HOLMES, *The architect of the Roman Empire*, 2 vols., Oxford, 1928/31, I, págs. 218-219, quien la rechaza, y, por el contrario, GSELL, *Hist. Anc. de l'Afrique du Nord*, VIII, págs. 188 y sigs., en especial página 191 y nn., que sigue la versión de Dión Casio).

le entregarían otras provincias [15]. Licenciaron a aquellos soldados que habían cumplido su período completo de milicia [16], salvo ocho mil, los cuales solicitaron seguir en el servicio. A estos últimos los aceptaron de nuevo, y se los repartieron y los formaron en cohortes pretorianas [17]. El resto de las tropas con las que contaban, incluyendo aquellas que se habían pasado de Bruto, arrojaban un total de once legiones de infantería y catorce mil jinetes. De estas tropas, Antonio tomó, para su expedición al extranjero, seis legiones de infantería y diez mil jinetes, y Octavio, cuatro mil jinetes y cinco legiones, pero dio a Antonio dos de estas últimas a cambio de otras que habían sido dejadas en Italia por Antonio bajo el mando de Caleno [18].

---

[15] Como en efecto ocurrió (cf. cap. 12). Lépido representaba, en estos momentos, la tendencia conservadora y senatorial a la que había estado ligado tradicionalmente por vínculos familiares. De hecho, su participación en el triunvirato se debió fundamentalmente a la importancia de su ejército, al nombre de su famosa *gens* patricia y a los vínculo políticos que lo unían a la oligarquía senatorial (cf. SYME, *The Roman Revolution*, Oxford, 1939, págs. 165 y sigs. y 230 y sigs.).

[16] Parece concluirse de aquí un tiempo límite de permanencia continuada en la milicia, tal vez 16 años (cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*; y, además, R. E. SMITH, *Service in Post-Marian Roman Army*, Manchester, 1958, pág. 35, y P. BRUNT, *Italian Manpower [225 B.C.-A.D. 14]*, Oxford, 1971, págs. 400 y sigs.).

[17] GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, cita al respecto a M. DURRY, *Les cohortes prétoriennes*, París, 1938, págs. 75-76.

[18] El cual había permanecido allí para controlar realmente a Lépido, que había quedado al mando de Italia cuando Antonio y Octavio partieron hacia Oriente contra Bruto y Casio a comienzos del 42 a. C. (cf. SYME, *The Roman Revolution*, pág. 202). Sobre este personaje, Q. Fufio Caleno, cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Fufius*, núm. 10. Había sido tribuno de la plebe en el 61 a. C., pretor en el 59 a. C., legado de César en la Galia en el 51 a. C. y cónsul en el 47 a. C. Tal vez sea el mismo que, según Apiano (*supra*, IV 47), ayudó a salvarse a Varrón durante las proscripciones. En el 41 a. C. (cf. cap. 51 de este libro), aparece como comandante de Antonio en la Galia Transalpina, con 11 legiones, y es posible que, a pesar de haber sido requerido para ello,

4 Así pues, Octavio se dirigió hacia el Adriático, y Antonio, cuando estuvo en Éfeso [19], ofreció con gran pompa un sacrificio a la diosa de la ciudad [20] y perdonó a los que se habían refugiado en su templo como suplicantes [21] después del desastre de Bruto y Casio, con excepción de Petronio [22], que había sido convicto de participar en el asesinato de César, y de Quinto, que había puesto en manos de Casio a Dolabella, mediante traición en Laodicea [23]. Reunió, posteriormente, a los griegos y a todos los demás pueblos que ocupan la parte de Asia en torno a Pérgamo, ya sea que estuvieran presentes por delegaciones, en conformidad con el acuerdo [24] o que hubieran sido citados allí, y les dijo lo si-

no hubiese cedido a Octavio el mando de las dos legiones que tenía (cf. cap. 20 de este libro, y, además, P. Brunt, *Italian...*, págs. 489-493).

19 Según Plut., *Ant.* 23, habría permanecido algunos meses en Grecia, y el paso a Asia debió de tener lugar en la primavera del 41 a. C. Sobre la política de Antonio en Oriente y su conexión con los acontecimientos en Italia, cf., en general, H. Buchheim, *Die Orientpolitik des Triunvirn M. Antonius. Ihre Voraussetzungen, Entwicklung und Zusammenhang mit den politischen Ereignissen in Italien,* en Abhandl. der Heidelberger Akademie der Wissench, Phil.-Hist. Klasse, 1960, 3.

20 Se trata de la Ártemis (Diana) efesia (cf. L. Sechan-P. Levéque, *Les grandes divinités de la Grèce,* París, 1966, págs. 358-359).

21 Su templo era famoso por el derecho de asilo (cf., además, capítulo 9; Estrab., XIV, 23; Stengel, en *RE,* s.v. *Asylon,* col. 1884). La tradición apianea, filoantoniana, silencia el recibimiento «dionisíaco» de Antonio en Éfeso y su política religiosa en el Oriente, fuente de críticas ulteriores hacia su persona (cf., sobre este particular y la valoración del episodio de Éfeso, Gabba, *Appiani...,* V, com. *ad loc.).*

22 Tal vez, un senador (cf. Münzer, en *RE,* s.v. *Petronius,* núm. 85).

23 Cf. *supra,* IV 62.

24 Se refiere al pacto del *koinón* de Asia. Tomo esta traducción de Gabba *(Appiani...,* V, com. *ad loc.),* que sigue a Buchheim, *Die Orientpolitik...,* pág. 99 n. 15, el cual piensa que aquí se alude al *koinón* de Asia. Habría, pues, que distinguir entre los griegos del *koinón,* presentes por delegaciones, de los no griegos «convocados». Deininger, por el contrario («Brutus und die Bithyner», *Rh. Mus.* 106 [1966], 366-368), descarta esta interpretación y piensa que la reunión de Éfeso fue del

guiente [25]: «A vosotros, oh griegos, vuestro rey Átalo [26] os puso en nuestras manos en su testamento, y al punto fuimos para vosotros mejores de lo que lo había sido Átalo, pues os eximimos de los tributos que pagabais a éste, hasta que la aparición, también entre nosotros, de agitadores populares hizo necesario estos tributos [27]. Mas cuando esto ocurrió, no os los impusimos en razón a una estimación fijada, de forma que pudiéramos recaudar una suma segura, sino que os ordenamos que contribuyerais con una parte proporcional de vuestras cosechas anuales para así participar de vuestras vicisitudes. Y cuando los encargados de la recaudación por delegación del senado os violentaron y os exigieron mucho más de lo debido [28], Gayo César os devolvió una tercera parte de vuestra aportación y puso fin a los abusos. Pues puso en vuestras manos la tarea de recaudar

---

tipo de la de Sila (cf. Apiano, *Mitríd.* 61-62) y que habría que entender *epì synthései* «para una clarificación».

[25] Según Gabba *(Appiani...,* V, com. *ad loc.),* el discurso de Antonio proviene de una fuente óptima que podría ser *de vectigalium Asiae constitutione* de Mesala (cf., además Gabba, *Appiani...,* V, Intr., pág. XVI).

[26] Atalo III Filométor, de Pérgamo, muerto en la primavera del 133 a. C. (cf. Apiano, *Mitríd.* 62). Sobre las controversias surgidas entre las ciudades griegas del antiguo reino de Pérgamo en el 133 (y, en especial, entre el 123 y 50 a. C.) y los *publicani,* así como sobre la exención de tributos, cf. Gabba, *Appiani...,* V, com. *ad loc.,* y consideraciones de Nicolet, *Roma y la conquista del mundo mediterráneo,* I (trad. cast.), Barcelona, 1982, págs. 179 y sigs., con bibliografía específica sobre el tema en pág. 401.

[27] Por medio de la *lex de vectigalibus de Provincia Asia* de G. Sempronio Graco, en el 123 a. C., por la que todas las ciudades griegas hasta aquel momento inmunes se vieron obligadas a pagar una tasa (en contra de las cláusulas del testamento de Átalo), con excepción de Pérgamo. Es importante esta ley, pues a partir de esta fecha el sistema de arrendamiento de gastos y percepción de ingresos va a sufrir una modificación sustancial y se van a crear sociedades anónimas, que se llamaban según el nombre de la provincia o del tipo de impuesto que tenían bajo control.

[28] Cf. Apiano, *Mitríd.* 121, y *supra,* II 92.

los tributos a los agricultores. Y a quien tuvo un comportamiento tal nuestros ciudadanos honorables lo llamaron tirano, y vosotros les ayudasteis con grandes sumas de dinero a ellos que eran los asesinos de vuestro bienhechor y en contra de nosotros que perseguíamos su venganza.

5 »Sin embargo, como la justa fortuna sentenció la guerra no en el sentido que vosotros queríais, sino como debía ser, si fuera necesario trataros como a unos aliados de nuestros enemigos habría que castigaros, pero, puesto que creemos voluntariamente que vosotros habéis actuado así en virtud de una fuerza mayor, os eximimos de las penas más severas, mas necesitamos dinero, tierra y ciudades como premios para la victoria de nuestros ejércitos. Hay veintiocho legiones de infantería[29], que, junto con las tropas auxiliares, arrojan una cifra de más de ciento setenta mil hombres, además de la caballería y de otros diversos cuerpos de tropas. En razón de un número tan grande de soldados, podéis imaginar la envergadura de nuestras necesidades. Octavio ha partido para Italia a fin de proceder al reparto de tierras y ciudades entre ellos, para expropiar Italia, por decirlo lisa y llanamente. Y con objeto de no expulsaros de vuestras tierras, ciudades, casas, templos y tumbas, hemos pensado que vuestra aportación sea en dinero y no de todo el que tenéis —pues ni siquiera podríais pagar la suma—, sino de una parte de él, y muy pequeña, que os va a alegrar cuando os enteréis de ella. Nos bastará con recibir lo que entregasteis[30] a nuestros enemigos en dos años —y les disteis los tributos de diez años en ese tiempo—, pero debéis pagarlo en uno solo, pues nos acucia la necesidad. Y como sois sensibles a nuestro trato de favor hacia

[29] Cf. n. 11 bis a IV 3, en donde se da un total de 43 legiones.
[30] Cf. *supra*, IV 75 y n. 74.

vosotros, quiero añadir simplemente que el castigo impuesto no es comparable a ninguna de vuestras faltas.»

Éstas fueron sus palabras, haciendo referencia al 6 pago de una aportación para veintiocho legiones de infantería, en tanto que, según tengo entendido, eran cuarenta y tres cuando llegaron a un acuerdo en Módena[31] y les prometieron estas recompensas, pero la guerra las habría reducido probablemente a esta cifra[32]. Los griegos, mientras él estaba hablando, se arrojaban contra el suelo y alegaron en su defensa la coacción y la violencia ejercida contra ellos por Bruto y Casio, y que no se merecían castigo, sino compasión; que ellos hubieran entregado el dinero voluntariamente a sus bienhechores, pero que habían sido privados de él por los enemigos, a quienes habían dado no sólo su dinero, sino también, a falta de éste, sus objetos de valor y sus ornamentos sagrados, y que habían acuñado en moneda estas cosas en presencia de ellos. Finalmente, ante la insistencia de sus ruegos, consiguieron rebajar la cantidad a tasas de nueve años pagaderas en dos. Se ordenó también el pago de unas sumas adicionales a los reyes, príncipes y ciudades libres, según las disponibilidades de cada uno de ellos.

Mientras Antonio llevaba a cabo una gira por las 7 provincias, Lucio[33], el hermano de Casio, y algunos otros que temían por su integridad física, al enterarse del perdón de Éfeso, se acercaron como suplicantes. Les

---

[31] Se refiere al encuentro de Bononia (Bolonia) en noviembre del 43 a. C., celebrado en una isla a mitad de camino entre Mutina (Módena) y Bononia (cf. *supra,* IV 2 y n. 3).

[32] Cf. n. 11 bis al libro IV, cap. 3 y Rice Holmes, *The architect of the Roman Empire,* I, págs. 217-218.

[33] L. Casio Longino (cf. Münzer, en *RE,* s.v. *Cassius,* núm. 65). Estuvo con César en la guerra civil del 49 a. C. Fue tribuno de la plebe en el 44 a. C. y no tomó parte en la guerra civil al lado de su hermano, lo que sí hizo su hijo G. Casio, el cesaricida, que cayó en la batalla de Filipos (cf. *supra,* IV 135).

concedió el perdón a todos, excepción hecha de los que habían sido convictos del asesinato de César, pues con éstos únicamente fue implacable [34]. Dio un respiro a las ciudades que habían sufrido más severamente, y así eximió del pago de los tributos a los licios, impulsó la reconstrucción de Janto y dio a los rodios Andros, Tenos, Naxos y Mindo [35], de las cuales fueron despojados poco después, porque las gobernaron con excesiva rudeza [36]. Otorgó la libertad a las ciudades de Laodicea [37] y Tarso [38] y las eximió del pago de tributos, y a los habitantes de esta última, que habían sido vendidos como esclavos, los liberó de la esclavitud mediante un edicto [39]. Cuando los atenienses acudieron a él para pedirle Tenos, les dio Egina, Icos, Ceos, Escíatos y Peparetos [40]. Prosiguió su avance hacia Frigia, Misia [41], Galacia de Asia, Capadocia, Cilicia, Cele-Siria, Palestina, Iturea [42] y las demás regiones de Siria, e impuso sobre todas ellas fuertes contribuciones y actuó de árbitro entre ciudades y reyes —en Capadocia, por ejemplo, entre Ariárates [43] y Sisina, a quien ayudó a obtener el trono a causa de su madre Glafira, que se le antojó una her-

---

[34] En virtud de la *lex Pedia* (cf. *supra,* III 95 y n. 109).

[35] Islas del Egeo del grupo de las Cícladas.

[36] Tal vez después de Accio (cf. Schmitt, *Rom und Rhodos,* Munich, 1957, págs. 186-187).

[37] Cf. *supra,* IV 52, 60 y 62.

[38] Cf. *supra,* IV 52 y 64.

[39] Cf. Rostovtzeff, *Historia social y económica del mundo helenístico,* Madrid, 1967.

[40] Icos, Escíatos y Peparetos son las tres islas principales del grupo de las Espóradas septentrionales. Ceos es una isla del grupo de las Cícladas. Egina está frente a la costa del Ática.

[41] Ambas, Frigia y Misia, formaban parte de la provincia de Asia.

[42] Región de Siria.

[43] Ariarates había sustituido en el trono de Capadocia, en el 42 a. C., a Ariobarzanes, muerto por Casio (cf. *supra,* IV 63).

mosa mujer; en Siria libró a las ciudades de los tiranos, una tras otra [44].

Cuando Cleopatra se reunió con él en Cilicia [45], le reprochó a ella que no hubiera participado de sus vicisitudes por vengar a César. Ella, en cambio, en lugar de defenderse, pasó a enumerar lo que había hecho diciendo que había enviado de inmediato a Dolabella las cuatro legiones que tenía consigo [46], y que el viento contrario y el propio Dolabella, cuya derrota acaeció antes de lo previsto, le habían impedido enviar otra flota, que tenía ya dispuesta; pero que no se había aliado con Casio, el cual la había amenazado por dos veces, y que, a pesar de la hostilidad de aquéllos, se había hecho a la mar rumbo al Adriático con una flota muy poderosa sin temer a Casio, ni precaverse contra Murco que estaba al ancla aguardando su paso, pero que una tempestad quebrantó las naves y ella misma cayó enferma, razón por la que no pudo después hacerse a la mar de nuevo hasta que ellos ya habían obtenido la victoria. Entonces, Antonio, perplejo ante su sagacidad, amén de su belleza, quedó prendado de ella con una pasión propia de un muchacho, aunque contaba, a la sazón, cuarenta años de edad [47]. Se dice que él era por naturaleza proclive a estos asuntos y que ya en otro tiempo, cuando ella era todavía una niña, había sentido una fuerte atracción hacia ésta, nada más verla, cuando, aún mozo, siguió a Gabinio [48] a Alejandría como prefecto de caballería. 8

---

[44] Primavera del 41 a. C.

[45] Según PLUT., *Ant.* 25-27, este encuentro tuvo lugar en el río Cidno, junto a la ciudad de Tarso, y Cleopatra había sido convocada por Antonio a través de Q. Delio, para rendirle cuentas de su política.

[46] Cf. *supra,* IV 61.

[47] Según PLUT., *Ant.* 86, 8, Antonio habría muerto a los 53 o 56 años de edad, en el 30 a. C. La fecha de su nacimiento se sitúa en el 86 o 83 a. C. Los cuarenta años son aproximados.

[48] En el 55 a. C., cuando restauró en el trono de Egipto a Tolo-

9 En consecuencia, la atención que Antonio había prestado a todas las tareas hasta entonces empezó a debilitarse, toda ella, de inmediato. Se hacía lo que Cleopatra ordenaba, sin el menor respeto hacia las leyes divinas y humanas. Y así, mientras Arsínoe [49], hermana de Cleopatra, estaba en Mileto acogida como suplicante de Ártemis Leucofriene [50], Antonio envió a unos asesinos para que le dieran muerte, y a Serapio [51], que había sido su prefecto en Chipre y había combatido como aliado de Casio, ordenó a los tirios, entre quienes se hallaba como suplicante [52], que lo entregaran a Cleopatra. También ordenó a los aradios [53] que entregaran a otro suplicante al que tenían en su poder, que se había hecho pasar por Tolomeo, cuando Tolomeo el hermano de Cleopatra había desaparecido en la batalla naval del Nilo contra César. Mandó que fuera conducido a su presencia el sacerdote de Ártemis en Éfeso, al que llaman Megabizos, que, en cierta ocasión, había recibido a Arsínoe como reina, pero ante las súplicas que los efesios hicieron a Cleopatra lo dejó libre. Tan rápida fue la mu-

---

meo XII Auletes (cf. n. 45 bis del libro II). Fue prefecto de caballería de Gabinio (cf. PLUT., *Ant.* 3).

49 Hermana menor de Cleopatra. Se había hecho reconocer reina de Egipto al comienzo de la Guerra Alejandrina (cf. CÉSAR, *B.C.* III 112), después de la derrota César, la había llevado en su triunfo en Roma (cf. n. 225 al libro II) y, posteriormente, fue liberada (cf. DIÓN CAS., XLIII 19).

50 Algunos autores reputan este pasaje de Apiano como erróneo (cf. MAGIE, *Roman Rule in Asia Minor* [2 vols.], Princeton, 1950, II, página 1279, n. 5) y sostienen que debe entenderse Magnesia, en vez de Mileto (así Viereck, en su edición de Apiano). En efecto, en Magnesia era objeto especial de culto Leucofriene, diosa asimilada a Ártemis o una advocación de la misma. Pero GABBA *(Appiani...,* V, com. *ad loc.),* piensa que, en Mileto, debió de existir un templo a esta diosa.

51 Cf. *supra,* IV 61 y n. 66.

52 Seguramente en el templo de Melkart-Herakles, el más importante de la ciudad (cf. BÖLTE, en *RE,* s.v. *Tyros,* col. 1898, en esp. 1903).

53 Habitantes de Arados, importante ciudad de Fenicia.

tación de Antonio, y esta pasión fue el principio y el final de los males que después le acaecieron. Cuando Cleopatra regresó a su país, Antonio envió a un cuerpo de caballería a la ciudad de Palmira[54], que estaba a poco distancia del Eufrates, para que la saquearan, con el fútil pretexto de que, al hallarse en la frontera entre los romanos y los partos, mantenían unas ambiguas relaciones con unos y con otros —pues como mercaderes transportaban las mercancías de la India y de Arabia desde Persia y disponían de ellas en el territorio romano—, pero su intención, en realidad, era proporcionar botín a su caballería. Sin embargo, los de Palmira, al enterarse con antelación de este hecho, trasladaron sus pertenencias al otro lado del río y se estacionaron en la orilla dispuestos a asaltar a quien les atacara, pues eran unos arqueros excelentes. Los jinetes, al encontrar vacía la ciudad, emprendieron el regreso sin trabar combate y con las manos vacías.

Parece que esta acción de Antonio provocó el esta- 10
llido de la guerra parta no mucho tiempo después, pues numerosos tiranos expulsados de Siria se refugiaron entre los partos. Siria, hasta el reinado de Antíoco el Piadoso y del hijo de éste, Antíoco[55], fue gobernada por reyes descendientes de Seleuco Nicátor, como ya dije al hablar de este país. Cuando Pompeyo la anexionó a Roma[56], designó pretor de ella a Escauro[57]. Después

---

[54] Importante nudo comercial, en el desierto de Siria, entre Oriente y Occidente, que había mantenido una situación de independencia entre el imperio romano y el de los partos (cf. Plin., V 88).

[55] Antíoco XIII Asiático, con el que termina la sucesión legítima de la casa real seléucida instaurada por Seleuco I Nicátor. Para la historia de Siria antes de la conquista romana, cf. Apiano, *Sir.* 52-70, y Gabba, «Sul Libro Siriaco di Appiano», *Rend. Linc.*, ser. VIII, XII (1957), 348 y sigs.

[56] En el 63 a. C.

[57] En el 63-62 a. C. (cf. *Sir.* 51, y Broughton, II, págs. 168 y 175).

de éste, el senado envió a otros [58], entre los que estaba Gabinio [59], el que luchó contra los alejandrinos, y después de Gabinio a Craso [60], quien murió entre los partos, y a continuación a Bíbulo [61]. En el transcurso de la muerte de Gayo César [62] y de la subsiguiente guerra civil, los tiranos se hicieron de nuevo paulatinamente con el poder de las ciudades, ayudados por los partos. Pues estos últimos invadieron Siria a raíz de la derrota de Craso y cooperaron con los tiranos. Antonio expulsó a éstos [63], que se refugiaron junto a los partos, impuso fuertes tributos sobre las poblaciones y cometió el mencionado atropello contra los de Palmira, y no aguardó a que se aquietara la situación del país, sino que repartió a su ejército por las provincias para pasar el invierno y él mismo marchó a Egipto al lado de Cleopatra.

11 Ésta le dispensó una brillante acogida. Él invernó allí [64] sin las insignias de su cargo, con la apariencia

---

[58] En el 61-60 a. C., L. Marcio Filipo (cf. *Sir.* 51, y BROUGHTON, II, págs. 180 y 185); en el 59-58 a. C., Gn. Cornelio Léntulo Marcelino (cf. *Sir.* 51, y BROUGHTON, II, págs. 190-197).

[59] A. Gabinio, del 57 al 55 a. C. (cf. n. 54 bis al libro II y n. 43 a este libro, y BROUGHTON, II, págs. 203, 210-211 y 218).

[60] M. Licinio Craso, procónsul en 54 a. C. (cf. *Sir.* 51; *supra,* II 18, y BROUGHTON, II, pág. 224. Para su muerte en Carrae, cf. n. 64 al libro II.

[61] M. Calpurnio Bíbulo, procónsul en el 51-50 a. C. (cf. *Sir.* 51; *supra* IV 38, 104 y 136, y BROUGHTON, II, págs. 242 y 250. En el 52 a. C., había quedado, como procuestor, G. Casio Longino, el futuro cesaricida (cf. APIANO, *Iliria* 13; *supra* III 2, IV 57 ss., y BROUGHTON, II, pág. 237).

[62] Apiano no da el nombre de los sucesores de Bíbulo (cf. relación, en JASHEMSKI, *The origins and History of Proconsular and Propraetorian Imperium to 27 B.C.,* Chicago, 1950, págs. 156-157).

[63] En el 41 a. C.

[64] Invierno del 41 al 40 a. C. Sobre la estancia de Antonio en Alejandría, véase el extenso relato de PLUT, *Ant.* 28-29, y GABBA, *Appiani...,* V, Intr., págs. XLIII y LVI ss. El relato de Plutarco está lleno de elementos no favorables a Antonio (al que se presenta como un guiñol en manos de Cleopatra), procedentes de la propaganda de Octavio.

y el régimen de vida de un privado, ya fuera porque se encontraba en una jurisdicción extranjera y en una ciudad gobernada por un poder real, o porque hizo de su invernada una ocasión para la fiesta; puesto que incluso prescindió de los cuidados y de la escolta de un general, y usaba la túnicca cuadrangular griega en lugar de la de su propio país, y calzaba el zapato blanco de Atenas que gastan los sacerdotes atenienses y alejandrinos, al cual llaman *fecasio*[65]. Sus únicas salidas eran a templos, escuelas o a charlas de eruditos y pasaba su vida entre griegos bajo la atención de Cleopatra[66], a quien, ciertamente, consagró por entero su estancia allí.

Tal era el estado de cosas de Antonio. En cuanto 12
a Octavio, cuando regresaba a Roma, se agudizó peligrosamente su enfermedad, en especial en Bríndisi y corrió el rumor de que incluso estaba muerto. Sin embargo, tras reponerse, volvió a la ciudad y mostró las cartas de Antonio a los amigos de éste. Los del partido de Antonio ordenaron a Caleno que entregara a Octavio las dos legiones[67] y escribieron a Sextio en África[68], para que traspasara el mando de esta provincia a Octavio. Mientras cumplían estas órdenes, Octavio no encontró que Lépido hubiera cometido ninguna falta grave y le transfirió la provincia de África en compensación

[65] Cf. Schuppe, en *RE*, s.v. *fecasio*, y G. Giangrande, «Textkritische Beiträge zu lateinischen Dichtern», *Hermes* 95 (1967), 110-121, especialmente pág. 111.

[66] Sobre el interés de Cleopatra por la filosofía, cf. Filóstr., *Vit. Soph.* 1, 5; Nicolás de Damasco, de tendencia peripatética, fue preceptor de los hijos de Antonio y Cleopatra, cf. Jacoby, *Fr. Gr. Hist.* 90 T 2, IIc, págs. 229-230.

[67] Sobre este asunto y Caleno, cf. n. 18 a este libro, y Syme, *The Roman Revolution*, pág. 202.

[68] Gobernador de ambas provincias africanas desde fines del 42 a. C. (cf., sobre la situación de África, n. 10 al libro IV, y cap. 53 de ese mismo libro; y, también, cap. 26 de este libro V).

por las anteriores [69], al tiempo que puso en venta el resto de las propiedades confiscadas durante las proscripciones. Tarea difícil para él fue la de asignar los soldados a las colonias y repartir entre ellos la tierra. Pues los soldados reclamaban las ciudades que habían sido seleccionadas antes de la guerra [70] como recompesas por su valor, y, a la vez, las ciudades exigían que toda Italia se repartiera la carga o que se hicieran lotes entre unas y otras ciudades y se pagara el importe de la tierra a quienes la entregaran; pero no había dinero. Acudieron en oleadas sucesivas a Roma, jóvenes y ancianos, mujeres con sus hijos, al foro y a los templos y se lamentaron diciendo que no habían cometido ninguna falta y que, sin embargo, a pesar de ser italianos [71], eran expulsados de sus tierras y de sus hogares como si hubieran sido conquistados en la guerra. Ante este espectáculo, los romanos se sumaron a la irritación de ellos y a sus lágrimas, en especial cuando reflexionaron sobre el hecho de que la guerra se había emprendido y las recompensas por la victoria habían sido otorgadas no en defensa del Estado, sino contra ellos mismos y para cambiar la forma de gobierno; y que las colonias fueron establecidas para que la democracia no levantara de nuevo la cabeza, pues se trataba de colonos establecidos por los gobernantes como mercenarios dispuestos a ejecutar lo que éstos les mandasen [72].

---

69 La guerra de Perusia (Perugia) postergó el cumplimiento de esta decisión (cf. caps. 53 y 75 de este libro).

70 En el encuentro de Módena-Bolonia del 43 a. C. (cf. *supra,* IV 3 y n. 12, y IV 86).

71 Cf. GABBA, *Appiani...,* V, Intr., pág. XXVII. En general, sobre las colonias y asignaciones agrarias de los triunviros, cf. *ibid.,* V, Apénd. IV, págs. LIX-LXVIII, y recientemente, L. KEPPIE, *Colonisation and Veteran Settlement in Italy 47-14 B.C.,* Londres, 1983.

72 Ver estos mismos conceptos en el caso de las asignaciones de Sila (cf. *supra,* I 96 y 104).

Octavio intentaba explicar a las ciudades la necesidad del caso, aunque pensaba que no se darían por satisfechas, como en efecto sucedió. El ejército se lanzó con violencia sobre las tierras de la gente que estaba próxima a ellos, arrebatándoles más de las que les habían sido dadas y eligiendo las mejores tierras. Y ni siquiera pusieron término a sus atropellos, a pesar de las amenazas de Octavio y de los otros muchos presentes que les hizo, puesto que despreciaban a su jefes porque sabían que éstos los necesitaban a ellos para la consolidación de su poder. Pues ya estaba expirando el plazo de cinco años[73] y tenían una necesidad mutua para su propia seguridad. Los jefes dependían de sus soldados para continuar en el poder, y los soldados, para conservar lo que habían recibido, necesitaban de la permanencia en el poder de quienes se lo habían dado. Y como pensaban que no tendrían una posición segura a no ser que sus donantes tuvieran también un gobierno sólido, favorecían su poder con obligada solicitud. Octavio obsequió con muchas otras dádivas a los soldados indigentes, tomándolas en préstamo de los templos[74]. Por esta razón, el ejército polarizó hacia él sus sentimientos y se granjeó la mayor gratitud de los soldados, porque le atribuían la donación de tierras, ciudades, dinero y casas, y, de otro lado, porque se hizo acreedor de la condena por parte de aquellos que eran despojados, y porque pensaban que mantenía esta actitud violenta por complacer al ejército. 13

[73] Hay que entenderlo en el sentido de que se conocía el límite del mandato triunviral, pues éste no terminaba hasta el 31-XII-38 a. C. (cf. n. 6 al libro IV), y aún se estaba a finales del 42 a. C. y comienzos del 41 a. C.

[74] Esta noticia, que se repite en los caps. 22, 24 y 27, es, a juicio de Gabba *(Appiani...*, V, com. *ad loc.)*, un punto de cierta importancia esgrimido por la propaganda antoniana y del que se defenderá Octavio (cf. *Res Gestae* 24) tomando la acusación contra Antonio.

14 Al darse cuenta de esta situación, el hermano de Antonio, Lucio Antonio[75], que era entonces cónsul, y Fulvia[76], la esposa de Antonio, así como Manio[77], el encargado de los negocios de aquél durante su ausencia, trataron de diferir el asentamiento de las colonias hasta el regreso de Antonio, con objeto de que no pareciera que todo era obra de Octavio, y de que no se llevara él solo el agradecimiento, ni Antonio se viera privado del favor de los soldados. Mas como parecía evidente que esto era inviable a causa del apremio del ejército, pidieron a Octavio que tomara a los líderes de los colonos de las legiones de Antonio de entre los amigos de este último, aunque el acuerdo con Antonio dejaba exclusivamente en manos de Octavio dicha selección; ellos se quejaron, sin embargo, de que Antonio no estuviera presente. Llevaron, además, ante los soldados a Fulvia y a los hijos de Antonio[78] y les suplicaron, en términos tales como para despertar envidia, que no consintieran que Antonio fuera desposeído de la gloria y de la gratitud debida por sus servicios hacia ellos. Por entonces la fama de Antonio se hallaba en su punto más álgido, no sólo entre los soldados, sino también entre todos los demás, pues se consideraba que la victoria de Filipos se debía en su totalidad a Antonio a causa de la enfermedad de Octavio en aquella ocasión[79]. Y Octavio, aunque no desconocía que era objeto de agravio en relación con lo pactado, cedió, no obstante, como fa-

---

[75] Cf. KLEBS, en *RE*, s.v. *Antonius*, núm. 23. Era hermano menor del triunviro y había sido tribuno de la plebe en el 44 a. C. (cf. BROUGHTON, II, pág. 323). Para su presidencia del septenvirato agrario, cf. n. 6 al libro III. Había participado con su hermano en la guerra civil en la Cisalpina, en el 43 a. C. Para su tratamiento histórico en la tradición apianea, cf. GABBA, *Appiani...*, V, Intr., págs. XVII y sigs.

[76] Cf. n. 28 bis al libro IV.

[77] Cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Manius*, núm. 1.

[78] Cf. n. 28 bis al libro IV.

[79] Cf. n. 107 al libro IV.

vor hacia Antonio. Y los amigos de este último designaron a los líderes de las colonias para las legiones de Antonio [80]. Estos líderes, a fin de parecer que eran más favorables de lo que había sido Octavio, hacia los soldados, permitieron a éstos que cometieran atropellos todavía mayores. Y así, otro grupo considerable de ciudades [81], vecinas de las desposeídas, sufrieron muchas injurias a manos de la soldadesca y gritaban contra Octavio, diciendo que la colonización era más injusta que las proscripciones, pues éstas se habían realizado contra enemigos, pero aquella otra contra quienes no habían cometido ofensa alguna.

Octavio no desconocía las ofensas sufridas por los 15
ciudadanos, pero estaba impotente ante ellas, pues no tenía dinero con el que pagar el precio de la tierra a los campesinos, ni podía postergar las recompensas a causa de las guerras que estaban en curso todavía. Pompeyo era dueño del mar y trataba de reducir a la ciudad por hambre, mediante el corte de suministros; Ahenobarbo y Murco estaban reuniendo un ejército y otra flota, y los soldados estarían menos celosos en el futuro, si no recibían las recompensas precedentes. Y asunto de gran importancia era el que ya estaba expirando el plazo de cinco años de su mandato y necesitaban, nuevamente, de la solicitud del ejército, por lo cual, precisamente, entonces toleraba de manera voluntaria la arrogancia y el desprecio de los soldados. Una vez, en el teatro, cuando él estaba presente, un soldado que no encontró un sitio vacío en su lugar pasó al de los caballeros; el pueblo indicó el hecho y Octavio hizo levantarse al soldado. El ejército se indignó, y, rodeándole a la salida del teatro, reclamaban a su camarada, puesto

---

80 Cf., al respecto, E. Gabba, «Sulle colonie triumvirali di Antonio in Italia», *Par. Pass.* 8 (1953), 102, n. 3.

81 Cf. Gabba, *Appiani...*, V, Intr., pág. XXVII, y *Appiano...*, pág. 230.

que, como no se le veía, pensaban que había sido ajusticiado. Cuando compareció, creyeron que había sido conducido en ese momento desde la cárcel, pero el soldado lo negó y relató lo ocurrido, los demás, sin embargo, le dijeron que mentía por haber sido sobornado y lo insultaron por traicionar sus intereses comunes. Tal fue la insolencia del hecho ocurrido en el teatro [82].

16 Por este tiempo fueron convocados al Campo de Marte para el reparto de tierras y acudieron, todavía de noche, con precipitación; como Octavio se demoraba, se llenaron de enojo. Nonio [83], uno de los centuriones, los recriminó con franqueza, haciéndoles ver la actitud debida para unos soldados hacia su general, y explicándoles que la demora se debía a la enfermedad de Octavio y no a su desconsideración hacia ellos. En un principio, los soldados se burlaron de él, tratándolo de adulador; pero, cuando se calentaron los ánimos por ambas partes, lo insultaron, le arrojaron piedras y, cuando huyó, lo persiguieron hasta el río. El centurión se sumergió en él, pero ellos lo sacaron, le dieron muerte y arrojaron su cadáver por donde se disponía a pasar Octavio. Los amigos de Octavio aconsejaron a este último que no se acercara hasta ellos y que, por el contrario, se mantuviera alejado de su impulso de locura. Pero él prosiguió su avance pensando que la locura de aquéllos se acentuaría todavía más si no acudía. Cuando vio el cuerpo de Nonio se desvió de su ruta y, presumiendo que el crimen había sido obra de unos pocos,

---

[82] Cf., sobre este hecho, SUET., *Aug.* 14, 2. Según la *lex Roscia theatralis*, propuesta por el tribuno L. Roscius Otho en el 67 a. C. (cf. G. ROTONDI, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, reimpr. 1966, páginas 374-375), se había establecido el derecho de los caballeros a ocupar las primeras catorce filas de asientos inmediatamente detrás de los senadores.

[83] Este episodio sólo es conocido por Apiano (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Nonius*, núm. 2).

los censuró y les aconsejó que en el futuro se guardaran mutuo respeto. Acto seguido, procedió a repartir la tierra. Encargó a los merecedores de recompensas que las pidieran y concedió otras a algunos que no las merecían, en contra de lo que esperaban, hasta que la masa de la tropa quedó confundida, se arrepintió y sintió vergüenza de su insolencia; se condenaban a sí mismos, y le pedían que buscara y castigara a los asesinos de Nonio. Pero Octavio replicó que él los conocía y que los castigaría tan sólo con su propio remordimiento y la condena de sus camaradas. Entonces ellos, honrados con el perdón, la estima y las recompensas, cambiaron al punto y le aclamaron con júbilo.

Sirvan estos dos casos como ejemplo, entre otros 17
muchos, de la insubordinación imperante entonces. Y la causa de la misma radicaba en que la mayoría de los generales no eran elegidos de forma regular, como ocurre en épocas de guerra civil, y sus ejércitos no eran reclutados según la costumbre patria a partir de levas ordinarias, ni por necesidades de la nación, ni prestaban servicio al común, sino tan sólo a aquellos que los reunían, y a éstos les servían no por la fuerza de la ley, sino por las promesas particulares; y no contra enemigos comunes, sino contra enemigos personales; ni contra extranjeros, sino contra ciudadanos e iguales en rango. Todas estas circustancias los sustraían a la disciplina militar, pues consideraban que ellos no prestaban un servicio regular en el ejército, sino que ayudaban con su propio favor y juicio a uno jefes que los necesitaban para sus objetivos personales. La deserción, que desde antaño había sido imperdonable para los romanos, entonces se hizo acreedora incluso de recompensas. La practicaban los ejércitos en masa, así como algunos hombres ilustres, pues pensaban que no era deserción el cambio a una causa semejante. Pues todas las causas eran similares, ya que ninguna de ellas era

reconocida como opuesta a un enemigo común de Roma. Y la exclusiva pretensión de los generales, de que todos ayudaban a su patria para su beneficio, los predisponía con más facilidad al cambio bajo la idea de que en cualquier parte podían prestar ayuda a su país. Como los generales eran conscientes de estos hechos, toleraban esta conducta, porque consideraban que el mando que ejercían sobre sus tropas dependía más de los regalos que de la ley [84].

18 De este modo, entonces, todo desembocaba en facciones y los ejércitos caían en la indisciplina hacia los jefes de las distintas facciones, mientras el hambre oprimía a Roma, ya que el mar no les traía suministro alguno por causa de Pompeyo, ni Italia era cultivada debido a las guerras. Y lo poco que se producía, lo consumían los ejércitos. La mayoría robaba por la noche en la ciudad, y se producían altercados más violentos aún que los robos que quedaban impunes y cuya autoría se atribuía a los propios soldados. El pueblo cerró las tiendas y expulsó a los magistrados de sus sedes, como si ya no hubiera necesidad de magistraturas ni de profesiones artesanales, en una ciudad carente de todo y sometida al bandidaje [85].

19 Lucio, que era un republicano y veía con desagrado el gobierno de los triunviros [86], el cual parecía que no iba a finalizar siquiera en el plazo previsto, tuvo algunos choques con Octavio que se convirtieron en diferen-

---

[84] Cf. consideraciones similares en Cornelio Nepote, *Eumen.* 8, 2, y Salustio, *Bell. Iugurt.* 86, 3.

[85] Sobre la dramática situación económica en Italia, cf. Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, y sobre las bandas de proscritos en Italia, cf. *supra*, IV 25.

[86] Caracterización peculiar y exclusiva de Apiano. Aunque insistía en una adhesión a su hermano, debió de mantener una postura independiente (cf. Gabba, *Appiani...*, V, Intr., págs. LV-LIX. Sobre su defensa de los agricultores despojados de sus propiedades, cf. *ibid.*, página XXIII, y n. 75 a este libro).

cias más graves. Fue el único que, a los campesinos que habían sido despojados de sus tierras y acudían como suplicantes a cada uno de los hombres influyentes, los recibió con amabilidad y les prometió ayudarles, con la promesa por parte de éstos de socorrerle en lo que les ordenara. Por esta razón, el ejército de Antonio y el propio Octavio le censuraron, porque actuaba en contra de los intereses de Antonio, y también Fulvia lo acusó de provocar una guerra en un momento inoportuno, hasta que Manio, de forma malintencionada, consiguió que ésta cambiara de actitud al decirle que, mientras Italia estuviera en paz, Antonio permanecería con Cleopatra, pero que, si estallaba la guerra, acudiría allí rapidamente [87]. Entoces Fulvia, herida en su condición de esposa, incitó a Lucio a la discordia. Y cuando Octavio había salido de la ciudad para asentar al resto de las colonias, Fulvia envió a los hijos de Antonio, en compañía de Lucio, para que lo siguieran con objeto de que Octavio, con su exclusiva presencia, no obtuviera una mayor ascendencia ante el ejército. Mas, cuando un cuerpo de caballería de Octavio llevó a cabo una incursión hacia la costa de Brutio, que era devastada por Pompeyo, Lucio creyó o fingió creer que estos jinetes habían sido enviados contra él mismo y los hijos de Antonio, y acudió a las colonias de Antonio, donde reunió una guardia personal y acusó a Octavio ante el ejército de traicionar a Antonio. Pero Octavio replicó, a su vez, que había una amistad y una comunidad total entre Antonio y él, y que Lucio, por razones ajenas, trataba de suscitar la guerra entre ellos, actuando contra el poder de los triunviros, gracias al cual los soldados poseían sus colonias en seguridad, y que la caballería se encontraba ahora entre los brutios para cumplir las órdenes recibidas.

[87] Cf. cap. 66 de este libro.

20 Cuando los oficiales [88] del ejército se enteraron de estos hechos, llevaron a cabo un arbitraje entre Lucio y Octavio, en Teano [89], y los reconciliaron en base a las siguientes condiciones: que los cónsules desempeñaran sus funciones, según la costumbre del país, sin ser obstaculizados por los triunviros; que no se repartiera tierra a nadie que no hubiera combatido en la batalla de Filipos; que los soldados de Antonio que estaban en Italia obtuvieran igual participación del dinero producto de las confiscaciones y de las ganancias de las cosas que aún quedaban por vender; que ni Octavio ni Antonio reclutaran tropas, de ahora en adelante, de Italia mediante levas; que Octavio asumiera el mando de las dos legiones de Antonio [90] en su campaña contra Pompeyo; que les fuera franqueado el paso de los Alpes a las tropas enviadas por Octavio hacia España, y que Asinio Polión [91] no les interceptara el camino, y, a su vez, Lucio, satisfecho con estas condiciones, devolviera su guardia personal y desempeñara su cargo sin miedo. Tales fueron los acuerdos a los que ambos llegaron gracias a la intercesión de los oficiales del ejército. De todos ellos sólo se cumplieron los dos últimos, y Salvidieno [92], contra su voluntad [93], cruzó con él los Alpes.

21 Como el resto de las condiciones, o no se cumplían o se demoraban, Lucio avanzó hacia Preneste [94], dicien-

---

88 Cf. GABBA, *ibid.*, pág. XXV.

89 La fecha del encuentro fue junio-julio del 41 a. C. En DIÓN CAS., XLVIII 10, los veteranos actúan por invitación de Octavio.

90 Con seguridad, los que estaban bajo el mando de Caleno, cf. *supra*, 3 y n. 18.

91 Su situación en la Cisalpina en el 41 a. C. no está clara.

92 Cf. n. 84 al libro IV.

93 El pasaje, o está corrupto, o existe una confusión de Apiano, pues a quien debiera corresponder la adjetivación «contra su voluntad» no es a Salvidieno, sino a Asinio Polión.

94 Donde estaría Fulvia con su séquito de senadores y caballeros (cf. DIÓN CAS., XLVIII 10, 3).

do que tenía miedo de Octavio, pues éste contaba con una guardia personal en razón de su cargo, en tanto que él carecía de protección. Otro tanto hizo Fulvia ante Lépido [95], argumentando que sentía temor por sus hijos, pues utilizó como pretexto a éste en vez de a Octavio. Cada uno de ellos escribió cartas a Antonio y se las enviaron por medio de sus amigos para que ellos le informaran de los pormenores. Yo no pude encontrar, aunque la busqué, cualquier respuesta clara de Antonio a ellos [96]. Los oficiales de los ejércitos se conjuraron para dirimir de nuevo esta desavenencia entre sus jefes, en el sentido que les pareciera justo, y obligar a cumplir su decisión a los que no quisieran hacerlo, y llamaron a Lucio y a sus amigos para tratar del asunto. Como aquéllos rehusaron, Octavio los vituperó, para provocar su descrédito, ante los oficiales del ejército y en presencia de los optimates romanos. Estos últimos se apresuraron a ir ante Lucio y le suplicaron que tuviera piedad por la ciudad y por Italia ante la perspectiva de nuevas guerras civiles, y que aceptara por común acuerdo que la decisión fuera tomada bien por ellos mismos o por los oficiales del ejército [97].

Aunque Lucio sentía respeto por los interlocutores 22
y por sus palabras, Manio, con mucha osadía, dijo [98] que, mientras Antonio no hacía otra cosa que reunir dinero tan sólo entre gente extranjera, Octavio se anticipaba a propiciarse el ejército mediante favores y a

---

95 Que, tal vez, podría encontrarse en Roma (cf. *infra,* V 29, y Dión Cas., XLVIII 13, 4).

96 Sin embargo, éste debió de enviarla, aunque fuera en términos vagos (cf. cap. 29, en el que Manio lee una carta de Antonio).

97 Estas dos intervenciones del ejército y de la clase política tienen su correspondencia en Dión Cas., XLVIII 11, 1-2 y 3-4, respectivamente.

98 Una clara exposición de los motivos de quejas de los antonianos se encuentra en esta respuesta de Manio.

asegurarse de antemano la posesión de los puntos estratégico de Italia, y que así había concedido la libertad a la Galia Cisalpina, que había sido dada previamente a Antonio, con engaño de este último; y que había inscrito como botín para los soldados a casi la totalidad de Italia, en vez de las dieciocho ciudades; y que había accedido a repartir entre treinta y cuatro legiones [99], en vez de las veintiocho combatientes, no sólo la tierra, sino incluso el dinero procedente de los templos, que había recolectado bajo el pretexto de usarlo en la lucha contra Pompeyo, contra el que, sin embargo, no había emprendido acción alguna, a pesar de que la ciudad sufría de tal forma por el hambre; que había distribuido el dinero a los soldados para granjearse su favor contra Antonio, y que las propiedades confiscadas, más que vendidas les habían sido regaladas a ellos; y, finalmente, dijo que era necesario, si quería en realidad hacer la paz, que rindiera cuenta de las medidas ya tomadas y que, en el futuro, se limitara a hacer únicamente lo que hubieran acordado en común. Con tanta osadía manifestó Manio su parecer de que ni Octavio era dueño de uno solo de sus actos ni tenía validez su pacto con Antonio, aunque en él se estipulaba que cada uno de ellos dos tenía plena potestad en los asuntos de su competencia y que sus mutuas acciones serían ratificadas. Por consiguiente, Octavio se percató de que desde todas partes andaban ellos deseosos de combatir, y cada uno llevó a cabo sus preparativos.

23 Dos legiones del ejército asentadas como colonias en la ciudad de Ancona, que habían prestado servicio bajo César y, después, bajo Antonio, al enterarse de los preparativos particulares de unos y otros, a causa del afecto que a título privado sentían hacia cada uno de

[99] Esta cifra resulta de sumar las 28 legiones que combatieron en Filipos con las seis que debía traer Octavio (cuatro que se trajo de regreso a Italia y dos de Caleno).

ellos, enviaron embajadores a Roma para solicitar de ambos que llegaran a la reconciliación. Octavio les dijo que él no hacía la guerra contra Antonio, sino que era Lucio quien hacía la guerra contra sí mismo. Entonces los embajadores se reunieron con los oficiales del ejército y, todos juntos, acudieron en una embajada común ante Lucio para pedirle que compareciera con Octavio ante un tribunal. Y dejaron claro lo que se disponían a hacer, si no se aceptaba el arbitraje[100]. Lucio y los suyos aceptaron la propuesta y se fijó como lugar para el juicio la ciudad de Gabii, a medio camino entre Roma y Preneste. Se preparó una sala para los jueces y se levantaron en el centro dos tribunas para los oradores, como en un juicio habitual. Octavio, que había llegado primero, envió algunos jinetes a la carretera por la que había de llegar Lucio para que realizaran una inspección, no fuera a ser que se descubriera en alguna parte una emboscada. Estos jinetes se encontraron con otros de Lucio que iban en vanguardia o en misión de espionaje como aquéllos y mataron a algunos de ellos. Y Lucio se retiró temiendo, según dijo, una trampa, y aunque le llamaron los oficiales del ejército, que le prometieron darle escolta, no pudo ser convencido[101].

De este modo los intentos de reconciliación resulta- 24
ron ineficaces, y Octavio y Lucio se decidieron a combatir y se atacaron ya mutuamente con proclamas virulentas. El ejército de Lucio estaba integrado por seis legiones de infantería, a las cuales había enrolado al acceder al consulado, y otras once de Antonio bajo el mando de Caleno, todas ellas en Italia[102]. Octavio tenía

---

100 Cf. Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*

101 En Dión Cas., XLVIII 12, 3-4, se dice sólo que los antonianos no se presentaron, en tanto que Apiano introduce una justificación de este hecho y hace recaer la responsabilidad, más bien, sobre Octavio.

102 Cf., sin embargo, cap. 33, y Gabba, *Appiani...*, V, Intr., páginas XLVIII y sigs. En general, sobre los movimientos militares hasta la toma de Perugia, cf. *ibid.*, págs. XLVII-LIX.

cuatro legiones en Capua, las cohortes pretorianas con él, y otras seis legiones que Salvidieno conducía desde España [103]. El dinero de Lucio procedía de las provincias de Antonio, en las cuales reinaba la paz [104], en tanto que todas aquellas que le habían correspondido a Octavio, a excepción de Cerdeña [104 bis], sufrían de la guerra. Por esta razón tomó en préstamo dinero de los templos, con la promesa de devolverlo con prontitud —del templo Capitolino [105] de Roma, de los de Antio [106], Lanuvio [107], Nemos [108] y Tíbur [109], en las cuales ciudades, sobre todo, incluso hoy [110] existen abundantes tesoros de dinero sagrado.

25 También le andaban revueltas a Octavio las cosas fuera de Italia. Pues Pompeyo, como consecuencia de las proscripciones, de las colonizaciones del ejército y de las divergencias entre Lucio y Octavio, había acrecentado grandemente su prestigio y su poderío. En efecto, quienes temían por su seguridad personal o habían sido despojados de sus propiedades o disentían absolutamente del sistema de gobierno imperante, se unieron sobre todo a él. El resto de la juventud, ansiosa de la milicia por afán de ganancias, considerando que no había diferencia bajo quién se militara, pues en cualquier caso siempre servirían bajo romanos, preferían unirse

---

[103] Sobre este dato, al parecer erróneo, pues Salvidieno no llegó a España, cf. Gabba, *Appiani...*, V, aparat. crít. y com. *ad loc.*

[104] Sobre todo la Galia.

[104 bis] Existe probablemente una laguna en el texto.

[105] Templo de Júpiter Óptimo Máximo.

[106] Probablemente, de los templos de la Fortuna y Esculapio (cf. Hülsen, s.v. *Antium*, núm. 1, col. 2.562).

[107] Cuyo templo principal era el de *Iuno Sospes Mater Regina* (cf. Philipp, en *RE*, s.v. *Lanuvium*, col. 695).

[108] En donde radicaba el famoso templo de Diana, junto al lago *Nemorensis* (cf. Wissowa, en *RE*, s.v. *Diana*, cols. 328 y 330).

[109] Con su riquísimo templo de Hércules (cf. Weinstock, en *RE*, s.v. *Tibur*, cols. 828-829).

[110] Glosa del propio Apiano.

a Pompeyo, ya que representaba la causa más justa. Éste se había enriquecido ya, gracias a la piratería [111], y poseía muchas naves [112] y dotaciones completas. Murco se le unió con dos legiones de soldados, quinientos arqueros, gran cantidad de dinero y ochenta naves, y mandó venir a otro ejército de Cefalenia [113]. Por estos motivos se pensó, entonces, que, si Pompeyo hubiera atacado, se habría apoderado fácilmente de Italia, que se hallaba exhausta por el hambre y las luchas civiles, y que tenía puesto sus ojos en él.

Pero Pompeyo, por inexperiencia, estaba decidido a 26
no atacar, sino a defenderse únicamente, hasta que incluso también fracasó en esto último. En África, Sextio [114], el lugarteniente de Antonio, acababa de entregar el ejército, obedeciendo una orden de Lucio, a Fango [115], el lugarteniente de Octavio. Cuando se le ordenó que volviera a asumir el mando, Fango se negó a devolverlo, y Sextio le hizo la guerra, tras reunir a algunos veteranos, a una multitud de africanos y a otras tropas auxiliares cedidas por los reyes del país. Al ser derrotado en ambas alas y capturado su campamento, Fango pensó que esta derrota se debía a una traición y se suicidó. Y Sextio quedó, de nuevo, como dueño de las dos provincias de África. Bocco [116], rey de Mauritania, fue persuadido por Lucio para que hiciera la gue-

---

111 Fuente importante de poder aunque exagerada por la propaganda triunviral y antiaugústea.

112 Recordemos que, en 43 a. C., había sido investido por el senado como *praefectus classis et orae maritimae* y pudo haberse apoderado de la flota de César.

113 Isla griega en el mar Jonio frente a la costa de Acarnania.

114 Cf. n. 68 a este libro.

115 C. Fuficio Fango (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Fuficius*, núm. 5). Se suicidó hacia mediados del 40 a. C.

116 Cf., sobre este rey y su copartícipe en el reino de Mauritania, Bogudes, n. 212 bis la libro II, y n. 50 bis al libro IV.

rra a Carrina [117], el procurador de Octavio en España. Ahenobarbo, con setenta barcos, dos legiones de soldados, arqueros, un cierto número de honderos, tropas ligeras y gladiadores, recorrió el Adriático y devastó las zonas sumisas a los triunviros. Navegó hacia Bríndisi, se apoderó de algunas trirremes de Octavio, incendió otras, encerró a los habitantes dentro de las murallas y saqueó el país.

27 Octavio envió una legión a Bríndisi e hizo regresar, a toda prisa, a Salvidieno de su ruta hacia España. Lucio y Octavio enviaron delegados para que reclutaran tropas a través de Italia, y entre los reclutadores hubo escaramuzas de mayor o menor importancia y emboscadas frecuentes. El favor de los italianos estaba, con mucho, de parte de Lucio, pues pensaba que él combatía en defensa de ellos contra los nuevos colonos [118]. Y no sólo las ciudades registradas para los soldados, sino casi Italia entera se levantó por miedo a sufrir el mismo trato. A los que habían prestado a Octavio dinero procedente de los templos los expulsaron de sus ciudades o los mataron, se apoderaron de sus murallas y se unieron a Lucio. De otro lado, los soldados asentados como colonos también se unieron a Octavio, como si cada uno ejerciera su opción ante una guerra que se les antojaba suya propia.

28 Aunque estaban en curso estos sucesos, no obstante, Octavio convocó al senado y al orden ecuestre y les dijo lo siguiente: «Tengo plena conciencia de que he sido acusado por Lucio y sus partidarios de debilidad y cobardía porque no les ataco, acusaciones que, también ahora, proferirán contra mí con motivo de haberos reunido en esta asamblea. Poseo un ejército fuerte que ha sufri-

[117] Cf., para este personaje, n. 81 al libro IV.

[118] Sobre estos hechos, cf. GABBA, *Appiani...*, V, Intr., págs. XVII y XXVII.

do agravio junto conmigo, al ser desposeído por Lucio de sus colonias, y también lo es el otro que tengo bajo mi mando, y en todos los otros aspectos soy fuerte exceptuando tan sólo mi espíritu de combate. Pero no me resulta agradable luchar en guerras civiles, salvo en caso de suma necesidad, ni utilizar al resto de los ciudadanos en mutuos enfrentamientos y, sobre todo, en esta guerra civil, cuyas noticias no os llegarán desde Macedonia o desde Tracia, sino que tendrá lugar en la misma Italia, que, si llega a convertirse en nuestro campo de batalla, ¡cuántas calamidades deberá sufrir, aparte de la pérdida de vidas humanas! Por estas razones, precisamente, ando yo remiso. Y ahora también quiero testimoniaros que no he cometido agravio alguno contra Antonio ni lo he recibido de su parte, y os exhorto a que presentéis estas quejas, por vuestra propia cuenta, ante Lucio y sus camaradas y los traigáis a una reconciliación conmigo. Y si tampoco ahora se aviniera a ello, les mostraré de inmediato que mi actitud hasta el presente se ha debido a mi buena voluntad y no a mi cobardía, y os pido que seáis mis testigos entre vosotros mismos y ante Antonio y que me prestéis vuestro apoyo a causa de la arrogancia de Lucio.»

Así habló Octavio. En consecuencia, algunos de los 29
asistentes partieron de nuevo hacia Preneste. Lucio dijo, simplemente, que ambos bandos habían empezado ya las hostilidades y que Octavio fingía, pues acababa de enviar una legión a Bríndisi para impedir el regreso de Antonio. Manio mostró una carta de Antonio, ya fuera falsa o verdadera, ordenando combatir, si alguien atacaba su dignidad. Y cuando los senadores preguntaron si había sufrido algún menoscabo la dignidad de Antonio e instaron a someter este asunto ante un tribunal, Manio, a su vez, adujo muchas otras marrullerías, hasta que ellos regresaron sin haber logrado nada y no se reunieron para dar una respuesta en común a Octavio,

bien porque cada uno se la había comunicado por separado, bien por vergüenza o por alguna otra razón. La guerra estalló, y Octavio partió para incorporarse a ella dejando a Lépido con dos legiones para custodiar Roma. Y la mayoría de los nobles dejó bien claro, entonces, que no estaban satisfechos con el gobierno de los triunviros, pues se unieron a Lucio.

30 He aquí los acontecimientos capitales de esta guerra: Se produjo una sedición en dos de las legiones de Lucio, en Alba, las cuales expulsaron a sus oficiales y se declararon en rebeldía. Octavio y Lucio se apresuraron hacia ellas, pero Lucio se anticipó y logró retenerlas por medio de una fuerte suma de dinero y de grandes promesas. Mientras Furnio [119] conducía otro ejército para Lucio [120], Octavio atacó su retaguardia. Furnio se refugió en una colina y, por la noche, se apresuró hacia Sentia, una ciudad de su misma facción, y Octavio no lo persiguió por temor a una emboscada durante la noche, pero al día siguiente puso cerco, a la vez, al campamento de Furnio y a Sentia. Lucio, por su parte, mientras se daba prisa en llegar a Roma, envió por delante a tres cohortes, las cuales penetraron en secreto por la noche en la ciudad, y él en persona, con el grueso del ejército, jinetes y gladiadores, las siguió. Nonio [121], que tenía a su cargo la vigilancia de las puertas de la ciudad, lo admitió en el interior y puso en sus manos

[119] G. Furnio (cf. KAPPELMACHER, en *RE*, s.v. *Furnius*, núm. 3). Tal vez fue pretor en el 42 a. C. (cf. BROUGHTON, II, pág. 359); será después (en el 36 o 35 a. C.) gobernador de Asia por encargo de Antonio (cf. cap. 137 de este libro).

[120] Seguramente, Furnio venía de las colonias de Antonio en el territorio del Piceno y de Umbría con veteranos enrolados allí, y Octavio, procedente del norte del territorio sabino, lo rechazó hacia Sentia (*Sentinum*, hoy Sassoferrato) en Umbría. Allí tuvo lugar el encuentro entre Octavio y Salvidieno, que regresaba de su viaje a España (cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*).

[121] Cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Nonius*, núm. 3, que no es el mismo que el centurión que aparece en el cap. 16 (v. n. 83).

las tropas que tenía bajo su mando. Lépido huyó junto a Octavio, y Lucio se dirigió en una alocución al pueblo de Roma diciéndole que castigaría de inmediato a Octavio y Lépido por su gobierno ilegal y que su hermano cedería voluntariamente su participación en el poder triunviral y aceptaría a cambio el consulado, una magistratura legal, en vez de una ilegal, y conforme a la constitución patria, en vez de aquella otra tiránica.

Todos se alegraron de sus palabras y pensaron que 31
el gobierno del triunvirato había quedado disuelto. Y Lucio, aclamado como comandante supremo por el pueblo, marchó contra Octavio, y reclutó otro ejército de las ciudades colonizadas por los soldados de Antonio y las fortificó [122]. Estas colonias estaban bien dispuestas hacia Antonio. Barbatio [123], el cuestor de Antonio, que había tenido algún tropiezo con este último y, por esta razón, se hallaba de regreso, dijo, al ser interrogado, que Antonio estaba irritado con quienes luchaban contra Octavio en detrimento de su común soberanía. Aquellos que no se dieron cuenta del engaño de Barbatio, desertaron de Lucio a Octavio. Lucio salió al paso de Salvidieno que regresaba desde la Galia al lado de Octavio con un ejército numeroso. Seguían también a Salvidieno, Asinio y Ventidio [124], generales ambos de Antonio, con objeto de impedirle avanzar. Agripa [125], el amigo más querido de Octavio, temiendo que Salvidie-

---

[122] Según Gabba, debía de tratarse de colonias de Etruria meridional entregadas en ese año (41 a. C.) a veteranos de Filipos (cf. *Appiani...*, V, Intr., pág. LXI).

[123] Para su identificación, cf. SYME, «Missing Senators», *Historia* 4 (1955), 52-71, en especial, 57, y «Who was Vedius Pollio?», *Jour. of Rom. St.* 51 (1961), esp. 24-25. Su nombre completo es M. Barbatio Polión (cf. CIC., *Fil.* 13, 2). Sobre este hecho, cf., además, BUCHHEIM, *Die Orientpolitik...*, pág. 105, n. 65.

[124] Cf. n. 96 a cap. 80 del libro III.

[125] Cf. n. 38 bis al libro IV.

no fuera rodeado, se apoderó de Sutrio[126], una plaza fuerte muy útil para Lucio, con la idea de atraer hacia sí a Lucio y apartarlo de Salvidieno, y de que, a su vez, este último lo pudiera socorrer a él al quedar en la retaguardia de Lucio. Todo ocurrió tal como esperaba Agripa. Así que Lucio, habiendo fracasado en sus planes, marchó a unirse con Asinio y Ventidio, bajo el acoso de Salvidieno y Agripa, que esperaban, además, la ocasión para cogerlo en los desfiladeros.

32 Cuando Lucio se percató del plan de éstos, no se atrevió a combatir con ambos, mientras lo rodeaban por uno y otro flanco, y prosiguió su avance hacia Perusia[127], ciudad con sólidas defensas, y acampó junto a ella, a la espera de Ventidio y los suyos. Agripa, Salvidieno y Octavio avanzaron contra él y, a la vez, contra Perusia con tres ejércitos y los rodearon. Octavio hizo venir también, a toda prisa, a las restantes tropas como contra el centro neurálgico de la guerra en el cual tenía encerrado a Lucio. Y envió a otros en vanguardia para que obstaculizaran la aproximación de Ventidio y sus tropas. Estos últimos, sin embargo, dudaban en avanzar por decisión propia, pues desaprobaban en general la guerra y no conocían la opinión de Antonio y porque no querían cederse uno a otro el mando por razón de prestigio[128]. De otro lado, Lucio no presentaba batalla a sus sitiadores, dado que eran mejores, más numerosos y perfectamente entrenados, mientras que la mayor parte de su ejército estaba compuesta por tropas recién reclutadas; tampoco proseguía su viaje, puesto que le acosaban a la vez tantos enemigos. Envió a Manio a presencia de Ventidio y Asinio para que los apremiara a

126 Ciudad de Etruria meridional.

127 En Etruria oriental, limítrofe con Umbría. Hoy Perugia.

128 Para las desavenencias entre Asinio, Ventidio y Munacio Planco, cf. Syme, *The Roman Revolution*, págs. 318 y 512.

socorrerle a él, Lucio, en su asedio, y envió también a Tisieno [129] con cuatro mil jinetes para que saquearan las provisiones de Octavio, a fin de obligarle a levantar el cerco. Y él mismo entró en Perusia, para invernar en una ciudad bien fortificada, si era necesario, hasta que llegaran Ventidio y Asinio.

Octavio, al punto, con rapidez y con todo su ejército, 33
construyó una línea de circunvalación alrededor de Perusia compuesta de empalizada y foso, y con un perímetro de cincuenta y seis estadios a causa de la colina sobre la que estaba situada la ciudad; extendió ramales de considerable longitud por el Tíber para que no se pudiera introducir nada en Perusia [130]. Lucio, por su parte, construyó otra línea similar con empalizada y foso protegiendo la base de la colina. Fulvia urgió a Ventidio, Asinio, Ateyo [131] y Caleno para que se apresuraran a marchar desde la Galia en auxilio de Lucio, y ella misma, después de reunir otro ejército, ordenó a Planco que se lo llevara a Lucio. Planco destruyó una legión de Octavio que se hallaba en camino hacia Roma. Mientras Asinio y Ventidio, no obstante su reluctancia e incertidumbre sobre el parecer de Antonio, se dirigían hacia Lucio, gracias a la presión de Fulvia y Manio, con la intención de forzar el bloqueo. Octavio les salió al paso acompañado de Agripa, después de haber dejado una guardia en Perusia. Los primeros como en modo alguno se hallaban compenetrados ni avanzaban con mucha decisión, huyeron cada uno por un lado, Asinio a

---

[129] Tisieno Galo, de origen sabino, tal vez (cf. Syme, *Sallust*, Berkeley-Los Ángeles, 1964, pág. 229, y Broughton, II, pág. 376). Después de la rendición de Perugia pasó a Sicilia al lado de Pompeyo (cf. *infra*, V 104).

[130] Sobre el asedio de Perugia, cf. Gabba, *Appiani...*, V. com. *ad loc.*, e Intr. y Apénd.

[131] Cf. Klebs, en *RE*, s.v. *Ateius*, núm. 2. Comandante a las órdenes de Ventidio o de Asinio.

Rávena, Ventidio a Arímino, y Planco a Espoletio[132]. Octavio opuso un ejército a cada uno de ellos para evitar que pudieran unir sus fuerzas y regresó a Perusia, donde reforzó las trincheras y duplicó la profundidad y anchura del foso hasta una medida de treinta pies, elevó la altura de la muralla y colocó sobre ella mil quinientas torretas de madera a sesenta pies de distancia unas de otras. También eran muy numerosas las almenas de las que disponía, así como los restantes dispositivos, todas ellas con dos caras, una mirando hacia los sitiados y otra mirando al lado opuesto para repeler los ataques procedentes del exterior. Estas labores se llevaron a cabo, a la vez que se producían escaramuzas y combates, en los cuales los soldados de Octavio resultaban ser mejores en el uso de los proyectiles, en tanto que los gladiadores de Lucio vencían en el combate cuerpo a cuerpo, y mataron a muchos de esta forma.

34 Cuando Octavio tuvo totalmente acabados todos sus trabajos de asedio, el hambre acuciaba a Lucio, y este mal tuvo una virulencia más feroz, puesto que ni él ni la ciudad habían tomado previamente ningún tipo de precauciones. Octavio se dio cuenta de esta situación y mantuvo una vigilancia más rigurosa aún. En el día precedente[133] a las calendas de enero, Lucio, aguardando al momento de la procesión como ocasión para que los enemigos relajasen la vigilancia, llevó a cabo un ataque esa noche contra las puertas de éstos, con la idea de forzar el paso a través de ellos hacia el exterior e introducir en la ciudad a otro ejército, pues tenía muchas tropas en muchos lugares. Pero la legión que ocupaba un lugar de vigilancia más próximo y el propio

[132] Estos hechos tuvieron lugar en diciembre del 41 a. C.— Espoletio, en Umbría meridional.

[133] El 31 de diciembre del 41 a. C., último día del año, tal vez fiesta para el ejército, aunque no oficial.

Octavio con las cohortes pretorianas realizaron un ataque fulminante y, aunque Lucio combatió con mucha valentía y coraje, fue repelido. Por estos mismos días, en Roma, como quiera que el trigo era custodiado bajo armas para los soldados, la plebe prorrumpió en maldiciones públicas contra la guerra y la victoria y, penetrando en las casas particulares en busca de trigo, saquearon todo el que encontraron.

Ventidio y los suyos se avergonzaron de consentir 35
que Lucio estuviera sufriendo de hambre, y avanzaron todos hacia él, con la intención de forzar el paso entre los soldados de Octavio que le rodeaban por todas partes y le hostigaban sin cesar. Agripa y Salvidieno salieron a su encuentro con fuerzas todavía más numerosas, y ellos tuvieron miedo de verse rodeados y se desviaron hacia una fortaleza llamada Fulginio, distante ciento sesenta estadios de Perusia. Allí los sitió Agripa y ellos encendieron muchos fuegos como señales para Lucio. Ventidio y Asinio eran de la opinión de proseguir la marcha para luchar, pero Planco manifestó que se encontrarían entre Octavio y Agripa y que era necesario aún esperar acontecimientos. Prevaleció la opinión de Planco. Los que estaban en Perusia se alegraron de ver los fuegos, pero, al demorarse los hombres, conjeturaron que también ellos se hallaban en dificultades y, cuando cesó el fuego, pensaron que habían sido aniquilados. Lucio, acuciado por el hambre, efectuó un nuevo combate nocturno desde la primera guardia hasta el amanecer en torno a toda la obra de circunvalación, pero fracasó en su intento y fue rechazado hacia el interior de Perusia. Entonces reunió el resto de las provisiones y prohibió que se les diera ninguna a los esclavos, al tiempo que cuidaba que no escapara ninguno de ellos para que los enemigos no pudieran conocer mejor su terrible situación. Los esclavos, por tanto, andaban errantes por la ciudad en oleadas y se arrojaban al suelo, tanto en

el interior de la misma como en el espacio intermedio entre las fortificaciones, y comían cualquier yerba u hojas verdes que encontraran. A los que murieron Lucio los enterró en zanjas muy largas para que, si los quemaba, no pudieran darse cuenta los enemigos, y, si quedaban insepultos, no brotase la peste a consecuencia de las emanaciones pestilentes.

36 Como no se vislumbraba ningún final para el hambre y las muertes, los soldados, irritados con la situación, instaron a Lucio para que realizara un nuevo ataque contra las fortificaciones enemigas con objeto de demolerlas por completo. Él acogió su ardor y les dijo: «Hace poco, no luchamos con tanto ahínco como exigía nuestra presente necesidad. Ahora debemos, o bien rendirnos, o, si pensamos que esto es peor que la muerte, luchar hasta morir.» Todos aceptaron calurosamente sus palabras y, para que nadie tuviera a la noche como pretexto ellos le pidieron que los llevara a luchar bajo la luz del día, y Lucio los condujo al combate al amanecer. Tenía muchos instrumentos de hierro [134] de los que se usan en el asalto a las murallas y escalas preparadas de todas las formas. También llevaba consigo máquinas para rellenar los fosos y torres plegables, desde las que se tendían planchas hacia los muros, toda clase de proyectiles y piedras y planchas de mimbres para arrojarlas sobre las picas [135]. Atacando con ímpetu violento rellenaron el foso, escalaron la empalizada y, cuando se aproximaron al muro, unos minaron los cimientos, otros adosaron las escalas y otros las torres. Atacaban a la vez que se defendían con piedras, flechas y bolas de plomo, con un desprecio total hacia la muerte. Y una vez que*** se diversificó el ataque en muchos lugares la resistencia enemiga estuvo más debilitada.

134 *Harpagones* y *manus ferrae* (cf. n. 236 a este libro).

135 Palos o instrumentos de hierro con la punta aguzada fijos en el suelo de los fosos.

Tras ser abatidas las planchas sobre algunas partes 37
de la muralla, entonces sobre todo fue en extremo arriesgada la lucha para los soldados de Lucio que combatían sobre ellas, y desde todas partes llovían sobre ellos, a uno y otro lado, las jabalinas y las flechas; sin embargo, forzaron el paso y unos pocos alcanzaron el muro, y a éstos siguieron otros más. Y tal vez habrían culminado algún hecho importante, en su desesperación, de no haber sido porque, conocido que tenían pocas máquinas de esa clase, los mejores soldados de Octavio fueron conducidos de refresco desde la reserva contra unos hombres fatigados. Estas tropas, en efecto, arrojaron de las murallas a los enemigos, rompieron las máquinas y les dispararon desde arriba sin ningún temor ya. Estos últimos, aunque sus armas y sus cuerpos todos estaban hechos pedazos, e incluso les faltaban los gritos de guerra, no obstante resistieron con coraje. Pero, cuando los cadáveres de los muertos sobre las murallas fueron arrojados abajo, entre ellos, expoliados, no resistieron por más tiempo el ultraje, sino que se apartaron a un lado horrorizados por el espectáculo y se quedaron de pie por un momento sin saber qué hacer, al modo de los atletas que toman un respiro en los juegos gimnásticos. Lucio tuvo lástima de la situación en que se encontraban ellos y tocó a retirada con la trompeta. Las tropas de Octavio se alegraron de esto e hicieron sonar las armas en señal de victoria, e irritados los soldados de Lucio arrebataron de nuevo las escalas —pues ya no tenían torres— y las llevaron con desesperación hacia las murallas, aunque no pudieron causar daño alguno, pues no tenían capacidad para ello. Lucio corrió entre ellos pidiéndoles que no sacrificaran por más tiempo sus vidas y los condujo, entre quejas y contra su voluntad, en retirada.

Éste fue el final de aquel asalto a la muralla, com- 38
batido con toda acritud. Octavio, a fin de que los enemi-

gos no se atrevieran a realizar un nuevo intento contra los muros, estacionó a lo largo de ellos a un ejército que mantenía en reserva e instruyó a otras tropas, en otros lugares, para que saltaran sobre el muro al toque de trompeta. Continuamente realizaban este ejercicio, aunque nadie los apremiase, con objeto de familiarizarse con él e inspirar miedo a los enemigos. El desánimo hizo presa en los hombres de Lucio y, como suele ocurrir en ocasiones tales, los guardianes relajaron la vigilancia y, en consecuencia, se produjeron las deserciones de muchos. Y no desertaban únicamente los soldados rasos, sino incluso algunos de los oficiales. Lucio se sentía inclinado ya hacia la paz por lástima de la pérdida de tantas vidas humanas, pero el temor personal que sentían algunos enemigos de Octavio lo retenía aún. Sin embargo, cuando se vio la acogida humana y amigable que Octavio dispensaba a los desertores, se incrementó más el deseo de todos hacia la paz, y Lucio tuvo miedo de ser entregado si se oponía.

39 Realizado un sondeo a tal objeto, las expectativas resultaron alentadoras, así que reunió al ejército y le dijo lo siguiente: «Era mi intención, camaradas, devolveros el sistema de gobierno de nuestros padres, una vez que el poder del triunvirato había degenerado en una tiranía y que ni siquiera se disolvió tras la muerte de Casio y Bruto, que habían sido el pretexto para su constitución. Y así, mientras Lépido fue despojado de su participación en el gobierno y Antonio se encontraba muy lejos reuniendo dinero, éste solo gobernaba todos los asuntos a su libre albedrío, y las instituciones tradicionales romanas eran sólo una ficción y un objeto de burla. Yo, precisamente, por tratar de cambiar esta situación en aquella otra anterior de libertad y gobierno democrático solicité, que una vez fueran distribuidas las recompensas por la victoria, se disolviera la monarquía. Mas, como no fueron escuchadas mis demandas,

intenté imponerlas por la fuerza, valiéndome del poder de mi magistratura. Octavio me calumnió ante el ejército acusándome de que yo obstaculizaba los asentamientos de colonos por piedad hacia los campesinos. No supe de esta acusación durante mucho tiempo, pero, ni siquiera cuando me enteré, creí que alguien pudiera darle crédito, al ver que los oficiales de colonias que iban a repartir entre vosotros las tierras habían sido designados por mí. Sin embargo, la calumnia hizo mella en algunos que se unieron a aquél para combatir contra vosotros, según creen, aunque, con el tiempo, sabrán que están luchado contra ellos mismos. Soy testigo de que vosotros elegisteis la causa mejor y que habéis sufrido por encima de vuestras fuerzas, pero somos derrotados no por los enemigos, sino por el hambre, a la que precisamente también hemos sido abandonados por nuestros generales. A mí, ciertamente, me resultaría ventajoso luchar en defensa de nuestra patria hasta la muerte, pues un final así coronaría de un halo de gloria una decisión tan encomiable. Sin embargo, no acepto este destino por vosotros, a quienes antepongo a mi fama. Enviaré, pues, legados al vencedor y le pediré que haga conmigo solo, en lugar de con todos vosotros, lo que desee, y que os otorgue a vosotros, en vez de a mí, una amnistía, pues sois conciudadanos suyos y, en otra ocasión, sus soldados, y ahora no habéis cometido ofensa alguna, sino que peleáis por una hermosa causa, y no sois derrotados por la guerra, sino por el hambre.».

Así habló Lucio y envió, al punto, a tres hombres 40
elegidos entre los optimates. Entre la multitud, algunos se lamentaban por ellos mismos y otros por su general, que les parecía el mejor y más favorable a la causa republicana por su actitud, pero que había sido derrotado por la extrema necesidad. Los tres hombres, cuando se hallaron en presencia de Octavio, le recordaron que era una sola la estirpe de los soldados de uno y otro

ejército, que en otro tiempo habían sido también compañeros de armas, le hablaron de la amistad entre los nobles de ambos lados y de la virtud de los antepasados que impelían a no tornar irremediables las discrepancias. Expusieron, además, todos aquellos argumentos afines a éstos que era lógico pensar que resultarían seductores a Octavio. Este último, conociendo que, entre las tropas enemigas, una parte estaba integrada por soldados inexpertos aún, y otra por colonos veteranos y bien ejercitados, dijo, con artimaña, que concedía la amnistía a los veteranos de Antonio, como un favor hacia éste, pero ordenó que los demás se rindieran a él sin condiciones. Esto fue lo que dijo en presencia de todos, pero cogiendo en privado a uno de los tres, a Furnio, le hizo abrigar esperanzas de un trato más clemente para Lucio y los restantes a excepción de sus enemigos personales [136].

41 En consecuencia, los enemigos de Octavio, al sospechar que la entrevista privada de Furnio había tratado de ellos, reprocharon al propio Furnio a su regreso y exigieron a Lucio que solicitara, de nuevo, una paz igual para todos, o peleara hasta la muerte, pues no era aquélla una guerra particular de alguien, sino pública y en defensa de la patria. Lucio dio su aprobación por piedad hacia unos hombres de igual rango y les dijo que enviaría otros legados. Pero añadió que no había nadie mejor que él para esta misión y se puso en camino de

---

[136] La precisión de la tradición apianea para presentar el estado de ánimo de los soldados y jefes, así como la riqueza de datos del desarrollo de los hechos en Perugia, hacen pensar a Gabba que aquélla depende de información directa de testigos de los hechos (cf. *Appiani...*, V, com. *ad loc.*); las noticias sobre los embajadores pueden provenir de algún tipo de *memoranda* de G. Furnio (cf., además, caps. 140-142). Sobre el tono polémico que reviste el relato de estos hechos relativos a la guerra perusina y, en especial, de los concernientes a la actuación del cónsul L. Antonio (cf. caps. 19 ss.). Ver Gabba, *Appiano...*, págs. 189-198 y notas.

inmediato, sin heraldos, precedido tan sólo de aquellos que anunciaron a Octavio la llegado de Lucio. Aquél salió a su encuentro al punto. Así pues, estuvieron ya a la vista uno de otro acompañados por sus amigos, y destacaban entre los demás por sus enseñas y vestimentas de generales. Entonces, Lucio, abandonando a sus amigos, avanzó con dos lictores solamente, mostrando a un tiempo su intención por medio de tal gesto. Octavio lo comprendió e imitó su ejemplo, indicando, a su vez, también su buena voluntad hacia Lucio. Pero, al ver que Lucio se apresuraba a avanzar hasta su propio campamento para patentizar también así que se entregaba incondicionalmente, Octavio se le anticipó y salió del campamento, para que Lucio tuviera todavía la libertad de deliberar y decidir acerca de su persona. Ellos, al aproximarse uno a otro, preludiaban ya tales intenciones a causa de su indumentaria y apariencia externa.

Cuando llegaron al borde del foso, se saludaron mu- 42
tuamente y Lucio dijo [137]: «Si yo hubiera sido un extranjero en guerra contigo, Octavio, habría considerado un deshonor la actual derrota y mayor deshonra aún la rendición, y habría tenido un procedimiento fácil para librarme a mí mismo de esta vergüenza. Mas, como he litigado con un compatriota de igual rango y en defensa de nuestra patria, no juzgo deshonroso ser vencido por un hombre tal y en semejante causa. Y te digo estas cosas, no porque desapruebe sufrir el castigo que quieras imponerme —pues por este motivo he venido a tu campamento sin garantías—, sino para pedirte para los demás un perdón que es justo y conveniente para tus intereses. Pero es menester que yo, al intentar mostrarte este hecho, deslinde la causa de aquéllos de la mía propia, con objeto de que concentres contra mí to-

[137] Para el carácter y contenido de ambos discursos, cf. GABBA, *Appiani...*, V, Intr., págs. XVII y sigs.

da tu ira cuando conozcas que sólo yo he sido el responsable de lo ocurrido. Y no creas que trato de intimidarte con un lenguaje franco —pues sería inoportuno—, sino de decirte la verdad, sin la cual no me es posible hablar.

43 »Yo emprendí contra ti la guerra no para destruirte y sucederte en el gobierno, sino para restaurar a la patria el gobierno de los patricios, que había quedado disuelto por el poder del triunvirato, como ni incluso tú mismo podrás negarlo. Pues, cuando lo establecisteis, estabais de acuerdo en que era ilegal, y de ahí que lo instauraseis como una magistratura necesaria y coyuntural, puesto que Casio y Bruto estaban vivos aún y vosotros no podíais reconciliaros con aquéllos. Pero, después que murieron ellos, que eran los cabecillas de la facción, y que los restantes, si quedaban algunos, no empuñaban las armas contra el Estado, sino por temor a vosotros, y cuando, además, estaba expirando el período de cinco años, pedí que las magistraturas se establecieran de nuevo según las costumbres de la patria, y no prefería con ello a mi hermano antes que a mi país, sino que esperaba convencerle voluntariamente a su regreso y me daba prisa para que éste tuviera lugar en el tiempo de mi magistratura. Y si tú hubieras comenzado este proceso, sólo tú te hubieras llevado la gloria. Pero, como no logré convencerte pensé marchar contra Roma y emplear la coacción, puesto que era un ciudadano, un hombre noble, y además cónsul. Así pues, los motivos por los que comencé la guerra fueron éstos exclusivamente, y no mi hermano, ni Manio, ni Fulvia, ni el asentamiento en colonias de los que lucharon en Filipos, ni la piedad hacia los campesinos despojados de sus posesiones, ya que yo mismo asigné para las legiones de mi hermano líderes de la colonización, los cuales despojaron a los agricultores de sus tierras y las repartieron entre los soldados. Sin embargo, tú me hi-

ciste esta acusación ante los soldados, trasladando la causa de la guerra desde ti mismo al asentamiento de los colonos y, de este modo, sobre todo, los pusiste de tu lado y me has vencido, pues estaban convencidos de que yo les hacía la guerra y ellos se defendían de mi ataque injusto. Ciertamente, mientras estabas en guerra, te fue necesario usar de añagazas, pero ahora que has vencido, si eres enemigo de la patria, debes de considerarme a mí también enemigo tuyo, puesto que he deseado lo que me pareció que era conveniente para ella, pero no lo pude cumplir por causa del hambre.

»Y, mientras digo estas cosas, me pongo en tus ma- 44
nos, tal como te anuncié, para lo que desees hacer conmigo. He venido aquí tan sólo para mostrar qué pensaba sobre ti antes de la guerra, durante la misma y todavía en este momento. Y baste con esto por lo que a mí respecta. Sin embargo, con relación a mis amigos y al ejército todo, si no vas a sospechar de mis palabras, te aconsejaré lo que es más útil para ti, y ello es que no les impongas una pena severa por causa de una disputa entre tú y yo. Y ya que eres un mortal y estás sometido a la fortuna, cosa inestable, no disuadas a quienes tal vez quieran correr peligro por defenderte en tiempos azarosos o difíciles, enseñándoles que de acuerdo con esta tu ley no existe esperanza de salvación más que para los vencedores. Pero si todo consejo de un enemigo es sospechoso o falto de crédito, no vacilo tampoco, en este caso, en exhortarte a que no castigues a mis amigos por mis faltas y mi mala estrella, sino que concentres contra mi persona todo castigo, pues soy el culpable de todas las cosas. Y, precisamente, con esta intención dejé tras de mí a aquéllos, con objeto de que no pareciera que, al decirte esto a ti en su presencia, estaba hablando con artificios en mi propia defensa.»

Después que Lucio, tras hablar así, se sumió en el 45
silencio, Octavio le contestó: «Cuando vi que venías sin

escolta hacia mí, Lucio, salí a tu encuentro rápidamente mientras te hallabas fuera de mis defensas, a fin de que, cuando eras todavía dueño de ti mismo, deliberaras y dijeras e hicieras aquello que, a tu juicio, fuera más conveniente para ti. Pero, una vez que te has puesto en mis manos, lo cual es propio de los que reconocen que han cometido una falta, no tengo necesidad de refutar todas las acusaciones que con artera falsedad has hecho contra mí. Desde el principio escogiste injuriarme y continúas en esa línea. Si estuvieras negociando la paz conmigo, te hubieras encontrado con quien ha sido objeto de agravio y ha resultado vencedor; pero, al entregarte sin condiciones tú mismo y a tus amigos y a tu ejército, has suprimido no sólo toda nuestra ira, sino también las prerrogativas que necesariamente me hubieras conferido de haber mediado negociaciones. Pues en este asunto se imbrica, de un lado, el castigo que vosotros os merecéis y, de otro, el decoro de aquello que es justo que yo haga. Precisamente, prestaré especial atención a este último aspecto, a causa de los dioses, de mí mismo y de ti, Lucio, y no voy a defraudar tu esperanza sobre mi persona, con la cual has venido hasta aquí.»

Esto fue lo que se dijeron entre ambos, en la medida en que me fue posible conocer el espíritu de lo que se dijo a partir de los comentarios [138], y verterlos a nues-

---

[138] Para Gabba, que se muestra en ello de acuerdo con Schwartz (*ibid.*, págs. XXI-XXII), no se trata de la obra de ningún historiador, sino de los llamados *acta Urbis* o *populi acta diurna*, que, según el testimonio de Dión Casio, aparecen aludidos por el término griego *hypomnēmata*. Véase, además, Gabba, *Appiano...*, págs. 212 y sigs. sobre la importancia para precisar el modo de trabajo de Apiano y discernir cuál pudo ser su modelo, pues éste es uno de los dos casos (el otro es IV 11, sobre el decreto triunviral de las proscripciones), en los que alude a una labor suya de traducción del latín al griego.

tra lengua. Después se separaron, y Octavio alabó y admiró a Lucio porque no había dicho nada innoble ni estúpido, como suele ocurrir en las situaciones adversas, en tanto que Lucio sentía lo propio hacia Octavio por su clemencia y concisión al hablar. Los demás dedujeron el significado de los discursos a partir del rostro de cada uno de ellos.

Lucio envió a los tribunos de los soldados para que 46
recibieran de Octavio la contraseña [139] para el ejército; ellos le llevaron, a su vez, el número de soldados, según es costumbre todavía en la actualidad que el tribuno que pide la contraseña entregue al emperador el registro diario con el número de tropas presentes. Ellos recibieron la contraseña, pero mantuvieron aún bajo control sus puestos de vigilancia, pues ésta había sido la orden de Octavio, que cada ejército mantuviera su propia guardia esa noche. Al día siguiente, Octavio hizo un sacrificio, y Lucio le envió el ejército con las armas, pero preparado para la marcha. Los soldados aclamaron desde lejos a Octavio como general en jefe y se situaron de pie por separado cada legión donde lo había ordenado Octavio, los colonos veteranos separados de los nuevos reclutas. Y Octavio, una vez finalizado el sacrificio, coronándose con laurel, símbolo de la victoria, se sentó en la parte delantera de la tribuna y ordenó que todos depusieran las armas en el lugar en que se encontraban; cuando así lo hicieron, ordenó a los veteranos que se aproximaran; resuelto a reprocharles su ingratitud y a infundirles temor. Pero, como se conocía de antemano lo que se disponía a hacer, su propio ejér-

[139] El *signum* (cf. KUBITSCHEK, en *RE*, s.v. *signa*, cols. 2.345-2.347). A juicio de GABBA (*Appiani...*, V, com. *ad loc.*), la comparación de Apiano es muy poco apropiada. Él alude al tribuno que mandaba la cohorte pretoriana de guardia en el Palatino, que pedía diariamente la contraseña al emperador.

cito, ya sea adrede —puesto que los soldados son advertidos con frecuencia previamente— o bien por afecto hacia unos hombres familiares suyos, rompieron la formación que les había sido asignada, se acercaron a los soldados de Lucio y arremolinándose en torno a ellos los abrazaron y lloraron con ellos e intercedieron en su favor ante Octavio sin dejar de gritar y de abrazarse, sumándose también a esta explosión de afecto los nuevos reclutas de uno y otro ejército, así que ya nada era identificable y fácil de discernir.

47 A la vista de lo cual, Octavio no persistió en su intención sino que, tras acallar el griterío con dificultad, dijo a los suyos: «Vosotros, camaradas, habéis tenido siempre un comportamiento tal conmigo, que ninguno me puede pedir una cosa en vano. Yo estimo que las tropas recién levadas sirven a Lucio bajo coacción, pero era mi intención preguntar a estos veteranos, que en muchas ocasiones fueron camaradas vuestros y ahora se han salvado gracias a vosotros, qué daño recibieron de parte nuestra o en qué favor se vieron defraudados o qué más esperaban de otro como para empuñar las armas contra mí, contra vosotros y contra ellos mismos. Pues las penalidades que he soportado, todas lo han sido en defensa de la asignación de las colonias, en la cual ellos han tenido su participación. Y, si me lo permitís, quiero hacerles también estas preguntas.» Mas ellos no se lo permitieron y continuaron suplicándole sin descanso. «Accedo a lo que queréis —dijo—, que se marchen sin sufrir castigo por sus faltas, siempre y cuando tenga igual comportamiento con vosotros en el futuro.» Así lo prometieron por ambas partes con vítores y gracias a Octavio. Este último permitió que algunos de sus hombres recibieran como huépedes a ciertos miembros del otro ejército, pero ordenó que la masa acampara en tiendas en el sitio donde precisamente

se encontraban, hasta que él les asignara ciudades para invernar y a los que habían de conducirlos a ellas [140].

Luego se sentó en la tribuna e hizo venir a Lucio 48
desde Perusia acompañado por los magistrados romanos. Acudieron muchos senadores y muchos caballeros, todos con un aspecto lamentable en razón del repentino cambio de fortuna. Tan pronto como salieron de Perusia una guardia rodeó la ciudad [141]. Y una vez que llegaron, Octavio colocó a su lado a Lucio; de los restantes, algunos fueron recibidos por los amigos de Octavio y de otros se hicieron cargo los centuriones, todos los cuales habían sido instruidos previamente para que les dispensaran un tratamiento honroso y los vigilaran con disimulo. A los habitantes de Perusia, que le suplicaban desde las murallas, les ordenó que se acercaran, con exclusión tan sólo del Consejo de la ciudad, y cuando acudieron a él los perdonó [142]. Los consejeros, en cambio, fueron hechos prisioneros, y al cabo de poco tiempo fueron ejecutados, excepto Lucio Emilio, el cual cuando actuaba en Roma como juez por el asesinato de Gayo César [143], depositó públicamente su voto de con-

---

[140] La benevolencia de Octavio, sea de acuerdo con algo pactado previamente con Lucio o por presión de sus soldados, contrasta con el relato de Dión Cas., XLVIII 14, 5, según el cual la mayor parte de las tropas capturadas fueron muertas. Esta versión responde a la propaganda difundida por los adversarios de Octavio acerca de su crueldad con ocasión de la rendición de Perugia.

[141] La caída de Perugia tuvo lugar a fines de febrero o comienzos de marzo del 40 a. C.

[142] Contrasta nuevamente la versión que Apiano da de estos hechos con la que aparece en Dión Casio, quien afirma (XLVIII 14, 3-4) que hubo una hecatombe de 300 senadores y muchos caballeros inmolados sobre un altar erigido en honor de César (así, también, Suet., *Aug.* 15, 1-2, quien señala la coincidencia con los Idus de marzo), y que perecieron (XLVIII 15, 5) la mayor parte de los habitantes de Perugia.

[143] Cf. *supra*, III 95.

dena y exhortó a todos a que hicieran lo mismo a fin de expiar la culpa del crimen.

49 Octavio tenía decidido entregar al ejército la misma Perusia para que la saquearan, pero Cestio, uno de los ciudadanos, hombre pendenciero que había luchado en Macedonia y se autollamaba, por ello, el Macedonio, prendió fuego a su casa y se arrojó él mismo al fuego [144]. El viento expandió las llamas y las propagó por toda Perusia, que ardió en su totalidad a excepción del templo de Vulcano. Éste fue el final de Perusia, ciudad que gozaba de fama por su antigüedad e importancia, pues dicen que fue una de las primeras doce ciudades fundadas antiguamente en Italia por los etruscos, por la cual razón veneraban también a Juno, como los etruscos [145]. Pero, entonces, aquellos que se repartieron a suerte los restos de la ciudad, optaron por Vulcano, en vez de Juno, como divinidad tutelar para ellos. Al día siguiente, Octavio hizo la paz con todos, pero el ejército no cesó de armar alboroto contra algunos hasta que éstos fueron ejecutados. Se trataba de los enemigos principales de Octavio, en especial, Canutio [146], Gayo Flavio [147], Clodio Bitínico [148] y otros. Éste fue el final del asedio de Lucio en Perusia, y así quedó zanjada la guerra que se esperaba había de ser la más gravosa y de una larga duración para Italia.

---

144 En VEL., II 74, 4, también recae en Cestio (llamado *princeps eius loci)* la responsabilidad del incendio (cf., sin embargo, DIÓN CAS., XLVIII 14, 5). Sobre Cestio, cf. GROAG, en *RE*, s.v. *Cestius*, núm. 12.

145 Sobre la Perugia etrusca, cf. H. H. SCULLARD, *The Etruscan Cities and Rome*, Londres, 1967, en especial, págs. 231-236 sobre *duodecim populi*.

146 Cf. n. 43 bis al libro III.

147 Sólo mencionado aquí (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Flavius*, número 13).

148 Cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Claudius*, núm. 18.

En efecto, Asinio, Planco, Ventidio, Craso [149], Ateyo y los demás de este partido que tenían fuerzas considerables, hasta un total de trece legiones ejercitadas y seis mil quinientos jinetes, considerando que el factor principal de la guerra había sido Lucio, se retiraron de inmediato hacia el mar, cada uno por caminos diferentes. 50

Algunos fueron hacia Bríndisi, otros hasta Rávena, otros a Tarento, otros junto a Murco o Ahenobarbo y algunos junto a Antonio. Los amigos de Octavio los siguieron y les ofrecieron propuestas de paz, y, cuando rehusaron, acosaron en especial a la infantería. Precisamente de estas tropas, tan sólo a dos legiones, interceptadas en Cameria [150], consiguió convencer Agripa para que desertaran a él. También huyó Fulvia con sus dos hijos hacia Dicearquía [151] y, desde allí, a Bríndisi con tres mil jinetes que le habían sido dados como escolta por los generales. En Bríndisi subió a bordo de uno de los cinco navíos de guerra que habían sido enviados desde Macedonia [152] en su busca, y se hizo a la mar. Planco navegó con ella, después de haber abandonado por cobardía al resto de su ejército. Los soldados de éste eligieron a Ventidio como su comandante en jefe. Asinio atrajo a Ahenobarbo a la amistad de Antonio [153], y ambos escribieron a Antonio dándole cuenta de estos hechos y le prepararon por Italia lugares de desembarco y provisiones, en espera de su inminente llegada.

---

[149] P. Canidio Craso (cf. Münzer, en *RE*, s.v. *Canidius*, núm. 2), legado de Lépido en la Galia, había cooperado en el 43 a. C. al acuerdo entre éste y Antonio; fue cónsul *suffectus* en el 40 a. C. (cf. Broughton, II, pág. 378).

[150] Probablemente, Camerino, ciudad de Umbría (cf. Hülsen, en *RE*, s.v. *Camerinum*).

[151] O Puteoli, ciudad de la Campania.

[152] Gobernador de Antonio en Macedonia era L. Marcio Censorino (cf. Broughton, II, pág. 382).

[153] Cf. cap. 55. El encuentro tuvo lugar en algún sitio del Adriático.

51 Octavio, a su vez, planeaba hacerse de otro gran ejército de Antonio, que estaba cerca de los Alpes bajo el mando de Fufio Caleno, pues tenía ya sospechas de Antonio y esperaba o bien conservar estas tropas para él si continuaba siendo su amigo, o aumentar sus propios efectivos con una fuerza importante si aquél le hacía la guerra. Sin embargo, mientras se demoraba y aguardaba la oportunidad de un pretexto, Caleno murió [154], y Octavio, en la creencia de haber hallado una buena excusa para ambos propósitos, se encaminó allí y asumió el mando del ejército y, además, de la Galia y de España [155], que eran también provincias de Antonio. Aterrorizado Fufio, el hijo de Caleno, le entregó todo sin resistencia alguna.

Y, ciertamente, Octavio, mediante esta única acción entró en posesión de once legiones de infantería y de un inmenso territorio, tras de lo cual relevó a los oficiales de sus mandos, los sustituyó por otros suyos [156] y
52 regresó a Roma. Antonio, por su parte, como era todavía invierno [157], retuvo a los enviados que, procedentes de las colonias, habían llegado a su lado [158] y mantuvo en secreto sus proyectos. En la primavera [159] efectuó el viaje de Alejandría a Tiro y, desde allí, cruzó a Chipre, Rodas y a la provincia de Asia, en donde se enteró de lo acontecido en Perusia, y colmó de reproches a su her-

154 En junio del 40 a. C., Octavio estaba en la Galia a primeros de julio.

155 Ésta había sido asignada ya a Octavio (cf. cap. 3 de este libro).

156 En la Galia puso como gobernador a Q. Salvidieno Rufo (cf. cap. 66); de España, a L. Antonio, hermano del triunviro (cf. cap. 54; eran gobernadores en el 40 a. C., Peduceo y otro Lucio).

157 Invierno del 41-40 a. C. Antonio se encontraba en Alejandría, desde donde siguió el desarrollo de los acontecimientos en Italia sin definirse claramente sobre ellos.

158 Cf. caps. 21 y 29 de este libro.

159 Hacia marzo del 40 a. C. (cf. Tarn, *The Augustan Empire 44 B.C.-A.D. 70, CAH,* X, Cambridge, 1966, pág. 41; Buchheim, *Die Orientpolitik...,* pág. 75, y Gabba, *Appiani...,* V, Intr., pág. LVII.

mano, a Fulvia y, en especial, a Manio. Encontró a Fulvia en Atenas, a donde había huido desde Bríndisi. A su madre Julia que había escapado junto a Pompeyo, este último la envió desde Sicilia a bordo de barcos de guerra, y le daban escolta algunos de los notables del partido pompeyano, Lucio Libo el suegro de Pompeyo[160], Saturnino[161] y otros, los cuales, atraídos por la capacidad de gestión de Antonio para grandes empresas, trataban de reconciliarle con Pompeyo y de que formara una alianza con él contra Octavio. Antonio les respondió que le daba las gracias a Pompeyo por haberle enviado a su madre y que le devolvería el favor en su momento; y que, si luchaba contra Octavio, se aliaría con Pompeyo, pero que, si Octavio permanecía en lo acordado con él, trataría de reconciliar a Pompeyo con Octavio[162].

Tal fue su respuesta, y, cuando Octavio regresaba a 53
Roma desde la Galia[163], se enteró de la navegación de aquéllos a Atenas, y, como no sabía exactamente la respuesta de Antonio, excitó a las colonias contra este último bajo la suposición de que intentaba hacer regresar a Pompeyo con los propietarios de las tierras que ellos poseían en la actualidad, pues la mayoría de los campesinos expropiados se habían refugiado junto a Pompeyo. Pero, aunque el factor de discordia era convincente, ni aun así los veteranos asentados como colonos empuñaron con ardor sus armas en contra de Antonio; tan grande era el fervor popular que le había deparado a

---

160 L. Escribonio Libo (cf. n. 86 al libro III). En el 44 a. C. era ya suegro de Sexto Pompeyo.

161 Gn. Sentio Saturnino Vétulo (cf. Groag, en *RE*, s.v. *Sentius*, núm. 9), fue padre de G. Sentio Saturnino, cónsul en el 19 a. C.

162 Antonio persiste en su actitud de expectativa ya mencionada para la guerra de Perugia (cf. n. 157).

163 En la segunda mitad de julio del 40 a. C.

éste la gloria de la batalla de Filipos [164]. Octavio, por su parte, se consideraba superior a Antonio, Pompeyo y Ahenobarbo en cuanto al número de tropas de infantería —ya que entonces mandaba más de cuarenta legiones—, pero, como no tenía ningún navío ni tiempo para construirlo, y dado que aquéllos poseían quinientos, tuvo miedo, de que, patrullando alrededor de Italia, la redujeran a una situación de hambre. Mientras reflexionaba sobre esta cuestiones —y ya le habían sido expuestas ofertas de matrimonio respecto a muchas doncellas—, escribió a Mecenas [165] para que llegara a un acuerdo con Escribonia [166], la hermana de Libo, el suegro de Pompeyo, a fin de tener a ésta como baza para las negociaciones de paz, si fuera necesario. Cuando Libo se enteró, ordenó por carta a sus familiares que la prometieran en matrimonio a Octavio sin dudarlo. Octavio envió a diferentes lugares y bajo diversos pretextos a aquellos amigos y soldados de Antonio que le

---

[164] Cf. n. 107 al libro IV. La duda de las tropas (tanto de la oficialidad como de los soldados) en seguir a Octavio contra Antonio es objeto de énfasis por parte de la tradición apianea.

[165] Sobre este personaje, que ya apareció en el cap. 50 del libro IV como demandante del hijo de Lépido, cf. Stein, en *RE*, s.v. *Maecenas*, núm. 6. Fue un personaje de enorme relieve en el círculo de allegados a Octavio, durante el triunvirato y, después, en el Principado (cf., además, para su origen de la estirpe real etrusca, Syme, *The Roman Revolution*, pág. 129, y, en general, *passim*). Habilísimo diplomático, tomó parte en un sinfín de delicadas misiones encargadas por Octavio.

[166] Este matrimonio, del que Dión Casio (XLVIII 16, 2-3) afirma que fue impuesto por la necesidad de quebrantar una alianza entre Antonio y Pompeyo, tuvo lugar en el invierno del 40 a. C. Octavio se divorció de ella al año siguiente, el día precisamente en que nació su hija Julia (Suet., *Aug.* 62, 2). Poco después, se casó con Livia Drusila. Sobre Escribonia, cf. Fluss, en *RE*, s.v. *Scribonius* [*Scribonia*], número 32); era su tercer matrimonio, anteriormente se había desposado con Gn. Cornelio Léntulo Marcelino (cónsul en el 56 a. C.) y con un Escipión, tal vez el cónsul del 38 a. C., de los que había tenido hijos. Era mayor que Octavio.

resultaban sospechosos, y a Lépido lo envió a África [167], la provincia que le había sido asignada, con las seis legiones de Antonio de las que desconfiaba más.

Luego, llamando a Lucio, lo alabó por el amor profe- 54 sado hacia su hermano, si es que por persistir en la voluntad de Antonio había hecho suya la falta, pero le reprochó por su ingratitud, si, después de haber encontrado en él una disposición tal, no estaba tampoco ahora dispuesto a hacer alguna confesión acerca de Antonio, de quien ya se decía que había hecho claramente un pacto con Pompeyo. «Yo, porque confiaba en ti —dijo Octavio—, a la muerte de Caleno, administré para Antonio a través de mis amigos las provincias y el ejército de aquél, a fin de que no quedasen sin un jefe. Pero ahora que se ha revelado el complot hare mías todas aquéllas, y si deseas marchar junto a tu hermano, te permito que lo hagas sin temor.» Así habló, tal vez porque trataba de probar a Lucio, o bien porque quería que sus palabras llegaran a Antonio. Pero Lucio le respondió en el mismo tono que antes: «Sabía que Fulvia era favorable a la Monarquía, pero me uní a ella y utilicé las tropas de mi hermano para destruiros a todos vosotros. Y ahora, si mi hermano viniera para acabar con la Monarquía, me uniría a él pública o secretamente, para luchar de nuevo en defensa de la patria contra ti, aunque seas mi bienhechor. Pero, si aquél también busca y elige a sus compañeros de monarquía, combatiré a tu lado contra él, mientras crea que tú no tratas de establecer la Monarquía, pues yo siempre antepondré el interés de mi patria a la gratitud y a la familia.» De este tenor habló Lucio, y Octavio lo tuvo también en la misma estima que antes y dijo que no quería inci-

167 En cumplimiento de lo decidido tiempo atrás, cf. caps. 3 y 12 y n. 69.

tarle contra su hermano, sino confiarle, en razón de su talante, toda España y el ejército que había en ella, así como a Peduceo y Lucio, sus actuales gobernadores, en calidad de lugartenientes.

De esta forma, Octavio despidió a Lucio con honor y le mantuvo en secreto, bajo vigilancia por medio de
55 sus lugartenientes [168]. Antonio dejó a Fulvia enferma en Sición [169], y, desde Corcira, navegó hacia el Adriático con un ejército no muy nutrido y doscientas naves que había construido en Asia. Cuando Antonio se enteró de que Ahenobarbo venía a su encuentro con una flota y un ejército numeroso, a algunos de sus amigos les pareció que no era cosa segura confiar en los acuerdos que se habían intercambiado, pues Ahenobarbo había sido condenado en el juicio por el asesinato de Gayo César, y había sido proscrito tras la condena y había combatido en Filipos contra Antonio y Octavio. No obstante, Antonio avanzó con cinco de sus navíos más veloces para dar la impresión de que tenía confianza y ordenó a las restantes que lo siguieran a un cierto trecho. Una vez que estuvo a la vista Ahenobarbo, que se aproximaba en rápida remada con todo el ejército y la flota, Planco, situado de pie al lado de Antonio, tuvo miedo y le pidió que detuviera la navegación y enviara por delante a al-

---

168 De este episodio se concluye, de un lado, la actitud insegura de Octavio ante los movimientos de Antonio; de hecho, la posición inestable de Octavio, le impidió sacar el máximo provecho a su triunfo en Perugia (cf. la ya aludida incertidumbre y reluctancia, por parte de los colonos y las tropas, a alzarse en armas contra Antonio, por ejemplo, cap. 53); y, de otro lado, el tratamiento favorable y el relieve político y humano que tiene el cónsul del 41 a. C., Lucio Antonio, en la tradición apianea (cf. nn. 75 y 85 a este libro para esta cuestión). Este último debió de morir después en España y ya no se vuelve a oír hablar de él. Sobre Peduceo y el otro Lucio no existe identificación segura (cf. Broughton, II, págs. 385 y 384).

169 Ciudad del Peloponeso, a poca distancia del golfo de Corinto y al Oeste de esta ciudad.

gunos a modo de prueba, pues tenían enfrente a un hombre de intenciones no claras. Sin embargo, éste replico que prefería morir por una violación del tratado, a salvarse bajo la impresión de ser tomaado por un cobarde, y prosiguió el rumbo. Estaban ya cerca unos y otros, y las naves capitanas se distinguían por sus enseñas y proseguían su rumbo una hacia la otra. Entonces el jefe de los lictores de Antonio, que iba de pie a la proa como era la costumbre, ya fuera porque se olvidó de que Ahenobarbo era un hombre de actitud no bien definida y que también él navegaba al frente de su propio ejército o bien por causa de un sentimiento de superioridad ante la idea de que iba al encuentro de hombres vasallos e inferiores, les ordenó que arriaran la enseña. Así lo hicieron y situaron la nave al costado de la de Antonio. Cuando los comandantes se divisaron, se saludaron mutuamente y el ejército de Ahenobarbo saludó a Antonio como general en jefe [170]. Planco recobró su coraje con dificultad. Antonio recibió en su nave a Ahenobarbo y navegó hasta Paloeis [171], donde estaba la infantería de este último. Allí Ahenobarbo cedió su tienda a Antonio.

Desde allí navegó hasta Bríndisi, que se hallaba pro- 56
tegida por cinco cohortes de Octavio. Sus habitantes cerraron las puertas de la ciudad a Ahenobarbo por ser un enemigo de antaño, y a Antonio por tratar de introducir a un enemigo. Este último se irritó y consideró que esto era un pretexto, pero que, en realidad, le cerraba las puertas la guarnición de Octavio y siguiendo las instrucciones de éste, así que atravesó el istmo que unía a la ciudad con el continente por medio de un foso

[170] Es de destacar el carácter autóptico que tiene la descripción de este encuentro, procedente de algún testigo presencial de los hechos tal vez del propio Asinio, presente en el ejército de Ahenobarbo o de Antonio (cf. n. 153 a cap. 50 de este libro).

[171] Se trata del puerto de Pale, en la isla de Cefalenia, frente a la Acarnania.

y una empalizada. La ciudad se encuentra en una península afrentada a un puerto en forma de media luna, y no era posible a los que venían del continente avanzar hacia el emplazamiento superior de la misma que se encontraba aislado e interceptado por una empalizada [172]. Antonio rodeó también de un cinturón de torres muy denso el puerto, que era grande, y las islas de su interior. Envió tropas por las zonas costeras de Italia con la orden de que se apoderaran de los puntos estratégicos, y encargó a Pompeyo que navegara contra Italia y llevara a cabo lo que pudiera. Éste envió de inmediato [173], con alegría, a Menodoro [174] con muchas naves y cuatro legiones y se apoderó de Cerdeña, que pertenecía a Octavio, y de las dos legiones que había allí y que estaban aterradas de su acuerdo con Antonio. En Italia las tropas de este último se apoderaron de la ciudad de Sipunte [175] de Ausonía, y, a su vez, Pompeyo puso cerco a Turios [176] y Consentia [177] y devastó su territorio con la caballería.

57 Octavio, atacado de repente y por tantos lugares a la vez, envió a Agripa al territorio de Ausonia para auxiliar a sus maltrechos habitantes. Agripa incorporó a sus filas a los colonos veteranos que se encontró en el camino, los cuales le siguieron a una cierta distancia en la

---

[172] Sobre el puerto de Bríndisi y la situación de la ciudad, cf. HÜLSEN, en *RE*, s.v. *Brundisium*.

[173] Hacia agosto del 40 a. C.

[174] Era un liberto de Gn. Pompeyo (cf. cap. 81); en PLUTARCO *(Ant.* 32, 1), se le califica de pirata, que fue apresado por Pompeyo y, después, liberado. Apiano es el único que lo llama por el nombre completo, en tanto que el resto de las fuentes latinas y griegas utilizan la forma abreviada de Menas (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Menodoros*, núm. 1, y MODRZE, *ibid.*, s.v. *Menas*, núm. 3).

[175] Puerto importante para las comunicaciones con Grecia, en la Apulia septentrional (llamada, por Apiano, Ausonia, cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.)*.

[176] Entre Lucania y Brutio. También llamada Síbaris.

[177] Hoy, Cosenza, en el Brutio.

creencia de que marchaban contra Pompeyo, pero, al enterarse de que lo que ocurría era según la decisión de Antonio, se volvieron de inmediato en secreto. Este hecho asustó en sobremanera a Octavio. Sin embargo, mientras él realizaba el viaje con otro ejército hacia Bríndisi, se encontró, de nuevo, con los veteranos de las colonias, y los hizo cambiar de opinión y se llevó consigo a los que habían sido asentados como colonos por él en persona, pues sintieron vergüenza de rehusar y abrigaban la secreta intención de reconciliar a Antonio y Octavio, y en el caso de que Antonio no accediera y combatiera, defenderían entonces a Octavio [178]. Este último estuvo retenido por enfermedad en Canusio durante unos días. Aunque era superior totalmente a Antonio en cuanto al número de tropas, encontró que Bríndisi estaba incomunicada por una línea de fortificación, y no pudo hacer otra cosa que acampar junto a ella y aguardar acontecimientos.

Antonio era capaz de defenderse con seguridad gra- 58
cias a sus defensas, aunque tenía un número de tropas muy inferior, pero llamó a toda prisa al ejército de Macedonia y, entretanto, recurrió a la estratagema de enviar a la mar por la noche, en secreto, barcos de guerra y mercantes llenos de ciudadanos privados, los cuales retornaron sucesivamente al hacerse de día armados como si vinieran de Macedonia, mientras Octavio contemplaba la arribada. Antonio tenía ya preparadas las máquinas de asalto y se disponía a atacar la ciudad de Bríndisi, con la consiguiente cólera de Octavio que no podía socorrerlos. Pero, hacia el atardecer, llegaron noticias a uno y otro ejército de que Agripa había recupe-

[178] Una vez más vemos la confusión reinante en Italia entre los colonos (en este caso, tal vez del Samnio y Campania, cf. Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*) y el ejército, a la hora de decidirse a combatir contra Antonio, cuyo prestigio no había disminuido (cf., además, capítulos 59 y 64 de este libro).

rado Sipunte y que Pompeyo había sido rechazado de Turios, aunque todavía sitiaba Consentia, a causa de lo cual Antonio se irritó. Y, cuando se anunció que Servilio [179] venía con refuerzos para Octavio con mil quinientos jinetes, Antonio no pudo refrenar su impulso, se levantó al punto de la mesa y, con los amigos que encontró dispuestos y cuatrocientos jinetes, dándose prisa, con suma intrepidez, cayó sobre los mil quinientos hombres, que aún dormían, en las cercanías de la ciudad de Hiria [180], los llenó de terror y se apoderó de ellos sin luchar, y en ese mismo día regresó a Bríndisi. Hasta tal punto les aterrorizó la fama de invencible que había obtenido Antonio a raíz de la batalla de Filipos.

59 Las cohortes pretorianas de Antonio, con la moral alta por esta reputación, se aproximaron al campamento de Octavio, por grupos y reprocharon a sus antiguos camaradas que vinieran a combatir contra Antonio, el hombre que a todos ellos les había salvado la vida en Filipos. Y, como aquéllos les replicaron a su vez que también ellos estaban allí para luchar contra sus camaradas, se suscitó la disputa y se acusaron mutuamente; los hombres de Antonio se quejaban de habérseles impedido el acceso a Bríndisi y de haberles sido arrebatado el ejército de Caleno, en tanto que los de Octavio los acusaban del aislamiento y asedio de Bríndisi, de la invasión del territorio de Ausonia, del pacto con Ahenobarbo, uno de los asesinos de Gayo César, y del pacto con Pompeyo, el enemigo de ambos. Finalmente, los soldados de Octavio revelaron su intención a los otros, a saber, que habían acompañado a Octavio no porque hubieran echado en olvido el mérito de Antonio, sino con el propósito de procurar otra reconciliación entre am-

---

179 P. Servilio Rullo (cf. Broughton, II, pág. 385).

180 Hiria *(Uria,* Plinio, III 100), es una ciudad entre Tarento y Bríndisi, en la vía Apia (cf. Weiss, en *RE,* s.v. *Hyria,* núm. 2).

bos o, en el caso de que Antonio rehusara y prosiguiera la guerra, de defenderse de él. Y también dijeron ellos estas cosas públicamente cuando se acercaron al campamento de Antonio.

Mientras tenían lugar estos hechos, fue anunciada la muerte de Fulvia. Se dijo que ella estaba descorazonada a causa de los reproches de Antonio y que había caído enferma, y se creyó que se había dejado consumir por la enfermedad, de modo voluntario, a causa de la cólera de Antonio, quien la había dejado cuando estaba enferma y, ni siquiera al partir, había acudido a verla. A ambas partes les pareció que les beneficiaría mucho la muerte de una mujer entrometida que había suscitado una guerra tan grande por su envidia de Cleopatra, pues se veían ya libres de ella. Sin embargo, Antonio se entristeció mucho con este suceso, puesto que se consideraba, en cierto modo, el responsable [181].

Había un cierto Lucio Cocceyo [182], que era amigo de 60
ambos y había sido enviado por Octavio a Fenicia junto a Antonio, el verano anterior [183], en compañía de Cecina, y, cuando regresó este último, había permanecido con Antonio. Entonces, este Cocceyo no desaprovechó la ocasión y fingió que había sido enviado por Octavio para trasmitirle sus saludos cordiales [184]. Cuando Antonio le permitió que partiera, Cocceyo le preguntó, para tantearle, si quería él enviar también alguna misiva a Octavio sirviéndose de su persona como correo. A lo que

---

181 Cf., sobre este hecho y sus implicaciones, Dión Cas., XLVIII 28, 3.

182 L. Cocceyo Nerva (cf. Groag, en *RE*, s.v. *Cocceius*, núm. 12, y Suppl. Band VII, col. 90).

183 En el 41 a. C. (cf. Gabba, *Appiani...*, V, Intr., pág. LVI, apart. 2).

184 Sobre el carácter particular del encuentro de Cocceyo y Antonio, cf. Gabba, *Appiani...*, V, Intr., pág. XXVI, para quien la descripción parece reproducir de modo verbal el coloquio y la información es de primera mano.

Antonio contestó: «¿Qué podríamos escribirnos nosotros, que somos enemigos, a no ser insultos mutuos? Ya contesté, sin embargo, a las cartas de hace tiempo por medio de Cecina; si quieres, toma tú las copias.» Así respondió en son de burla, pero Cocceyo no consintió en que llamara enemigo a Octavio, que había tenido tan buen comportamiento con Lucio y los otros amigos de Antonio. Y éste le replicó: «Me ha impedido entrar en Bríndisi, me ha despojado, además, de mis provincias y del ejército de Caleno y sólo es amable con mis amigos, y me parece que no es por conservar su amistad, sino para convertirlos en mis enemigos por medio de sus beneficios.» Cocceyo, cuando hubo oído estos reproches, no quiso ya excitar a un temperamento de por sí apasionado y partió hacia Octavio.

61 Al verle este último, se quedó extrañado de que no hubiera venido más pronto, pues, dijo: «No salvé a tu hermano[185] para que seas mi enemigo.» Y Cocceyo replicó: «¿Cómo es que tú haces a los enemigos, amigos, y, en cambio, llamas a los amigos, enemigos y les quitas su ejército y sus provincias?» «No hubiera estado bien —dijo Octavio— que, a la muerte de Caleno, hubieran ido a parar a las manos del hijo de éste, un jovenzuelo aún, tan gran cantidad de efectivos, mientras Antonio estaba todavía ausente. Además, Lucio se hallaba excitado hasta la locura por aquéllos, y Asinio y Ahenobarbo, que estaban cerca, trataban de usar estas tropas contra nosotros. Así que me apoderé a toda prisa de las legiones de Planco, para que no se unieran a Pompeyo, pues su caballería había navegado hasta Sicilia.» «Aunque estos asuntos fueron expuestos de otra forma —dijo Cocceyo—, sin embargo, Antonio no les dio crédito, has-

185 M. Cocceyo Nerva (cf. GROAG, en *RE*, s.v. *Cocceius*, núm. 13), salvado, quizás, por Octavio por haber tomado parte en la guerra de Perugia.

ta que fue excluido de Bríndisi como si fuera un enemigo.» Octavio respondió que él no había dado ninguna orden al respecto —pues ni siquiera conocía de antemano su llegada, ni había previsto que viniera acompañado de enemigos—, sino que los propios habitantes de Bríndisi y el prefecto que les había sido dejado a ellos a causa de las invasiones de Ahenobarbo habían excluido a Antonio por propia iniciativa por estar coaligado con un enemigo común, Pompeyo, y por tratar de introducir a Ahenobarbo, asesino de su padre, que había sido condenado por el voto del senado, por el veredicto de los jueces y proscrito, y que había sitiado a Bríndisi después de la batalla de Filipos y todavía bloqueaba el Adriático, y que había quemado sus barcos y saqueado Italia.

Entonces Cocceyo dijo: «Vosotros convinisteis mu- 62
tuamente en pactar con quienes quisierais, y Antonio, con todo, no ha hecho un pacto con ninguno de los asesinos y honra a tu padre tanto como tú mismo. Ahenobarbo no era uno de los criminales y el voto de condena contra él se debió a razones de enemistad personal, pues, por aquellos días, ni siquiera había tomado parte en el plan [186]. Pero si consideramos que no merece perdón en tanto que amigo de Bruto, ¿no tendríamos que irritarnos sin tardanza con casi todos? De otro lado, Antonio no pactó con Pompeyo una alianza ofensiva, sino para, en el caso de que tú le hicieras la guerra, tenerlo de su parte como aliado o tratar de reconciliarlo contigo, puesto que aquél tampoco había cometido ningún daño

[186] Sobre la complicidad de Ahenobarbo, las opiniones están divididas tanto entre los autores antiguos como modernos: así, para TARN (*CAH*, X, pág. 43, n. 1) es segura, basándose en CIC., *Fil.* II 27 y 30, en tanto que SUET., *Nerón* 3, 2, la niega; MÜNZER, en *RE*, s.v. *Domitius*, n. 23, col. 1.328, se muestra indeciso, y GABBA, *Appiani*..., V, com. *ad loc.*, aunque da por segura su amistad con Bruto, parece inclinarse por la no participación directa en la conjura.

irreparable. Mas tú tienes también la culpa de estos hechos, pues si no se hubiese suscitado la guerra en Italia, ésos no se hubieran atrevido a enviar embajadores a Antonio.» Y Octavio, todavía en tono acusador, respondió: «Contra Italia y contra mí, junto con ella, Manio, Fulvia y Lucio hicieron la guerra; y Pompeyo, no antes, sino ahora, ha puesto el pie en la costa animado por Antonio.» «No animado por Antonio —replicó Cocceyo—, sino enviado por él, pues no te ocultaré que también hará incursiones con una flota numerosa contra el resto de Italia, que carece de ella, a no ser que lleguéis a un acuerdo entre vosotros.» Octavio, que había escuchado con atención su artera propuesta, reflexionando un poco dijo: «Pero no se alegrará Pompeyo, un hombre indigno que indignamente acaba de ser rechazado por los turios.» Entonces, Cocceyo evitó ya toda controversia, y abordó el tema de la muerte de Fulvia y el carácter de esta muerte, diciendo que por no poder soportar el enojo de Antonio había caído enferma y la enfermedad la había consumido debido a su descorazonamiento, pues Antonio no había acudido a verla ni cuando estaba enferma, por lo que había sido el responsable de la muerte de su esposa. «Y ahora que aquélla ya está muerta —continuó—, nada os falta ya, excepto deciros la verdad, cara a cara, acerca de todas las sospechas que tenéis.»

63 Conversando de esta suerte con Octavio, Cocceyo pasó aquel día como huésped junto a él y le pidió que le escribiera algunas letras para Antonio, como de un hombre joven a otro de más edad. Pero éste le dijo que él no escribía a alguien que todavía estaba en guerra con él, pues tampoco lo había hecho aquél, pero que se quejaría a la madre de Antonio, porque, a pesar de ser ella familiar suyo y gozar de los máximos honores de su parte, había huido de Italia como si no pudiera obtener de él cualquier cosa, al igual que de su propio

hijo. De esta forma, Octavio se las ingenió para escribir a Julia. Cuando Cocceyo abandonaba el campamento, muchos de los oficiales le revelaron el sentir del ejército. Y él transmitió a Antonio lo demás, y esto último para que supiera que estaban dispuestos a luchar contra él, si no llegaba a un acuerdo. Aconsejó, por tanto, que hiciera regresar a Pompeyo a Sicilia desde los lugares que estaba saqueando y que enviara a alguna parte a Ahenobarbo hasta que se concluyera el tratado. Su madre instaba también a Antonio para que siguiera estos consejos —pues pertenecía al clan Julio [187]—, pero éste sentía la vergüenza de que tendría que llamar de nuevo a Pompeyo, si fracasaban las negociaciones de paz. Mas como la madre le infundía esperanzas de que éstas se efectuarían y Cocceyo lo confirmaba haciendo creer que sabía más cosas, Antonio cedió y ordenó que Pompeyo regresara a Sicilia, como si fuera a ocuparse él personalmente de los asuntos convenidos entre ambos, y envió a Ahenobarbo como gobernador de Bitinia [188].

Cuando los soldados de Octavio se enteraron de 64
estos hechos, eligieron a unos mismos emisarios para ambos, con objeto de que pusieran fin a sus acusaciones sobre la base de que ellos no habían sido elegidos para juzgar sus litigios, sino para reconciliarlos tan sólo; añadieron a esta embajada a Cocceyo, por ser amigo de ambos, a Polión, del partido de Antonio, y a Mecenas, del partido de Octavio. Decidieron que hubiera entre Octavio y Antonio una mutua amnistía por las cosas pasadas y amistad en el futuro. Como había muerto recientemente Marcelo [189], el esposo de Octavia, la her-

187 Para el *stemma* de los Julios, cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Iulii*, página 183.

188 La gobernación de Ahenobarbo se prolongó desde el 39 a. C. hasta el 35 a. C.

189 Se trata de G. Claudio Marcelo (cónsul en el 50 a. C., cf. *supra*, II 26 y n. 88, 27 y 31-33), muerto a comienzo del 40 a. C. Según

mana de Octavio[190], los gestores de la reconciliación decidieron que Octavio diera en matrimonio a su hermana a Antonio, lo que hizo de inmediato. Entonces, Antonio y Octavio se abrazaron y brotaron del ejército gritos y aclamaciones inacabables hacia cada uno de ellos, a lo largo de todo el día y de toda la noche.

65 Octavio y Antonio se repartieron de nuevo entre sí todo el imperio de los romanos[191], se estableció como límite la ciudad iliria de Escodra[192], que se suponía estaba situada en medio del golfo Adriático; todas las provincias e islas al Este de esta isla y hasta el río Eufrates pertenecerían a Antonio, y las que quedaban al Oeste hasta el océano corresponderían a Octavio; Lépido gobernaría en África, de acuerdo con la donación que le había hecho Octavio; este último haría la guerra a Pompeyo, si no se llegaba a un pacto, y Antonio lucharía contra los partos para vengar la traición que cometieron con Craso. Entre Ahenobarbo y Octavio se mantuvieron los pactos que ya se habían efectuado con Antonio, y cada uno de ellos dos fue libre de alistar en Italia un número igual de tropas[193].

PLUTARCO (*Ant.* 31, 5), Octavia enviudada desde hacía menos de diez meses, necesitó para casarse un *senatus consultum*.

190 Octavia *minor*, para diferenciarla de Octavia *maior*, hermanastra de Octavio e hija de G. Octavio y Ancaria. Octavia *minor* era hija, igual que Octavio, de G. Octavio y de su segunda esposa Atia; se había casado con G. Claudio Marcelo (cónsul en 50 a. C.) antes del 54 a. C. y había tenido dos hijas y un hijo, M. Claudio Marcelo, nacido en el 42 a. C. y futuro yerno de Augusto (cf. HAMMOND, en *RE*, s.v. *Octavius* [*Octavia*], núm. 96).

191 La fecha de este tratado está fijada hacia finales de septiembre y comienzos de octubre del 40 a. C. (cf. detalles en GABBA, *Appiani...,* V, com. *ad loc.).*

192 Ciudad en la zona occidental de Iliria (hoy Sactari).

193 Derecho que, en la práctica, fue difícil de ejercer para Antonio por su lejanía de Italia (que acabó por entrar totalmente en la esfera de Octavio) y también por la guerra de Sicilia, que concentró los recursos italianos (cf. cap. 93).

Éstas fueron las últimas condiciones de paz entre Octavio y Antonio. Y, al punto, cada uno envió a sus amigos a ocuparse de los asuntos más urgentes, Antonio envió a Ventidio a Asia para sojuzgar a los partos y a Labieno [194], el hijo de Labieno [195], quien, junto con los partos, había hecho incursiones en Siria y en la zona de Asia que se extiende hasta Jonia, durante estas últimas conmociones [196].

Las cosas que Labieno y los partos llevaron a cabo
y padecieron lo mostrará mi *Historia de Partia* [197]. Por 66
este tiempo [198], Heleno, el lugarteniente de Octavio, que había recuperado Cerdeña merced a un ataque violento, fue expulsado nuevamente de allí por Menodoro, el lugarteniente de Pompeyo, y Octavio, irritado en especial por este hecho, no aceptó los intentos de Antonio por reconciliarlo con Pompeyo. Así pues, avanzaron hasta Roma y celebraron los esponsales. Antonio mandó matar a Manio por haber incitado a Fulvia con sus acusaciones contra Cleopatra y haber sido el causante de tantas desgracias. Asimismo reveló a Octavio que Salvidieno, el comandante de su ejército del Ródano, había tenido la idea de desertar a él y le había enviado un mensaje sobre este asunto mientras se encontraba sitiando Bríndisi. Antonio hizo esta comunicación sin con-

---

194 Q. Labieno (cf. Münzer, en *RE*, s.v. *Labienus*, núm. 5). Había sido enviado en el 43 a. C. por Bruto y Casio a la corte de Partia y allí se quedó después de Filipos (cf. Dión Cas., XLVIII 24, 4 ss., 25, 2 ss. y 39, 3 ss.).

195 T. Labieno, legado de César en la Galia, seguidor posteriormente de Pompeyo y muerto en Munda en el 45 a. C. (cf. *supra*, II 62, 87, 95 y 105).

196 A finales del 41 a. C. y principios del 40 a. C.

197 Véase, al respecto, sobre esta supuesta *Historia de Partia*, a la que alude Apiano en varias partes de su obra (cf. *supra*, II 18, y *Sir.* 51), Viereck-Roos, *Appiani Historia Romana*, Leipzig, 1962 (ed. ester. de la de 1939), I, pág. VII n. 1.

198 Hacia otoño del 40 a. C.

tar con la aprobación de todos, porque era de natural franco y pronto para demostrar la buena voluntad. Octavio llamó de inmediato a Salvidieno con urgencia, bajo el pretexto de tener necesidad de él para un asunto y enviarle, al punto, de vuelta al ejército. A su llegada le probó los cargos y le dio muerte, y concedió a Antonio su ejército por considerarlo sospechoso [199].

67 El hambre oprimía a los romanos, porque los mercaderes de Oriente no se atrevían a navegar por temor a Pompeyo y a Sicilia, ni se atrevían los de Occidente a causa de Cerdeña y Córcega, ocupada por los soldados de Pompeyo, ni tampoco se hacían a la mar desde las zona frontera de África, por mor de los mismos enemigos, que dominaban con sus flotas en ambos litorales. Así pues, todo se encareció y echaron la culpa de ello a la discordia entre los jefes, a los que vituperaban y urgían a que hicieran la paz con Pompeyo. Como ni siquiera así cedió Octavio, Antonio le pidió que acelerara la guerra a causa de la escasez. Sin embargo, al no existir dinero para ella, se publicó un edicto de que los propietarios de esclavos aportaran por cada uno de ellos la mitad de las veinticinco dracmas fijadas para la guerra de Casio y Bruto [200], y que aquellos que disfrutaran de alguna propiedad por razón de herencia contribuyeran con una parte proporcional [201]. El pueblo destrozó este edicto con furia salvaje, pues les llenó de cólera que, después de haber dejado exhausto el tesoro público, de haber esquilmado las provincias y de oprimir a la misma Italia con tributos y tasas y confiscacio-

---

199 Sobre estos hechos, cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*

200 Sobre las tasas fijadas por los triunviros en el 43 a. C., cf. *supra*, IV 31 ss.

201 Tal vez el edicto tenga alguna relación con la *lex Falcidia*, propuesta por el tribuno P. o (C.) Falcidio, del 40 a. C. (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Falcidius*, núm. 3; sobre la ley, cf. ROTONDI, *Leges publicae...*, pág. 438).

nes, no para guerras extranjeras ni para extender el imperio, sino contra enemigos personales y en defensa del poder particular de cada uno —por lo cual precisamente habían acontecido las proscripciones, matanzas y esta penosísima hambre—, tadavía trataran los triunviros de quitarles, incluso, lo que les quedaba.

Se unieron en bandadas gritando, y a los que no se les unían les arrojaban piedras y los amenazaban con saquearles sus hogares y prenderles fuego. Finalmente, 68
el pueblo en su totalidad se sublevó, y Octavio con sus amigos y unos pocos servidores fue hacia el foro con la intención de sostener un encuentro con el populacho y dar razón de sus reproches. Éste, nada más verle, empezó a arrojarle piedras sin misericordia, y no se avergonzó siquiera cuando le vio que resistía el aluvión de proyectiles y se ofrecía a sí mismo y resultaba herido. Una vez que Antonio se enteró, acudió en su ayuda con presteza. A éste el pueblo no le arrojó piedras cuando descendía por la vía Sacra, puesto que él era favorable a pactar con Pompeyo, pero le pidieron que se retirara, y, como no obedeció, también le lanzaron entonces piedras. Él llamó a un número mayor de tropas que estaban fuera de las murallas. Pero, como ni aun así le abrieron paso, los soldados se dividieron en dos filas a los costados de la calle y el foro y atacaron desde su formación estrecha y dieron muerte al que les salió al paso. En esta ocasión, la masa del pueblo ya no pudo escapar fácilmente, apiñados a causa del número, ni tuvo una salida del foro, por lo cual se produjo una mantaza, heridas y lamentos, y gritos desde los techos de la casas. Antonio avanzó con dificultad y rescató a Octavio, que se hallaba en una situación de peligro extremo, y lo puso a salvo en su propia casa. Una vez que la multitud fue puesta en fuga, arrojaron al río [202] los cadáve-

[202] El Tíber.

res de los muertos a fin de evitar su lacerante visión. Y un nuevo motivo de pesar fue verlos arrastrados por la corriente y a los soldados despojándolos, junto con ciertos malhechores, que se llevaron sus mejores prendas como si fueran suyas propias. Así pues, esta revuelta fue sofocada a costa del miedo y del odio hacia los triunviros; el hambre se agudizaba, y el pueblo se lamentaba, pero permanecía tranquilo.

69 Antonio aconsejó[203] a los familiares de Libo que hicieran venir a éste desde Sicilia so pretexto de relaciones[204] familiares y realizar, además, un asunto de mayor importancia, y le garantizó la inmunidad para él. Sus familiares le escribieron rápidamente y Pompeyo accedió. A su llegada, Libo echó el ancla en la isla de Pitecusa, la actual Enaria[205]. Cuando el pueblo supo esto, se reunió de nuevo y suplicó con lágrimas a Octavio que enviara garantías personales a Libo, quien quería negociar con él sobre la paz. Éste lo hizo contra su voluntad, y el pueblo, amenazando también con quemar a Mucia[206] la madre de Pompeyo, la envió para que trabajara, a su vez, en las negociaciones de paz. Cuando Libo comprendió que los enemigos iban a ceder, pidió que se reunieran los propios jefes con objeto de que pudieran ellos mismos hacerse las concesiones mutuas que estimaran oportunas. El pueblo los forzó

---

203 Primavera del 39 a. C.

204 Pasaje controvertido. Los manuscritos tienen *epì synēsthēsei,* lección que sigue White y que no da mucho sentido, por lo que Musgrave y Mendelssohn propusieron la corrección *epì synthēsei,* que sigue Gabba, quien traduce «con il pretesto del rapporto di parentela» (*App.*, pág. 288) y que he adoptado. Libo era hermano de Escribonia, la mujer *toû kēdous* de Octavio.

205 Isla situada frente a la costa de Campania (hoy Isquia).

206 Cf. Fluss, en *RE,* s.v. *Mucius (Tertia Mucia),* núm. 28. Fue la tercera esposa de Pompeyo el Grande; era hija de Q. Mucio Escévola (cónsul en el 95 a. C.), y de Pompeyo tuvo dos hijos: Gn. Pompeyo y Sexto Pompeyo, y una hija.

también en este punto y, en consecuencia, Octavio y Antonio partieron hacia Bayas[207].

Todos trataban de convencer unánimemente a Pompeyo de que hiciera la paz, excepto Menodoro, quien le escribió desde Cerdeña aconsejándole proseguir la guerra con fuerza o demorar todavía las negociaciones, puesto que el hambre combatía por ellos y las condiciones de paz, si se decidía por esta vía, serían más ventajosas, y le exhortó a que recelara de Murco, que se oponía a estas medidas, ya que, a su juicio, estaba buscando poder para él mismo. Pompeyo, quien ya durante largo tiempo había soportado a Murco de mala gana a causa de su dignidad y de la firmeza de su juicio, sintió mayor rechazo hacia él por este motivo y, en adelante, no hubo asunto sobre el que consultara el parecer de Murco, hasta que éste se retiró enojado a Siracusa, y, al ver que le seguían algunos guardias de Pompeyo, manifestó públicamente ante ellos acerbas críticas sobre aquél. Entonces, Pompeyo sobornó a un tribuno y a un centurión del propio Murco, y los envió para que lo matasen y dijeran que había sido asesinado por unos esclavos. Y, para confirmar esta mentira, crucificó a los esclavos. Sin embargo no logró ocultar este nuevo crimen —el segundo después del de Bitínico[208]—, perpetrado contra un hombre ilustre por sus hechos de guerra, que había sido amigo leal de esta facción desde sus comienzos y había prestado ayuda en España al mismo 70

---

207 Localidad de Campania, en el golfo de Pozzuoli (Puteoli), frente a Enaria.

208 A. Pompeyo Bitínico, gobernador de Sicilia en el 44 a. C. y en el 43 a. C., después de resistir ante Pompeyo, llegó a un pacto con él y le entregó la isla (cf. *supra,* IV 48). En este episodio se ha de ver la pugna entre los dos bloques del entorno de Pompeyo, los exilados romanos favorables al acuerdo (entre ellos, Estayo Murco, el único romano con mando importante en la flota) y el grupo de libertos con cargos de responsabilidad, contrarios al mismo y partidarios de una política radical.

Pompeyo y se había unido a él voluntariamente en Sicilia.

71 De tal suerte murió Murco. Y los demás amigos urgían a Pompeyo para negociar la paz y acusaban a Menodoro de ambición de poder, puesto que se oponía, no movido por buena voluntad hacia su dueño, sino para conseguir el mando de su ejército y su provincia. En consecuencia, Pompeyo cedió y navegó hacia Enaria con un número abundante de sus mejores barcos, y se embarcó él mismo en una nave de seis bancos de remos y lujosamente adornada. Con este boato, hacia la caída de la tarde, costeó Dicearquía a la vista de sus enemigos. Al amanecer, se hincaron pilotes en el mar a un corto trecho y se colocaron planchas sobre los pilotes, y a través de ellas Octavio y Antonio avanzaron hasta la plataforma construida más próxima a la orilla, y Pompeyo y Libo hacia la que se adentraba un poco más en el mar; los separaba una pequeña vía de agua de manera que pudieran oírse mutuamente sin gritar [209]. Como Pompeyo creía que había acudido para recibir una participación en el gobierno en lugar de Lépido, en tanto que ellos tan sólo le concedían la vuelta del exilio, se separaron en esta ocasión sin haber logrado nada positivo, pero siguieron los contactos frecuentes a nivel de los amigos sobre propuestas diversas por parte de uno y otro lado. Pompeyo exigió que en relación con los proscritos que se habían unido a él, a los partícipes en el asesinato de Gayo César se les concediese un exilio en seguridad, y a los restantes un retorno a la patria con todos los honores y la restitución de las propiedades que habían sido vendidas. Acuciados para negociar por el hambre y el pueblo, accedieron a duras penas a resti-

---

209 El encuentro debió de tener lugar en junio o julio del 39 a. C. El lugar exacto es controvertido, pero habría que situarlo en algún lugar indeterminado del arco del golfo entre Miseno, Bayas y Puteoli (cf. más detalles en GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*).

tuir una cuarta parte de lo confiscado, la cual prometieron comprar a sus actuales poseedores. Escribieron a los propios proscritos sobre estos asuntos con la esperanza de que se alegrarían. Ellos aceptaron todo, puesto que sentían temor ya del mismo Pompeyo a causa del crimen de Murco, y acudiendo junto a Pompeyo le pidieron que llegara a un acuerdo. Entonces, éste se rasgó su vestido y exclamó que también era traicionado por aquéllos en defensa de los cuales había luchado, e invocaba con frecuencia el nombre de Menodoro como la única persona con dotes de mando y bien dispuesto hacia él.

Finalmente, a instancias de su madre, Mucia, y su 72
esposa, Julia [210], se reunieron de nuevo los tres hombres en el malecón de Dicearquía, bañado a ambos lados por el mar y con las naves ancladas en las cercanías como guardianas, y llegaron a un acuerdo sobre la base de las condiciones siguientes [211]: que pondrían fin a la guerra, por tierra y por mar y no se impediría el comercio en parte alguna; que Pompeyo retiraría todas las guarniciones que tenía en Italia y no daría acogida a esclavos fugitivos ni atacaría con sus naves el litoral de Italia; que tendría el gobierno de Cerdeña, Sicilia y Córcega, así como de cuantas otras islas tuviera entonces, tanto tiempo como Antonio y Octavio detentaran el mando de sus otras provincias; que enviaría a Roma el trigo que hacía ya mucho tiempo se había ordenado a estas islas enviar como tributo, y que podría

---

[210] Según GABBA *(ibid.,* com. *ad loc.),* debe de tratarse de un error de Apiano, la mujer de Pompeyo era una tal Escribonia (que jamás aparece nombrada). MÜNZER, en *RE,* s.v. *Iulius (Iulia),* núm. 548, piensa que el error está, sobre todo, en el calificativo de esposa, y no en el nombre de Julia (madre de Antonio) que debió intervenir en las negociaciones.

[211] En general, sobre la valoración de este acuerdo, favorable a Pompeyo, cf. GABBA, *Appiani...,* V, com. *ad loc.,* con bibliografía, y nota 258 a este libro.

tomar el mando del Peloponeso, además de las islas citadas; que podría desempeñar el consulado, en su ausencia por medio de cualquiera de los amigos que eligiese y ser inscrito en el colegio de los pontífices máximos [212]. Éstas fueron las condiciones relativas al propio Pompeyo. Además, se acordó el regreso del exilio de los nobles, con excepción de aquel que hubiese sido condenado por el voto del senado o en juicio por el asesinato de Gayo César; las propiedades de los restantes que habían huido por miedo y habían perdido su hacienda por la violencia les serían devueltas íntegramente, salvo los bienes muebles, y a los proscritos, una cuarta parte de los suyos: los esclavos que habían servido en el ejército de Pompeyo serían libres, y a las personas libres, cuando finalizara la milicia, les serían entregadas las mismas recompensas que aquéllas otorgadas a los que habían servido bajo Octavio y Antonio.

73 Éstos fueron los términos del acuerdo, que redactaron por escrito y signaron y enviaron a Roma bajo la custodia de las Vírgenes Vestales. Acto seguido, se agasajaron unos a otros, determinando mediante sorteo el orden de las invitaciones. Pompeyo fue el primero en ofrecer un banquete a bordo de su barco de seis bancos de remos, anclado junto al malecón; y, en los días sucesivos, lo hicieron Antonio y Octavio en tiendas que habían sido levantadas también sobre el malecón, bajo el pretexto de que todos podían participar del banquete en la orilla, pero tal vez buscando una seguridad libre de recelos, pues ni siquiera en estas condiciones olvidaron sus precauciones. Antes bien, sus barcos estaban anclados junto a la orilla y los rodeaban sus guardias personales, y los asistentes al banquete estaban ceñidos, a ocultas, con puñales. Se dice que Menodoro, mien-

212 No se trata del pontificado, sino del augurado, del que fue desposeído en el encuentro de Tarento del 37 a. C. (cf. Dión Cas., XLVIII 36, 4, y 54, 6).

tras los tres hombres asistían a un banquete en la nave, envió una misión a Pompeyo animándole a atacar a éstos y vengar las ofensas cometidas contra su padre y hermano, y a recuperar el mando paterno gracias a una ocasión muy favorable, pues él en persona con las naves se cuidaría de que no escapase nadie. Pero Pompeyo le dio una respuesta digna de su alcurnia y de su condición actual: «Ojalá que Menodoro hubiera realizado esto sin mi conocimiento, pues cuadra a Menodoro cometer perjurio, pero no a Pompeyo.» En este banquete se celebró el matrimonio entre la hija de Pompeyo y nieta de Libo con Marcelo el hijastro de Antonio y sobrino de Octavio [213]. Al día siguiente, designaron los cónsules para los próximos cuatro años [214], para el primer año [215] Antonio y Libo, el primero de los cuales tenía el privilegio, sin embargo, de poner como sustituto al que quisiera; al año siguiente [216], Octavio y Pompeyo; después [217], Ahenobarbo y Sosio, y, de nuevo [218], otra vez Antonio y Octavio, quienes, como iban a ser cónsu-

---

213 Cf. n. 190 a este libro. Era hijo de Octavia *minor*, hermana de Octavio.

214 Ya antes, en el encuentro de Bríndisi (a principios de octubre del 40 a. C.), se habían designado los cónsules para los ocho años siguientes, del 38 al 31 a. C. (cf. DIÓN CAS., XLVIII 35, 1-3), aunque Apiano, al tratar de este acuerdo (cf. *supra*, V 64), silencia el dato. Ahora se trataría de modificaciones sobre los últimos cuatro años, del 34 al 31 a. C. (cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, e Intr., págs. LXXI-II, apart. 5).

215 Año 34 a C. M. Antonio abdicó el primer día y fue sustituido por L. Sempronio Atratino; Libo fue cónsul los primeros seis meses y fue sustituido por P. Emilio Lépido (cf. BROUGHTON, II, págs. 410-411).

216 En el 33 a. C. Fue cónsul Octavio con L. Volcacio Tullo, los cuales no acabaron sus mandatos (cf. BROUGHTON, II, págs. 413-414).

217 En el 32 a. C. Gn. Domicio Ahenobarbo (cf. n. 188 a este libro) y G. Sosio (cf. SYME, *The Roman Revolution*, en especial, página 200 y *passim*; BROUGHTON, II, pág. 417).

218 En el 31 a. C., pero Antonio no aparece como cónsul ordinario de este año (cf. GABBA, *Appiani...*, V, Intr., págs. LXXII y sigs.), y sí M. Valerio Mesala Corvino (cf. BROUGHTON, II, págs. 419-420).

les entonces por tercera vez, se esperaba que en aquella ocasión devolverían el gobierno al pueblo.

74 Una vez que acabaron todos estos asuntos, se separaron. Pompeyo marchó por mar a Sicilia, y Octavio y Antonio emprendieron viaje por tierra hacia Roma. Cuando la ciudad e Italia se enteraron, se produjo al punto una explosión de júbilo total ante la llegada de la paz, y la liberación de una guerra intestina, del alistamiento de los hijos, del ultraje de los guardianes, de la deserción de los esclavos, del saqueo de los campos, del abandono de la agricultura y, por encima de todas las cosas, del hambre, que les oprimía ya hasta el extremo, de tal modo que a los triunviros, en el transcurso de su itinerario, le fueron ofrecidos sacrificios como a unos salvadores. Y la ciudad se disponía a depararles una brillante acogida, de no haber sido porque, por evitar la envidia, penetraron en Roma durante la noche en secreto. Sólo estaban irritados aquellos a los que les habían correspondido lotes de tierra de las propiedades de los que iban a regresar con Pompeyo, porque pensaban que iban a tener como vecinos a unos enemigos irreconciliables que, incluso, si alguna vez podían, les atacarían. Los exilados que estaban con Pompeyo, en su mayor parte, excepto unos pocos, se despidieron de éste en Dicearquía y navegaron de regreso a Roma. Nuevo fue el contento de la plebe y varios los gritos de júbilo, al haberse salvado, de modo inesperado, un gran número de hombres ilustres.

75 Después de estos sucesos, Octavio hizo una expedición a la Galia, que se hallaba revuelta[219], y Antonio partió para la guerra con los partos. Una vez que el senado le votó que serían ratificados sus actos pasados

[219] Cf., además, Dión Cas., XLVIII 49, 2-3. Ya había tenido que intervenir, en este año (39 a. C.); Agripa, su gobernador, lo hará en el 38 a. C. cuando culmine esta serie de rebeliones con la sublevación de Aquitania (cf. *supra,* V 92).

y futuros[220], envió de nuevo lugartenientes en todas direcciones y arregló el resto de los asuntos tal como los tenía planeados en su totalidad. Erigió reyes aquí y allá, a su gusto, sobre la base del pago de un tributo; en el Ponto, a Darío, el hijo de Farnaces y nieto de Mitrídates; en Idumea y Samaría, a Herodes[221]; en Pisidia, a Amintas[222]; en una parte de Cilicia, a Polemón, y a otros en otros pueblos. Como quería enriquecer y ejercitar al ejército que se disponía a invernar con él, envió algunas tropas contra los partenos[223], una tribu iliria vecina de Epidamno, que se había mostrado muy favorable a Bruto; a otros los mandó contra los dárdanos, otra tribu iliria que siempre andaba haciendo incursiones contra Macedonia; ordenó que otros permanecieran en Epiro a fin de tenerlos a todos en torno suyo, puesto que se disponía a invernar en Atenas. Envió a Furnio a África para que trajera a las cuatro legiones que estaban a las órdenes de Lépido, con objeto de utilizarlas contra los partos, pues aún desconocía que Lépido se las había quitado ya a Sextio.

Después de hacer estos preparativos, pasó el invier- 76
no en Atenas en compañía de Octavia, igual como en Alejandría lo había pasado con Cleopatra, supervisando los informes enviados desde el ejército, habiendo troca-

---

220 Cf. Gabba, *Appiani...*, V, Intr., pág. LXXI, apart. 4. Dato importante para establecer las relaciones entre el poder triunviral y el senado.

221 Cf. Otto, en *RE*, Suppl. II, s.v *Herodes*, núm. 14. Sobre la situación de Judea y las discrepancias en torno a este pasaje, cf. Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*

222 Recompensa por haber desertado a los triunviros antes de la segunda batalla de Filipos (cf. Dión Cas., XLVII 48, 2), adonde había sido enviado a combatir contra ellos por Deyótaro, tetrarca de los gálatas.

223 · Expedición conducida por Asinio Polión, que obtuvo el triunfo el 25 de octubre del 39 a. C., mientras Antonio estaba aún en Italia (cf. J. André, *La vie et l'oeuvre de C. Asinino Pollion*, París, 1949, páginas 22-23).

do de nuevo su condición de general por la simplicidad de un privado, usando el vestido cuadrangular y el calzado ático y sin guardias a la puerta de su casa. Salía, de igual modo, sin las insignias de su cargo, acompañado por dos amigos y dos asistentes, a las diatribas y lecturas públicas de los maestros. Sus comidas las hacía a la usanza griega y pasaba sus ratos de ocio entre griegos disfrutando de sus festivales [224] en compañía de Octavia, pues estaba muy enamorado de ella, siendo un hombre de natural proclive en grado sumo a los amoríos con mujeres. Sin embargo, al finalizar el invierno parecía otro hombre. Cambió nuevamente su indumentaria y con ella su aspecto externo. Hubo, al punto, en torno a las puertas de su casa, gran cantidad de insignias, de oficiales y guardianes, y todo quedó impregnado de miedo y sobrecogimiento. Se dio audiencia a embajadas que durante largo tiempo habían aguardado a la espera de recibir órdenes, se resolvieron juicios, se botaron barcos y se puso en movimiento todo el resto de los preparativos.

77 Mientras Antonio estaba ocupado en estos asuntos, el tratado existente entre Octavio y Pompeyo quedó roto por causas, como se sospechaba, distintas a aquellas que fueron aducidas en público por Octavio, y que fueron las siguientes: Antonio había entregado el Peloponeso a Pompeyo, a condición de que éste le entregara el tributo que todavía le adeudaban los peloponesios, o prometiera responsabilizarse de su devolución, o bien aguardara hasta que se hubiera efectuado la recaudación. Pero Pompeyo no había aceptado el país bajo tales condiciones, por entender que se le había entregado junto con las deudas. Y, entonces, irritado, según dijo Oc-

224 Sobre la identificación de Antonio con las costumbres griegas, véase lo dicho en el cap. 4 de este libro en relación con su estancia en Éfeso, y las nn. 19, 20 y 21; además, Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*

tavio, ya fuera por este motivo, o por su natural desconfiado, o por envidia de otros que poseían grandes ejércitos, o porque Menodoro lo incitó a considerar el tratado como una tregua, más bien que como un tratado estable, construyó otras naves, reunió tripulaciones y, en ocasiones, se dirigió en público al ejército diciéndole que debía estar preparado para todo. De nuevo una piratería encubierta infestó el mar, y poco o nulo fue el remedio para el hambre de los romanos, hasta el punto que decían a gritos que el tratado no les había traído el cese de los males, sino la adquisición de un cuarto tirano. Octavio apresó y sometió a tormento a una partida de piratas, quienes afirmaron haber sido enviados por Pompeyo. Este hecho lo puso Octavio en conocimiento del pueblo y dio cuenta por escrito al mismo Pompeyo, mas este último se excusó de estos hechos y, a su vez, se quejó por la cuestión del Peloponeso [225].

Aquellos nobles que todavía se encontraban junto a 78
Pompeyo, al ver que éste siempre estaba a merced de la influencia de sus libertos, corrompieron a algunos de ellos, bien en su propio interés o por dar satisfacción a Octavio, para que incitaran a su dueño contra Menodoro que aún tenía el mando de Córcega y Cerdeña. Y ellos, como envidiaban también el poder de Menodoro, lo hicieron con gusto. De este modo, Pompeyo fue arrastrado a un extrañamiento de Menodoro, y por estos mismos días Filadelfo, un liberto de Octavio, navegó al lado de Menodoro para aprovisionarse de trigo, y Milicio, el amigo más fiel de Menodoro, acudió al lado de Octavio para tratar de la deserción de aquél. Prometió entregar Cerdeña y Córcega, tres legiones y otro gran número de tropas ligeras [226]. Esta oferta, ya fue-

[225] Para un juicio general sobre los motivos de desacuerdo pretextados, cf. Gabba, *Appiani...*, V, Intr., pág. XII y com. *ad loc.*

[226] La deserción de Menodoro tal vez fuera la espoleta que pro-

ra obra de la gestión de Filadelfo o consecuencia de las calumnias proferidas por Pompeyo contra Menodoro, Octavio, aunque no de inmediato, la aceptó, no obstante, pues creyó que la paz estaba rota de hecho. Invitó a Antonio a que acudiera desde Atenas a Bríndisi en un día determinado, a fin de deliberar en su compañía sobre la guerra presente. Y envió con rapidez, desde Rávena, navíos de guerra y, desde la Galia, un ejército y el resto de su material bélico a Bríndisi y Dicearquía, con la intención de hacerse a la mar desde ambos lados contra Sicilia, en el caso de que Antonio fuera de su misma opinión.

79 Este último acudió en el día señalado con unas pocas tropas y, al no encontrar a Octavio, no lo aguardó, bien porque le reprochaba su decisión de combatir por considerarlo una violación del tratado o porque había visto que los preparativos de Octavio eran grandes —pues el deseo del poder absoluto jamás dejaba descansar sus temores—, o porque se alarmó a causa de un prodigio [227]. Pues uno de los guardias que dormían alrededor de su tienda fue hallado devorado por las fieras, a excepción de su rostro, como si éste hubiera sido respetado para su identificación, y sin que hubiera dado un solo grito ni lo hubiera visto ninguno de sus compañeros de descanso. Los de Bríndisi dijeron que, antes del amanecer, se había visto salir corriendo a un lobo desde las tiendas. Escribió, por los demás, a Octavio conminándole a que no rompiera lo pactado y amenazó a Menodoro con someterle a suplicio como a un esclavo

---

vocó el estallido de la guerra, pues rompía el equilibrio de zonas establecido en el acuerdo de Miseno. La deserción tuvo lugar en la primavera del 38 a. C.

[227] Apiano silencia la que tal vez fuera la razón primordial de la partida de Antonio, su participación en la fase decisiva de la campaña contra los partos (cf. Dión Cas., XLVIII 46, 3). Sobre la acusación de que Octavio aspiraba al poder absoluto, cf. Gabba, *Appiano...*, pág. 203.

fugitivo; pues él había pertenecido a Pompeyo el Grande, cuya hacienda había comprado Antonio cuando había sido pignorada según ley por ser la de un enemigo [228].

Octavio envió a Cerdeña y a Córcega a los encargados de recibir su entrega de manos de Menodoro y reforzó el litoral de Italia con numerosos fortines para impedir que Pompeyo hiciera nuevas incursiones contras estas zonas [229]. Ordenó la construcción de otras trirremes en Roma y Rávena e hizo regresar de Iliria a un gran ejército. A la llegada de Menodoro, lo convirtió de inmediato en hombre libre, en vez de su condición de liberto, y le encargó el mando de aquellas naves que había llevado consigo como lugarteniente del almirante Calvisio [230]. Una vez que tuvo hechos estos preparativos y hubo reunido aún mayores efectivos, se demoró un cierto tiempo y reprochó a Antonio por no haberle esperado. Ordenó a Cornificio [231] que trasladara desde Rávena a Tarento el material que hubiese preparado ya. Sin embargo, cuando este último estaba de crucero, le sobrevino una tempestad, y únicamente fue destruida la nave capitana que había sido construida para Octa- 80

[228] Cf. *supra,* III 4; Dión Cas., XLII 50, 5; Plut., *Ant.* 10, 2, y Floro, II 18, 5.

[229] Sobre todo, la Campania (cf. Dión Cas., XLVIII 46, 1-4).

[230] Apiano menciona erróneamente a un Calvisio en II 60 (cf. n. 167). En este caso se trata de G. Calvisio Sabino (cf. Münzer, en *RE,* s.v. *Calvisius,* núm. 13). Era oriundo de Espoletio y su ciudad le dedicó un recuerdo a su *pietas,* por ser uno de los dos senadores, junto con L. Marcio Censorino, que intentaron defender a César en los Idus de marzo (cf. Syme, *The Roman Revolution,* pág. 221, y *Latomus* 17 [1958], 73-80).

[231] L. Cornificio (cf. Münzer, en *RE,* s.v. *Cornificius,* núm. 5). Debía de ser ya antiguo seguidor de Octavio, pues había perseguido a Bruto, en calidad de tribuno de la plebe, en aplicación de la *lex Pedia* (cf. Syme, *op. cit.,* págs. 236-237). Por su participación en la fase última de la guerra de Sicilia (cf. cap. 111), fue recompensado con el consulado en el 35 a. C.

vio. Este suceso se tuvo como un mal presagio de lo porvenir. Dado que todavía prevalecía la sospecha de que la guerra inminente iba en contra del tratado, Octavio trató de disipar tal recelo. Escribió a la ciudad y dijo él mismo a los soldados que Pompeyo había roto los pactos al piratear el mar, y que los piratas habían confesado este hecho y Menodoro había revelado la totalidad del plan, y que Antonio lo supo y, por esta razón, no había entregado el Peloponeso.

81 Cuando lo tuvo todo a punto y junto a él, se hizo a la mar rumbo a Sicilia [232], él, desde Tarento, y Calvisio Sabino y Menodoro, desde Etruria. La infantería hizo el viaje por tierra hasta Regio y todas las operaciones se verificaban con afán y rapidez [233]. Pompeyo se enteró de la deserción de Menodoro cuando Octavio se hallaba ya navegando contra él, y, ante el ataque por mar desde ambos lados, él mismo aguardó en Mesina [234] a Octavio y ordenó a Menécrates, el enemigo más aborrecible de Menodoro entre sus libertos, que saliera al encuentro de éste y de Calvisio con una gran flota. Menécrates fue avistado por los enemigos, cercana ya la noche, en alta mar. Éstos se refugiaron en la bahía próxima a Cumas [235] y pasaron allí la noche, en tanto

---

[232] La batalla celebrada en Cumas tuvo lugar en la primavera, ya avanzada, del 38 a. C. (cf. cap. 89).

[233] El plan de Octavio era atraer a Pompeyo a dos frentes: el mar Tirreno y el Jonio, para poder él hacer pasar las tropas de tierra desde Regio a Mesina.

[234] Pompeyo había concentrado sus tropas en la punta nororiental de la isla, en el triángulo formado por Tíndaris, Mesina y Tauromenio; y en la parte noroccidental, en Lilibeo, a fin de rechazar un posible ataque de Lépido desde África.

[235] Es difícil precisar en qué golfo se desarrolló la batalla, si en el que está entre Sinuesa y Cumas, como parece deducirse del *tòn kólpon tòn hypèr Kýmēs*, de Apiano, o en el golfo entre Miseno y el promontorio de Minerva, conocido como *sinus cumanus* o Cratere (cf. detalles en GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*).

que Menécrates prosiguió hasta Enaria. Al despuntar el día, los de Calvisio se hicieron a la mar costeando el litoral de la bahía, tan próximos a la playa como podían y con la flota en forma de media luna a fin de evitar que los enemigos pudieran quebrantar su línea de formación. Menécrates de nuevo apareció ante ellos y, al punto se les aproximó con violencia y rapidez. Sin embargo, como no avanzaron hacia el mar abierto y él no podía llevar a cabo ninguna acción importante se lanzó en pos de ellos y los rechazó hacia la tierra. Ellos, a su vez, hicieron encallar a un tiempo sus barcos y se defendieron de las embestidas de las naves. A Menécrates le era posible retirarse a mar abierto y atacar cuando quisiera, y cambiar por turno a sus barcos por otros de refresco, en tanto que sus adversarios sufrían severamente por causa de las rocas en las que habían embarrancado y por la imposibilidad de maniobra de la naves, pues se asemejaban a fuerzas de tierra combatiendo contra fuerzas navales, incapaces de perseguirlas y de retirarse.

Entretanto, Menodoro y Menécrates se avistaron mu- 82
tuamente y, tras desentenderse del resto del combate, se atacaron de inmediato uno a otro con furia y clamor, como si pusieran la victoria y el meollo de la batalla en este duelo en el que uno de ellos se disponía a vencer. Las naves de ambos colisionaron entre sí con violencia y la una rompió el espolón de la nave de Menodoro, en tanto que ésta quebró, a su vez, el gobernalle de la de Menécrates. Mas cuando fueron lanzados los arpeos [236] desde cada una de ellas, ya no hubo lugar para naves, porque habían quedado trabadas una a otra, pero los hombres, como en un combate en tierra, no

[236] *Manus ferrae* (cf. cap. 36 y n. 134, y cap. 106, y, asimismo, LAMMERT, en *RE*, s.v.); se diferenciaban de los *harpagones* en que estaban provistos de mayor número de garfios. Sobre la descripción del *harpago*, cf. cap. 118.

anduvieron faltos de esfuerzo y valor. Pues nubes de jabalinas, piedras y flechas cruzaban entre unos y otros, y se abatían puentes [237] sobre las naves para atacar a través de ellos. Pero, como la nave de Menodoro era más elevada, sus puentes tenían un mejor acceso para los que se atrevían a cruzarlos y los disparos desde ellos, al estar más altos, eran más efectivos. Después que muchos estaban ya muertos y heridos los restantes, Menodoro fue alcanzado en el brazo por un dardo, el cual le fue extraído. A su vez, Menécrates fue herido en el muslo por una jabalina española [238], toda de hierro y con muchas puntas, que no fue posible sacar con rapidez. Y, aunque Menécrates quedó ya inútil para el combate, permaneció, no obstante, exhortando a los demás, hasta que al ser capturado su barco, se arrojó a las profundidades del mar. Menodoro amarró a la nave capturada y la remolcó hasta tierra, puesto que ni siquiera él mismo podía hacer ya nada más.

83 Así fueron las cosas en el ala izquierda del combate naval. Por su parte, Calvisio, mientras navegaba desde el ala derecha hacia el ala izquierda, interceptó a algunas de las naves de Menécrates y las persiguió cuando escapaban hacia el mar abierto. A su vez, Demócares [239], coliberto de Menécrates y lugarteniente suyo, cayó sobre el resto de las naves de Calvisio, puso en fuga a una parte y a otra la hizo chocar contra las rocas, y, una vez desembarcados los hombres, prendió fuego a los cascos de los barcos. Finalmente, Calvisio regresó de su persecución e hizo volver a aquellos de sus

---

237 Véase, en GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, entre otros, H. T. WALLINGA, *The Boarding-Bridge of the Romans*, 1956, pág. 49.

238 El llamado *solliferreum* (cf. SCHULTEN, en *RE*, s.v. *solliferreum* y *pilum*).

239 Cf. MÜNZER, en *RE*, s.v. *Demochares*, núm. 7. Para GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, se trataría de la misma persona que aparece designada como Papias (cf. caps. 104 ss.).

barcos que estaban en fuga e impidió que se quemaran más. Como se echó encima la noche, todos fondearon en donde lo habían hecho la noche anterior.

Éste fue el resultado de la batalla naval en la que llevó la mejor parte la flota de Pompeyo. Sin embargo, Demócares, acongojado por la muerte de Menécrates como por la más grande derrota —pues estos dos, Menécrates y Menodoro, habían sido los más eficaces capitanes de Pompeyo en el mar—, abandonó todo de sus manos y navegó al punto hacia Sicilia, como si no hubiera perdido tan sólo el cuerpo de Menécrates y una nave, sino toda la flota entera.

Calvisio, mientras esperaba que Demócares atacaría, 84
aguardó en donde precisamentre estaba al ancla, por no hallarse capacitado para entablar un combate naval, puesto que sus mejores barcos habían sido destruidos y los otros habían quedado inservibles para una batalla. Pero, una vez que se enteró que aquél se había marchado a Sicilia, reparó sus naves y costeó el litoral bordeando los golfos. Entretanto, Octavio navegó desde Tarento a Regio con muchas naves y un gran ejército y, en los alrededores de Mesina, se encontró con Pompeyo, que tenía sólo cuarenta naves, de forma que sus amigos le aconsejaron a Octavio que aprovechara esta máxima oportunidad y atacara a Pompeyo con su flota tan grande, ya que aquél tenía unas pocas naves, antes de que tuviera junto a él al resto de la flota. Sin embargo, él no les obedeció, sino que esperó a Calvisio y dijo que no era prudente correr un riesgo cuando se esperaban refuerzos.

Tan pronto como Demócares arribó a Mesina Pompeyo, lo designó a él y a Apolófanes [240], otro de sus libertos, almirantes, en lugar de Menodoro y Menécrates.
85 Cuando Octavio supo de lo ocurrido en Cumas, puso 85

[240] Cf. Klebs, en *RE*, s.v. *Apollophanes*, núm. 10.

proa a la salida del Estrecho para ir al encuentro de Calvisio. Después de haber recorrido la mayor parte del mismo, cuando ya estaba a la altura de Estilis [241] y doblaba en dirección a Escileo, Pompeyo se lanzó desde Mesina, cayó sobre la retaguardia, persiguió a los de vanguardia, lo atacó en toda la línea y lo incitó a combatir [242]. Las naves, sin embargo, aunque así azuzadas, no se volvieron para presentar batalla, pues Octavio no lo permitió ya fuera porque temía luchar en el Estrecho o porque se mantuvo en su primera decisión, no combatir sin Calvisio. Así pues, por orden suya se retiraron hacia la orilla todos, echaron el ancla y se defendieron de proa contra el ataque de los enemigos. Demócares colocó a dos de sus barcos contra cada uno de los enemigos, lo que provocó la confusión, y al chocar contra las rocas y entre ellos mismos empezaron a llenarse de agua. Y también estas naves fueron destruidas, igual que las del combate en Cumas, sin haber asestado un solo golpe, ancladas y sufriendo las embestidas de los enemigos que las atacaban y se retiraban sin obstáculos.

86 Octavio saltó desde su barco a las rocas y recogió a los que se esforzaban en salir del mar a nado y los envió a lo alto del monte. Pero Cornificio y el resto de los generales que estaban allí, se dieron ánimos mutuamente y, sin esperar órdenes, levaron bruscamente anclas y se hicieron a la mar contra los enemigos, juzgando que era preferible sufrir una derrota mientras se luchaba, a resistir inmóviles y sin luchar el ataque ene-

---

[241] La ubicación de esta ciudad es dudosa, se la identifica con la localidad *ad Fretum ad Statuam* y estaría entre Regio y Escileo, frente a Sicilia (cf. más detalles en Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.)*.

[242] Para una comparación entre los relatos discrepantes de Apiano y Dión Casio (XLVIII 47 ss.) sobre esta batalla, cf. Miltner, en *RE*, s.v. *Pompeius*, núm. 33 *(Sex. Pompeius Magnus)*, cols. 2.213-2.250, en especial, 2.230-2.231, este artículo es de gran importancia para todo lo concerniente a Sexto Pompeyo.

migo. En primer lugar, Cornificio, con una osadía admirable, perforó la nave capitana de Demócares y la capturó. Demócares saltó a otra. Mientras tenían lugar una conflagración y destrucción tales, aparecieron aproximándose desde alta mar Calvisio y Menodoro. Las tropas de Octavio no los veían ni desde tierra ni desde el mar, pero los de Pompeyo, por hallarse mar adentro, los divisaron y, al verlos, se retiraron, pues ya oscurecía y no se atrevían, estando cansados, a trabar combate con hombres de refresco.

Ciertamente, este evento aconteció muy oportunamente para los que hacía ya largo rato andaban en una situación muy apurada.

Al cerrar la noche, algunos, lanzándose desde las 87
naves, se refugiaron, tras alcanzar la orilla, en las montañas y encendieron muchas hogueras como señales para los que todavía se encontraban en el mar y pasaron la noche de este modo, sin comer ni cuidar de sí mismos y faltos de todo [243]. Octavio, que se hallaba en una situación semejante, iba entre ellos y los animaba a resistir hasta la mañana. Pero ni cuando pasaba por estos apuros tuvo conocimiento de la arribada de Calvisio, ni se podía esperar alguna ayuda procedente de las naves, ocupadas en los restos del naufragio. Sin embargo, en virtud de otro golpe de fortuna favorable, la decimotercera legión se acercaba a través de las montañas y, enterados de la catástrofe, atravesaron los precipicios guiándose en el camino por medio de las hogueras. Encontraron a su comandante en jefe y a los que iban con él en su huida en un estado extremo de cansancio y fal-

---

243 El relato de Apiano en estos artículos adquiere una plasticidad, frescura y precisión que hacen pensar a Gabba (cf. *Appiani...*, V, Intr., pág. XV) en una fuente autóptica. Tal vez, según este autor, pudiera tratarse de las *Memorias* de M. Valerio Mesala Corvino, personaje que tuvo una actuación destacada en algunos de estos sucesos (cf. capítulos 112-113).

ta de alimentos y les prestaron cuidados diversificando entre ellos su asistencia. Los centuriones condujeron al comandante a una tienda improvisada, ya que ninguno de los siervos encargados de su cuidado estaba presente, pues habían sido dispersados en la noche y en medio de un desorden tan grande. Octavio envió de inmediato mensajeros por todas partes para anunciar que estaba a salvo, y entonces se enteró de que Calvisio había arribado con la vanguardia de su flota y, a la vista de estos dos acontecimientos favorables e inesperados, se tomó un descanso.

88 Al día siguiente, cuando inspeccionó la superficie del mar, contempló naves quemadas, otras a medio quemar, otras todavía a medio arder y otras deshechas; y vio el mar lleno de velas, de gobernalles y pecios, y a la mayor parte de las naves que se habían salvado, gravemente averiadas. Por consiguiente, colocó delante la escuadra de Calvisio y procedió a reparar aquellos barcos que le urgían más, colocándolos al sesgo, mientras los enemigos permanecían quietos, ya fuera por miedo a Calvisio o porque hubieran decidido atacarles nuevamente cuando salieran a alta mar. Así se mantuvieron cada uno hasta que a mediodía sobrevino un viento del Sur que levantó un violento oleaje en este Estrecho de corrientes impetuosas [244]. Pompeyo estaba en el interior del puerto de Mesina, pero las naves de Octavio fueron lanzadas de nuevo sobre la costa rocosa y sin puertos y se estrellaron contra las rocas y entre sí, pues no tenían sus dotaciones completas para controlarlas con eficacia.

89 Así pues, Menodoro, como suponía que el viento 89 huracanado iría a más puso proa mar adentro y se man-

244 Sobre los fenómenos marinos en el Estrecho de Mesina, cf., en Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, G. M. Columba, *I porti della Sicilia*, Roma, 1906, págs. 249 y sigs.

tuvo al ancla. Allí, debido a la profundidad del agua, las olas eran más débiles pero, con todo, tuvo que aplicarse a una fuerte remada para evitar ser arrastrado hacia la orilla, y algunos otros le imitaron. Sin embargo, el resto del grueso de la flota, pensando que el viento cedería pronto como suele ocurrir en primavera, afianzaron las naves con anclas a ambos lados, de la parte del mar y de la de tierra, y separaban unas de otras por medio de pértigas. Pero, como el viento se encrespó todavía más, todo quedó revuelto y las naves, rotas las anclas, se destrozaron entre sí al ser arrojadas unas contra otras o contra la playa. Se produjo un griterío entremezclado de los que estaban aterrados, junto con aquellos otros que se lamentaban y quienes se exhortaban mutuamente como a sordos, pues no había posibilidad de percibir las palabras, y no existía diferencia entre el piloto y el marinero ni por razón de conocimiento ni por las órdenes dadas. Sino que se producía la misma mortandad entre los que estaban en las propias naves y aquellos otros que, arrojados por la borda, eran destrozados por los vientos, las olas y los trozos de madera flotantes. Pues el mar estaba lleno de velámenes, de pecios, de hombres vivos y muertos; y todo el que, huyendo de estos peligros, trataba de escapar a nado hacia la costa, era estrellado contra las rocas por la fuerza de las olas. La convulsión, tan pronto como se apoderó del mar, lo que es habitual en este Estrecho, aterró, de un lado, a los hombres que no estaban acostumbrados a este fenómeno, y a las naves, entonces sobre todo, las hizo chocar entre sí arrastrándolas unas contra otras. El viento arreció más con la llegada de la noche, hasta el punto de que ya no morían siquiera a la luz del día, sino en la oscuridad.

Toda la noche se oyeron los gritos de dolor y las 90
llamadas de los familiares, que corrían de un lado a otro por la playa, y llamaban por su nombre a los que

estaban en el mar, y se apenaban, cuando no obtenían respuesta, al darlos por muertos, y, a su vez, también de aquellos otros que, medio sumergidos en el mar, imploraban el auxilio de los que se encontraban en tierra. Sin embargo, nada se podía hacer ni en uno ni en otro caso. Pues no sólo el mar resultaba inexorable para los que penetraban en él y para aquellos que seguían a bordo de los barcos, sino que la tierra no lo era menos que el mar, por el miedo a que el oleaje los estrellara contra las rocas. Y padecían tanto por causa del carácter atípico de la tempestad, que estaban muy próximos a tierra y temían la tierra, y no podían huir de ella hacia alta mar ni mantener la distancia necesaria entre unos y otros. Pues la estrechez del lugar, la dificultad natural de su salida, el embate de las olas, el viento que soplaba en círculo en ráfagas huracanadas a consecuencia de los montes circundantes y la convulsión del fondo del mar que succionaba todo, no permitían permanecer ni escapar. Y todo lo agravaban las tinieblas de una noche especialmente oscura. Por esta razón morían sin verse mutuamente, algunos profiriendo gritos confusos, otros abandonándose en calma y aceptando su desgracia e, incluso en algún caso, cooperando a ello por creerse totalmente perdidos. Pues el desastre superó sus expectativas hasta el punto de quitarles toda esperanza de salvación fortuita. Finalmente, al aproximarse el día, el viento remitió de repente y, una vez salido el sol, quedó encalmado por completo. No obstante, el oleaje, aun entonces, cuando había cesado el viento, se mantuvo fuerte durante mucho tiempo. Ni siquiera los lugareños recordaban una tempestad tal jamás. Fue mayor de lo natural y acostumbrado, y, en consecuencia, destruyó la mayor parte de los barcos y de los hombres de Octavio.

91 Octavio, quien el día anterior había sufrido mucho a causa del combate y que se había visto aquejado por

estos dos desastres simultáneos, se puso en camino de inmediato hacia Hiponio[245] a través de las montañas, aquella misma noche, con rapidez, sin tratar de remediar su calamitosa situación, para la que no podía contar con ningún socorro. Envió cartas a todos sus amigos y generales advirtiéndoles de que estuvieran atentos para que no se produjera ninguna conspiración contra él de una u otra parte, dado que se encontraba en precario. También despachó a las fuerzas de infantería que tenía consigo hacia todo lo largo del litoral de Italia para impedir que Pompeyo se atreviera a atacar el continente debido a su éxito. Pero este último no planeaba ningún ataque a tierra firme, ni atacó a los navíos supervivientes del naufragio ni a los barcos que se alejaban cuando cesó la tormenta. Por el contrario, no prestó atención a aquellos que, habiendo reforzado los barcos en la quilla como podían, navegaban con la ayuda del viento rumbo a Hiponio, ya sea porque pensaba que la desgracia enemiga era bastante para él, o porque no sabía cómo perseguir la victoria, o, como ya he dicho también en otra parte, porque era absolutamente remiso a atacar y estaba resuelto a defenderse solamente de quienes le atacaran[246].

Se salvó menos de la mitad de la flota de Octavio 92
y ésta, además, con graves desperfectos. Dejó, no obstante, algunos oficiales allí para que se ocuparan de ella y se puso en marcha hacia Campania, muy contrariado, pues ni tenía otras naves, aunque estaba necesitado de

---

245 Antiguo nombre griego de *Vibo Valentia* (cf. Plinio, III 73). Dada la importancia de su puerto como base naval y terrestre contra Pompeyo, esta ciudad, junto con Regio, había sido exceptuada del conjunto de ciudades elegidas para ser entregadas a los veteranos como recompensa (cf. *supra,* IV 3 y 86).

246 Cf. cap. 25 de este libro. Sobre la falta de resolución de Pompeyo, factor determinante para la valoración que de él hace Apiano, cf. Gabba, *Appiani...,* V, Intr., pág. XIV.

muchas, ni tampoco tiempo para construirlas, agobiado como estaba por el hambre y acosándole de nuevo el pueblo con respecto a la firma de los pactos, al tiempo que se tomaba a broma la guerra por reputarla ilegal. Necesitaba también dinero y no lo tenía, pues los romanos no pagaban sus impuestos ni iban a permitir la utilización de los ingresos que tenía proyectada. Mas, como era hombre hábil en todo momento para percatarse de lo conveniente para él, envió a Mecenas a Antonio [247], a fin de hacerle cambiar de opinión sobre aquellos asuntos que recientemente habían sido objeto de mutuos reproches y de tratar de llevarlos a una alianza. Y si Mecenas no lograba convencerlo, proyectó embarcar la infantería en los barcos de transporte, cruzar hasta Sicilia y, abandonando el mar, entablar la guerra en tierra firme. Mientras se encontraba en un estado tal de abatimiento, le fue comunicado que Antonio estaba de acuerdo en concertar una alianza, y se enteró de una espléndida victoria sobre los galos de Aquitania obtenida bajo el mando de Agripa. Y sus amigos y algunas ciudades le prometieron barcos y se los construyeron.

En consecuencia, Octavio, una vez liberado de su pena, llevó a cabo preparativos navales más espléndidos
93 que los anteriores [248]. Al comienzo de la primavera [249], Antonio navegó desde Atenas hasta Tarento con tres-

---

[247] Esta embajada debió de tener lugar en el otoño del 38 a. C. La noticia de la misma falta en el resto de la tradición, lo que ha llevado a algunos autores a considerarla inaceptable, sin embargo GABBA no encuentra argumentos válidos para negar su realidad (cf., sobre esta problemática, *Appiani...*, V, su comentario al pasaje).

[248] Estos preparativos duraron desde finales del 38 a. C. hasta finales del 37 a. C. (cf. T. LIV., *Per.* 128; DIÓN CAS., XLVIII 49, 2-5), y entre ellos destaca la construcción del *portus Iulius*, en Campania, para construir y adiestrar a la flota al resguardo del enemigo (cf. DIÓN CAS., *ibidem).*

[249] La primavera del 37 a. C.

cientas naves para ayudar como aliado a Octavio [250], tal y como había prometido. Pero este último había cambiado su plan y pospuesto las operaciones hasta tener construidos los barcos. Cuando fue requerido nuevamente y se le hizo saber que las fuerzas de Antonio estaban preparadas y eran suficientes, adujo nuevos motivos de demora, y quedó claro que de nuevo estaba quejoso de algo contra Antonio o que despreciaba su alianza a causa de la abundancia de sus propios recursos. Antonio, aunque estaba irritado, aguardó, no obstante, y lo llamó una vez más, pues estaba mal de fondos, debido a los gastos de la flota, y necesitaba de un ejército italiano para su campaña contra los partos y su idea era cambiarle a Octavio naves por tropas de infantería, pues aunque estaba estipulado en el tratado que cada uno podía reclutar tropas en Italia, ello le iba a resultar difícil, una vez que Italia le había correspondido en lote a Octavio [251]. Así pues, Octavia [252] acudió junto a su hermano para servir de intermediaria entre ambos. Octavio se quejó de haber sido abandonado en los peligros que había sufrido en el Estrecho, y ella le contestó que este asunto había sido explicado por medio de Mecenas. Octavio dijo que Antonio había enviado a su liberto Callias a Lépido para fraguar un pacto con éste en contra suya; pero Octavia replicó que él sabía ya que Callias había sido enviado para tratar una cuestión de bodas,

---

[250] Según Dión Casio (XLVIII 54, 1), Antonio viene a Italia para espiar a Octavio, no para ayudarlo, y Plutarco *(Ant.* 35, 1) afirma que vino con intención hostil por lo que algunos rechazan como incierta la noticia sobre la embajada de Mecenas.

[251] Cf. n. 193 a este libro sobre el acuerdo de Bríndisi.

[252] Según Syme, *The Roman Revolution*, pág. 225 n. 2, el papel de Octavia ha sido embellecido por la tradición áulica (cf. Dión Cas., XLVIII 54, 1 y Plut., *Ant.* 35) claramente hostil a Antonio en estos sucesos; según Gabba, *Appiano...*, pág. 203 n. 3, el papel de Octavia en Apiano es convencer a su hermano de sus errores.

pues Antonio quería casar a su hija [253] con el hijo de Lépido [254], tal como estaba acordado, antes de la expedición contra los partos. Octavia llevó a cabo esta mediación, y Antonio envió también a Callias con el encargo de probar a Octavio, pero este último no lo recibió, sino que le dijo que iría y se reuniría con Antonio entre Metaponto y Tarento, con el río [255] que da nombre a esta ciudad en medio de ellos.

94 Por azar, ambos coincidieron en su llegada al río [256], y Antonio saltó de su carro y embarcó solo en uno de los botes amarrados a la orilla y cruzó hacia Octavio, confiando en él como en un amigo. Octavio, al verle, lo imitó. Se encontraron ambos en mitad del río y discutieron en su deseo de desembarcar en la orilla del contrario. Prevaleció Octavio, porque quería, además, ir a Tarento a visitar a su hermana Octavia. Hizo el viaje con Antonio en el carro de este último, y, en Tarento, prosiguió hasta el lugar de hospedaje de Antonio, sin protección, y descansó durante la noche igualmente sin guardia personal junto a aquél. Al día siguiente, Antonio hizo gala de una demostración similar de confianza. De esta forma hubo entre ellos un cambio continuo, desde las sospechas nacidas por causa de su ambición del mando a las pruebas de confianza motivadas por la necesidad mutua.

95 Octavio postergó su expedición contra Pompeyo para el año próximo. Antonio, sin embargo, no podía esperar a causa de la guerra con los partos, pero, no obstan-

---

253 Hija de Antonio y de su segunda esposa, de nombre Antonia.

254 Sobre su intento de conspiración contra Octavio, cf. *supra*, IV 50. El matrimonio no se efectuó jamás.

255 El río Taras.

256 Sobre la fecha del encuentro hay disensiones, pero suponiendo que las dudas, recelos y mediaciones entre unos y otros llevaran algún tiempo, este encuentro debió de acaecer hacia el verano-otoño del 37 a. C.

te, hicieron un intercambio, Antonio cedió a Octavio ciento veinte naves, que envió de inmediato y las entregó en Tarento, y Octavio prometió enviarle a cambio veinte mil soldados de infantería[257]. Octavia regaló a su hermano, por el favor solicitado de parte de Antonio, diez *fesoles* equipados a la manera de trirremes —combinación de barcos mercantes y de guerra—, y Octavio obsequió a su hermana con mil soldados escogidos para que le sirviesen de guardia personal, a elección de Antonio. Y como el tiempo del mandato decretado por los triunviros estaba expirando[258], se fijaron otro período de cinco años, sin consultar tampoco al pueblo. Así se separaron, y Antonio se apresuró de inmediato hacia Siria dejando a Octavia con su hermano y en compañía de una hija[259], habida ya entre ellos.

Menodoro, entretanto, ya sea porque fuera de natu- 96
ral traicionero, o porque temía la anterior amenaza de Antonio, quien le había dicho que lo castigaría como a un esclavo rebelde, o porque pensaba que había sido tenido en menos estima de la que esperaba, o porque los otros libertos de Pompeyo le hacían continuos reproches por la infidelidad hacia su dueño y lo exhortaban a regresar, ahora que había muerto Menécrates, pi-

---

257 Sobre estos pormenores, cf. TARN, «Anthony's Legions», *Clas. Quar.* 26 (1932), 75-81, espec. 77; KROMAYER, «Kleine Forschungen zur Geschichte des zweiten Triumvirats», *Hermes* 33 (1898), 1-70, espec. 21; TARN, «The Battle of Actium», *Jour. of Rom. St.* 21 (1931), 173-199, espc. 199; para una valoración general del pacto, cf. M. A. LEVI, *Ottaviano capoparte*, II, Florencia, 1933, págs. 70 y sigs. Sobre los comandantes de las flotas, cf. GRANT, *From Imperium...*, 43 y sigs. y 52 y sigs., y BROUGHTON, II, pág. 401.

258 En verdad, como se ha dicho antes (v. n. 211), había expirado el 31-XII-38 a. C. Así que el triunvirato estaba en una situación «ilegal».

259 Antonio partió de Italia en el otoño del 37 a. C. La hija era Antonia *maior*, nacida en el 39 a. C. (cf. GROEBE, en *RE*, s.v. *Antonius* [*Antonia*], núm. 113). Octavia estaba encinta ya de la segunda hija, que nacería el 31-I-36 a. C.

dió garantías personales y, cuando las hubo obtenido, desertó [260] a Pompeyo con siete naves, sin que Calvisio, el almirante de Octavio, tuviera conocimiento de ello. Por este motivo, Octavio destituyó a Calvisio de su cargo y colocó en su lugar a Agripa.

Cuando la flota estuvo preparada, Octavio llevó a cabo su purificación [261], que se celebra de la siguiente manera. Se levantan altares al borde del mar y la multitud se coloca en torno a ellos, a bordo de las naves, en el más profundo silencio. Los sacerdotes realizan los sacrificios de pie junto al mar y por tres veces llevan las víctimas sacrificiales a bordo de lanchas en torno a la flota, acompañados en su navegación por los generales e imprecando a los dioses que se tornen los malos augurios contra estas víctimas expiatorias en vez de contra la flota. Y troceándolas a continuación, arrojan una parte al mar y otra la colocan sobre los altares y la queman, mientras el pueblo acompaña con su canto. De este modo purifican los romanos a las flotas.

97 Se acordó que Octavio se haría a la mar desde Dicearquía, Lépido desde África, y Tauro [262] desde Tarento, contra Sicilia, para rodearla a la vez por el Este, por el Oeste y por el Sur. El día en que iba a hacerse a la mar Octavio había sido comunicado previamente a todos, y era el día décimo después del solsticio de verano [263], que corresponde, entre los romanos, a las calendas del mes que, en honor del anterior César, lla-

260 Tal vez en el invierno del 37 al 36 a. C.

261 Gabba, acepta la tesis de M. Hadas, *Sextus Pompey*, Nueva York, 1930, pág. 123, de que ésta tuvo lugar en el *portus Iulius*, en el 36 a. C. Sobre la *lustratio classis*, cf. Boehm, en *RE*, s.v. *lustratio*, cols. 2.035-2.036.

262 T. Estatilio Tauro, que había sido cónsul sufecto en el 37 a. C., de origen lucano, legado de Calvisio Sabino y el más cercano colaborador de Octavio después de Agripa (cf. Syme, *The Roman Revolution*, pág. 237, y Broughton, II, pág. 403).

263 Día 1 de julio del 36 a. C.

man Julio, en lugar de Quintilio. Octavio había fijado este día pensando que tal vez le sería favorable, debido a que su padre siempre resultó victorioso. Pompeyo situó a Plinio [264] en Lilibeo, con una legión y otro gran número de tropas armadas a la ligera, para hacer frente a Lépido. A su vez, mantuvo bajo custodia toda la costa de Sicilia, al Este y al Oeste, y en especial a las islas Lípara [265] y Cosira [266], para que ni esta última ni aquélla sirvieran a Lépido y Octavio, respectivamente, de fondeaderos y bases navales estratégicas contra Sicilia. La parte mejor de su flota la conservó junta en Mesana [267], a la espera de acudir donde fuera necesario [268].

Tales eran las disposiciones tomadas por cada lado. 98
Cuando llegaron las calendas, todos se hicieron a la mar al amanecer, Lépido, desde África, con mil naves de transporte, setenta navíos de línea y doce legiones de soldados, quinientos jinetes númidas y mucha otra impedimenta; Tauro, desde Tarento, con sólo ciento dos naves de las cientos treinta de Antonio, puesto que las tripulaciones de las restantes habían perecido durante la tempestad, y Octavio, desde Dicearquía, después de haber realizado sacrificios y verter libaciones en el mar desde la nave capitana a los Vientos propicios, a Neptuno procurador de seguridad, y al Mar sin olas para que fueran sus aliados contra los enemigos paternos. Algunos de sus barcos iban en vanguardia y exploraban los

---

264 L. Plinio Rufo, *legatus pro praetore* (cf. BROUGHTON, II, página 405).

265 Perteneciente al archipiélago de las Lípari, al norte de Sicilia, frente a la costa de Brutio.

266 Isla al suroeste de Sicilia, entre esta isla y la costa africana.

267 Mesina.

268 El plan de ataque de Octavio y la defensa de Pompeyo revisten características similares a las del 38 a. C. (cf. n. 233 y 234; HADAS, *Sextus Pompey*, pág. 124, y MILTNER, en *RE*, col. 2.233; para una comparación con el relato de Dión Casio sobre estos hechos, cf. GABBA, *Appiano...*, pág. 201 n. 2, con bibliografía).

entrantes del mar, y Apio [269] con gran número de naves los seguía cubriendo la retaguardia. Al tercer día de la partida, se levantó un fuerte viento del Sur e hizo zozobrar a muchos barcos de transporte de Lépido, pero éste, no obstante, logró anclar en Sicilia y, tras poner cerco a Plinio en Lilibeo, se atrajo a algunas ciudades y a otras las sometió por la fuerza. A su vez, Tauro, cuando empezó a soplar el viento regresó de nuevo a Tarento. Justo cuando Apio costeaba el promontorio de Minerva [270], algunos de sus barcos se hicieron pedazos contra los escollos, otros fueron desviados por la violencia del oleaje, hacia los bajíos y otros fueron dispersados no sin sufrir daño. Al comienzo de la tempestad, Octavio se refugió en el golfo de Elea [271], que estaba resguardado, salvo uno de sus barcos de seis bancos de remos que se estrelló contra los acantilados. El viento del Sur roló al Suroeste y el golfo se agitó, pues estaba abierto al Oeste, y no fue posible ya salir a mar abierto teniendo el viento del golfo en contra, ni aguantaban los remos y las anclas, sino que las naves eran lanzadas unas contra otras o contra las rocas. Y de noche el desastre se tornó todavía más confuso.

99 Cuando, por fin, amainó el temporal, Octavio enterró a los muertos, atendió a los heridos, procuró ropas a los que se habían puesto a salvo a nado y les proporcionó nuevas armas, y a su flota entera la reparó, según pudo, con los medios que tenía a la mano. Quedaron destruidos seis de sus barcos de mayor tonelaje, veintiséis más ligeros y un número mayor aún de la clase «liburnia» [272]. Se dispuso a consumir treinta días en las

---

269 Cf. Münzer, en *RE*, s.v. *Claudius*, núm. 298.

270 Promontorio que separa el golfo de Nápoles del de Posidonia-Paestum.

271 O Velia (ciudad de la costa de Lucania), se encuentra en una ensenada entre el promontorio Enipeo y el promontorio Palinuro.

272 Cf. *supra*, II 37, e *Iliria* 7, sobre el nombre y tipo de esta naves.

reparaciones citadas, cuando el verano estaba ya en las postrimerías, razón por la cual le pareció lo mejor posponer la guerra hasta el verano siguiente. Sin embargo, como el pueblo sufría por la escasez, varó sus barcos y los reparó con rapidez y despachó las tripulaciones de las naves perdidas para que se incorporaran a aquellas otras vacías de la flota de Tauro. Con objeto de evitar un contratiempo más serio, envió a Mecenas hacia Roma a causa de los que todavía se hallaban sobrecogidos por el recuerdo de Pompeyo el Grande, pues la fama de este hombre aún no había dejado de ejercer su influjo sobre ellos. Octavio, en persona, recorrió las nuevas colonias a través de Italia y disipó sus temores por los recientes sucesos. Cruzó hasta Tarento y pasó revista a la flota de Tauro. Prosiguió viaje a Hiponio, allí arengó a la infantería e imprimió rapidez al equipamiento de las naves. Y estaba ya cercano el momento de la segunda invasión de Sicilia.

Pompeyo, sin embargo, no consideró oportuno apro- 100
vecharse de una ocasión tan propicia a causa de tantos naufragios, y solamente realizó un sacrificio al Mar [273] y a Neptuno y aceptó ser llamado hijo de éstos [274], convencido de que los enemigos habían sido derrotados por dos veces, de este modo, en ese verano con la ayuda de la divinidad. Y se cuenta que él, enorgullecido por estos hechos, también cambió la habitual clámide de los generales romanos de rojo púrpura a azul oscuro, queriendo significarse así como hijo adoptivo de Neptuno. Esperaba que Octavio desistiría, mas cuando se enteró

---

[273] *Thalássē* es interpretado por algunos con Salacia, mujer de Neptuno (cf. Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*).

[274] Dión Cas., XLVIII 19, 2, atribuye la adopción de esa paternidad al momento posterior a la batalla en el Estrecho, en el 42 a. C., contra Salvidieno Rufo (cf. *supra*, IV 85); para otros aspectos de la relación entre Pompeyo y Neptuno, cf. Weinstock, en *RE*, s.v. *Neptunus*, cols. 2.528-2.531.

de que estaba construyendo barcos y que iba a emprender una nueva expedición ese mismo verano, le sobrecogió la idea de combatir contra un hombre de espíritu tan indomable y con tales preparativos. Envió a Menodoro con las siete naves que había traído consigo para que reconociera los arsenales de Octavio y le causara cuanto daño pudiese. Pero Menodoro, irritado de tiempo atrás, porque no le había sido concedido el mando de la flota, y al ver que entonces, por sospecha, se le habían confiado sólo los barcos que él trajo, planeó de nuevo la deserción [275].

101 Pensando, no obstante, en realizar previamente una hombrada, en la creencia de que le resultaría útil en cualquier aspecto, distribuyó entre sus compañeros de navegación cuanto oro tenía y cubrió a golpe de remo, en tres días, una distancia de mil quinientos estadios y cayó como un rayo, sin ser visto, contra las naves que tenían la custodia de las que eran construidas por Octavio, y, retirándose hacia una posición oculta, se llevó dos o tres naves de las que estaban de guardia y hundió, apresó o quemó las naves de transporte que llevaban trigo y estaban al ancla o navegaban a lo largo de la costa. Todo se llenó de confusión a consecuencia del golpe de mano de Menodoro, pues Octavio estaba ausente todavía y también Agripa, que había salido a buscar madera. Envalentonado Menodoro, embarrancó de propósito la nave en un banco de arena suave, con desprecio, y fingió que ella estaba atenazada por el fango, hasta que los enemigos se lanzaron a la carrera desde las montañas contra él, como si se tratase de una presa de caza bien dispuesta, y entonces él hizo ciar la nave y partió en medio del chasco de sus adversarios.

---

275 Fuente de estos hechos, para GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, son las *Memorias* de Mesala Corvino (cf., además, n. 243 a este libro).

Una vez que hubo mostrado suficientemente qué clase de amigo y enemigo podía ser, liberó a Rébilo[276], un senador que había hecho prisionero, pues tenía puesto ya su pensamiento en el futuro. En su anterior 102 deserción había trabado amistad con Mindio Marcelo[277], uno de los compañeros de Octavio, y Menodoro le dijo a los suyos que el tal Mindio planeaba la deserción y la traición a su partido. Entonces se acercó a los enemigos e invitó a Mindio para que se reuniera con él en una isleta con objeto de celebrar una conferencia. Cuando tuvo lugar el encuentro, le dijo, sin que ningún otro lo oyera, que había desertado a Pompeyo por los ultrajes recibidos de parte del almirante de entonces, Calvisio, pero que, como Agripa había tomado el mando de la flota, estaba dispuesto a regresar junto a Octavio, ya que no le había hecho nada, si Mindio le traía garantías personales de parte de Mesala que era el sustituto en el mando en ausencia de Agripa. Añadió que, a su regreso, repararía con brillantes hechos de armas el daño anterior, pero que hasta tener las garantías seguiría castigando de igual modo a las fuerzas de Octavio, a fin de evitar sospechas. Y así lo hizo de nuevo. Mesala dudó ante una propuesta vergonzante, pero cedió, sin embargo, sea porque pensara que estas cosas eran gajes necesarios de la guerra o bien porque se adelantó a prever y conjeturar la decisión de Octavio. Así pues,

276 En Broughton, II, pág. 376, figura como legado o lugarteniente de Sexto Pompeyo en Sicilia entre el 40 a. C. y 36 a. C. Según Syme, *The Roman Revolution*, pág. 236, n. 1, sería hijo de G. Caninio Rébilo, cónsul sufecto en el 45 a. C. (para éste, cf. Münzer, en *RE*, s.v. *Caninius*, núm. 9, y Suppl. I, col. 274).

277 Según Syme, *op. cit.*, pág. 132, n. 1, se trata de M. Mindio Marcelo, oriundo de la ciudad de Velitra, en donde se conserva una inscripción (cf. *SEG* 4, 102 = *Anné Épigr.* 1.925, núm. 93) en que aparece como *praefectus classis* (cf., además, Broughton, II, pág. 405). Seguidor de Octavio, se había enriquecido con las confiscaciones.

Menodoro desertó nuevamente y, arrojándose a los pies de Octavio, le pidió perdón sin exponerle las razones de su anterior huida. Él le concedió su seguridad personal a causa de las garantías dadas, pero le hizo vigilar en secreto; a los capitanes de sus trirremes, sin embargo, los dejó ir libremente por donde quisieran.

103 Cuando la flota estuvo dispuesta, Octavio se hizo de nuevo a la mar y, arribando a Hiponio, ordenó a Mesala que cruzara con dos legiones de infantería hasta Sicilia para unirse al ejército de Lépido, y que atravesara hasta el golfo que está delante de Tauromenio y anclara allí [278]. Envió tres legiones a Estilis en el extremo del Estrecho, para que estuvieran a la espera de los acontecimientos, y ordenó a Tauro que costeara, desde Tarento, hasta el monte Escilacio [279], que está frontero a Tauromenio. Tauro así lo hizo, preparado para combatir y remar a la vez; lo acompañaba su infantería, en tanto que la caballería exploraba la costa y las liburnias el mar. Octavio, mientras Tauro se hallaba entregado a estas operaciones, avanzando desde Hiponio se presentó en Escilacio y, después de dar su aprobación al buen orden de las fuerzas, retornó a Hiponio. A su vez, Pompeyo, según he dicho [280], mantenía bajo custodia todos los puntos de desembarco de la isla y retenía sus naves en Mesana, para que acudieran en auxilio allí donde hiciera falta.

104 Mientras ellos se hallaban en tal estado de preparación, nuevamente las naves de transporte llevaban a Lépido, desde África, las cuatro legiones que restaban de su ejército. A éstas les salió al encuentro en alta mar

---

[278] Sobre el plan de Octavio y la interpretación del pasaje, cf. Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*

[279] Escilacio está en la costa oriental del Brutio, sobre el mar Jonio (cf. Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, para las hipótesis propuestas).

[280] Cf. cap. 97.

Papias[281], un capitán de Pompeyo, y las destruyó después que lo habían recibido como amigo, pues pensaron que eran barcos de Lépido que les salían al encuentro. Lépido envió a sus barcos demasiado tarde, y las naves de transporte posteriormente, ante la proximidad de estos barcos, tomándolos por otros navíos enemigos, huyeron; así que algunos fueron incendiados, otros capturados, otros hundidos y otros regresaron a África. Dos legiones perecieron en el mar y a los que de éstos trataron de escapar a nado, Tisieno[282], el lugarteniente de Pompeyo, les dio muerte cuando alcanzaron la orilla. Las otras legiones restantes reembarcaron para unirse a Lépido, unos de inmediato, y otros, algún tiempo después. Papias navegó de vuelta junto a Pompeyo.

Octavio navegó desde Hiponio con toda la flota 105
hasta Estróngila[283], una de las cinco islas de Éolo[284], tras una previa exploración del mar por su parte. Al ver una gran cantidad de tropas en la costa de Sicilia que tenía frente a él, en Peloria[285], en Milas[286] y en Tíndaris, dedujo que estaba presente allí el propio Pompeyo, así que encargó a Agripa del mando operacional de esta zona, y él navegó de regreso a Hiponio y, desde aquí, partió a toda prisa al campamento de Tauro en

---

281 Parece ser un doblete para Demócares, el almirante de Pompeyo, adversario de Lépido en Dión Cas., XLIX 8, 2. En los caps. sigs., 105-108, en los se que describe la batalla de Milas, aparece nombrado como Demócares, y después siempre Papias. El porqué de este hecho no está claro (cf., más detalles, en Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, y Broughton, II, 394).

282 Sobre él, cf. n. 129 a este libro.

283 Hoy Estrómboli, la más septentrional de las Lípari.

284 Nombre con el que se conoce también al archipiélago de las Lípari (cf. Tucídides, III 88, 2).

285 Promontorio en el extremo nororiental de Sicilia (hoy Capo di Faro).

286 Fondeadero en el borde nororiental de Sicilia (hoy Milazzo).

compañía de Mesala con tres legiones, a fin de capturar a Tauromenio, mientras todavía se hallaba ausente Pompeyo, y para atacarle desde dos frentes. En consecuencia, Agripa navegó desde Estróngila a Hiera [287] y, como la guarnición de Pompeyo no le ofreció resistencia, se apoderó de la isla de Hiera, y al día siguiente se dispuso a atacar en Milas a Demócares, el lugarteniente de Pompeyo, que tenía cuarenta barcos. Pompeyo, a su vez, observando la actitud violenta de Agripa envió a Demócares otros cuarenta y cinco barcos bajo el mando del liberto Apolófanes, y él mismo los siguió con otros setenta.

106 Agripa, antes del amanecer, levó anclas desde Hiera con la mitad de sus barcos, con idea de sostener un combate naval con Papias solamente [288]. Sin embargo, una vez que vio las naves de Apolófanes y las setenta al otro lado, notificó de inmediato a Octavio que Pompeyo estaba en Milas con la mayor parte de su flota. Entonces él situó sus barcos de más tonelaje en el centro e hizo venir a toda prisa al resto de la flota desde Hiera. Los preparativos por una y otra parte eran todos magníficos y las naves llevaban torretas a popa y a proa. Una vez que se llevaron a cabo las exhortaciones de rigor y que se izaron las enseñas en cada nave, se atacaron mutuamente, unos de frente, otros por el flanco con vistas a una maniobra envolvente, y en uno y otro caso acompañados de gritos y del fragor de las naves que provocaban muy diversa consternación. Las embarcaciones de Pompeyo eran más cortas y ligeras, y rápidas para el ataque y la navegación en círculo, las de Octavio, en cambio, era mayores y más pesadas y, por ello,

[287] La más meridional de las Lípari, también se la conoce como Termesa. Era la más próxima a Sicilia y una base de operaciones ideal contra esta isla.

[288] Dión Cas., XLIX 2, 2 ss., reproduce la batalla con características similares a las de Apiano.

más lentas también, pero más fuertes, sin embargo, para embestir y con mayor resistencia para sufrir daño. En cuanto a las tripulaciones, las de Pompeyo eran más marineras que las de Octavio, pero estas últimas eran más fuertes. En consecuencia, las primeras eran superiores no en los choques frontales, sino solamente en las maniobras de envolvimiento, y rompían las palas de los remos de las embarcaciones mayores o sus gobernalles, o cortaban los remos o separaban totalmente a las naves y les causaban tanto daño como el espolón en un ataque frontal. Los navíos de Octavio las perforaban con sus espolones, puesto que eran de mayor tamaño, o las sacudían y rompían en pedazos; y cada vez que las abordaban, les disparaban desde lo alto, al ser las otras más bajas, y les lanzaban más fácilmente los cuervos[289] o las manos de hierro. Los de Pompeyo, cuando eran desbordados, se lanzaban al mar y las embarcaciones auxiliares de éste, que merodeaban alrededor, los recogían. Agripa se lanzó totalmente en línea recta contra 107
Papias y, tras embestirle por debajo de la proa, sacudió la nave y le abrió una vía de agua en la bodega. La violencia del impacto despidió a los que estaban en las torres y el mar penetró de golpe en el interior del barco, y todos los bancos de remeros inferiores quedaron copados, pero los otros rompieron la cubierta y escaparon a nado. Papias hizo trasbordo a otra embarcación que estaba al costado de su barco y regresó de nuevo a la batalla. Pompeyo, al ver desde una montaña que sus barcos obtenían poco provecho y que clareaban sus tripulaciones cada vez que iban al abordaje, y además, que otra flota de refresco para Agripa navegaba desde

[289] El *corvus* era un garfio de abordaje que se lanzaba a distancia para trabar la nave enemiga. Las *manus ferreae* también eran garfios de abordaje, pero de cinco puntas, como los dedos de una mano, de ahí su nombre (cf., además, n. 236).

Hiera, dio la señal de retirarse en buen orden. Y así lo hicieron, atacando y retirándose en todo momento poco a poco. Agripa persistió en su acoso, y ellos se refugiaron no en la playa, sino entre los bajíos formados en el mar por los aluviones del río.

108 Como los pilotos de Agripa[290] impidieron a éste que se adentrara con barcos de gran calado en aguas poco profundas, permaneció al ancla en el mar abierto con la intención de bloquear a los enemigos y celebrar una batalla naval nocturna, si era necesario. Sin embargo, sus amigos le aconsejaron que no se dejara llevar de un impulso irreflexivo ni agotara a su ejército por la falta de sueño y el esfuerzo, ni confiara en un mar muy tormentoso, así que, a regañadientes, se retiró, a la caída de la tarde. Las fuerzas de Pompeyo pusieron rumbo a sus puertos, tras haber perdido treinta de sus barcos y hundido cinco navíos enemigos, y habiendo causado otros daños de consideración, así como sufrido otros semejantes. Pompeyo los felicitó por haberse medido con unas naves de tal envergadura y les dijo que ellos habían combatido contra muros más que contra barcos, los recompensó como si hubieran vencido y los animó a que confiaran en que en el Estrecho, a causa de la corriente, serían superiores, por ser ellos más ligeros, y añadió también que elevaría algo la altura de sus naves.

Tal fue el desenlace de la batalla naval de Milas
109 entre Agripa y Papias. Pero Pompeyo, sospechando, como era en efecto, que Octavio se había ido al campamento de Tauro y trataría de atacar Tauromenio, inmediatamente después de la cena puso proa a Mesana, ha-

---

290 El relato de DIÓN CASIO (XLIX 4) es algo diferente, en este punto, del de Apiano. Según él, Agripa no persistió en su ataque ni tuvo intención de hacerlo y añade que algunos dicen que ni quiso despertar la envidia de Octavio consiguiendo un triunfo demasiado aplastante.

biendo dejado una parte de su flota en Milas para que Agripa creyera que él seguía todavía allí. Agripa, tras dar un breve descanso a su ejército, navegó con cuanta rapidez pudo hacia Tíndaris, que parecía proclive a ceder. Y penetró en el interior, pero la guarnición se defendió luchando con bravura y fue rechazado. En cambio, otras ciudades abrazaron su causa y aceptaron guarniciones, y él regresó a Hiera. Entretanto, Octavio había navegado desde Escilacio hasta Leucopetra[291], cuando supo con mayor certeza aún que Pompeyo se había trasladado desde Mesana a Milas a causa de Agripa. Y se dispuso a atravesar de noche el Estrecho desde Leucopetra hasta Tauromenio. Mas, al enterarse de la batalla naval, cambió de opinión, por estimar impropio de un vencedor ocultar la travesía y no hacerlo a plena luz del día y confiado con su ejército, pues estaba absolutamente convencido todavía de que Pompeyo permanecía frente a Agripa. Por consiguiente, cuando hubo inspeccionado la superficie del mar, de día, desde las montañas y se percató de que estaba limpio de enemigos, se hizo a la mar con cuantas tropas cabían en las naves, dejando a Mesala al mando del resto hasta que las naves regresaran a por él. Una vez que arribó a Tauromenio, envió emisarios para exigir la rendición; mas, como la guarnición no los admitió, prosiguió la navegación hasta el río Onobalas[292] y el santuario de Venus[293] y ancló junto al templo de Arquegeta[294], el dios de los naxios, con la intención de ubicar allí el campamento y atacar Tauromenio. El Arquegeta es una pequeña es-

[291] Promontorio en el extremo suroccidental de Italia, frente a Tauromenio (hoy, Capo dell'Armi).

[292] Cf. Ziegler, en *RE*, s.v. *Onobalas*.

[293] *Ibid.*, s.v. *Naxos*, núm. 4, col. 2.078.

[294] Tucídides, VI 3, 1, menciona también un altar de Apolo Arquegeta erigido en la isla de Naxos.

tatua de Apolo que erigieron los primeros naxios emigrados a Sicilia[295].

110 Allí, mientras desembarcaba, Octavio resbaló y cayó, pero se levantó por sí mismo. Cuando se encontraba aún disponiendo el campamento, se presentó Pompeyo con una gran flota, espectáculo sorprendente e inesperado, pues se creía que él había sido derrotado por Agripa. En su ataque apoyaba a Pompeyo la caballería, que rivalizaba con la flota en la rapidez de maniobra, y la infantería se mostraba desde otro lugar, de manera que todos quedaron aterrados, al encontrarse en medio de tres ejércitos enemigos, y también tuvo miedo Octavio, pues no podía enviar a buscar a Mesala. Los jinetes de Pompeyo, en efecto, atacaron a los hombres de Octavio, mientras construían las fortificaciones del campamento. Y si la flota y la infantería hubieran atacado simultáneamente con la caballería, tal vez Pompeyo hubiera culminado una gran victoria, pero la realidad fue que, por su falta de experiencia en la guerra, por su ignorancia del desconcierto existente entre los soldados de Octavio y por su duda de comenzar la batalla a la caída de la tarde, una parte de sus tropas anclaron junto al cabo Coccino[296], y la infantería no juzgó conveniente acampar cerca de los enemigos y se retiró a la ciudad de Fénix[297]. Y aquella noche, mientras ellos descansa-

---

295 Naxos había sido la primera colonia griega en Sicilia (734 a. C.), fue destruida en el 403 a. C. y resurgió en el 358 a. C. sobre la colina próxima. Estaba al sur de Tauromenio y a corta distancia de esta ciudad (cf. ZIEGLER, *art. cit.*, cols. 2.072-2.073). Apiano parece aludir aquí a una colonización de la Naxos siciliana, a cargo de naxios oriundos de la isla de Naxos, pero, por lo que sabemos, los colonos eran calcidios, y tan sólo Helánico (cf. JACOBY, *Fr. Gr. Hist.*, fr. 82) recuerda una participación conjunta de los naxios (cf. ZIEGLER, *art. cit.*, cols. 2.066-67 y 2.077).

296 Cf. ZIEGLER, en *RE*, s.v. *Kokkynos*, sólo citado en Apiano. Tal vez deba identificarse con el cabo San Andrea o San Alesio.

297 Cf. ZIEGLER, *ibid.*, s.v. *Phoinix*, núm. 20, identificada con segu-

ban, los soldados de Octavio acabaron la fortificación del campamento, pero quedaron inútiles para la batalla a causa del trabajo y la falta de sueño. Estas tropas consistían en tres legiones, quinientos jinetes sin caballos, mil soldados de tropa ligera, dos mil colonos que servían como aliados sin enrolamiento y, además, su flota.

111 Octavio puso toda la infantería a las órdenes de Cornificio, y le encargó que rechazara a los enemigos en tierra y actuara conforme a lo que la situación exigiera. Él, por otra parte, antes del amanecer se hizo a la mar con las naves hacia mar abierto, por temor a que los enemigos lo encerraran por este lado. Dio a Titinio [298] el mando del ala derecha, y a Carisio [299] el de la izquierda, y él en persona embarcó en una liburnia y navegó alrededor de toda la flota animando a todos. Después de esto, y como era costumbre en ocasiones de máximo peligro, arrió las insignias de general. A su vez, Pompeyo se había hecho a la mar contra él y por dos veces se atacaron mutuamente y la batalla finalizó con la noche [300]. Los barcos de Octavio resultaron capturados o incendiados; algunos izaron sus velas pequeñas y huyeron hacia Italia, despreciando las órdenes recibidas; a ellos los siguieron a corto trecho las naves de Pompeyo, pero después volvieron contra las restan-

---

ridad con Tamaricios o Palma, ciudad mencionada en el *Itin. Ant.* 87, 1, situada a 20 millas de Mesina y a 15 de Tauromenio.

298 Cf. Ziegler, en *RE*, s.v. *Titinius*, núm. 4; Broughton, II, página 405.

299 Tal vez P. Carisio, legado de Octavio en España (cf. Syme, *The Roman Revolutión*, pág. 236, n. 1), aunque Groag, en *RE*, s.v. *Carisius*, núm. 1, no menciona su participación en esta guerra, sí, en cambio, Broughton, II, pág. 404, quien lo menciona como comandante del ala izquierda de la flota de Octavio en Tauromenio y, sin embargo, no alude a su legación en España.

300 Véanse pormenores sobre esta batalla en Hadas, *Sextus Pompey*, págs. 135 y sigs., y Miltner, en *RE*, col. 2.238.

tes y, de éstas, capturaron igualmente a algunas y a otras las quemaron. Y, de aquellos miembros de sus tripulaciones que alcanzaron la orilla a nado, algunos recibieron la muerte o fueron apresados por la caballería de Pompeyo; otros intentaron ganar el campamento de Cornificio, y éste los socorrió [301] cuando estaban cerca, enviándoles tan sólo a las tropas ligeras, pues no le parecía oportuno poner en movimiento a sus legiones, que tenían la moral baja, teniendo enfrente la infantería enemiga con elevada moral, como era lógico, por su victoria.

112 Octavio permaneció gran parte de la noche entre sus barcos de servicio, en duda sobre si regresar junto a Cornificio a través de un número tan grande de pecios o refugiarse con Mesala, pero la providencia le desvió hasta el puerto de Abala [302] con sólo uno de su guardia personal, sin amigos, ni asistentes, ni siervos. Algunas personas que bajaron desde las montañas para informarse de lo ocurrido, lo encontraron ajado de cuerpo y espíritu y lo trasladaron, cambiándole de un bote de remo a otro, para que pasara desapercibido, hasta el campamento de Mesala que no estaba lejos. Octavio, de inmediato, sin haber recibido asistencia aún, envió una nave liburnia a Cornificio y despachó mensajeros por las montañas a todos los lugares con la noticia de que él estaba a salvo, y ordenó a todas sus tropas que ayudaran a Cornificio, y él mismo le escribió diciéndole que le enviaría auxilio al punto. Después de atender a su cuerpo y descansar un poco, partió esa noche, acompañado por Mesala, para Estilis, lugar donde Carrina tenía tres legiones dispuestas para embarcar, y le ordenó a éste que cruzara al otro lado, donde también él se disponía a ir en breve. Además, escribió a Agripa y

---

[301] Sigo la corrección aceptada por Gabba, *epekoúrei* en vez de *epekheírei* (cf. apart. crit. de su edición).

[302] No está identificado. Gabba piensa que habría que situarlo en la costa del Brutio, frente a Sicilia (cf. com. *ad loc.)*.

le ordenó que enviara rápidamente a Laronio [303] con un ejército para socorrer a Cornificio que estaba en peligro, y de nuevo envió a Mecenas a Roma a causa de los revolucionarios, algunos de los cuales, que estaban incitando a la rebelión, fueron castigados. También envió a Mesala a Dicearquía para atraer a Hiponio a la primera legión [304].

Este Mesala [305] era el mismo al que los triunviros 113
proscribieron en Roma y por cuya muerte se habían ofrecido públicamente dinero y libertad como recompensa. Mas él huyó junto a Casio y Bruto, y después de la muerte de éstos, entregó su flota a Antonio en virtud de un pacto. Me pareció conveniente traer al recuerdo este hecho, ahora, en honor y loa de la *virtus* romana, a propósito de Mesala, quien tuvo a su merced solo y en una situación de infortunio tan grande a su proscriptor y, sin embargo, lo cuidó como a su general y lo salvó.

Cornificio pudo rechazar a sus enemigos del campamento con facilidad, pero, como corría peligro por la falta de aprovisionamiento, se desplegó en orden de batalla e incitó a combatir al enemigo. Sin embargo, Pompeyo no quiso trabar combate con unos hombres que cifraban sus esperanzas tan sólo en la lucha y esperó a reducirlos por hambre. En consecuencia, Cornificio se puso en ruta [306], habiendo colocado en el centro a los soldados que se habían refugiado con él proceden-

---

303 Q. Laronio, cf. LIEBEN, en *RE*, s.v. *Laronius*, núm. 2; SYME, *The Roman Revolution*, pág. 337, n. 2, y BROUGHTON, II, pág. 404.

304 Sobre el cambio de estrategia de Octavio, cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, que sigue a A. AIELLO, *Il nuovo piano di attaco del Triumviro Ottaviano alla Sicilia dopo la rotta di Tauromenio*, Catania, 1893, págs. 17 y sigs.

305 Cf. n. 31 al libro IV. Sobre los hechos a los que aquí se alude, cf. *supra*, IV 38 y 136.

306 Para la retirada de Cornificio, cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.* Estos hechos son narrados también por DIÓN CAS., XLIX 6, 1 ss., en forma menos expresiva y más convencional que Apiano.

tes de las naves y que carecían de armas, gravemente expuesto a los ataques de la caballería en el terreno abierto y, en los lugares escarpados, a los disparos de las tropas ligeras y de rápida maniobra númidas y africanas, que disparaban desde grandes distancias y se batían en retirada ante la carga de los enemigos.

114 Al cuarto día llegaron con dificultad a una zona sin agua, de la que se decía que una corriente de fuego, descendiendo en otro tiempo desde la montaña hasta el mar, la inundó y secó todas las fuentes que había en ella. Los lugareños hacían el viaje por este paraje sólo de noche, porque, desde aquel tiempo, emanaba de ella un calor asfixiante y estaba llena de polvo de ceniza. Sin embargo, Cornificio y sus tropas no se atrevían a aventurarse en la noche, en especial en una noche sin luna [307], a causa de su desconocimiento de las rutas y por temor a una emboscada, ni tampoco soportaban el viaje de día, pues se asfixiaban y quemaban las plantas de los pies, al ser la época más calurosa del estío, en especial los que iban descalzos. Mas, como no podían demorarse, debido al tormento de la sed, no hicieron frente ya a ninguno de los que les disparaban, sino que se dejaron herir sin protegerse con nada. Y una vez que vieron que otros enemigos habían ocupado la salida de aquella zona tórrida, los que tenían fuerzas se despreocuparon de los más débiles y de los descalzos, y se lanzaron hacia el desfiladero con osadía extraordinaria y forzaron el paso entre los enemigos con lo que les restaba de fuerza. Pero, cuando también se encontraron ocupados los desfiladeros siguientes, perdieron todas sus esperanzas de salvación y se abandonaron a morir de sed, de calor y de fatiga. Cornificio, no obstante, les infundió nuevos bríos al mostrarles que había una fuente

---

307 Según DRUMANN-GROEBE, *Gesch. Romans.*, IV, pág. 583, n. 5, se trataría de la luna nueva del 15 de agosto del 36 a. C.

cercana y, de nuevo, forzaron el paso, aun a costa de sufrir numerosas bajas, pero otros enemigos ocupaban la fuente y, entonces ya, los hombres de Cornificio fueron presa del desánimo absoluto y se entregaron por completo.

En un estado tal de desesperación, divisaron desde 115
lejos a Laronio, que había sido enviado por Agripa con tres legiones, aunque aún no estaba claro que fuera un amigo; pero, como abrigaban en todo momento la esperanza de que ocurriera algo tal, de nuevo recobraron ánimos. Y tan pronto como vieron que los enemigos abandonaban el agua para no quedar entre dos fuegos, gritaron de júbilo con todas sus fuerzas, y, al corresponderles el ejército de Laronio, se apoderaron a la carrera de la fuente. Los jefes impidieron que bebieran de golpe, y aquellos que les desobedecieron murieron al tiempo que bebían.

De esta forma inesperada, Cornificio y la parte de su ejército que había sobrevivido se salvaron junto a
Agripa en Milas[308]. Agripa, a su vez, acababa de apode- 116
rarse de Tíndaris, una plaza fuerte llena de provisiones y muy bien dotada por la naturaleza para la guerra en el mar. Allí transportó Octavio su infantería y caballería. En total tuvo en Sicilia veintiuna legiones de infantería, veinte mil jinetes y más de cinco mil soldados de tropa ligera. La ciudad de Milas y todo el litoral, desde Milas hasta Nauloco[309] y Pelorio, estaba en posesión de la guarniciones de Pompeyo, las cuales, por temor, en especial, a Agripa, mantenían continuamente encendido el fuego con idea de quemar el barco que les atacase. También dominaba Pompeyo los desfiladeros de ambos lados de la isla, e interceptó con tropas los pasos de

---

[308] Hay que entender esta expresión como en los alrededores de Milas, pues esta localidad estaba, según se dice en el capítulo siguiente, en manos de Pompeyo.

[309] Fondeadero entre Milas y Pelorio.

montaña en las cercanías de Tauromenio y alrededor de Milas. Hostigó a Octavio cuando avanzaba desde Tíndaris, pero sin que llegara a trabar combate. Al creerse que Agripa navegaba hacia Pelorio, Pompeyo trasladó su campamento, dejando los desfiladeros de alrededor de Milas. Y Octavio los ocupó, así como Milas y Artemisio [310], un villorrio muy pequeño en el que se dice que estuvieron las vacas del Sol y donde tuvo lugar el sueño de Ulises [311].

117 Cuando la creencia de la venida de Agripa se reveló falsa, Pompeyo se lamentó por la pérdida de los desfiladeros y llamó en su ayuda a Tisieno con el ejército. Octavio intentó salirle al paso a Tísieno, pero extravió el camino en las cercanías del monte Miconio [312], donde pasó la noche sin tiendas. Se desencadenó un fuerte aguacero, como suele ocurrir en la época otoñal, y algunos de sus escuderos sostuvieron durante toda la noche un escudo galo sobre su cabeza. Se oyeron, además, sordos rugidos y mugidos prolongados del monte Etna acompañados de relámpagos que iluminaban al ejército, hasta el punto de que los germanos saltaron de sus lechos, presa de terror, y otros que habían oído las cosas que se decían sobre Etna, no les parecía increíble, a la vista de tan grandes portentos, que se abatiera contra ellos incluso la corriente de lava. Después de esto, Octavio devastó el territorio de los palestenos [313], y allí se le unió Lépido que andaba recogiendo trigo, y ambos acamparon juntos en Mesana.

---

[310] Al sur de Milas y muy próximo a ella. Para las maniobras de ambos ejércitos, cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*

[311] Cf. HOMERO, *Od.* XII 260 ss.

[312] Según GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*, se trataría del monte que domina el pueblo de Montalbano d'Elicona.

[313] De identificación difícil. Se han propuesto diversas correcciones al texto. GABBA, *ibid.*, com. *ad loc.*, piensa que, en todo caso, este territorio estaría en la base de las estribaciones noroccidentales del Etna, entra Bronte y Randazzo.

Sin embargo, como por toda Sicilia menudeaban las 118 escaramuzas, pero no tenía lugar ninguna acción importante, Octavio envió a Tauro para que cortara el suministro de provisiones a Pompeyo y empezara por apoderarse de las ciudades que le abastecían. Y Pompeyo, presionado, sobre todo, por este hecho, decidió arriesgar en una gran batalla la suerte de todo. Mas, como no tenía la infantería de Octavio y, en cambio, confiaba plenamente en sus naves, envió una misiva a Octavio y le preguntó si aceptaba que la guerra se decidiese en un combate naval. A Octavio le horrorizaba todo lo relativo al mar, pues hasta aquel momento no le había resultado propicia la experiencia en él, pero como le parecía vergonzoso rehusar aceptó. Fijaron ambos un día [314] en el que estuvieran preparadas trecientas naves por cada una de las partes, provistas de toda clase de proyectiles, de torres y de cuantas máquinas pudieran idear. Agripa ideó el llamado «arpón» [315], un astil de madera de cinco codos de largo, recubierto de hierro y con aros en cada uno de los extremos; a uno de estos aros estaba sujeto el «arpón» propiamente dicho, un garfio de hierro, y al otro muchos cables que tiraban del «arpón» por medio de máquinas, cuando éste, lanzado por una catapulta, había hecho presa en la nave enemiga.

Cuando llegó el día señalado [316], hubo en principio 119 gritos de rivalidad entre los remeros, acompañados del

[314] El 3 de septiembre del 36 a. C. (cf. Degrassi, *Inscr. Italiae*, XIII, 2, pág. 205). El lugar fue entre Milas y Nauloco (cf. Suet., *Aug.* 16, 1, e *infra*, V 121).

[315] *Harpago* (cf. n. 236). La importancia de este artilugio consistía en la posibilidad de lanzarlo desde gran distancia y en su revestimiento metálico.

[316] Nuevamente tendríamos aquí, según Gabba, un relato proveniente de una fuente autóptica, en relación con el de Dión Cas., XLIX 9, 1-10), que, ciertamente, resulta convencional y tucidídeo. Otros testimonios sobre esta batalla en T. Liv., *Per.* 129; Vel., II 79, 5; Floro, II 18, 7, y Oros., VI 18, 29.

lanzamiento de proyectiles, por medio de máquinas y manualmente, consistentes en piedras, dardos incediarios y flechas. Luego ya, las propias naves arremetieron unas contra otras, algunas lo hicieron contra los costados, otras contra la proa y otras contra las rostras, lugar donde los golpes son especialmente violentos hasta el punto de dar en cubierta con los tripulantes y dejar inútil al navío. Otras naves forzaron el paso entre las opuestas a ellas disparando proyectiles y flechas, y los barcos auxiliares recogían a los que caían por la borda. Los soldados combatían; marineros y pilotos derrochaban energías y técnica, respectivamente; los generales exhortaban a sus hombres, y todas las máquinas estaban funcionando. El puesto de honor era, en especial, para el «arpón», pues a causa de su poco peso era arrojado desde mucha distancia contra los barcos y se quedaba clavado, sobre todo, cuando tiraban hacia atrás de él por medio de cables. Y no resultaba fácil de cortar por aquellos que recibían su impacto, debido a su revestimiento de hierro, al tiempo que su misma longitud ponía a los cables fuera del alcance de quienes intentaban cortarlos. Tampoco se conocía previamente este artilugio como para tener pértigas provistas de guadañas. Sólo se les ocurrió una cosa ante esta situación inesperada, ciar la nave y tirar en sentido contrario, pero como los enemigos hacían también la misma maniobra la fuerza de los hombres quedaba equilibrada y el «arpón» realizaba su trabajo.

120 En consecuencia, cada vez que las naves se abordaban, se producía toda clase de lucha, saltaban unos sobre otros y ya no era igualmente fácil distinguir al enemigo, pues por lo general usaban las mismas armas y casi todos hablaban la lengua latina, y las contraseñas se intercambiaban entre ambos bandos mientras estaban entremezclados unos con otros. A causa de lo cual, sobre todo, tuvieron lugar numerosos engaños y de di-

verso tipo entre ambas partes y sobrevino una desconfianza hacia los que pronunciaban las contraseñas, y además no se reconocían unos a otros, como suele ocurrir en la guerra y en el mar lleno de cadáveres, armas y pecios; pues nada les faltó por probar excepto el fuego, del cual se abstuvieron después del primer ataque a causa de los abordajes. La infantería de cada ejército tenía los ojos puestos en el mar desde tierra firme, con temor y ansiedad, en la idea de que ellos ponían las esperanzas sobre su seguridad personal en esta batalla. Ciertamente, nada eran capaces de distinguir, ni aun escudriñando con la máxima atención, excepto a seiscientas naves desplegadas en una larguísima línea y gritos de lamentos provenientes de una y otra parte alternativamente.

Finalmente, con dificultad, a partir de los colores 121
de las torres, que eran el único medio por el que se diferenciaban entre sí, Agripa[317] comprendió que habían sido destruidos mayor número de barcos de Pompeyo y espoleó a los que estaban con él, como si ya hubieran vencido. Entonces, de nuevo, atacó a los enemigos y persistió en su ataque incansablemente, hasta que, desbordados los que en especial estaban apostados frente a él, arrojaron las torres y, haciendo virar las naves, se dirigieron hacia el Estrecho. Tuvieron tiempo de escapar hacia allí diecisiete naves. Las restantes fueron interceptadas por Agripa y algunas encallaron en la costa, al ser perseguidas, y sus perseguidores, debido al impulso, también encallaron con ellas, y o bien tiraron de las mismas para poner a flote a las varadas, o las incendiaron. Los que aún luchaban en alta mar, al ver lo sucedido a su alrededor, se entregaron a los enemi-

[317] El verdadero artífice de la victoria, pues Octavio ni siquiera es mencionado durante la batalla (cf., además, *De vir. ill.* 84, 4; Suet., *Aug.* 16, 2; Vel., II 81, 3, y Dión Cas., XLIX 14, 4).

gos. Entonces la flota de Octavio lanzó un alarido de victoria en el mar y la infantería les respondió desde tierra firme. A su vez, las tropas de Pompeyo prorrumpieron en lamentos, y él mismo partió desde Nauloco y se apresuró hacia Mesana sin haber dado ningún tipo de órdenes a la infantería a causa del pánico. Por esta razón, Octavio recibió también la rendición de ésta, bajo acuerdo, de manos de Tisieno, además de la caballería rendida por sus propios oficiales. En la batalla se hundieron tres naves de Octavio y veintiocho de Pompeyo, y el resto fue incendiado o capturado o se hizo pedazos al embarrarcar en la costa. Sólo consiguieron escapar las diecisiete mencionadas.

122 Pompeyo se enteró de la defección de su infantería, mientras se encontraba de viaje, y cambió su ropa de general por la de un paisano y envió órdenes a Mesana de que embarcaran en las naves cuando fuera posible. Pues todo estaba ya preparado desde hacía mucho tiempo. Hizo venir a toda prisa a Plinio desde Lilibeo con las ocho legiones que tenía, con la idea de huir con éstas [318]. Y Plinio se apresuró a su encuentro; mas, como otros amigos, guarniciones y soldados estaban desertando y los enemigos navegaban hacia el Estrecho, Pompeyo ni siquiera aguardó a Plinio en su ciudad perfectamente fortificada, sino que huyó desde Mesana con las diecisiete naves al lado de Antonio, puesto que, en otro tiempo, había salvado a la madre de éste en circunstancias similares. Plinio arribó a Mesana y, al no encontrarle, ocupó la ciudad. Octavio, a su vez, permaneció en su campamento de Nauloco, pero ordenó a Agripa que pusiera cerco a Mesana, lo cual hizo este último en compañía de Lépido. Plinio envió emisarios para tra-

---

[318] Sobre la problemática que plantean las operaciones de Plinio tal como aparecen en el texto de Apiano, cf. Gabba, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*

tar de las condiciones de paz, y Agripa se mostró partidario de aguardar la llegada de Octavio al día siguiente, pero Lépido les garantizó las condiciones de paz, y, con la intención de apoderarse del ejército de Plinio, permitió que se unieran con el otro ejército en el saqueo de la ciudad.

Y los soldados, al encontrarse con una ganancia inesperada, además de la seguridad personal, única cosa por la que precisamente habían suplicado, saquearon Mesana durante la noche entera junto con las tropas de Lépido y se pusieron a las órdenes de éste. Lépido, que, con 123
este refuerzo llegó a tener veintidós legiones[319] de infantería y un gran número de jinetes, se sintió embravuconado y planeó apoderarse de Sicilia bajo el pretexto de que había sido el primero en poner el pie en la isla y se había ganado a más ciudades. Envió, de inmediato, órdenes a las guarniciones de que no recibieran a los enviados de Octavio y se apoderó de todos los desfiladeros. Octavio llegó al día siguiente e hizo reproches a Lépido a través de amigos que dijeron que él había acudido a Sicilia como aliado de Octavio y no para apoderarse de la isla por su propia iniciativa. Pero aquél replicó que había sido despojado de su anterior asignación que ahora estaba solamente en poder de Octavio, y que, de grado, entregaría entonces África y Sicilia a cambio de aquella asignación. Octavio, irritado, se presentó en persona y, presa de la cólera, vituperó a Lépido por su ingratitud y, tras cruzar mutuas amenazas, se separaron. De inmediato se hicieron rodear de guardianes por separado, y las naves de Octavio permanecieron al ancla a cierta distancia de la orilla, pues se dijo que Lépido tenía pensado incendiarlas.

---

[319] Cf. VEL., II 80, 1-2, cuyo texto es muy próximo a la tradición de Apiano.

124 El ejército estaba irritado ante la idea de que fueran a entrar nuevamente en otra guerra civil y de que jamás les abandonaran las luchas internas. Sin embargo, no equiparaban a Octavio y a Lépido, ni siquiera los propios soldados de éste último lo hacían, sino que admiraban el carácter emprendedor de Octavio y eran conscientes de la indolencia de Lépido; y también reprochaban a éste que hubiera dado una parte equitativa a los vencidos en el mismo saqueo. Percatándose Octavio del estado de ánimo de ellos, envió mensajeros para que le aconsejaran, en secreto, a cada uno de sus propios intereses. Y una vez que tuvo sobornado a muchos, y sobre todo a los que habían servido bajo Pompeyo, quienes tenían miedo de que las garantías que les habían sido dadas no tuvieran vigor si no las ratificaba Octavio, mientras Lépido ignoraba aún estas maniobras a causa de su inoperancia, Octavio se presentó en su campamento con gran cantidad de jinetes a los que dejó delante de la empalizada y penetró con unos pocos. En su avance testimonió ante cada uno de los que se encontraba que le estaban abocando a la guerra contra su voluntad. Aquellos que lo vieron lo saludaron como a un general; en primer lugar, acudieron presurosos los pompeyanos que habían sido corrompidos y le solicitaron el perdón para ellos. Él les dijo que se extrañaba de que personas que solicitaban el perdón no hicieran lo que era útil para ellos. Y éstos comprendieron su intención, y de inmediato arrebataron sus enseñas y se pasaron a Octavio, mientras otros plegaban las tiendas.

125 Cuando Lépido se dio cuenta del alboroto, saltó afuera de la tienda hacia las armas. Había ya intercambio de proyectiles y uno de los porteadores de las armas de Octavio cayó abatido, y el mismo Octavio fue alcanzado en la coraza por un dardo, pero éste no llegó hasta la piel y Octavio se refugió entre sus jinetes. Un desta-

camento de Lépido se burló de su huida precipitada, y Octavio, encolerizado, no paró hasta que los copó con la caballería y los aniquiló. Algunos oficiales de las otras guarniciones desertaron a Octavio de inmediato desde el lado de Lépido, y otros durante la noche; algunos, sin requerimiento, y otros, so pretexto de haber sido molestados más o menos por los jinetes. Hubo también quienes resistieron los ataques y los repelieron, pues Lépido enviaba refuerzos a todas partes. Mas, cuando estos mismos refuerzos desertaron, el resto del ejército de Lépido, incluyendo a aquella parte que todavía se encontraba bien dispuesta hacía él, cambió de opinión. Y, de nuevo, fueron los primeros en desertar los pompeyanos, que todavía estaban junto a él, haciéndolo sucesivamente por destacamentos. Lépido armó a otras tropas para que se lo impidieran, pero los que habían sido provistos de armas para este propósito empuñaron sus enseñas y desertaron con los otros a Octavio. Lépido los amenazó y suplicó mientras estaban partiendo, se apoderó de las enseñas y dijo que no las entregaría. Finalmente, uno de los signíferos le dijo que las dejara o era hombre muerto y, por miedo, las dejó.

La caballería, que fue la última en desertar, envió 126
un emisario a Octavio para preguntarle si mataban a Lépido, puesto que ya no era un general, pero Octavio lo impidió. De esta forma Lépido, por la desconfianza inesperada de todos, pasó de una situación de gran fortuna y de estar en posesión de un ejército tan grande a hallarse solo en breve espacio de tiempo. Cambió, pues, su indumentaria y corrió hacia Octavio, acompañado en su carrera por los espectadores como si de un espectáculo se tratara. Octavio se levantó y salió a su encuentro impidiéndole que se arrojara a sus pies al llegar, y lo envió a Roma con el mismo vestido de privado que precisamente llevaba, sin mando de general, pero con-

servando la magistratura sacerdotal[320] que entonces tenía.

Y, así, este hombre que había sido muchas veces comandante en jefe, que había formado parte del triunvirato, que había designado magistrados y proscrito a tantos hombres de igual rango que el suyo, pasó el resto de su vida como un privado y solicitando favores a algunos de los proscritos que fueron magistrados des-
127 pués[321]. Octavio no persiguió a Pompeyo ni encargó a otros de esta tarea, ya fuera por precaución a invadir el dominio ajeno de Antonio, o porque aguardaba el futuro y lo que pudiera ocurrirle a Pompeyo a manos de Antonio y tener un motivo de disputa si no era un trato justo —pues no se habían apagado las sospechas, desde hacía mucho tiempo, de que a causa de su ambición chocarían entre ellos cuando pusieran fuera de combate a los demás enemigos—, o bien, como el mismo Octavio dijo después, porque Pompeyo no había sido uno de los asesinos de su padre. Reunió a su ejército, que estaba compuesto por veinticinco legiones de infantería pesada, veinticinco mil jinetes y unos cuarenta mil soldados armados a la ligera, además de seiscientos barcos. Contaba también con una inmensa cantidad de barcos mercantes que, sin embargo, hizo regresar junto a sus dueños. Recompensó al ejército con premios por la victoria, a algunos en efectivo y a otros bajo promesa; distribuyó coronas y honores para todos, y concedió el perdón a los oficiales de Pompeyo.

128 A consecuencia de todas estas medidas, llegó a ser objeto de la máxima admiración y la divinidad tuvo envidia de su prosperidad, y su ejército se amotinó, en especial el suyo propio, y lo presionaron para que los librara del servicio y se les concedieran recompensas

---

320 Lépido conservó el pontificado máximo (cf. cap. 131).

321 Cf. *supra,* IV 50, para el episodio al que se alude aquí.

similares a las de aquellos que habían luchado en Filipos. Él era consciente de que este combate no era semejante a aquel otro, pero les prometió, sin embargo, entregarles una recompensa digna, incluyendo a los que habían servido bajo Antonio, cuando aquél regresara. En relación con la indisciplina militar, les recordó en tono amenazador las leyes de la patria, así como los juramentos y los castigos. Mas, como no lo escucharon con espíritu sumiso, cedió en su amenaza, a fin de que no se produjera ningún tumulto entre las tropas recién incorporadas y les dijo que, a su debido tiempo, los liberaría del servicio junto con Antonio; y añadió, además, que, en aquel momento, no los iba a meter de nuevo en luchas civiles, que afortunadamente habían acabado, sino que iban a combatir contra los ilirios y otros pueblos bárbaros que estaban perturbando la paz tan costosamente adquirida, y de la cual campaña ellos obtendrían beneficios importantes. Los soldados, no obstante, afirmaron que no irían nuevamente a una expedición hasta que hubieran recibido las recompensas y honores por las anteriores campañas. Octavio respondió que ni aun entonces pospondría los honores y que, aunque ya había otorgado muchas, añadiría otras coronas todavía a las legiones, y para los centuriones y tribunos túnicas festoneadas de púrpura y el rango de decurión [322] en sus ciudades de origen. Pero, mientras se hallaba repartiendo otros honores similares, el tribuno Ofilio exclamó que las coronas y la púrpura eran juguetes para niños, y que las recompensas del soldado, en cambio, consistían en tierra y dinero. La soldadesca respondió a gritos que estaba bien dicho, y Octavio descendió de la tribuna lleno de indignación. Los soldados se arremolinaron en torno al tribuno cubriéndole de elogios y censurando a los que no se unían a él. Pero él

---

322 Cf., sobre esto, GABBA, «Ricerche sull'esercito...», *Athenaeum* 29 (1951), 245-247.

dijo que se bastaba por sí solo para defender tan justa causa.

Después de decir esto, al día siguiente desapareció
129 y no se supo qué fue de él. Los soldados, por miedo, ya no se atrevieron a levantar la voz singularmente, pero en común pedían a gritos, reunidos en grupos, que se les dispensara de las labores de la milicia. Octavio se atrajo a sus líderes de forma diversa y concedió la dispensa a aquellos que así lo deseaban entre los que habían luchado en Filipos y Módena, por entender que habían estado durante mucho tiempo en el servicio. A veinte mil de éstos los relevó de inmediato y los hizo salir de la isla para que no contagiaran a otros compañeros. Tan sólo a los que habían servido en Módena les dijo, además, que les satisfaría la totalidad de lo que entonces les prometió, aunque estuvieran dispensados del servicio por este procedimiento [323]. Después avanzó ante el resto de la soldadesca y los puso como testigos del perjurio de aquellos que habían abandonado el servicio, pues lo habían hecho sin el consentimiento de su general, y alabó a los que se habían quedado y les hizo concebir esperanzas en un pronto licenciamiento, diciéndoles que ninguno se iba a arrepentir, sino que serían ricos al licenciarse y que les entregaría a cada hombre quinientos dracmas ahora. Tras decir tales palabras, impuso un tributo a Sicilia por valor de mil seiscientos talentos, designó propretores para África y Sicilia [324] y repartió el ejército entre cada una de ellas. Envió de regreso a Tarento las naves de Antonio, y, del resto del ejército, envió una parte en vanguardia hacia Italia a

[323] Cf. Dión Cas., XLIX 14, 1-2, y comentario del pasaje en Kromayer, «Die Militärcolonien Octavians und Caesars in Gallia Narbonensis», *Hermes* 31 (1896), 1-18.

[324] Gobernador de las dos provincias africanas fue designado Estatilio Tauro (cf. Dión Cas., XLIX 14, 6). El gobernador de Sicilia es desconocido.

bordo de navíos y otra se la llevó consigo cuando atravesó desde la isla.

130 A su llegada, el senado le votó honores sin límite[325] y dejó a su albedrío la aceptación de todos ellos o de cuantos quisiera. Salieron a su encuentro muy lejos de la ciudad los senadores y el pueblo llevando coronas en sus cabezas, y lo escoltaron hasta los templos y al regreso de éstos hacia su casa. Al día siguiente, él pronunció discursos ante el senado y ante el pueblo, enumerando sus hechos de armas y su labor de gobierno desde un principio hasta entonces. Estos discursos los recopiló por escrito y los repartió en forma de folletos entre el pueblo[326]. Anunció la paz y la concordia[327], una vez finalizadas las guerras civiles, condonó los tributos impagados, las rentas a los arrendatarios públicos y a los que tenían propiedades públicas en alquiler les perdonó lo que todavía debían. De los honores votados a él aceptó una *ovatio*[328], que fueran fiestas cada año los días en que había obtenido sus victorias[329] y que le fuera erigida en el foro una estatua de oro con el traje que llevaba cuando entró en la ciudad, sobre una columna rodeada de las rostras de los navíos capturados. Y se colocó la estatua con la siguiente leyenda: «La paz, largamente turbada, la restableció en tierra y mar.»

---

325 Una relación de los mismos se encuentra en DIÓN CAS., XLIX 15, 1.

326 Para GRENADE, *Essai sur les origines du Principat*, París, 1961, pág. 84, en esta idea de publicar sus dos discursos está en germen aquella otra de las *Res Gestae*.

327 Para GRENADE, *ibid.*, págs. 79-80: *pax et securitas*. Mendelssohn propone la corrección *euthênian* (prosperidad, abundancia), apoyada por WEINSTOCK, «Pax and the Ara Pacis», *Jour. of. Rom. St.* 50 (1960), 44-58, esp. 47 y n. 32.

328 Celebrada el 13 de noviembre del 36 a. C.

329 En especial, el 3 de septiembre del 36 a. C., fecha de su victoria en Sicilia: esta fiesta sería suprimida con posterioridad, junto con la de Accio, por Calígula (cf. SUET., *Calig.* 23, 1).

131 Cuando el pueblo trató de transferir de Lépido a Octavio el cargo de Pontífice Máximo, que estaba fijado por ley como vitalicio, no lo aceptó, y cuando le instaron a que diera muerte a Lépido, como enemigo, no lo consintió [330]. Envió cartas selladas a todos los campamentos con la observación de que se abrieran todas en un día señalado y se ejecutaran las órdenes que en ellas se daban. Éstas eran relativas a los esclavos que, en el transcurso de las luchas civiles, se habían escapado y se habían enrolado en el ejército, para quienes Pompeyo había solicitado la libertad, y el senado y los tratados la habían otorgado. Ellos fueron apresados en un solo día. Una vez conducidos a Roma, Octavio los devolvió a sus dueños romanos o italianos o a sus herederos y también devolvió a los de dueños sicilianos [331]. A todos los que no los reclamó nadie, los ajustició en las mismas ciudades desde las que huyeron.

132 Esto parecía, ciertamente, que era el final de las Guerras Civiles. Octavio tenía entonces veintiocho años [332] de edad y las ciudades le ubicaron entre sus dioses tutelares. Por esta época, tanto la misma Roma como Italia estaban sometidas, de manera abierta, a las depredaciones de bandas de salteadores, y sus acciones se asemejaban más a un saqueo descarado que a un latrocinio encubierto. Fue elegido por Octavio para poner fin a tales atropellos Sabino, quien ejecutó a gran número de bandidos apresados y, al cabo de un año, recondujo todo a una paz en seguridad. Y se dice que desde aquel tiempo arranca la costumbre y el sistema de

---

330 Octavio accedió a este puesto sólo después de la muerte de Lépido el 6 de marzo del 12 a. C. (cf. *Res Gestae* 10, 2).

331 Esta medida, de gran alcance político y favorecedora de los intereses de los grandes terratenientes en Italia y Sicilia, violaba los acuerdos del Miseno (cf. caps. 72 y 74).

332 Había nacido, como se recordará, el 23 de septiembre del 63 a. C.

las cohortes de vigilancia nocturna, todavía en vigor. Octavio, que fue objeto de admiración por haber puesto remedio con una rapidez tan inesperada, permitió que los magistrados anuales gestionaran muchos asuntos públicos según las leyes del país. Quemó cuantos escritos contenían evidencias de la lucha civil y dijo que devolvería íntegramente el gobierno cuando Antonio regresara de la guerra contra los partos, pues estaba convencido de que aquél también quería dejar el poder, una vez que habían finalizado las luchas civiles. Por estas razones, lo eligieron por aclamación tribuno de por vida [333], instándole por medio de esta magistratura vitalicia a deponer la anterior. Él la aceptó, pero escribió, en secreto, a Antonio en relación con el gobierno. Antonio dio instrucciones a Bíbulo, que partía de su lado entonces, para que se entrevistara con Octavio; envió gobernadores a sus provincias, al igual que lo había hecho Octavio, y pensó tenerlos a su lado en su campaña contra los ilirios.

Pompeyo, en su huida desde Sicilia al lado de Anto- 133
nio, se detuvo en el cabo Lacinio [334] y expolió el templo de Juno, que era rico en ofrendas. Después de arribar a Mitilene [335], pasó un cierto tiempo allí, en donde su padre, cuando todavía era él un niño, le había depositado con su madre [336], mientras combatía contra Gayo César, y una vez que fue derrotado lo recogió otra vez. Como Antonio combatía en Media contra medos y

---

[333] En relación con todas estas medidas y, sobre todo, con el problema de la asunción por Octavio de la *tribunicia potestas*, según Apiano en el 36 a. C. (sin embargo, DIÓN CAS., LIII 52, 5 ss., la ubica en el 23 a. C.), cf. GABBA, *Appiani...*, V, com. *ad loc.*

[334] En la costa oriental del Brutio, al Sur y no lejos de Crotona. Más pormenores sobre la huida de Pompeyo, en DIÓN CAS., XLIX 17, 1-4.

[335] Antes de Fársalo, según HADAS, *Sextus...*, págs. 22 y sigs., y MILTNER, *art. cit.*, col. 2.215.

[336] Se trata de su madrastra Cornelia, la última esposa de Pompeyo el Grande.

partos, Pompeyo tomó la decisión de confiarse a él a su regreso. Al enterarse de la derrota de Antonio y de que las noticias confirmaban lo ocurrido, recobró nuevamente la esperanza de suceder a Antonio, si es que había muerto, o compartir su poder cuando regresara. Y tenía siempre presente en su interior el caso de Labieno, quien no hacía mucho tiempo que había hecho incursiones por la provincia de Asia[337]. Mientras se hallaba sumido en estos pensamientos, se le anunció el regreso de Antonio a Alejandría. Tratando aún de procurarse una doble vía envió embajadores ante él, poniéndose a su disposición y ofreciéndose como amigo y aliado, pero intentando, en realidad, investigar la situación de Antonio. Despachó, además, otros emisarios a Tracia y al Ponto, en secreto, a los príncipes de ambas regiones con la intención de, si no lograba obtener lo que deseaba de Antonio, escapar a través del Ponto hasta Armenia. También envió emisarios a los partos esperando que, en lo que restaba de guerra contra Antonio, lo aceptarían de corazón como general, porque era romano y, sobre todo, el hijo de Pompeyo el Grande. Reparó las naves y ejercitó a las tropas que había traído en ellas, so pretexto, por un lado, de tener miedo de Octavio y, por otro, de prepararlas para Antonio.

134 Tan pronto como Antonio supo de la llegada de Pompeyo[338], designó general contra él a Titio[339], y le ordenó que tomara naves y tropas de Siria y lo combatiera con energía, si venía con ánimo hostil, pero que lo tratara con honor si se ponía a sí mismo en sus ma-

---

[337] Cf. cap. 65 de este libro.

[338] Invierno del 36-35 a. C.

[339] M. Titio (cf. HANSLIK, en *RE*, s.v. *Titius*, núm. 18) era sobrino de L. Munacio Planco. Su padre, Lucio, había sido proscrito y huyó junto a Sexto Pompeyo a Sicilia. Él, como su tío, era seguidor de Antonio y había participado en la guerra pártica como cuestor (cf. BROUGHTON, II, pág. 401).

nos. Concedió audiencia a los embajadores de Pompeyo, que ya habían llegado, y éstos dijeron lo siguiente: «Nos ha enviado Pompeyo no porque no pueda, si tuviera decidido proseguir la guerra, navegar hasta España, país que le es amigo desde la época de su padre y que abrazó su causa cuando era joven y también ahora le invita a esta empresa, sino porque ha preferido vivir en paz a tu lado y combatir, si fuera necesario, a tus órdenes. Y esta oferta no te la hace ahora por primera vez, sino cuando era todavía dueño de Sicilia y estaba devastando Italia, cuando salvó a tu madre y te la envió de vuelta. Y si tú la hubieras aceptado, Pompeyo no habría sido expulsado de Sicilia —pues no le habrías proporcionado a Octavio naves contra él—, ni tú habrías sido derrotado entre los partos por no haberte enviado Octavio el ejército que pactó contigo que te enviaría; y hubieras sido dueño ya, además de lo que posees, también de Italia. Mas, ya que no aceptaste su ofrecimiento entonces cuando hubiera sido para ti de la máxima oportunidad, considera también ahora que no debes dejarte atrapar en reiteradas ocasiones por las palabras de Octavio y por la relación familiar existente entre él y tú, pues debes recordar que, aunque está vinculado a Pompeyo por vía del matrimonio, le hizo la guerra sin pretexto alguno, y, después de los acuerdos, a Lépido, que participaba en el gobierno, le arrebató su parte y de ninguna de ellas te dio participación a ti.

Tú eres ahora el único obstáculo que queda entre él 135
y la monarquía que tanto codicia, y ya hubiera estado en lucha abierta contigo si no mediara aún Pompeyo. Hubiera sido lógico que tú hubieras previsto estas cosas por ti mismo, pero Pompeyo, con buena intención, te las pone ante los ojos, pues prefiere un hombre sencillo y magnánimo a otro falso, tramposo y marrullero. Y no te reprocha la entrega de las naves que diste a

Octavio para combatirle, obligado por la necesidad, pidiéndole a cambio recibir un ejército para la guerra contra los partos, pero te recuerda que el ejército no te ha sido enviado. Por decirlo en una palabra, Pompeyo se pone en tus manos, junto con las naves que aún conserva y el ejército más fiel, que no le ha abandonado ni siquiera en su huida. Si se mantiene la paz, obtendrás una gloria por haber salvado al hijo de Pompeyo el Grande y, en caso de guerra, un refuerzo suficiente con vista a la contienda que parece que está ya a las puertas.»

136 Tales fueron las palabras de los embajadores, y Antonio les reveló a ellos las órdenes que había dado a Titio; y les dijo que, si en realidad Pompeyo pensaba de esta forma, vendría en persona escoltado por Titio. Mientras ocurrían estos sucesos, los mensajeros enviados por Pompeyo a los partos fueron capturados por los generales de Antonio y llevados a Alejandría. Y después que Antonio supo cada uno de los detalles, llamó a los embajadores de Pompeyo y les mostró a los cautivos. Incluso en una tesitura tal, ellos trataron de exculpar a Pompeyo como hombre joven, en una situación desesperada, bajo el temor de que Antonio no lo acogiera como amigo y obligado, incluso, a tantear a los enemigos acérrimos de siempre para los romanos. Y dijeron que el propio Pompeyo lo haría patente cuando supiera el parecer de Antonio y no tuviera necesidad de solicitud ni de añagazas. Antonio confió en éstos, pues era también en los demás aspectos, en todo momento, un hombre sencillo, magnánimo y sin malicia [340].

[340] Una vez más vemos la valoración positiva del carácter de Antonio en la tradición de Apiano. De otro lado, en el discurso de los pompeyanos se pueden ver los argumentos de la polémica antoniana sobre los que se cifraban las esperanzas de una reconciliación entre Pompeyo y Antonio en su huida hacia Oriente.

Entretanto, Furnio[341], el prefecto de Antonio en la provincia de Asia, recibió a Pompeyo, que llegó pacíficamente, y además porque no tenía fuerzas suficientes para impedírselo ni conocía en absoluto la decisión de Antonio. Mas, cuando vio que su ejército se estaba entrenando, reclutó algunas tropas entre los estados vasallos y llamó en su auxilio a toda prisa, a Ahenobarbo[342], que mandaba un ejército en las cercanías, y a Amintas[343] desde otro lugar. Ellos acudieron con prontitud, y Pompeyo se quejó de que lo tuvieran por un enemigo a él que había enviado embajadores a Antonio y aguardaba la respuesta de éste. Mientras decía estas cosas, sin embargo, planeaba apoderarse de Ahenobarbo gracias a la traición de Curio, uno de sus oficiales, en la confianza de tener en Ahenobarbo una baza importante con vistas a un posible canje por él mismo. Pero, descubierta la traición, Curio fue convicto ante los romanos que estaban presentes y murió ajusticiado; a su vez, Pompeyo dio muerte a su liberto Teodoro, que era el que únicamente se hallaba al corriente del plan, por pensar que lo había revelado. Como no esperaba ya poder ocultar sus planes por más tiempo a Furnio, se apoderó a traición de la ciudad de Lámpsaco[344], la cual tenía muchos italianos a consecuencia de la colonización de Gayo César, a los cuales enroló a su servicio como soldados, de inmediato, a cambio de fuertes sumas de dinero. Cuando tuvo ya doscientos jinetes y tres legiones de infantería, atacó Cícico[345] por tierra y por mar. Sus habitantes repelieron su ataque por ambas par- 137

[341] Sobre él, cf. n. 119 a este libro. Año 35 a. C.

[342] Cf. cap. 63 y n. 118 a este libro.

[343] Cf. cap. 75 de este libro. Era entonces rey de los gálatas de Asia.

[344] Ciudad sobre el Helesponto (hoy, Estrecho de los Dardanelos).

[345] Puerto principal de la provincia de Asia sobre la Propóntide (hoy, mar de Mármara), en la base de la península de Arctonesos.

tes, pues había en esta ciudad un ejército de Antonio, no muy nutrido, como guardián de los gladiadores que éste instruía allí. Así pues, Pompeyo se retiró al puerto de los Aqueos[346] y reunió provisiones.

138 Furnio no fue el primero en combatir, sino que acampaba en todo momento junto a él con muchos jinetes y no le permitía forrajear ni atraerse a las ciudades. Como Pompeyo no poseía caballería, atacó el campamento de Furnio por el frente y envió dando un rodeo tropas en secreto, por la retaguardia. Por esta razón, Furnio hizo frente a Pompeyo, pero fue expulsado de su campamento por los que atacaron por la retaguardia. En su huida a través de la llanura del Escamandro, Pompeyo los persiguió y dio muerte a muchos, pues la llanura estaba encharcada a consecuencia de las lluvias. Y los que se salvaron en esta ocasión se retiraron, pues no estaban en condiciones de combatir. Mientras esperaban una ayuda de Misia, la Propóntide y de alguna otra parte, aquellos que habían quedado empobrecidos por los continuos tributos se alistaban, con gusto, como mercenarios bajo Pompeyo, sobre todo a raíz de la fama obtenida con su victoria en el puerto de los Aqueos. Pompeyo falto de caballería y por esta razón incapacitado para el aprovisionamiento, se enteró de que un cuerpo de caballería itálico iba a reunirse con Antonio, enviado por Octavia que estaba pasando el invierno en Atenas[347]. Así que envió de inmediato a algunos hombres con oro para sobornar a estas tropas.

Sin embargo, el prefecto de Antonio en Macedonia, capturó a estos hombres y distribuyó el oro entre los

---

346 En la Tróade, sobre el Helesponto, entre Dárdano y la desembocadura del río Escamandro (cf. Plinio, V 124; Estrab., XIII 1, 31; Hirschfeld, en *RE*, s.v. *Akhaiôn limēn*, núm. 1. Se llamaba así por creerse que en ese lugar estuvo el campamento de los aqueos en la guerra de Troya).

347 Cf. cap. 95 de este libro.

jinetes. A pesar de ello, Pompeyo se apoderó de Nicea y Nicomedia[348], obtuvo gran cantidad de dinero y su fuerza aumentó en todos los aspectos de forma notable y rápida, y contra lo esperado. Pero a Furnio, que estaba acampado no lejos de él, le llegaron en primer lugar desde Sicilia, al comienzo de la primavera, setenta naves supervivientes de aquellas que Antonio había prestado a Octavio para luchar contra Pompeyo, pues después del conflicto de Sicilia, Octavio se las devolvió[349]. Y también vino, desde Siria, Titio, con otras ciento veinte naves y un gran ejército, y todos arribaron a Proconeso. Por consiguiente, Pompeyo tuvo miedo y quemó sus naves y armó a los remeros como soldados de infantería, creyendo que sería más ventajoso combatir con todas las tropas reunidas en tierra. Casio de Parma[350], Nasidio[351], Saturnino[352], Termo[353] y Antistio[354], y cuantos miembros de la nobleza estaban presentes todavía con Pompeyo como amigos, y el más notable de entre ellos, Fannio[355], y el suegro de Pompeyo, Libo[356], tan pronto como vieron que él, ni aunque estaba presente Titio a quien Antonio había confiado toda la empresa, se abstenía de combatir contra alguien superior a él, perdieron sus esperanzas en Pompeyo y, tras procurarse garantías personales, desertaron a Antonio. 139

Pompeyo, ahora ya sin amigos, se retiró hacia el interior de Bitinia, se dice que apresurándose en direc- 140

---

348 Las dos ciudades principales de Bitinia.

349 Cf. cap. 129 de este libro.

350 Cf. n. 3 a este libro.

351 MÜNZER, en *RE*, s.v. *Nasidius*, núm. 4, y BROUGHTON, II, 394.

352 Cf. n. 161 de este libro.

353 Q. Minucio Termo (cf. MÜNZER, en *RE*, s.v *Minucius*, núm. 67, y BROUGHTON, II, pág. 592).

354 G. Antistio Regino (cf. *supra*, IV 40; BROUGHTON, II, pág. 238).

355 Cf. cap. 84 del libro IV y n. 83 bis.

356 Cf. n. 86 al libro III y n. 160 a este libro.

ción a Armenia. Cuando una noche se retiraba en secreto, lo persiguieron Furnio y Titio, a los que se sumó Amintas. Después de una persecución implacable lo alcanzaron al atardecer y acamparon cada uno por separado al pie de una cierta colina, sin foso ni empalizada, a causa de lo avanzado de la hora y del cansancio. Mientras se hallaban en tal estado, Pompeyo les atacó por la noche con tres mil soldados de tropa ligera, y dio muerte a muchos todavía en el lecho y saltando de él. El resto, incluso totalmente desnudos, emprendió una huida vergonzosa. Y parece que, si Pompeyo hubiera atacado en esta ocasión con todo el ejército durante la noche o hubiera perseguido hasta dar caza a los fugados, tal vez hubiera conseguido una victoria definitiva sobre ellos. Pero la realidad es que, por alguna ofuscación divina, pasó por alto estas alternativas, y no obtuvo mayor provecho de tal acción que penetrar nuevamente hacia el interior del territorio. Y sus enemigos se unieron, y lo seguían y le impedían aprovisionarse. Finalmente, cuando corría peligro por causa de la falta de alimentos, se decidió a conferenciar con Furnio, que había sido amigo de Pompeyo el Grande y aventajaba a los demás por su dignidad y por la mayor seriedad de su carácter.

141 Así pues, dejando en medio un río, dijo que había enviado una embajada a Antonio y añadió que, estando falto de alimentos en el intervalo y desatendido por ellos, había hecho tales cosas. «Y si vosotros me combatís por decisión de Antonio, éste ha tomado una mala resolución para él, al no prever la guerra inminente; pero si os habéis anticipado a la decisión de Antonio, apelo a vuestro testimonio y os ruego que aguardéis a la embajada que he enviado ante él o que me cojáis y llevéis ya a su presencia. Pero yo me rendiré sólo a ti, Furnio, pidiéndote como única garantía que me conduzcas a salvo ante Antonio.» Así habló Pompeyo, porque confiaba

en Antonio como hombre de buen natural y sólo temía lo que pudiera ocurrirle en el intervalo. Pero Furnio le respondió lo siguiente: «Hubiera sido propio de ti, si querías rendirte a Antonio, haberlo hecho al comienzo o haber permanecido tranquilo en Mitilene a la espera de su respuesta, y, de otro lado, si querías la guerra, hacer todo lo que has hecho. ¿Qué necesidad, pues, hay de decir estas cosas a quien ya las conoce? Pero si realmente estás arrepentido, no nos indispongas a nosotros los generales los unos con los otros y ríndete a Titio, pues a él le ha encargado Antonio todo lo relativo a tu persona. La garantía que me pides, puedes pedírsela también a Titio. Antonio le ha ordenado que te mate si le haces la guerra, pero que si te pones en sus manos te escolte ante él de manera honrosa»[357].

Pompeyo estaba irritado por la ingratitud de Titio, 142
que había aceptado emprender esta guerra contra él, pues una vez que lo tuvo capturado como prisionero le había salvado la vida. Además de su enojo, consideraba una deshonra, siendo un Pompeyo, estar bajo Titio, hombre en absoluto de noble abolengo, y sospechaba de él como persona indigna de confianza, ya fuera porque lo deducía de su carácter o porque era consciente de alguna antigua ofensa cometida contra él antes del mencionado favor. Nuevamente, pues, le propuso la rendición a Furnio y le pidió que la aceptara. Como no le convenció, le dijo que también se rendiría a Amintas, pero Furnio afirmó que éste no lo aceptaría, pues ello implicaba un ultraje a la persona que había sido encargada de todo por Antonio, y así terminó la conversación. La opinión que reinaba entre la gente de Furnio era la de que Pompeyo, a causa de la escasez de vitua-

[357] Es de resaltar la excelente información de la tradición apianea sobre la etapa asiática de Sexto Pompeyo y sus últimos momentos, igual que el caso de Perugia.

llas, se rendiría al día siguiente a Titio. Pero Pompeyo, por la noche, dejó arder los fuegos habituales y que los trompeteros indicaran las señales usuales a intervalos, como era la costumbre, y salió en secreto del campamento con un puñado de tropas escogidas a las que ni siquiera se les había dicho previamente a dónde iban a ir. Él planeaba llegar hasta el mar y quemar la flota de Titio, y tal vez lo hubiera conseguido, si Escauro [358] no hubiera desertado y hubiera revelado la salida y la ruta que había tomado, si bien no conocía el plan. Entonces, Amintas salió en su persecución con mil quinientos jinetes, en tanto que Pompeyo carecía de caballería. Los soldados de este último se pasaron a Amintas, cuando estuvo cerca, algunos de forma soterrada y otros a las claras. Por consiguiente, Pompeyo, que estaba solo y temía ya incluso por los suyos, se entregó sin condiciones a Amintas [359], a pesar de que había juzgado indigno rendirse a Titio bajo condiciones.

143 De este modo fue capturado Sexto Pompeyo, el único hijo que quedaba de Pompeyo el Grande. Fue privado de su padre en su infancia, y de su hermano cuando era un jovenzuelo; tras la muerte de éstos se mantuvo oculto por mucho tiempo y practicó en secreto el bandidaje en España, hasta que muchos se congregaron a su alrededor, pues era reconocido como el hijo de Pompeyo. Entonces se entregó al pillaje de manera más clara. Después de la muerte de Gayo César, combatió con energía, reunió un gran ejército, naves y dinero, se apoderó de islas y llegó a ser dueño del mar occidental, hizo que Italia padeciera hambre y obligó a los enemigos a pactar bajo las condiciones que quiso. Y lo más impor-

358 M. Emilio Escauro, hijo del pretor homónimo del 56 a. C. y de Mucia, tercera mujer de Pompeyo el Grande (cf. n. 206 a este libro). Era, por tanto, hermano uterino de Sexto Pompeyo.

359 Según Dión Cas., XLIX 18, 4, la rendición tuvo lugar en la localidad frigia de Mideo.

tante, al convertirse durante las proscripciones en defensor de la ciudad, que sufrió toda suerte de ruina, salvó a muchos hombres de la nobleza, los cuales estaban entonces en ella gracias a él. Sin embargo, por una ofuscación de origen divino no atacó jamás él a sus enemigos, a pesar de que el destino le deparó muchas oportunidades de hacerlo, sino que se defendió tan sólo.

Después de una trayectoria tal, Pompeyo fue cogido 144
prisionero, y Titio transfirió su ejército a Antonio y al propio Pompeyo le dio muerte en Mileto, cuando contaba cuarenta años de edad[360], ya fuera por propia iniciativa, porque estuviera irritado a causa de algún ultraje anterior, y se mostró así desagradecido para con el beneficio ulterior, o bien porque se lo ordenara Antonio. Algunos dicen que fue Planco, y no Antonio, quien dio la orden. Precisan que, mientras Planco mandaba en Siria, había sido encargado por Antonio, por medio de cartas, de signar con su nombre los asuntos urgentes y usar su sello. Algunos piensan también que Planco firmó la sentencia de muerte con el conocimiento de Antonio, quien, en cambio, tuvo reparo de firmarla a causa del nombre de Pompeyo, y por Cleopatra, que era favorable a Pompeyo a causa de su padre, Pompeyo el Grande. Otros opinan, sin embargo, que lo hizo el mismo Planco por propia iniciativa, pues sabía todas esas cosas y tomó precauciones para que Pompeyo y Cleopatra cooperando con él no perturbaran el respeto favorable existente entre Antonio y Octavio[361].

---

360 Ello situaría la fecha de su nacimiento en el 75 a C., ya que nos encontramos en el 35 a. C. Sin embargo, esta fecha es rechazada por GABBA *(Appiani...*, V, com. *ad loc.)*, que piensa, siguiendo a Hitza y Miltner, que tal vez haya que situarla en el 66 o 68 a. C.

361 Es evidente que la tradición de Apiano intenta mostrar como culpable a Planco. En DIÓN CAS., XLIX 18, 4-5, se dice que Antonio envió dos cartas a Titio, una con la orden de ejecutarlo y otra posterior con el perdón, pero que éstas llegaron en orden inverso y Titio

145 Sea como fuere, Pompeyo murió, y Antonio, nuevamente, hizo una expedición contra Armenia, y Octavio contra los ilirios, que pirateaban Italia, algunos de los cuales jamás habían estado sometidos a los romanos y otros se habían sublevado en la época de las Guerras Civiles. Puesto que yo no he llegado a conocer estos acontecimientos de Iliria con exactitud, ni ellos abarcan en conjunto materia suficiente para un volumen específico [362], ni pueden ser relatados en algún otro lugar, me pareció oportuno referirlos anteriormente, a partir del momento en que fueron anexionados a Roma, aglutinando los sucesos de su historia hasta el final, y añadirlos a la historia de Macedonia que marcha a su compás.

---

entendió la orden de ejecución como modificación de la que concedía el perdón, y lo ejecutó. En cualquier caso, la muerte de Pompeyo fue objeto de una polémica surgida entre Octavio y Antonio (cf. Dión Cas., L 1, 4, y Vel., II 87, 2 y 79, 5).

[362] Se trata de su libro *Sobre Iliria*, especie de apéndice al libro *Sobre Macedonia*.

ÍNDICE DE NOMBRES

Abala (puerto de Sicilia), V 112.
Abido (ciudad de la Tróade), IV 82, 87.
Acaya (región de Grecia), IV 122.
Accio (promontorio de Acarnania y batalla), IV 38, 42, 49-51.
Acilio (un proscrito), IV 39.
Adriático (mar), III 9-10, 24, 27, 30, 63-64, 96; IV 3, 58, 63, 65, 70, 94, 99, 115-116, 122-123, 127; V 2, 4, 8, 26, 55, 61, 65,
«Afortunado» (título de Sila), IV 10.
África, III 85, 91, 95; IV 2, 36, 52, (Antigua y Nueva) 53; (Numídica) 53, 54, 56, 83, 85, 92, 100, 108, 117; V 12, 26, 53, 65, 67, 75, 97-98, 104, 123, 129.
Agripa (amigo íntimo de Octavio), IV 49; V 31-33, 35, 50, 57-58, 92, 96, 101-102, 105-110, 112, 115-118, 121-122.
Ahenobarbo (cf. Domicio, oficial de Bruto y Casio).
Alba (colonia romana entre los ecuos), III 45, 47; V 30.
Alejandría (ciudad de Egipto), V 8, 52, 76, 133, 136.
Alejandro (Magno, rey de Macedonia), IV 80.
Alejandro (prítano de los rodios), IV 66, 71.
Alieno (oficial de Dolabella), III 78; IV 59, 61, 63.
Alpes (cordillera de Europa), III 72, 83, 97; V 20, 51.
Amatio (el Pseudo-Mario), III 2-3, 6, 36.
Amintas (padre de Filipo de Macedonia), IV 102.
Amintas (rey de Pisidia), V 75, 137, 140, 142.
Ancona (ciudad de Umbría), V 23.
Andriace (puerto de los miresios), IV 82.
Andros (isla de las Cícladas), V 7.
Anfípolis (ciudad de Macedonia), IV 104-105, 107.
Annalis (pretor proscrito), IV 18.
Antio (ciudad del Lacio), V 24.
Antio (un proscrito), IV 40.
Antíoco «Asiático» (hijo de Antíoco Pío), V 10.
Antíoco el Grande, IV 67.
Antíoco Pío (rey de Siria), V 10.

Antistio (noble romano), V 139.
Antonio, Gayo (hermano del Triunviro), III 14, 23, 25, 79.
Antonio, Lucio (hermano del triunviro), V 14, 19-38, 40-42, 45-50, 54, 60-62.
Antonio, Marco (el triunviro), III 2-8, 12-15, 17-18, 21-33, 39-44, 46-67, 69-76, 79-87, 89, 95-98; IV 1, 3, 7-9, 17-20, 23, 29, 32, 37, 40, 42, 45-47, 49, 51, 57-58, 63, 74-75, 82, 86-87, 94, 106-112, 119, 121, 122, 126-127, 129-130, 133, 135-138; V 1, 3-4, 7-11, 14, 19-24, 26, 28, 29, 31-33, 39-40, 50-69, 71-75, 77-80, 92-96, 98, 113, 122, 127-129, 132-134, 136-139, 141, 144-145.
Apio (oficial de marina de Octavio), V 98.
Apio (un proscrito), IV 44.
Apio (otro proscrito), IV 51.
Apolo (dios), V 109.
Apolófanes (prefecto de la flota de Sexto Pompeyo), V 84, 105-106.
Apolonia (ciudad de Iliria), III 9.
Aponio (un proscrito), IV 26.
Apuleyo (M., propretor de Asia), III 63; IV 46, 75.
Apuleyo (Q., tribuno), III 93: IV 40.
Apulia (región de Italia), IV 100.
Aqueos (puerto de los -), V 137-138.
Aquileia (ciudad de la Galia), III 97.
Aquiles (héroe griego), III 13.
Aquilio Craso, Manio (general proscrito), III 93.
Aquitania (región de la Galia), V 92.
Arabia (país), V 9.
Arabio (hijo de Masinisa), IV 54-56, 83.
Ariárates (rey de Capadocia), V 7.
Arímino (Rímini, ciudad de Italia), III 44, 46; IV 3; V 33.
Ariobarzanes (rey de Capadocia), IV 63.
Armenia (país), V 133, 140, 145.
Arquegeta (estatua de Apolo), V 109.
Arquelao (rodio tutor de Casio), IV 67, 70.
Arretio (ciudad de Etruria), III 42.
Arriano (un proscrito), IV 41.
Arruntio (un proscrito), IV 21.
Arsínoe (hermana de Cleopatra), V 9.
Artemisio (villorrio de Sicilia), V 116.
Aruntio (un proscrito), IV 46.
Asia (país), III 6, 78; IV 1, 5, 58, 74-75, 87, 106, 108, 120, 134; V 1-2, 55, 65; (provincia de -), III 24, 26; V 52, 133, 137; (gálatas de -), IV 88; (- en torno a Pérgamo), V 4.
Asila (minas de oro en Tracia), IV 106.
Asinio (cf. Polión, Asinio).
Asprena (tribuno), III 7.
Átalo (Filométor, rey de Pérgamo), V 4.
Atenas (ciudad de Grecia), V 11, 52-53, 75-76, 78, 93, 138.
Aterio (un proscrito), IV 29.
Ateyo (lugarteniente de Antonio), V 33, 50.
Atilio (un proscrito), IV 30.
Augusto (cf. Octavio César).
Ausonia (territorio), V 57, 59.

Balaro (puerto del Estrecho de Mesina), IV 85.

Balbino (un proscrito), IV 50.
Balbo (G. Octavio, un proscrito), IV 21.
Barbatio (M. Filipo, cuestor de Antonio), V 31.
Barbula (romano adinerado), IV 49.
Basilo, Minucio (conspirador contra César), III 98.
Baso, Cecilio (oficial de César), III 77-78; IV 58-59.
Bayas (ciudad de la Campania), V 69.
Benevento (ciudad del Samnio), IV 3.
Beocia (región de Grecia), IV 75.
Bíbulo, L. Calpurnio (proscrito y oficial de Bruto y Antonio), IV 38, 104, 136; V 132.
Bíbulo, Marco (Apiano da erróneamente Lucio, colega de César), V 10.
Bitinia (país), III 2, 6, 8, 77; IV 46, 58; V 63, 140.
Bitínico (A. Pompeyo, gobernador de Sicilia), IV 84; V 49, 70.
Bocco (reyezuelo mauritano), IV 54; V 26.
Bononia (ciudad de Italia), III 69, 73.
Bríndisi (ciudad de Italia), III 10-11, 27, 37, 40, 43, 52, 67; IV 82, 86, 116, 133; V 12, 26-27, 29, 50, 52, 56-61, 66, 78-79.
Brutio (región de Italia), V 19.
Bruto, Décimo B. Albino (íntimo de César), III 2, 4, 6, 16, 27-30, 32, 37-38, 45, 49-50, 53, 55, 59-65, 71, 73-74, 76, 80-81, 85-86, 90, 96-98; IV 1, 58.
Bruto, Marco Cepión (conspirador contra César), III 2-3, 6-8, 12, 23-24, 26, 35, 36, 54, 63-64, 78-79, 85, 89, 96-97; IV 1, 3, 5, 20, 27, 36-38, 46, 49, 51, 57-58, 61, 63, 65, 69-70, 75-82, 86-89, 98, 101-114, 117, 119, 121, 123, 125, 127-136, 138; V 1-4, 6, 39, 43, 62, 67, 75, 113.

Caieta (ciudad del Lacio), IV 19.
Calatia (colonia de César), III 40.
Caleno (anfitrión de Varrón), IV 47.
Caleno, Fufio (lugarteniente de Antonio), V 3, 12, 24, 33, 51, 54, 59-61.
Cales (ciudad de la Campania), IV 47.
Callias (liberto de Antonio), V 93.
Calvino (v. Domicio Calvino).
Calvisio, Gayo (Sabino, prefecto de la flota de Octavio), V 80-81, 83-88, 96, 102.
Cameria (ciudad de Italia), V 50.
Camilo (jefe galo), III 98.
Campania (región de Italia), III 40; V 92.
Cannutio (T., un tribuno), III 41; V 49.
Canusio (ciudad de la Apulia), V 57.
Capadocia (país de Asia), IV 63; V 7.
Capito (un proscrito), IV 25.
Capitolino (templo de Roma), V 24.
Capitolio (edificio de Roma), III 15, 34, 39-40; IV 57.
Capua (ciudad de Italia), III 40; IV 3; V 24.
Cardia (ciudad del Quersoneso Tracio), IV 88.

Carisio (P., comandante de Octavio), V 111.
Carrina (lugarteniente de César), IV 83-84; V 26, 112.
Carsuleyo (oficial de Antonio), III 66-67, 69.
Casilino (ciudad de la Campania), III 40.
Casio (Gayo Longino, conspirador contra César), III 2-4, 6-8, 12, 23-24, 26, 35-36, 63-64, 78, 85, 89, 96; IV 1, 3, 5, 27, 36, 38, 52, 57-74, 76, 81-82, 86-89, 98-99, 101-114, 121, 123-125, 130, 132-135, 138; V 1, 2, 4, 6-9, 39, 43, 67, 113.
Casio, Lucio (sobrino de Gayo Casio), IV 135.
Casio, Lucio (otro, en Siria), IV 63.
Casio de Parma (noble romano), V 2, 139.
Cástor y Pólux (templo de -), III 41.
Catón («el Joven», orador romano), IV 135-136.
Catón (hijo del anterior), IV 135.
Cecina (compañero de Cocceyo), V 60.
Cefalenia (isla griega), V 25.
Cele-Siria (en la época imperial romana, la parte norte de Siria), V 7.
Ceos (isla griega), V 7.
Cerdeña (isla del Mediterráneo), IV 2, 117; V 24, 56, 66-67, 70, 72, 78, 80.
Cerennio (un proscrito), IV 27.
César, Gayo Julio (político romano), III 1-30, 32-35, 38-40, 43-44, 50, 52, 54-55, 57, 60, 62-64, 66, 73, 75-78, 82-83, 85-88, 94-96, 98; IV 1, 8, (Gayo) 9, 19, 33, 38, 53-54, 57-59, 61, 68, 70, 74-75, 83-84, 89, 91, 94, 96-98, 124, 132-134; V 3-4, 7-10, 23, 48, 55, 59, 71-72, 97, 133, 137, 143.
Cestio (el macedonio, ciudadano de Perusia), V 49.
Cestio (un proscrito), IV 26.
Cícico (ciudad de Asia), IV 75; V 137.
Cilicia (país de Asia), V 7-8, 75.
Cilón, (un proscrito), IV 27.
Címber Tilio (conspirador contra César), III 2, 6, 117.
Cinna (L., cónsul), IV 33.
Círene (ciudad de África), III 8, 12, 16, 36; IV 57; V 2.
Ciro el Grande (emperador persa), IV 80.
Cirta (ciudad de África), IV 53, 55.
Cleopatra (reina de Egipto), III 78; IV 38, 59, 61, 63, 74, 82; V 1, 8-11, 19, 59, 66, 76, 144.
Clodio (amigo de Cicerón), IV 19.
Clodio (cf. Bitínico, Clodio).
Clodio (oficial de Bruto), V 2.
Cnido (ciudad de Asia), IV 71.
Cocceyo, Lucio (Nerva, amigo de Antonio y Octavio), V 60-64.
Coccino (promontorio), V 110.
Consentia (ciudad del Brutio), V 56, 58.
Coponio (un proscrito), IV 40.
Córcega (isla del Mediterráneo), V 67, 72, 78, 80.
Corcira (isla del Epiro), V 55.
Cornificio (general al mando de la Vieja África), III 85; IV 36, 52-53, 55-56.
Cornificio (lugarteniente de Octavio), V 80, 86, 111-115.

Cornuto (general), III 92.
Corvino (cónsul de antaño), III 88.
Corvino (cf. Mesala, Corvino).
Cosira (isla de África), V 97.
Craso (cf. Aquilio Craso, Manio), III 94.
Craso (P. Canidio, lugarteniente de Antonio), V 50.
Craso, M. Licinio (el triunviro), III 7-8; IV 59; V 10, 65.
Crenides (nombre antiguo de la ciudad de Filipos), IV 105.
Creta (isla), III 8, 12, 16, 36; IV 57; V 2.
Crispo, A. Marcio (gobernador de Bitinia), III 77; IV 58-59.
Critonio (edil), III 28.
«Cuarta» (nombre de una legión), III 45, 93; IV 117.
Culco (oficial de Lépido), III 83.
Cumas (ciudad de la Campania), V 81, 85.
Curio (oficial de Domicio Ahenobarbo), V 137.

Chipre (isla del Mediterráneo), IV 61; V 9, 52.

Darío (hijo de Farnaces), V 75.
Dato (nombre antiguo de la ciudad de Filipos), IV 105.
Decidio (Saxa, lugarteniente de Antonio), IV 87, 102-104, 106-107.
«Décima» (nombre de una legión), III 85.
Décimo (cf. Bruto, D. B. Albino).
Decio (oficial de Antonio), III 80.
Decio (un proscrito), IV 27.
Demetrias (ciudad de Tesalia), III 63.
Demetrio (hijo de Antígono), IV 66-67.
Demócares (oficial de Sexto Pompeyo), V 83-86, 105.
Demóstenes (orador griego), IV 20.
Diana (Leucofriene, en Mileto), V 9; (- de Éfeso), V 9.
Dicearquía (ciudad de la Campania), V 50, 71-72, 74, 78, 97-98, 112.
Dioniso (colina de, en Tracia), IV 106.
Dolabella (P. Cornelio, cónsul), III 7-8, 16, 20, 22, 24-27, 36, 57, 61-64, 78, 88, 95; IV 52, 57-62, 64, 66, 69; V 4, 8.
Domicio (Calvino, lugarteniente de César), IV 115-116.
Domicio Ahenobarbo (lugarteniente de Bruto y Casio), IV 86, 99, 100, 108, 115, 117; V 2, 15, 26, 50, 53, 55-56, 59, 61, 62-63, 65, 73, 137.
Dorisco (lugar de Tracia), IV 101.
Drabisco (ciudad de Tracia), IV 105.

Éfeso (ciudad de Jonia), III 26; V 4, 7, 9.
Egeo (mar entre Grecia y Asia Menor), V 3.
Egina (isla griega), V 7.
Egipto (país de África), III 78; IV 59, 61, 63, 108; V 1, 10.
Egnacios (proscritos), IV 21.
Elea (golfo), V 98.
Emilio (un proscrito), IV 27.
Emilio Lépido (el triunviro), III 46, 72, 74, 81, 83-84, 89, 96; IV 2-3, 7-8, 12, 31, 37, 50; V 1, 3, 12, 21, 29-30, 39, 53, 65, 71, 75, 93, 97-98,

103-104, 117, 122-126, 131, 134. (Su hijo homónimo aparece sin nombre: IV 50; V 93.)
Emilio, Lucio (miembro del Consejo de Perusia), V 48.
Emilio Paulo (hermano de Lépido el triunviro), IV 12, 37.
Enaria (otro nombre de la isla Pitecusa), V 69, 71, 81.
Eneas (héroe griego), III 16; IV 41.
Eno (ciudad de Tracia), IV 87-88, 101.
Enoanda (ciudad de Licia), IV 79.
Éolo (islas de - [= islas Líparas]), V 105.
Epidamno (ciudad de Iliria), IV 106; V 75.
Epiro (país al noroeste de Grecia), V 75.
Escamandro (llanura de la Tróade), V 138.
Escauro (cuestor de Pompeyo), V 10.
Escauro (hijo del anterior), V 142.
Escíatos (isla cerca de Tesalia), V 7.
Escilacio (monte), V 103, 109.
Escileo (promontorio), IV 85; V 85.
Escipión, P. Cornelio Emiliano (Africano Joven), IV 92.
Escipiones, III 88.
Escodra (ciudad de Iliria), V 65.
Escribonia (hermana de Libo, suegro de Pompeyo), V 53.
Esmirna (ciudad de Jonia), III 26.
España, III 4, 46; IV 2-3, 9, 31, 54, 83-85, 94, 96, 108, 117; V 20, 24, 26-27, 51, 54, 70, 134, 143.
Espoletio (ciudad de Umbría), V 33.
Estacio (el Samnita, proscrito), IV 25.
Estatilio Tauro (cf. Tauro, E.).
Estilis (ciudad), V 85, 103, 112.
Estrato (amigo de Bruto), IV 131.
Estrimón (río entre Macedonia y Tracia), IV 105-106.
Estróngila (una de las islas Líparas), V 105.
Etna (volcán de Sicilia), V 117.
Etruria (región de Italia), IV 4; V 81.
Eufrates (río de Asia), IV 100, 133; V 9, 65.
Europa, IV 5, 87, 106, 134.

Fango (lugarteniente de Octavio), V 26.
Fannio (lugarteniente de Casio), IV 72.
Fannio (proscrito fugitivo), IV 84. V 139.
Farnaces (rey del Ponto), V 75.
Faverio (secretario de César), III 5.
Fenicia (país de Asia Menor), IV 60; V 60.
Fénix (ciudad de Sicilia), V 110.
Fígulo, Lucio (oficial de Dolabella), IV 60.
Filadelfo (liberto de Octavio), V 78.
Filemón (liberto de Vinio), IV 44.
Filípicas (discurso de Cicerón), IV 20.
Filipo (el macedonio, padre de Alejandro), IV 80, 102, 105.
Filipo (padrastro de Octavio César), III 10, 13, 23.
Filipos (ciudad de Macedonia), IV 87, 103, 105-106, 134; V 3, 43, 55, 59, 128-129; (colina de -), IV 112; (batalla de -), IV 115-116; V 20, 53, 58, 61, (victoria de -), 3, 14.

Flaminio (candidato al tribunado), III 31.
Flavio, Gayo (enemigo de Octavio), V 49.
«Foro de los galos» (aldea), III 70.
Fufio (hijo de Fufio Caleno), V 51.
Fulginio (plaza fuerte), V 35.
Fulvia (esposa de Antonio), IV 29, 32; V 14, 19, 21, 33, 43, 50, 52, 54-55, 59, 62, 66.
Fulvio (un proscrito), IV 24.
Furnio (oficial de Lucio Antonio), V 30, 40-41, 75, 137-142.

Gabii (ciudad del Lacio), V 23.
Gabinio, Aulo (cónsul), V 8, 10.
Galacia (región de Asia Menor), V 7.
Galia (país de Europa), III 43, 53, 59-64, 73, 88; IV 1, 9; V 31, 33, 51, 53, 75, 78; (- Transalpina), III 46; (-Cisalpina), III 2, 27, 29, 30-31, 37-38, 45-46, 49-52, 55; IV 58; V 3, 22; (- Cisalpina y Transalpina), IV 2; (-Citerior), III 16; (- Antigua o Transalpina), III 98; IV 2.
Gallio, M. (hermano del anterior y oficial de Antonio), III 95.
Gallio, Q. (pretor urbano), III 95.
Ganga (río de Tracia), IV 106.
Gangites (otro nombre del río Ganga), IV 106.
Gayo (cf. Antonio, Gayo, hermano de Marco Antonio).
Geta (un proscrito), IV 41.
Glafira (madre de Sisinia), V 7.
Grecia (país de Europa), III 85; IV 20, 51.
Guerras Civiles, III 88; V 1, 131, 145.
Guerra Social, IV 24.

Harpago (general persa), IV 80.
Harpeso (río de Tracia), IV 103.
Hércules (dios romano), III 16; (columnas de -), IV 8.
Heleno (lugarteniente de Octavio), V 66.
Hermo (río de Tracia), IV 103.
Herodes (rey), V 75.
Hiera (una de las islas Líparas), V 105-107, 109.
Hiponio (ciudad del Brutio), IV 3, 86; V 91, 99, 103, 105, 112.
Hircio (cónsul), III 50-51, 65, 66, 70-72, 76, 82.
Hircio (proscrito), IV 43, 84.
Hiria (ciudad entre Tarento y Bríndisi), V 88.
Hortensia (mujer romana), IV 32, 34.

Icelio (juez de Bruto y Casio), IV 27.
Icos (una de las islas Cíclades), V 7.
Idumea (región de Asia Menor), V 75.
Iliria (país de Europa), IV 58, 75, 80.
India (país de Asia), V 9.
Isis (diosa egipcia), IV 47.
Italia, III 24, 27, 43, 49-50, 52, 61, 64, 80, 88; IV 3, 5, 9, 19, 36, 43, 45, 46-47, 54, 85-86, 99, 108; V 1, 3, 5, 12, 18-22, 24-25, 27-28, 49-50, 53, 56, 61-63, 65, 67, 72, 74, 80, 91, 99, 111, 129, 132, 134, 143, 145.
Iturea (país de Asia Menor), V 7.

Janículo (colina de Roma), III 91, 94.
Janto (ciudad de Asia Menor), IV 52, 76, 77, 79, 81; V 7.
Jonia (zona costera e insular de Asia Menor), IV 60, 63, 82; V 65.
Juba (rey de los númidas), IV 53-54.
Julia (esposa de Sexto Pompeyo, error por Escribonia), V 72.
Julia (madre de Antonio), V 52, 63; (sin mencionar nombre), IV 37.
Julio (clan romano), V 63.
Julio (nuevo nombre del mes Quintilio), V 97.
Juno (diosa), V 49; (templo de -), V 133.
Júpiter (dios romano), IV 13.

Labeo (hombre ilustre del ejército de Bruto), IV 135.
Labeo (hijo del anterior), IV 135.
Labieno (lugarteniente de Pompeyo), V 65.
Labieno (hijo del anterior), V 65, 133.
Labieno (un proscrito), IV 26.
Lacedemón (ciudad de Tracia), IV 118.
Lacinio (cabo), V 133.
Laconia (región de Grecia), IV 82.
Lámpsaco (ciudad de la Tróade), V 137.
Lanuvio (ciudad del Lacio), V 24.
Laodicea (ciudad de Siria), III 78; IV 52, 60, 62-63, 65; V 4, 7.
Largo (un proscrito), IV 28.
Laronio (oficial de Agripa), V 112, 115.
Lateresio (senador), III 84.
Lavinio (río), IV 2.
Lelio (lugarteniente de Cornificio), IV 53, 55-56.
Lena (centurión), IV 19-20.
Léntulo (lugarteniente de Casio), IV 72, 82.
Léntulo (un proscrito), IV 39.
Lépido (cf. Emilio Lépido).
Lépido (tal vez sobrino del triunviro), V 2.
Leto (hijo de -, diosa romana), IV 134.
Leucopetra (ciudad del Brutio), V 109.
Libia (país de África), IV 82.
Libo, III 77.
Libo, Lucio (cuñado de Sexto Pompeyo), V 52-53, 69, 71, 73, 139.
Licia (país de Asia Menor), IV 60, 75.
Lidia (país de Asia Menor), IV 76.
Ligario (hermanos proscritos), IV 22.
Ligario (otro, proscrito también), IV 23.
Lilibeo (ciudad y puerto de Sicilia), V 97-98, 122.
Líparas (archipiélago), V 97.
Lisimaquea (ciudad de la Tracia), IV 88.
Lorima (fortín rodio), IV 72.
Lucania (región de Italia), IV 100.
Lucilio (oficial de Bruto), IV 129.
Lucio (gobernador de España, incierta identificación), V 54.
Lucio (hermano de Casio), V 7.
Lucio (senador), III 85.
Lucio (suegro del cónsul Asinio Polión), IV 27.
Lucio (tío de Antonio el triunviro), IV 12, 37.

Lucio (un proscrito), IV 26.
Lucio Antonio (cf. Antonio, L., hermano del triunviro), V 19 ss.
Lucrecio (un proscrito), IV 44.
Lupia (ciudad de Calabria), III 10.

Macedonia (país al norte de Grecia), III 2, 8, 12, 16, 24-25, 27, 32, 35-37, 43, 46, 49, 52, 59, 61, 63, 77, 79-80, 97; IV 1, 57, 65, 75, 82, 86-88, 100, 108, 117, 133; V 28, 49, 50, 58, 138; (historia de -), V 145.
Manio (encargado de negocios de Antonio), V 14, 19, 22, 29, 32-33, 43, 52, 62, 66.
Mar (personificación divina), V 98, 100.
Marcelo (sobrino de Octavio), V 73.
Marcelo, Claudio (esposo de Octavia), V 64.
Marcelo, Mindio (compañero íntimo de Octavio), V 102.
Marcio (cf. Crispo, Marcio), IV 59.
Marcio Coriolano, Gn. (famoso caudillo), III 60.
Marco (lugarteniente de Bruto y proscrito), IV 49.
Marco (un proscrito), IV 43.
Mario ([?] ejecutado por Antonio), III 16.
Mario, Gayo (famoso dictador romano), III 2; IV 1, 16, 33.
Maronea (ciudad de Tracia), IV 87-88.
Marso (capitán de Dolabella), IV 62.
Marte (templo de -), III 41; (campo de Marte, en Roma), III 94; V 16.
«Martia» (nombre de una legión), III 45, 66-67, 69, 93; IV 115-116.
Masinisa (rey africano), IV 54.
Mauritania (país de África), IV 54; V 26.
Mecenas (un romano), IV 50; V 53, 64, 92-93, 99, 112.
Media (país de Asia), V 133.
Megabizos (sacerdote de Ártemis), V 9.
Melana (golfo de Tracia), IV 88-89, 101.
Memorias (escritos de Octavio), IV 110; (V 45, tal vez no).
Menécrates (lugarteniente de Pompeyo), V 81-84, 96.
Menenio (un proscrito), IV 44.
Menodoro (prefecto de la flota de Sexto Pompeyo), V 56, 66, 70-71, 73, 77-84, 86, 89, 96, 100-102.
Mesala Corvino (general), IV 38, 136; V 102-103, 105, 109-113.
Mesana (puerto, en Sicilia), V 97, 103, 109, 117, 121-122.
Mesina (ciudad de Sicilia), IV 25, 39; V 81, 84, 88.
Metaponto (ciudad de Sicilia), V 93.
Metelo (padre e hijo, soldados de Octavio y Antonio), IV 42.
Micilio (amigo de Menodoro), V 78.
Miconio (monte de Sicilia), V 117.
Milas (ciudad de Sicilia), V 105-106, 108-109, 115-116.
Mileto (ciudad de Asia Menor), IV 37; V 9, 144.
Mindo (ciudad de Caria), IV 65-66, 71-72; V 7.
Minerva (promontorio de -), V 98.
Minturna (zona pantanosa, en el Lacio), IV 28.
Minucio (pretor proscrito), IV 17.
Mira (ciudad de Licia), IV 82.
Misia (país de Asia Menor), V 7, 138.

Mitilene (ciudad de la isla de Lesbos), V 133, 141.
Mitrídates (rey del Ponto), IV 66-67, 71; V 75.
Mnareas (líder rodio), IV 66, 71.
Módena (ciudad de Italia), III 49, 61, 65-66, 70-72, 80, 84, 86; IV 2; V 6, 129.
Mucia (madre de Sexto Pompeyo), V 69, 72.
Murcino (ciudad de Tracia), IV 105.
Murco, Estayo (conspirador contra César), III 77; IV 58-59, 74, 82, 86, 99-100, 108, 115-117; V 2, 8, 15, 25, 50, 70, 71.

Nasidio (noble romano), V 139.
Naso (un proscrito), IV 26.
Nauloco (ciudad de Sicilia), V 116, 121-122.
Naxos (isla griega), V 7.
Neápolis (ciudad de Tracia), IV 106.
Nemos (ciudad), V 24.
Neptuno (dios romano), V 98, 100.
Nicea (ciudad de Bitinia), V 139.
Nicomedia (ciudad de Bitinia), V 139.
Nilo (río de Egipto), V 9.
Nonio (centurión), V 16.
Nonio (oficial custodio de las puertas de Roma), V 30.
Norbano (C. Flaco, oficial de Octavio y Antonio), IV 87, 102-104, 106-107, 130.
Nuceria (ciudad de la Campania, y de Umbría), IV 3.

Octavia (hermana de Octavio César), V 64, 75, 93-95, 138.
Octavio (padre de Octavio César), III 11, 23.
Octavio César (emperador romano), III 9-12, 14, 18, 21-24, 28-32, (joven César) 33, 37-48, 51, (joven César) 52, 56, 58, 59, 61, 64-67, 69-76, 80-82, 85-86; 88-97; IV 1, 3, 7-8, 12, 27, 32, 38, 42, 49-51, 53-54, 56, 63, 74, 82, 85-87, (joven César) 89, 93, 106, 108, 110, 112, 119, 121-122, 126-130, (hijo de César) 133, 135-138; V 1, 3-5, 12-16, 19-42, 45-69, 71-75, 77-81, 84-103, 106, 109-112, 116-118, 121-129, 131-132, 134-135, 139, 145.
Ofilio (*tribuno*), *V 128.*
Onobalas (río de Sicilia), V 109.
Opio (proscrito), IV 41.

Palestina (país de Asia Menor), III 78; IV 59; V 7.
Palmira (ciudad de Siria), V 9-10.
Paloeis (puerto de Pale, en la isla de Cefalenia), V 55.
Pansa (cónsul), III 50-51, 65-67, 69, 71-76, 80, 82, 91.
Pansa (senador hijo del anterior), III 85.
Papias (capitán de Sexto Pompeyo), V 104, 106-108.
Partia (historia de -), V 65.
Patara (puerto de los jantios), IV 52, 81-82.
Paulo (cf. Emilio, Paulo, hermano de Lépido el triunviro), IV 12, 37.
Pedio, Quinto (benefactor de Octavio), III 22-23, 94, 96; IV 6.
Peduceo (gobernador de España), V 54.

Peloponeso (región de Grecia), IV 74, 82; V 72, 77, 80.
Pelorio (cabo de Sicilia), V 105, 116.
Peparetos (isla griega), V 7.
Pérgamo (ciudad de Asia Menor), III 26; V 4.
Perséfone (diosa romana), IV 105.
Persia (país de Asia), V 9.
Perusia (ciudad de Etruria), V 32-33, 35, 48, 49, 52.
Petronio (partícipe en el asesinato de César), V 4.
Piceno (territorio de Italia), III 66, 72, 93-94.
Pinario (benefactor de Octavio), III 22-23; IV 107.
Píndaro (escudero de Casio), IV 113.
Pirineos (cordillera europea), IV 2.
Pisidia (país de Asia Menor), V 75.
Pisón, Lucio (Calpurnio, suegro de César), III 50, 54, 61.
Pitecusa (isla cerca de Neápolis), V 75.
Planco (general), III 46, 72, 74, 81, 90, 96-97; IV 12, 37, 45; V 33, 35, 50, 55, 61, 144.
Plinio (almirante de Sexto Pompeyo), V 97-98, 122.
Plocio (hermano de Planco), IV 12.
Polemocracia (esposa de un príncipe tracio), IV 75.
Polemón (rey de una parte de Cilicia), V 75.
Polión, Asinio (general), III 46, 74, 81, 97; IV 12, 27, 84; V 20, 31, 32, 64.
Pompeyo (hijo mayor de Pompeyo el Grande), IV 54.
Pompeyo, Gneo «el Grande» (triunviro), III 4, 14, 27, 57, 64, 75, 77-78, 81, 88; IV 33, 54, 59, 83, 94, 124, 132-133; V 1, 10, 79, 99, 133, 135, 140, 143-144.
Pompeyo, Sexto (hermano de Pompeyo el Joven), III 4, 12, 36, 57; IV 25, 36, 39, 43, 45-48, 50-52, 70, 82-86, 94, 96, 99-100, 108, 117, 138; V 1-3, 15, 18-19, 20, 22, 25-26, 52-54, 56-59, 61-63, 65-74, 77-78, 80-81, 83-84, 86, 88, 91, 95-97, 100, 102-111, 113, 116-118, 121-122, 124, 127, 131, 133-145.
Pomponio (proscrito), IV 45.
Pontio (región de Asia Menor), V 75, 133.
Porcia (esposa de Bruto), IV 136.
Preneste (ciudad del Lacio), V 21, 23, 29.
Proconeso (isla de la Propóntide), V 139.
Propóntide (zona entre el Helesponto y el Euxino), V 138.
Pseudo-Mario, III 2, 57.
Publio (cuestor de Bruto), IV 51.

Quersoneso Tracio, IV 88.
Quintilio (nombre de un mes del calendario romano), V 97.
Quintio (suegro de Asinio Polión), IV 12.
Quintio (hermano de Cicerón), IV 20.
Quinto (centurión que traicionó a Dolabella), V 4.
Quirinal (monte de Roma), III 92.

Rasco (príncipe tracio), V 87, 104, 129, 136.

Rascúpolis (hermano del anterior), IV 87, 103-105, 136.
Rávena (ciudad de Italia), III 42, 97; V 33, 50, 78, 80.
Rebilo (proscrito), IV 48.
Rebilo (senador), V 101.
Regino (proscrito), IV 40.
Regio (ciudad de Italia), IV 3, 25, 39, 85-86; V 81, 84.
Restio (proscrito), IV 43.
Rin (río de Europa), III 97.
Ródano (río de Europa), V 66.
Rodas (isla griega), IV 52, 60, 66-67, 71-73, 81; V 2, 52.
Roma, III 2, 9-10, 12, 26, 40, 44, 45, 49-50, 65-66, 73-76, 85; IV 1, 3-4, 6, 8, 47, 49, 52, 54, 66, 67, 84-85, 94, 98, 119, 127; V 1, 10, 12, 17-18, 23-24, 29-30, 33-34, 43, 48, 51, 53, 66, 72-74, 80, 99, 112, 113, 126, 131-132, 145.
Rómulo (rey de Roma), III 94.
Roscio (guardián del campamento de Cornificio), IV 56.
Rubicón (río de la Galia Cisalpina), III 61, 88.
Rufo (un proscrito), IV 29.

Sabino (oficial de Octavio), V 132.
Saburra (general de Juba), IV 54.
«Sacra» (vía de Roma), V 68.
Salaso (un proscrito), IV 24.
Salvidieno (lugarteniente de Octavio), IV 85; V 20, 24, 27, 31-32, 35, 66.
Salvio (tribuno de la plebe), III 50-52; IV 17.
Samaría (región de Palestina), V 75.
Samos (isla griega), IV 42, 134.
Sarpedón (templo de -), IV 78-79.
Saturnino (Gn. Sentio Vétulo, pompeyano), V 52, 139.
Seleuco (I Nicátor, rey de Siria), V 10.
Sentia (ciudad de Italia), V 30.
Septimio (un proscrito), IV 23.
Serapio (prefecto de Cleopatra en Chipre), IV 61; V 9.
Sergio (un proscrito), IV 45.
Serreyo (monte de Tracia), IV 101.
Servilio (Rullo, oficial de caballería de Octavio), V 58.
Sesto (ciudad europea en el Helesponto), IV 82, 87.
Sextio, T. (general), III 85; IV 52-53, 55, 56; V 12, 26, 75.
Sexto, (Julio) César (cónsul), IV 58.
Sexto, Julio (familiar de César), III 77.
Sicilia (isla del Mediterráneo), IV 2, 25, 36, 39-40, 41, 43-44, 46, 48, 51, 52, 56, 84-86, 99, 117; V 2, 52, 61, 63, 67, 69-70, 72, 74, 78, 81, 83-84, 92, 97-99, 103, 105, 109, 116, 118, 123, 129, 133-134, 139.
Sición (ciudad de la Argólide), V 55.
Sila, Cornelio (dictador romano), IV 1, 16, 26, 33, 44.
Sipunte de Ausonia (ciudad de Italia), V 56, 58.
Siracusa (ciudad de Sicilia), V 70.
Siria (país de Asia Menor), III 2, 7, 8, 12, 16, 24, 27, 32, 35, 36, 57, 63, 77, 80; IV 1, 38, 40, 51-52, 57-58, 60, 63, 94; V 7, 10, 65, 95, 134, 139, 144.
Sisinia (rey de Capadocia), V 7.
Sitio (Caleno, un proscrito), IV 47.
Sitio (Nucerino, leva un contingente de tropas en África), IV 54.

Sol (dios romano), V 116.
Sosio (cónsul), V 73.
Sutrio (plaza fuerte), V 31.

Tarento (ciudad de Calabria), V 50, 80-81, 84, 93-95, 97-99, 103, 129.
Tarquinio (rey de Roma), IV 95.
Tarso (ciudad de Cilicia), IV 52, 64-65; V 7.
Tasos (isla en la costa de Tracia), IV 106-107, 109, 136; V 2.
Tauro (Estatilio, almirante de Octavio), V 97-99, 103, 105, 109, 118.
Tauromenio (ciudad de Sicilia), V 103, 105, 109, 116.
Teano (ciudad de Campania), V 20.
Temístocles (caudillo griego), IV 48.
Ténaro (lugar de Grecia), IV 74.
Tenos (isla griega), V 7.
Teodoro (liberto de Sexto Pompeyo), V 137.
Termo (noble romano), V 139.
Terracina (ciudad del Lacio), III 12.
Tesalia (región de Grecia), IV 100, 108, 117, 122.
Tesalónica (ciudad de Tracia), IV 118.
Tetis (madre de Aquiles), III 13.
Tíber (río de Roma), V 33.
Tíbur (ciudad del Lacio), III 45, 58; V 24.
Tilio (cf. Címber, Tilio), III 6; IV 105.
Tíndaris (ciudad de Sicilia), V 105, 109, 116.
Tiro (ciudad de Asia Menor), III 77; V 52.
Tisieno (Galo, lugarteniente de Lucio y de S. Pompeyo), V 32, 104, 117, 121.
Titinio (amigo de Casio), IV 113.
Titinio (oficial de Octavio), V 111.
Titio (general de Antonio), V 134, 136, 139-142, 145.
Titio, Publio (tribuno de la plebe), IV 7.
Tolomeo (hijo de Auletes y hermano de Cleopatra), V 9.
Toranio (preceptor de Octavio), IV 12.
Torcuato (cuestor), III 69, 76.
Tracia (país de Europa), III 50; IV 38, 75, 87-88, 100, 119; V 28, 133.
Trebonio (conspirador contra César), III 2, 6, 26, 61, 98; IV 1, 58, 60.
Tulio Cicerón, Marco (orador y político romano), III 4, 50, 51, 54-59, 61-63, 66, 74, 82, 89, 91-94; IV 6, 17, 19-20, 51; V 2.
Tulio Cicerón (hijo del anterior), IV 51; V 2.
Turanio (ex-pretor, proscrito), IV 18.
Turios (ciudad de Sicilia), V 56, 58.
Turulio (oficial de Bruto y Casio), V 2.

Ulises (héroe griego), V 116.
Útica (ciudad de África), IV 55.

Varo (un proscrito), IV 28.
Varo, Lucio (jefe de la guarnición rodia), IV 74.
Varrón (escritor romano), IV 47.
Vatinio (gobernador de Iliria), IV 75.
Ventidio (lugarteniente de Cornificio), IV 53, 55.
Ventidio (un proscrito), IV 46.

Ventidio, Publio (amigo y oficial de Antonio), III 66, 72, 80, 84; IV 2; V 31-33, 35, 50, 65.

Venus (- *Genetrix*), III 28; (santuario de -, en Sicilia), V 109.

Venusia (ciudad de la Apulia), IV 3.

Verginio (un proscrito), IV 48.

Vesta (templo de -), III 92.

Vetulino (un proscrito), IV 25.

Vinio (un proscrito), IV 44.

Vírgenes Vestales (colegio sacerdotal romano), V 73.

Volusio (edil proscrito), IV 47.

Vulcano (templo de -, en Perusia), V 49.

Zigactes (río de Tracia), IV 105, 128.

ÍNDICE GENERAL

GUERRAS CIVILES

Págs.

Libro III 7
Libro IV 103
Libro V 221

ÍNDICE DE NOMBRES 361